This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

EL

PERIQUILLO SARNIENTO

ES PROPIEDAD

EL PENSADOR MEXICANO

(J. JOAQUÍN FERNÁNDEZ DE LIZARDI)

EL

PERIQUILLO SARNIENTO

LA QUIJOTITA

DON CATRÍN DE LA FACHENDA.—NOCHES TRISTES

DÍA ALEGRE. — FÁBULAS

PRÓLOGO DE

D. FRANCISCO SOSA

3.ª EDICIÓN, DE LUJO

ADORNADA CON LÁMINAS CROMOLITOGRAFIADAS Y ENRIQUECIDAS SUS PÁGINAS

CON NUMEROSOS GRABADOS

DIBUJOS DE

D. ANTONIO UTRILLO

TOMO I

MEXICO

J. Ballescá y Compañía, Sucesores

SAN FELIPE DE JESÚS, 572

SANTA TERESA, 8, BARCELONA-GRACIA

1906

...Nadie crea que es suyo el mérito, sino que hay muchos dados que se parecen unos a otros. El que se hallare cansado, procure leerme, que esto le importa más que hacer versos y extremar de mi pensamiento, de mi locución, de mi idea, y de los demás defectos de la obra.

PEDRO VILLARDEL en su prólogo de la
Sonata de Aguarrás

PAUTA

para la colocación de las láminas

Fuímos al Baratillo, compramos camisas, calzones, chalecos, casacas 64
Domingo estaba hincado sobre sus piernas, sujetándolo del pañuelo contra la tierra, y amenazando su vida con un puñal. . . . 174
En medio de esta función llegó Chanfaina, vestido en su propio traje 270

ESTE TOMO SE
ACABÓ DE IMPRIMIR EN BARCELONA,
EN EL ESTABLECIMIENTO TIPO-LITOGRÁFICO
DE ESPASA Y COMPAÑÍA,
EN AGOSTO DE
1897

PRÓLOGO

Para aquilatar los merecimientos que tiene á la fama póstuma el *Pensador Mexicano,* hay necesidad de estudiar más bien el fondo que la forma de sus numerosas producciones. En el momento actual de la literatura en México, y, sobre todo, dadas las cultas aficiones que privan en el público lector, parecen demasiado toscos los moldes en que vaciara sus pensamientos el popular escritor en el primer tercio del siglo á cuyas postrimerías nos ha tocado asistir.

Hay, además, que tener presente que Fernández Lizardi perseguía en sus obras, ante todo y sobre todo, fines más trascendentales y gloria más duradera que la que alcanzan los que deleitan á sus contemporáneos con la dicción elegante, con el brillo de las imágenes y con la pulcritud de la frase por medio de la atinada selección de los vocablos.

No; Fernández Lizardi no era cincelador de frases: era lo que en nuestros días llamamos periodista de combate; era un apóstol, mejor diremos, un precursor. Día á día, sin los atildamientos académicos, sin más preocupación, sin otro deseo que el de inculcar en el pueblo el amor á la libertad: luchando con las innúmeras dificultades que para imprimir siquiera fuese un folleto se necesitaba vencer en aquella época, hablaba él al pueblo en el lenguaje en que creía ser mejor comprendido, y le despertaba de su letargo para señalarle el camino que tenía que seguir si anhelaba tener vida propia y regirse por sí mismo. Por eso en nuestra historia literaria el primer nombre de un escritor verdaderamente popular, el autor que hoy mismo goza de la predilección de las masas, es Fernández Lizardi. Y reconocerlo así, no trae aparejado el afirmar que á medida que la ilustración derrama su luz en las superiores capas sociales, va siendo para éstas menos digno de estima el regocijado autor del PERIQUILLO y de la *Quijotita*. Lejos de eso, mientras más años pasan y mientras más se depuran por los que viven las glorias de los que ya murieron, los pensadores y los eruditos profundizan la alteza de miras, el acendrado patriotismo, la fe inquebrantable con que Fernández Lizardi, hombre superior en su época, inició, no solamente la creación de la novela mexicana, sino también la crítica de los actos gubernativos. Para quienes en tal punto de vista se colocan, los opúsculos políticos y los estudios sociales del *Pensador,* no sólo comenzaron á demoler el edificio del antiguo régimen, sino que fueron los primeros vagidos del periodismo mexicano, pues hasta entonces era desconocida en nuestro suelo la discusión de los problemas sociales.

Cualesquiera que sean los defectos que hoy encuentren en las novelas, en los folletos, en las fábulas y en los demás escritos de Fernández Lizardi, los que no encomian sino los refinamientos y exquisiteces del estilo, es indiscutible para quienes buscan la nobleza y la altitud de los propósitos, que en la obra del *Pensador* habrá de verse siempre la proclamación de nuevos ideales. Y nótese bien: hoy que la tendencia dominante conduce á autores y lectores al naturalismo, las páginas del PERIQUILLO, de la *Quijotita* y de *Don Catrín de la fachenda,* encierran muchas de las minucias y crudeces que si entonces caracterizaban la novela picaresca, en nuestros días constituyen el arsenal de los mismos noveladores psicólogos y tendenciosos, debiendo, sin embargo, observarse que las novelas del *Pensador* no pueden con justicia ser tachadas de pornográficas. Como documento, su valor es inestimable, porque, ¿en dónde, si no es en ellas, podríamos recoger datos para trazarnos el cuadro de la sociedad mexicana de principios del siglo? ¿En dónde podríamos encontrar noticias sobre la antigua indumentaria? Resurgen ante nuestros ojos las pasadas generaciones, con todos sus defectos y también con todas sus buenas cualidades; oímos sus propias palabras, vemos cómo se vestían, sabemos cuáles eran sus entretenimientos, cuáles sus alegrías y cuáles sus dolores, y todo esto de la manera más natural y sencilla, sin pretensiones, y mucho menos sin dejar de fustigar las malas costumbres, antes bien enderezándose los propósitos del narrador á reformar, á perfeccionar, á señalar nuevos horizontes y nuevas y nobilísimas aspiraciones. ¡Cuán atinada es, por lo mismo, la observación de Pimentel al señalar al *Pensador* como uno de los primeros refor-

madores mexicanos! ¿Qué otra cosa fué sino procurar la reforma de la literatura en México, escribir libros en los que nada hay que no sea genuinamente mexicano, y escribirlos en una época en que todo era un fiel trasunto de lo español?

Comprueba cuanto así en rasgos generales, en síntesis, acabamos de exponer, lo que de Fernández Lizardi y de sus escritos han dicho verdaderas autoridades en crítica literaria.

Veámoslo, sino:

Altamirano opina que la más famosa, entre las obras del *Pensador,* es el PERIQUILLO, de la cual, dice, es inútil hacer un análisis, porque puede asegurarse sin exageración que no hay mexicano que no la conozca, aunque no sea más que por las alusiones que hace frecuentemente á ella nuestra gente del pueblo por los apodos que hizo célebres y las narraciones que andan en boca de todo el mundo. «Lo que diremos sí,—agrega Altamirano,—es que el *Pensador* se anticipó á Sué en el estudio de los misterios sociales, y que, profundo y sagaz observador, aunque no dotado de una instrucción adelantada, penetró con su héroe á todas partes para examinar las virtudes y los vicios de la sociedad mexicana, y para pintarla como era ella á principios de este siglo, en un cuadro palpitante, lleno de verdad y completo, al grado de tener pocos que le igualen.»

El mismo Altamirano, refiriéndose á las *Fábulas* de Fernández Lizardi, hace constar que los asuntos de estas fábulas son casi siempre nuevos; señala los defectos de que adolecen, y dice que, á pesar de semejantes lunares, son apreciabilísimas por la tendencia rigorosamente moral, y porque

evidentemente *son el primer esfuerzo del talento mexicano para cultivar un género de literatura útil y benéfico.*

Pimentel, hablando de las mismas *Fábulas,* las califica de apreciables, porque aunque tienen defectos de forma y resabios de la escuela prosaica, en lo general cumplen con los preceptos del arte, y porque, además, algunas de ellas se recomiendan por la circunstancia de ser de un gusto nacional, pues figuran allí animales de nuestro suelo y reprenden vicios y defectos propios del país.

Menéndez Pelayo llama á Fernández Lizardi periodista revolucionario, hombre de ideas radicales y heterodoxas cuando todavía eran rarísimas en México, y extraordinariamente tenaz en divulgarlas. Todo esto es cierto y constituye un título de gloria para el *Pensador,* y no importa, por lo mismo, que el autor que acabamos de citar añada en una nota, que Fernández Lizardi fué un ingenioso aunque chabacano escritor, cuya importancia es más bien histórica y social que propiamente literaria. Ya hemos dicho que reconocemos los defectos de forma que tanto se ha censurado en los escritos del *Pensador,* defectos que él fué el primero en confesar, como se ve en las siguientes líneas que tomamos del capítulo penúltimo del PERIQUILLO. «Yo mismo, dice, me avergüenzo de ver impresos errores que no advertí al tiempo de escribirlos. La facilidad con que escribo no prueba acierto. Escribo mil veces en medio de la distracción de mi familia y de mis amigos: pero esto no justifica mis errores, pues debía escribir con sosiego y sujetar mis escritos á la lima, ó no escribir, siguiendo el ejemplo de Virgilio ó el consejo de Horacio; pero después que he escrito de este modo, y después de que conozco por mi natu-

ral inclinación que no tengo paciencia para leer mucho, para escribir, borrar, enmendar, ni consultar despacio mis escritos, confieso que no hago como debo, y creo firmemente que me disculparán los sabios, atribuyendo á calor de mi fantasía la precipitación siempre culpable de mi pluma. Me acuerdo del juicio de los sabios, porque del de los necios no hago caso.»

No le disculparán los sabios únicamente, sino cualquiera que recuerde que el *Pensador* fué, como dice el más joven y también el más diligente de sus biógrafos, González Obregón, apóstol de nuevas ideas en una sociedad en que predominaban el fanatismo y la ignorancia; censor constante de costumbres profundamente arraigadas durante una existencia secular; partidario acérrimo de la libertad de su patria; propagador incansable de la instrucción popular por medio de escritos y de proyectos; iniciador de la Reforma en una época en que el clero gozaba de todas sus riquezas, de todos sus fueros y de todo su poder, y autor de libros que abrieron una nueva senda para formar una literatura nacional.

Si en un trabajo de la índole de la presente introducción cupiera analizar minuciosamente las producciones del *Pensador,* sin dificultad pondríamos de resalto la clarividencia de ese espíritu superior, que anticipándose á las generaciones que más tarde le han sucedido, preconizaba las teorías pedagógicas que hoy privan, merced á que han llegado de allende el Océano; se vería cómo iniciaba que la instrucción debía ser gratuita y obligatoria; que con ahinco pedía la higiene en las escuelas, y que recomendó la enseñanza objetiva. Y si la tarea no hubiese sido desempeñada

con acierto por el ya citado joven González Obregón, con cuánto placer haríamos hoy,—trazando la biografía de Fernández Lizardi,—que los lectores de sus OBRAS ESCOGIDAS, siguieran paso á paso, día á día, los sucesos de esa vida gloriosa de reformador político y literario, de apóstol y de mártir! Porque el mérito del *Pensador,* como ya lo dejó dicho Altamirano, es tal en todas sus obras, que aunque las preocupaciones de la escuela literaria pasada lo hayan deprimido y anatematizado, la opinión del pueblo mexicano agradecido se ha apresurado á concederle el puesto de honor, y la escuela contemporánea, para la que son todavía menos disculpables los defectos de los literatos que siguieron al *Pensador* y que tuvieron más elementos para ilustrarse, venera el nombre de este escritor modesto, virtuoso y dotado de un ingenio nada común, como el nombre del patriarca de nuestra literatura popular.

Lo que hasta aquí hemos expuesto con la concisión que es indispensable emplear cuando no se trata de escribir una verdadera monografía, sino de hacer ciertas advertencias útiles al común de los lectores y de prevenir las objeciones que los puristas intolerantes pudieran presentar al ver una nueva y lujosa reproducción de obras en las que persisten muchos en encontrar sólo defectos, basta para justificar el entusiasmo con que hemos recibido la noticia de que la bien reputada casa editorial de Ballescá y C.ª va á levantar este monumento,—que no es en verdad el primero que México debe á los nobles esfuerzos de los mismos editores, — al patriarca de la novela, de la fábula y del periodismo en nuestro suelo.

Y pues la gratitud pública, y pues los literatos mismos,

no han cuidado de perpetuar en mármoles y bronces la nobilísima figura del *Pensador,* queden al menos reimpresas sus obras más aplaudidas, con todos los recursos de que la tipografía dispone en nuestros días. Así, ya no en una plaza ó en un paseo, sino en mil y mil hogares: en las bibliotecas de los ricos y de los sabios, como en los humildes anaqueles del pueblo trabajador, estas *Obras Escogidas* recordarán á nuestros pósteros que nunca es estéril la tarea de aquel que, como Fernández Lizardi, consagra su existencia al mejoramiento de la sociedad de que es hijo; que hay algo que no muere, sino que perdura en el tiempo y en el espacio: el espíritu, la inteligencia de los hombres superiores.

FRANCISCO SOSA.

México, 1896.

F. Joaquin Fernandez de Liardi

Comienza Periquillo escribiendo el motivo que tuvo para dejar á sus hijos estos cuadernos, y da razón de sus padres, patria, nacimiento y demás ocurrencias de su infancia

Postrado en una cama muchos meses hace, batallando con los médicos y enfermedades, y esperando

con resignación el día en que, cumplido el orden de la divina Providencia, hayáis de cerrar mis ojos, queridos hijos míos, he pensado dejaros escritos los nada raros sucesos de mi vida, para que os sepáis guardar y precaver de muchos de los peligros que amenazan y aun lastiman al hombre en el discurso de sus días.

Deseo que en esta lectura aprendáis á desechar muchos errores que notaréis admitidos por mí y por otros, y que, prevenidos con mis lecciones, no os expongáis á sufrir los malos tratamientos que yo he sufrido por mi culpa; satisfechos de que mejor es aprovechar el desengaño en las cabezas ajenas que en la propia.

Os suplico encarecidamente que no os escandalicéis con los extravíos de mi mocedad, que os contaré sin rebozo, y con bastante confusión, pues mi deseo es instruiros y alejaros de los escollos donde tantas veces se estrelló mi juventud, y á cuyo mismo peligro quedáis expuestos.

No creáis que la lectura de mi vida os será demasiado fastidiosa, pues como yo sé bien que la variedad deleita el entendimiento, procuraré evitar aquella monotonía ó igualdad de estilo, que regularmente enfada á los lectores. Así es, que unas veces me advertiréis tan serio y sentencioso como un Catón, y otras tan trivial y bufón como un Bertoldo. Ya leeréis en mis discursos retazos de erudición y rasgos de elocuencia;

y ya veréis seguido un estilo popular mezclado con los refranes y *paparruchadas* del vulgo.

También os prometo que todo esto será sin afectación ni pedantismo; sino según me ocurra á la memoria, de donde pasará luego al papel, cuyo método me parece el más análogo con nuestra natural veleidad.

Últimamente, os mando y encargo, que estos cuadernos no salgan de vuestras manos, porque no se hagan el objeto de la maledicencia de los necios ó de los inmorales; pero si tenéis la debilidad de prestarlos alguna vez, os suplico no los prestéis á esos señores, ni á las viejas hipócritas, ni á los curas interesables, y que saben hacer negocio con sus feligreses vivos y muertos, ni á los médicos y abogados chapuceros, ni á los escribanos, agentes, relatores y procuradores ladrones, ni á los comerciantes usureros, ni á los albaceas herederos, ni á los padres y madres indolentes en la educación de su familia, ni á las beatas necias y supersticiosas, ni á los jueces venales, ni á los corchetes pícaros, ni á los alcaides tiranos, ni á los poetas y escritores remendones como yo, ni á los oficiales de la guerra y soldados fanfarrones y hazañeros, ni á los ricos avaros, necios, soberbios y tiranos de los hombres, ni á los pobres que lo son por flojera, inutilidad ó mala conducta, ni á los mendigos fingidos; ni los prestéis tampoco á las muchachas que se alquilan, ni á las mozas

que se corren, ni á las viejas que se afeitan, ni... pero va larga esta lista. Basta deciros que no los prestéis ni por un minuto á ninguno de cuantos advirtiereis que les tocan las generales en lo que leyeren; pues al momento que vean sus interiores retratados por mi pluma, y al punto que lean alguna opinión, que para ellos sea nueva ó no conforme con sus extraviadas ó depravadas ideas, á ese mismo instante me calificarán de un necio, harán que se escandalizan de mis discursos, y aun habrá quién pretenda, quizá, que soy hereje, y tratará de delatarme por tal, aunque ya esté convertido en polvo. ¡Tanta es la fuerza de la malicia, de la preocupación ó la ignorancia!

Por tanto, ó leed para vosotros solos mis cuadernos, ó en caso de prestarlos sea únicamente á los verdaderos hombres de bien, pues éstos, aunque como frágiles yerren ó hayan errado, conocerán el peso de la verdad sin darse por agraviados, advirtiendo que no hablo con ninguno determinadamente, sino con todos los que traspasan los límites de la justicia; mas á los primeros (si al fin leyeren mi obra) cuando se incomoden ó se burlen de ella, podréis decirles, con satisfacción de que quedarán corridos: «¿De qué te alteras? ¿qué mofas, si con distinto nombre de ti habla la vida de este hombre desreglado?» [1]

[1] . . . . . ¿Quid rides? mutato nomine, de te fabella narratur.

Hijos míos: después de mi muerte leeréis por primera vez estos escritos. Dirigid entonces vuestros votos por mí al trono de las misericordias; escarmentad en mis locuras; no os dejéis seducir por las falsedades de los hombres; aprended las máximas que os enseño, acordándoos que las aprendí á costa de muy dolorosas experiencias: jamás alabéis mi obra, pues ha tenido más parte en ella el deseo de aprovecharos; y empapados en estas consideraciones, comenzad á leer.

MI PATRIA, PADRES, NACIMIENTO Y PRIMERA EDUCACIÓN

Nací en México, capital de la América Septentrional, en la Nueva-España. Ningunos elogios serían bastantes en mi boca para dedicarlos á mi cara patria; pero, por serlo, ningunos más sospechosos. Los que la habitan y los extranjeros que la han visto pueden hacer su panegírico más creíble, pues no tienen el estorbo de la parcialidad, cuyo lente de aumento puede á veces disfrazar los defectos, ó poner en grande las ventajas de la patria aun á los mismos naturales; y así, dejando la descripción de México para los curiosos imparciales, digo: que nací en esta rica y populosa ciudad por los años de 1771 á 73, de unos padres no opulentos, pero no constituídos en la miseria: al mismo tiempo que eran de una

limpia sangre, la hacían lucir y conocer por su virtud. ¡Oh, si siempre los hijos siguieran constantemente los buenos ejemplos de sus padres!

Luego que nací, después de las lavadas y demás diligencias de aquella hora, mis tías, mis abuelas y otras viejas del antiguo cuño, querían amarrarme las manos, y fajarme ó liarme como un cohete, alegando que si me las dejaban sueltas, estaba yo propenso á espantarme, á ser muy *manilargo* [1] de grande, y por último, y como la razón de más peso y el argumento más incontrastable, decían, que éste era el modo con que á ellas las habían criado, y que por tanto, era el mejor y el que se debía seguir como más seguro, sin meterse á disputar para nada del asunto; porque los viejos eran en todo más sabios que los del día, y pues ellos amarraban las manos á sus hijos, se debía seguir su ejemplo á ojos cerrados.

A seguida sacaron de un canastito una cincha de listón que llamaban *faja de dijes,* guarnecida con *manitas de azabache,* el *ojo del venado, colmillo de caimán* y otras baratijas de esta clase, diz que para engalanarme con estas reliquias del supersticioso paganismo el mismo día que se había señalado para que en boca de mis padrinos fuera yo á profesar la fe y santa religión de Jesucristo.

[1] Suele darse á entender con esta palabra, un atrevido y dispuesto á dar golpes por motivos ligeros. E.

¡Válgame Dios, cuánto tuvo mi padre que batallar con las preocupaciones de las benditas viejas! ¡Cuánta saliva no gastó para hacerles ver que era una quimera y un absurdo pernicioso el liar y atar las manos á las criaturas! ¡Y qué trabajo no le costó persuadir á estas ancianas inocentes á que el azabache, el hueso, la piedra, ni otros amuletos de esta ni ninguna clase, no tienen virtud alguna contra el aire, rabia, mal de ojo y semejantes faramallas!

Así me lo contó su merced muchas veces, como también el triunfo que logró de todas ellas, que á fuerza ó de grado accedieron á no aprisionarme, á no adornarme sino con un rosario, la santa cruz, un relicario y los cuatro evangelios, y luego se trató de bautizarme.

Mis padres ya habían citado los padrinos, y no pobres, sencillamente persuadidos á que en el caso de orfandad me servirían de apoyo.

Tenían los pobres viejos menos conocimiento de mundo que el que yo he adquirido, pues tengo muy profunda experiencia de que los más de los padrinos no saben las obligaciones que contraen respecto de los ahijados, y así creen que hacen mucho con darles medio real cuando los ven, y si sus padres mueren, se acuerdan de ellos como si nunca los hubieran visto. Bien es verdad que hay algunos padrinos que cumplen con

su obligación exactamente, y aun se anticipan á sus propios padres en proteger y educar á sus ahijados. ¡Gloria eterna á semejantes padrinos!

En efecto, los míos ricos me sirvieron tanto como si jamás me hubieran visto; bastante motivo para que no me vuelva á acordar de ellos. Ciertamente que fueron tan mezquinos, indolentes y mentecatos, que por lo que toca á lo poco ó nada que les debí ni de chico ni de grande, parece que mis padres los fueron á escoger de los más miserables del hospicio de pobres. Reniego de semejantes padrinos, y más reniego de los padres que, *haciendo comercio del sacramento del Bautismo,* no solicitan padrinos virtuosos y honrados, sino que posponen éstos á los compadres ricos ó de rango, ó ya por el rastrero interés de que les den alguna friolera á la hora del bautismo, ó ya neciamente confiados en que quizá, pues, por una contingencia ó extravagancia del orden ó desorden común, serán útiles á sus hijos después de sus días. Perdonad, pedazos míos, estas digresiones que rebosan naturalmente de mi pluma, y no serán muy de tarde en tarde en el discurso de mi obra.

Bautizáronme, por fin, y pusiéronme por nombre *Pedro,* llevando después, como es uso, el apellido de mi padre, que era *Sarmiento.*

Mi madre era bonita, y mi padre la amaba con extremo: con esto, y con la persuasión de mis discretas

tías, se determinó *nemine discrepante,* [1] á darme nodriza ó *chichigua*, como acá decimos.

¡Ay, hijos! Si os casareis algún día y tuviereis sucesión, no la encomendéis á los cuidados mercenarios de esta clase de gentes; lo uno, porque regularmente son abandonadas, y al menor descuido son causa de que se enfermen los niños; pues como no los aman, y sólo los alimentan por su mercenario interés, no se guardan de hacer cóleras, de comer mil cosas que dañan su salud, y de consiguiente la de las criaturas que se les confían, ni de cometer otros excesos perjudiciales, que no digo por no ofender vuestra modestia; y lo otro, porque es una cosa que escandaliza á la naturaleza que una madre racional haga lo que no hace una burra, una gata, una perra, ni ninguna hembra puramente animal y destituída de razón.

¿Cuál de éstas fía el cuidado de sus hijos á otro bruto, ni aun al hombre mismo? ¿Y el hombre dotado de razón ha de atropellar las leyes de la naturaleza, y abandonar á sus hijos en los brazos alquilados de cualquiera india, negra ó blanca, sana ó enferma, de buenas ó depravadas costumbres, puesto que en teniendo leche de nada más se informan los padres, con escándalo de la perra, de la gata, de la burra y de todas las madres irracionales?

[1] Esta fórmula, usada en la Universidad, quiere decir en castellano: *sin oposición,* unánimemente. E.

¡Ah! Si estas pobres criaturas de quienes hablo tuvieran sindéresis, al instante que se vieran las inocentes abandonadas de sus madres, cómo dirían llenas de dolor y entusiasmo: mujeres crueles, ¿por qué tenéis el descaro y la insolencia de llamaros madres? ¿conocéis acaso la alta dignidad de una madre? ¿sabéis las señales que la caracterizan? ¿habéis atendido alguna vez á los afanes que le cuesta á una gallina la conservación de sus pollitos? ¡Ah! No. Vosotras nos concebisteis por apetito, nos paristeis por necesidad, nos llamáis hijos por costumbre, nos acariciáis tal cual vez por cumplimiento, y nos abandonáis por un demasiado amor propio ó por una execrable lujuria. Sí, nos avergonzamos de decirlo; pero señalad con verdad, si os atrevéis, la causa porque os somos fastidiosos. A excepción de un caso gravísimo en que se interese vuestra salud, y cuya certidumbre es preciso que la autorice un médico sabio, virtuoso y no forjado á vuestro gusto, decidnos: ¿os mueven á este abandono otros motivos más paliados que el de no enfermaros y aniquilar vuestra hermosura?

Ciertamente no son otros vuestros criminales pretextos, madres crueles, indignas de tan amable nombre; ya conocemos el amor que nos tenéis, ya sabemos que nos sufristeis en vuestro vientre por la fuerza, y ya nos juzgamos desobligados del precepto de la gratitud; pues apenas podéis, nos arrojáis en los brazos de una extra-

ña, cosa que no hace el bruto más atroz. Así se produjeran estos pobrecillos si tuvieran expeditos los usos de la razón y de la lengua.

Quedé, pues, encomendado al cuidado ó descuido de mi *chichigua,* quien, seguramente, carecía de buen natural, esto es, de un espíritu bien formado; porque si es cierto que los primeros alimentos que nos nutren nos hacen adquirir alguna propiedad de quien nos los ministra, de suerte que el niño á quien ha criado una cabra no será mucho que salga demasiado travieso y saltador, como se ha visto; si es cierto esto, digo: que mi primera nodriza era de un genio maldito, según que yo salí de mal intencionado, y mucho más cuando no fué una sola la que me dió sus pechos, sino hoy una, mañana otra, pasado mañana otra, y todas, ó las más, á cual peores; porque la que no era borracha, era golosa; la que no era golosa, estaba gálica; la que no tenía este mal, tenía otro; y la que estaba sana, de repente resultaba en cinta, y esto era por lo que toca á las enfermedades del cuerpo, que por lo que toca á las del espíritu, rara sería la que estaría aliviada. Si las madres advirtieran, á lo menos, estas resultas de su abandono, quizá no fueran tan indolentes con sus hijos.

No sólo consiguieron mis padres hacerme un mal genio con su abandono, sino también enfermizo con su cuidado. Mis nodrizas comenzaron á debilitar mi salud,

y hacerme resabido, soberbio é impertinente con sus desarreglos y descuidos, y mis padres la acabaron de destruir con su prolijo y mal entendido cuidado y cariño; porque luego que me quitaron el pecho, que no costó poco trabajo, se trató de criarme demasiado regalón y delicado; pero siempre sin dirección ni tino.

Es menester que sepáis, hijos míos, por si no os lo he dicho, que mi padre era de mucho juicio, nada vulgar, y por lo mismo se oponía á todas las candideces de mi madre; pero algunas veces, por no decir las más, flaqueaba en cuanto la veía afligirse ó incomodarse demasiado, y ésta fué la causa porque yo me crié entre bien y mal, no sólo con perjuicio de mi educación moral, sino también de mi constitución física.

Bastaba que yo manifestara deseo de alguna cosa, para que mi madre hiciera por ponérmela en las manos, aunque fuera injustamente. Supongamos: quería yo su rosario, el dedal con que cosía, un dulcecito que otro niño de casa tuviera en la mano, ó cosa semejante, se me había de dar en el instante, y cuenta como se me negaba, porque aturdía yo el barrio á gritos; y como me enseñaron á darme cuanto gusto quería, porque no llorara, yo lloraba por cuanto se me antojaba para que se me diera pronto.

Si alguna criada me incomodaba, hacía mi madre que la castigaba, como para satisfacerme, y esto

no era otra cosa que enseñarme á ser soberbio y vengativo.

Me daban de comer cuanto quería, indistintamente á todas horas, sin orden ni regla en la cantidad y calidad de los alimentos, y con tan bonito método lograron verme, dentro de pocos meses, cursiento, barrigón y descolorido.

Yo, á más de esto, dormía hasta las quinientas, y cuando me despertaban, me vestían y envolvían como un tamal de pies á cabeza; de manera que, según me contaron, yo jamás me levantaba de la cama sin zapatos, ni salía del *jonuco* sin la cabeza entrapajada. A más de esto, aunque mis padres eran pobres, no tanto que carecieran de proporciones para no tener sus vidrieritas: tenían las, en efecto, y yo no era dueño de salir al corredor ó al balcón sino por un raro accidente, y eso ya entrado el día. Me economizaban los baños terriblemente, y cuando me bañaban por campanada de vacante, era en la recámara muy abrigada y con un agua bien caliente.

De esta suerte fué mi primera educación física; ¿y qué podía resultar de la observancia de tantas preocupaciones juntas, sino el criarme demasiado débil y enfermizo? Como jamás, ó pocas veces, me franqueaban el aire, ni mi cuerpo estaba acostumbrado á recibir sus saludables impresiones, al menor descuido las extrañaba

mi naturaleza, y ya á los dos y tres años padecía catarros y constipados con frecuencia, lo que me hizo medio raquítico. ¡Ah! no saben las madres el daño que hacen á sus hijos con semejante método de vida. Se debe acostumbrar á los niños á comer lo menos que puedan, y alimentos de fácil digestión proporcionados á la tierna elasticidad de sus estómagos: deben familiarizarlos con el aire y demás intemperies, hacerlos levantar á una hora regular, andar descalzos, con la cabeza sin pañuelos ni aforros, vestir sin ligaduras para que sus fluidos corran sin embarazo, dejarlos travesear cuanto quieran, y siempre que se pueda al aire fresco, para que se agiliten y robustezcan sus nerviecillos, y por fin, hacerlos bañar con frecuencia, y si es posible en agua fría, ó cuando no, tibia ó quebrantada, como dicen. Es increíble el beneficio que resultaría á los niños con este plan de vida. Todos los médicos sabios lo encargan, y en México ya lo vemos observado por muchos señores de proporciones y despreocupados, y ya notamos en las calles multitud de niños de ambos sexos vestidos muy sencillamente, con sus cabecitas al aire, y sin más abrigo en las piernas que el túnico ó pantaloncito flojo. ¡Quiera Dios que se haga general esta moda para que las criaturas logren ser hombres robustos y útiles por esta parte á la sociedad!

Otra candidez tuvo la pobrecita de mi madre, y

fué llenarme la fantasía de *cocos, viejos y macacos,* con cuyos extravagantes nombres me intimidaba cuando estaba enojada y yo no quería callar, dormir ó cosa semejante. Esta corruptela me formó un espíritu cobarde y afeminado, de manera que, aún ya de ocho ó diez años, yo no podía oir un ruidito á media noche sin espantarme, ni ver un bulto que no distinguiera, ni un entierro, ni entrar en un cuarto oscuro, porque todo me llenaba de pavor; y aunque no creía entonces en el *coco,* pero sí estaba persuadido de que los muertos se aparecían á los vivos cada rato, que los diablos salían á rasguñarnos y apretarnos el pescuezo con la cola cada vez que estaban para ello, que había bultos que se nos echaban encima, que andaban las ánimas en penas mendigando nuestros sufragios, y creía otras majaderías de esta clase, más que los artículos de la fe. ¡Gracias á un puñado de viejas necias que, ó ya en clase de criadas ó de visitas, procuraban entretener al niño con cuentos de sus espantos, visiones y apariciones intolerables! ¡Ah! ¡qué daño me hicieron estas viejas! ¡de cuántas supersticiones llenaron mi cabeza! ¡Qué concepto tan injurioso formé entonces de la Divinidad, y cuán ventajoso y respetable hacia los diablos y los muertos! Si os casareis, hijos míos, no permitáis á los vuestros que se familiaricen con estas viejas supersticiosas, á quienes yo vea quemadas con todas sus fábulas y embelecos en mis

días; ni les permitáis tampoco las pláticas y sociedades con gente idiota, pues lejos de enseñarles alguna cosa de provecho, los imbuirán en mil errores y necedades que se pegan á nuestra imaginación más que unas garrapatas, pues en la edad pueril aprenden los niños lo bueno y lo malo con la mayor tenacidad, y en la adulta, tal vez no bastan ni los libros ni los sabios para desimpresionarlos de aquellos primeros errores con que se nutrió su espíritu.

De aquí proviene que todos los días vemos hombres en quienes respetamos alguna autoridad ó carácter, y en quienes reconocemos bastante talento y estudio; y sin embargo, los notamos caprichosamente adheridos á ciertas vulgaridades ridículas, y lo peor es que están más aferrados á ellas que el codicioso Creso á sus tesoros; y así suelen morir abrazados con sus envejecidas ignorancias; siendo esto como natural, pues, como dijo Horacio: *la vasija guarda por mucho tiempo el olor del primer aroma en que se infurtió cuando nueva.*

Mi padre era, como he dicho, un hombre muy juicioso y muy prudente: siempre se incomodaba con estas boberías: era demasiadamente opuesto á ellas; pero amaba á mi madre con extremo, y este excesivo amor era causa de que, por no darle pesadumbre, sufriera y tolerara, á su pesar, casi todas sus extravagantes ideas, y permitiera, sin mala intención, que mi

madre y mis tías se conjuraran en mi daño. ¡Válgame Dios, y qué consentido y mal criado me educaron! ¿A mí negarme lo que pedía, aunque fuera una cosa ilícita en mi edad ó perniciosa á mi salud? Era imposible; ¿reñirme por mis primeras groserías? De ningún modo; ¿refrenar los ímpetus primeros de mis pasiones? Nunca. Todo lo contrario. Mis venganzas, mis glotonerías, mis necedades y todas mis boberas pasaban por gracias propias de la edad, como si la edad primera no fuera la más propia para imprimirnos las ideas de la virtud y del honor.

Todos disculpaban mis extravíos y canonizaban mis toscos errores con la antigua y mal repetida cantinela de *déjelo usted; es niño; es propio de su edad; no sabe lo que hace; ¿cómo ha de comenzar por donde nosotros acabamos?* y otras tonteras de este jaez, con cuyas indulgencias se pervertía más mi madre, y mi padre tenía que ceder á su impertinente cariño. ¡Qué mal hacen los hombres que se dejan dominar de sus mujeres, especialmente acerca de la crianza ó educación de sus hijos!

Finalmente, así viví en mi casa los seis años primeros que ví el mundo. Es decir: viví como un mero animal, sin saber lo que me importaba saber y no ignorando mucho de lo que me convenía ignorar.

Llegó, por fin, el plazo de separarme de casa por

algunos ratos, quiero decir: me pusieron en la escuela, y en ella ni logré saber lo que debía, y supe, como siempre, lo que nunca había de haber sabido, y todo esto por la irreflexiva disposición de mi querida madre; pero los acontecimientos de esta época, os los escribiré en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO II

En el que Periquillo da razón de su ingreso á la escuela, los progresos que hizo en ella, y otras particularidades que sabrá el que las leyere, las oyere leer, ó las preguntare

Hizo sus mohinas mi padre, sus pucheritos mi madre, y yo un montón de alharacas, y berrinches revueltos con mil lágrimas y gritos; pero nada valió para que mi padre revocara su decreto. Me encajaron en la escuela mal de mi grado.

El maestro era muy hombre de bien; pero no tenía los requisitos necesarios para el caso. En primer lugar era un pobre, y emprendió este ejercicio por mera necesidad, y sin consultar su inclinación y habilidad; no era mucho que estuviera disgustado como estaba, y aun avergonzado en el destino.

Los hombres creen (no sé por qué) que los muchachos, por serlo, no se entretienen en escuchar sus conversaciones ni las comprenden; y fiados en este error, no se cuidan de hablar, delante de ellos, muchas cosas que alguna vez les salen á la cara, y entonces conocen que los niños son muy curiosos y observativos.

Yo era uno de tantos, y cumplía con mis deberes exactamente. Me sentaba mi maestro junto á sí, ya por especial recomendación de mi padre, ó ya porque era yo el más bien tratadito de ropa que había entre sus alumnos.

No sé qué tiene un buen exterior que se respeta hasta en los muchachos.

Con esta inmediación á su persona no perdía yo palabra de cuantas profería con sus amigos. Una vez le oí decir platicando con uno de ellos: — Sólo la maldita pobreza me puede haber metido á escuelero; ya no tengo vida con tanto muchacho condenado; ¡qué traviesos que son y qué tontos! por más que hago no puedo ver uno aprovechado. ¡Ah, *fucha* en el oficio tan maldito! ¡Sobre

que ser maestro de escuela es la última droga que nos puede hacer el diablo!... — Así se producía mi buen maestro, y por sus palabras conoceréis el candor de su corazón, su poco talento y el concepto tan vil que tenía formado de un ejercicio tan noble y recomendable por sí mismo, pues el enseñar y dirigir la juventud es un cargo de muy alta dignidad, y por eso los reyes y los gobiernos han colmado de honores y privilegios á los sabios profesores; pero mi pobre maestro ignoraba todo esto, y así no era mucho que formara tan vil concepto de una tan honrada profesión.

En segundo lugar carecía, como dije, de disposición para ella, ó de lo que se dice genio. Tenía un corazón muy sensible, le era repugnante el afligir á nadie, y este suave carácter lo hacía ser demasiado indulgente con sus discípulos. Rara vez les reñía con aspereza, y más rara los castigaba. La palmeta y disciplina tenían poco que hacer por su dictamen; con esto los muchachos estaban en sus glorias, y yo entre ellos, porque hacíamos lo que se nos antojaba impunemente.

Ya ustedes verán, hijos míos, que este hombre, aunque bueno de por sí, era malísimo para maestro y padre de familias; pues así como no se debe andar todo el día sobre los niños con el azote en la mano como cómitre de presidio, así tampoco se les debe levantar del todo. Bueno es que el castigo sea de tarde en tarde,

que sea moderado, que no tenga visos de venganza, que sea proporcionado al delito, y siempre después de haber probado todos los medios de la suavidad y la dulzura para la enmienda; pero si éstos no valen, es muy bueno usar del rigor según la edad, la malicia y condición del niño. No digo que los padres y maestros sean unos tiranos, pero tampoco unos apoyos ó consentidores de sus hijos ó encargados. Platón decía, *que no siempre se han de refrenar las pasiones de los niños con la severidad, ni siempre se han de acostumbrar á los mimos y caricias.* [1]

La prudencia consiste en poner medio entre los extremos.

Por otra parte, mi maestro carecía de toda la habilidad que se requiere para desempeñar este título. Sabía leer y escribir, cuando más, para entender y darse á entender; pero no para enseñar. No todos los que leen saben leer. Hay muchos modos de leer, según los estilos de las escrituras. No se han de leer las oraciones de Cicerón como los anales de Tácito, ni el panegírico de Plinio como las comedias de Moreto. Quiero decir, que el que lee debe saber distinguir los estilos en que se escribe, para animar con su tono la lectura, y entonces manifestará que entiende lo que lee, y que sabe leer.

Muchos creen que leer bien consiste en leer aprisa,

[1] *Lib. VII de Legibus.*

y con tal método hablan mil disparates. Otros piensan (y son los más) que en leyendo conforme á la ortografía con que se escribe, quedan perfectamente. Otros leen así, pero escuchándose y con tal pausa, que molestan á los que los atienden. Otros, por fin, leen todo género de escritos con mucha afectación, pero con cierta monotonía ó igualdad de tono que fastidia. Estos son los modos más comunes de leer, y vosotros iréis experimentando mi verdad, y veréis que no son los buenos lectores tan comunes como parece.

Cuando oyereis á uno que lee un sermón como quien predica, una historia como quien refiere, una comedia como quien representa, etc., de suerte que si cerráis los ojos os parece que estáis oyendo á un orador en el púlpito, á un individuo en un estrado, á un cómico en un teatro, etc., decid: éste sí lee bien; mas si escucháis á uno que lee con sonsonete, ó mascando las palabras, ó atropellando los renglones, ó con una misma modulación de voz, de manera que lo mismo lea *Las noches de Young* que el *Todo fiel cristiano* del catecismo, decid sin el menor escrúpulo: Fulano no sabe leer, como lo digo ahora de mi primer maestro. Ya se ve, era de los que deletreaban c, a, ca: c, e, que: c, i, qui, etc.; ¿qué se podía esperar?

Y si esto era por lo tocante á leer, por lo que respecta á escribir, ¿qué tal sería? tantito peor, y no podía

ser de otra suerte; porque sobre cimientos falsos no se levantan jamás fábricas firmes.

Es verdad que tenía su tintura en aquella parte de la escritura que se llama *calografía;* porque sabía lo que eran trazos, finales, perfiles, distancias, proporciones, etc., en una palabra, pintaba muy bonitas letras; pero en esto de *ortografía* no había nada. Él adornaba sus escritos con puntos, comas, interrogaciones y demás señales de éstas; mas sin orden, método ni instrucción; con esto salían algunas cosas suyas tan ridículas, que mejor le hubiera sido no haberlas puesto ni una coma. El que se mete á hacer lo que no entiende, acertará una vez, como el burro que tocó la flauta *por casualidad;* pero las más ocasiones echará á perder todo lo que haga, como le sucedía á mi maestro en ese particular, que donde había de poner dos puntos ponía coma; en donde ésta tenía lugar, la omitía; y donde debía poner dos puntos, solía poner punto final: razón clara para conocer desde luego que erraba cuanto escribía; y no hubiera sido lo peor que sólo hubieran resultado disparates ridículos de su maldita puntuación; pero algunas veces salían unas blasfemias escandalosas.

Tenía una hermosa imagen de la Concepción, y le puso al pie una redondilla que desde luego debía decir así:

Pues del Padre celestial
fué María la Hija querida,
¿no había de ser concebida
sin pecado original?

Pero el infeliz hombre erró de medio á medio la colocación de los caracteres ortográficos, según que lo tenía de costumbre, y escribió un desatino endemoniado y digno de una mordaza, si lo hubiera hecho con la más leve advertencia, porque puso:

¿Pues del Padre celestial
fué María la Hija querida?
No, había de ser concebida
sin pecado original.

Ya ven ustedes qué expuesto está á escribir mil desatinos el que carece de instrucción en la ortografía, y cuán necesario es que en este punto no os descuidéis con vuestros hijos.

Es una lástima la poca aplicación que se nota sobre este ramo en nuestro reino. No se ven sino mil groseros barbarismos todos los días escritos públicamente en las velerías, chocolaterías, estanquillos, papeles de las esquinas, y aun en el cartel del coliseo. Es corriente ver una mayúscula entremetida en la mitad de un nombre ó verbo, unas letras por otras, etc. Como, v. gr., *ChocolaTería famosa. Rial estanquiyo de puros y cigaros. El Barbero de Cebilla. La Horgullosa. El Sebero Dic-*

tador, y otras impropiedades de este tamaño, que no sólo manifiestan de á legua la ignorancia de los escribientes, sino lo abandonado de la policía de la capital en esta parte.

¿Qué juicio tan mezquino formará un extranjero de nuestra ilustración cuando vea semejantes despilfarros escritos y consentidos públicamente, no ya en un pueblo, sino nada menos que en México, en la capital de las Indias Septentrionales, y á vista y paciencia de tanta respetable autoridad, y de un número de sabios tan acreditados en todas facultades? ¿Qué ha de decir, ni qué concepto ha de formar, sino de que el común del pueblo (y eso si piensa con equidad) es de lo más vulgar é ignorante, y que está enteramente desatendido el cuidado de su ilustración por aquellos á quienes está confiada?

Sería de desear que no se permitiera escribir estos públicos barbarismos que contribuyen no poco á desacreditarnos. [1]

Pues aún no es esto todo lo malo que hay en el particular, porque es una lástima ver que este defecto de ortografía se extiende á muchas personas de fina

[1] En todas partes se ha quejado el buen gusto de los insultos que le ha hecho la barbarie. Hablando sobre esto mismo D. Antonio Ponz, en sus viajes fuera de España, con relación á iguales barbarismos que notó públicamente escritos en su patria, celebra la policía de muchas ciudades de Europa, en las que vió escritos los rótulos públicos con la mayor exactitud ortográfica y curiosidad calográfica; proponiendo á sus paisanos estos modelos de ilustración, con el deseo de que los imitaran, que es el mismo que nos anima á la presente.

educación, de talentos no vulgares, y que tal vez han pasado su juventud en los colegios y universidades, de manera que no es muy raro oir un bello discurso á un orador, y notar en este mismo discurso escrito por su mano, sesenta mil defectos ortográficos; y á mí me parece que esta falta se debe atribuir á los maestros de primeras letras que, ó miran este punto tan principal de la escritura como mera curiosidad, ó como requisito no necesario, y por eso se descuidan de enseñarlo á sus discípulos, ó enteramente lo ignoran, como mi maestro, y así no lo pueden enseñar.

Ya ustedes verán, ¿qué aprendería yo con un maestro tan hábil? Nada seguramente. Un año estuve en su compañía, y en él supe leer de *corrido,* según decía mi cándido preceptor, aunque yo leía hasta galopado; porque como él no reparaba en niñerías de enseñarnos á leer con puntuación, saltábamos nosotros los puntos, paréntesis, admiraciones y demás cositas de estas con más ligereza que un gato; y esto nos celebraban mi maestro y otros sus iguales.

También olvidé en pocos días aquellas tales cuales máximas de buena crianza que mi padre me había enseñado en medio del consentimiento de mi madre; pero en cambio de lo poco que olvidé, aprendí otras cosillas de gusto, como, v. gr., ser desvergonzado, mal criado, pleitista, tracalero, hablador y jugadorcillo.

La tal escuela era, á más de pobre, mal dirigida: con esto sólo la cursaban los muchachos ordinarios, con cuya compañía y ejemplo, ayudado del abandono de mi maestro y de mi buena disposición para lo malo, salí aprovechadísimo en las gracias que os he dicho. Una de ellas fué el acostumbrarme á poner malos nombres, no sólo á los muchachos mis condiscípulos, sino á cuantos conocidos tenía por mi barrio, sin exceptuar á los viejos más respetables. ¡Costumbre ó corruptela indigna de toda gente bien nacida! pero vicio casi generalmente introducido en las más escuelas, en los colegios, cuarteles y otras casas de comunidad; y vicio tan común en los pueblos, que nadie se libra de llevar su mal nombre á retaguardia. En mi escuela se nos olvidaban nuestros nombres propios por llamarnos con los injuriosos que nos poníamos. Uno se conocía por el tuerto, otro por el corcobado, éste por el lagañoso, aquél por el roto. Quién había que entendía muy bien por loco, quién por burro, quién por guajolote, y así todos.

Entre tantos padrinos no me podía yo quedar sin mi pronombre. Tenía cuando fuí á la escuela una chupita verde y calzón amarillo. Estos colores, y el llamarme mi maestro algunas veces por cariño *Pedrillo,* facilitaron á mis amigos mi mal nombre, que fué *Periquillo;* pero me faltaba un adjetivo que me distinguiera de otro *Perico* que había entre nosotros, y este adjetivo

ó apellido no tardé en lograrlo. Contraje una enfermedad de sarna, y apenas lo advirtieron, cuando acordándose de mi legítimo apellido me encajaron el retumbante título de *Sarniento*, y heme aquí ya conocido no sólo en la escuela ni de muchacho, sino ya hombre y en todas partes, por *Periquillo Sarniento*.

Entonces no se me dió cuidado, contentándome con corresponder á mis nombradores con cuantos apodos podía; pero cuando en el discurso de mi vida eché de ver qué cosa tan odiosa y tan mal vista es tener un mal nombre; me daba á Barrabás, reprochaba este vicio y llenaba de maldiciones á los muchachos; mas ya era tarde.

Sin embargo, no dejarán de aprovecharos estas lecciones para que á vuestros hijos jamás les permitáis poner nombres; advirtiéndoles, que esta burda manía, cuando menos, arguye un nacimiento ordinario y una educación muy grosera; y digo cuando menos, porque si no se hace por mera corruptela y chanzoneta, sino que estos nombres son injuriosos de por sí, ó se dicen con ánimo de injuriar, entonces prueban en el que los pone ó los dice una alma baja ó corrompida, y será pecaminosa la tal corruptela, de más ó menos gravedad, según el espíritu con que se use.

Entre los romanos fué costumbre conocerse con sobrenombres que denotaban los defectos corporales de

quien los tenía: así se distinguieron los *Cocles*, los *Manos largas*, los *Cicerones*, los *Nasones* y otros; pero lo que entonces fué costumbre adoptada para inmortalizar la memoria de un héroe, hoy es grosería entre nosotros. Las leyes de Castilla imponen graves penas á los que injurian á otros de palabra, y el mismo Cristo dice que *será reo del fuego eterno el que le dijere á su hermano tonto ó fatuo.*

Y si aun con los iguales debemos abstenernos de este vicio, ¿qué será respecto á nuestros mayores en edad, saber y gobierno? y á pesar de esto, ¿cuál es el superior, sea de la clase ó carácter que sea, que no tenga su mal nombre en la comunidad ó en el pueblo que gobierna? Pues éste es un osado atrevimiento, porque debemos respetarlos en lo público y en lo privado.

Sólo el ser viejo ya es un motivo que debe ejercitar nuestro respeto. Las canas revisten á sus dueños de cierta autoridad sobre los mozos. Tan conocida ha sido esta verdad y tan antigua, que ya en el Levítico se lee: *reverencia la persona del anciano, y levántate á la presencia de los que tienen canas.* Aun á los mismos paganos no se ocultó la justicia de este respeto. Juvenal nos dice *que hubo tiempo en que se tenía por un crimen digno de muerte, que no se levantara un joven á la presencia de un viejo, ó un niño á la de un hombre barbado.*[1] Entre

[1] Sát. XIII.

los lacedemonios se mandaba *que los niños reverenciaran públicamente á los ancianos, y les cedieran el lugar en todas ocasiones.*

¿Qué dijeran estos antiguos si vieran hoy á los muchachos burlarse de los pobres viejos á merced de su cansada edad? Cuarenta y dos muchachos perecieron en los brazos y dientes de dos osos; ¿y por qué? porque se burlaron del profeta Elíseo gritándole *calvo.* ¡Oh, qué bueno fuera que siempre hubiera un par de osos á la mano para que castigaran la insolencia de tanto muchacho atrevido y mal criado que crece entre nosotros!

No digo á los viejos, pero ni á los asimplados ó dementes se debe burlar por ningún caso. El defecto espiritual de estos infelices debe servir para dar gracias al Criador de que nos ha librado de igual fatalidad; debe contener nuestra soberbia, haciéndonos reflexionar que mañana ú otro día podemos padecer igual trastorno, como que somos de la misma masa, y por último, debe excitar nuestra compasión hacia ellos, porque el miserable trae en su misma miseria una carta de recomendación de Dios para sus semejantes. Ved, pues, qué crueldad no será el burlarse de cualquiera de estos pobrecillos, en vez de compadecerlos y socorrerlos como debía ser. Aprended todo esto para inspirarlo á vuestros hijos, y no tengáis por importunas mis digresiones.

Volviendo á mis adelantamientos en la escuela, digo que fueron ningunos, y así hubieran sido siempre, si un impensado accidente no me hubiera librado de mi maestro. Fué el caso, que un día entró un padre clérigo con un niño á encomendarlo á su dirección: después que hubo contestado con él, al despedirse observó el versito que os he dicho, lo miró atentamente, sacó un anteojito, lo volvió á leer con él, procuró limpiar las interrogaciones y la coma que tenía el *no,* creyendo fuesen suciedades de moscas; y cuando se hubo satisfecho de que eran caracteres muy bien pintados, preguntó:—¿Quién escribió esto?—A lo que mi buen maestro respondió diciendo que él mismo lo había escrito y que aquella era su letra. Indignóse el eclesiástico, y le dijo:—Y usted ¿qué quiso decir en esto que ha escrito?—Yo, padre, respondió mi maestro tartamudeando, lo que quise decir, es: que María Santísima fué concebida en gracia original, porque fué la hija querida de Dios Padre. Pues, amigo, repuso el clérigo, usted eso querría decir; mas aquí lo que se lee es un disparate escandaloso; pero pues sólo es efecto de su mala ortografía, tome usted el palo del tintero ó todos sus algodones juntos, y borre ahora mismo y antes que me vaya este verso perversamente escrito, y si no sabe usar de los caracteres ortográficos, no los pinte jamás; pues menos malo será que sus cartas y todo lo que escriba lo fíe á la discreción de los lectores, sin gota de

puntuación, que no que por hacer lo que no sabe, escriba injurias ó blasfemias como la presente.

El pobre de mi maestro, todo corrido y lleno de vergüenza, borró el verso fatal, delante del padre y de nosotros. Luego que concluyó su tácita retractación, prosiguió el eclesiástico:—Me llevo á mi sobrino, porque él es un ciego por su edad, y usted otro ciego por su ignorancia: y si un ciego es el lazarillo de otro ciego, ya usted habrá oído decir que los dos van á dar al precipicio. Usted tiene buen corazón y buena conducta; mas estas cualidades de por sí no bastan para ser buenos padres, buenos ayos ni buenos maestros de la juventud. Son necesarios requisitos para desempeñar estos títulos, *ciencia, prudencia, virtud y disposición.* Usted no tiene más que virtud, y esta sola lo hará bueno para mandadero de monjas ó sacristán, no para director de niños. Conque procure usted solicitar otro destino, pues si vuelvo á ver esta escuela abierta, avisaré al maestro mayor para que le recoja á usted las licencias, si las tiene. Adiós.—Consideren ustedes, ¿cómo quedaría mi maestro con semejante panegírico? Luego que se fué el padre clérigo, se sentó y reclinó la cabeza sobre sus brazos, lleno de confusión y guardando un profundo silencio.

Ese día no hubo planas, ni lección, ni rezo, ni doctrina, ni cosa que lo valiera. Nosotros participamos de su pesadumbre é hicimos el duelo á su tristeza en el modo

que pudimos, pues arrinconamos las planas y los libros, y no osamos levantar la voz para nada. Bien es, que por no perder la costumbre, retozamos y charlamos en secreto hasta que dieron las doce, á cuya primera campanada volvió mi maestro en sí: rezó con nosotros, y luego que nos echó su bendición, nos dijo con un tono bastante tierno: — «Hijos míos: yo no trato de proseguir en un destino que lejos de darme que comer, me da disgusto. Ya habéis visto el lance que me acaba de pasar con ese padre: Dios le perdone el mal rato que me ha dado; pero yo no me expondré á otro igual, y así no vengáis á la tarde: avisad á vuestros padres que estoy enfermo y ya no abro la escuela. Conque hijos, vayan norabuena y encomiéndenme á Dios.»

No dejamos de afligirnos algún tanto, ni dejaron nuestros ojos de manifestar nuestro pesar, porque en efecto, sentíamos á mi maestro como que magüer tontos, conocíamos que no podíamos encontrar maestro más suave si lo mandábamos hacer de mantequilla ó mazapán; pero en fin, nos fuímos.

Cada muchacho haría en su casa lo que yo en la mía, que fué contar al pie de la letra todo el pasaje, y la resolución de mi maestro de no volver á abrir la escuela.

Con esta noticia tuvo mi padre que solicitarme nuevo maestro, y lo halló al cabo de cinco días. Llevóme á su escuela y entregóme bajo su terrible férula.

¡Qué instable es la fortuna en esta vida! Apenas no muestra un día su rostro favorable para mirarnos con ceño muchos meses. ¡Válgame Dios, y cómo conocí esta verdad en la mudanza de mi escuela! En un instante me ví pasar de un paraíso á un infierno, y del poder de un ángel al de un diablo atormentador. El mundo se me volvió de arriba abajo.

Este mi nuevo maestro era alto, seco, entrecano, bastante bilioso é hipocondríaco, hombre de bien á toda prueba, arrogante lector, famoso pendolista, aritmético diestro y muy regular estudiante; pero todas estas prendas las deslucía su genio tétrico y duro.

Era demasiado eficaz y escrupuloso. Tenía muy pocos discípulos, y á cada uno consideraba como el único objeto de su instituto. ¡Bello pensamiento si lo hubiera sabido dirigir con prudencia! pero unos pecan por uno y otros por otro extremo donde falta aquella virtud. Mi primer maestro era nimiamente compasivo y condescendiente, y el segundo era nimiamente severo y escrupuloso. El uno nos consentía mucho, y el otro no nos simulaba lo más mínimo. Aquél nos acariciaba sin cato, y éste nos martirizaba sin caridad.

Tal era mi nuevo preceptor, de cuya boca se había terrado la risa para siempre, y en cuyo cetrino semte se leía toda la gravedad de un Areopagita. Era de llos que llevan como infalible el cruel y vulgar

axioma de que *la letra con sangre entra,* y bajo este sistema era muy raro el día que no nos atormentaba. La disciplina, la palmeta, las orejas de burro y todos los instrumentos punitorios, estaban en continuo movimiento sobre nosotros; y yo, que iba lleno de vicios, sufría más que ninguno de mis condiscípulos los rigores del castigo.

Si mi primer maestro no era para el caso por indulgente, éste lo era menos por tirano; si aquél era bueno para mandadero de monjas, éste era mejor para cochero ó mandarín de obrajes.

Es un error muy grosero pensar que el temor puede hacernos adelantar en la niñez si es excesivo. Con razón decía Plinio que *el miedo es un maestro muy infiel.* Por milagro acertará en alguna cosa el que la emprenda prevenido del miedo y del terror; el ánimo conturbado, decía Cicerón, no es á propósito para desempeñar sus funciones. Así me sucedía, que cuando iba ó me llevaban á la escuela, ya entraba ocupado de un temor imponderable; con esto mi mano trémula y mi lengua balbuciente ni podían formar un renglón bueno ni articular una palabra en su lugar. Todo lo erraba, no por falta de aplicación, sino por sobra de miedo. A mis yerros seguían los azotes, á los azotes más miedo, y á más miedo más torpeza en mi mano y en mi lengua, la que me granjeaba más castigo.

En este círculo horroroso de yerros y castigo viví dos meses bajo la dominación de aquel sátrapa infernal. En este tiempo ¡qué diligencias no hizo mi madre, obligada de mis quejas, para que mi padre me mudara de escuela! ¡qué disgustos no tuvo! ¡y qué lágrimas no le costó! pero mi padre estaba inexorable, persuadido á que todo era efecto de su consentimiento, y no quería en esto condescender con ella, hasta que por fortuna fué un día á casa de visita un religioso que ya tenía noticia del pan que amasaba el señor maestro susodicho, y ofreciéndose hablar de sus crueldades, peroró mi madre con tanto ahinco, y atestiguó el religioso con tanta solidez á mi favor que, convencido mi padre, se resolvió á ponerme en otra parte, como veréis en el capítulo que sigue.

CAPÍTULO III

En el que Periquillo describe su tercera escuela, y la disputa de sus padres sobre ponerlo á oficio

Llegó el aplazado día en que mi padre acompañado del buen religioso determinó ponerme en la tercera escuela. Iba yo cabizbajo, lloroso y lleno de temor, creyendo encontrarme con el segundo tomo del viejo cruel, de cuyo poder me acababan de sacar, sin embargo, de que mi padre y el reverendo me ensanchaban el ánimo á cada paso.

Entramos por fin á la nueva escuela; pero ¡cuál fué mi sorpresa cuando ví lo que no esperaba ni estaba acostumbrado á ver! Era una sala muy espaciosa y aseada, llena de luz y ventilación, que no embarazaban sus hermosas vidrieras: las pautas y muestras colocadas á trechos, eran sostenidas por unos genios muy graciosos, que en la siniestra mano tenían un festón de rosas de la más halagüeña y exquisita pintura. No parece sino que mi maestro había leído al sabio Blanchard en su *escuela de las costumbres,* y que pretendió realizar los proyectos que apunta dicho sabio en esta parte, porque la sala de la enseñanza rebosaba luz, limpieza, curiosidad y alegría.

Al primer golpe de vista que recibí con el agradable exterior de la escuela, se rebajó notablemente el pavor con que había entrado, y me serené del todo cuando ví pintada la alegría en los semblantes de los otros niños, de quienes iba á ser compañero.

Mi nuevo maestro no era un viejo adusto y saturnino, según yo me lo había figurado; todo lo contrario, era un semijoven como de treinta y dos á treinta y tres años, de un cuerpo delgado y de regular estatura; vestía decente, al uso del día y con mucha limpieza; su cara manifestaba la dulzura de su corazón; su boca era el depósito de una prudente sonrisa; sus ojos vivos y penetrantes inspiraban la confianza y el respeto; en una pala-

—¿Ves, hijo, qué primores encierra la naturaleza, aun en cuatro hierbecitas y unos animalitos que aquí tenemos?

bra, este hombre amable parece que había nacido para dirigir la juventud en sus primeros años.

Luego que mi padre y el religioso se retiraron, me llevó mi maestro al corredor; comenzó á enseñarme las macetas; á preguntarme por las flores que conocía; á hacerme reflexionar sobre la varia hermosura de sus colores, la suavidad de sus aromas y el artificioso mecanismo con que la naturaleza repartía los jugos de la tierra por las ramificaciones de las plantas.

Después me hizo escuchar el dulce canto de varios pintados pajarillos que estaban pendientes en sus jaulitas, como los de la sala, y me decía:—¿Ves, hijo, qué primores encierra la naturaleza, aun en cuatro hierbecitas y unos animalitos que aquí tenemos? Pues esta naturaleza es la ministra del Dios que creemos y adoramos. La mayor maravilla de la naturaleza que te sorprenda, la hizo el Criador con un acto simple de su suprema voluntad. Ese globo de fuego que está sobre nuestras cabezas, que arde sin consumirse muchos miles de años hace, que mantiene sus llamas sin saberse con qué pábulo, que no sólo alegra, sino que da vida al hombre, al bruto, á la planta y á la piedra; ese sol, hijo mío, esa antorcha del día, ese ojo del cielo, esa alma de la naturaleza que con sus benéficos resplandores ha deslumbrado á muchos pueblos, granjeándose adoraciones de deidad, no es otra cosa, para que me entiendas, que un

juguete de la soberana Omnipotencia. Considera, ahora, cuál será el poder, la sabiduría y el amor de este tu gran Dios, pues ese sol que te admira, esos cielos que te alegran, estos pajarillos que te divierten, estas flores que te halagan, este hombre que te enseña, y todo cuanto te rodea en la naturaleza, salió de sus divinas manos sin el menor trabajo, con toda perfección y destinado á tu servicio. Y qué, ¿tú serás tan para poco que no lo conozcas? O ya que lo conozcas, ¿serás tan indigno que no agradezcas tantos favores al Dios que te los ha hecho sin merecerlos? Yo no lo puedo creer de tí. Pues mira, el mejor modo de mostrarse agradecida una persona á su bienhechor, es servirlo en cuanto pueda, no darle ningún disgusto y hacer cuanto le mande. Esto debes practicar con tu Dios, pues es tan bueno. Él te manda que lo ames y que observes sus mandamientos. En el cuarto de ellos te ordena que obedezcas y respetes á tus padres, y después de ellos á tus superiores, entre los que tienen un lugar muy distinguido tus maestros. Ahora me toca serlo tuyo, y á tí te toca obedecerme como buen discípulo. Yo te debo amar como hijo y enseñarte con dulzura, y tú debes amarme, respetarme y obedecerme lo mismo que á tu padre.

No me tengas miedo, que no soy tu verdugo: trátame con miramiento; pero al mismo tiempo con confianza, considerándome como padre y como amigo.

Acá hay disciplinas, y de alambre, que arrancan los pedazos; hay palmetas, orejas de burro, cormas, grillos y mil cosas feas; pero no las verás muy fácilmente, porque están encerradas en una covacha. Esos instrumentos horrorosos que anuncian el dolor y la infamia, no se hicieron para tí ni para esos niños que has visto, pues estáis criados en cunas no ordinarias, tenéis buenos padres, que os han dado muy bella educación, y os han inspirado los mejores sentimientos de virtud, honor y vergüenza, y no creo ni espero que jamás me pongáis en el duro caso de usar de tan repugnantes castigos.

El azote, hijo mío, se inventó para castigar afrentando al racional, y para avivar la pereza del bruto que carece de razón; pero no para el niño decente y de vergüenza que sabe lo que le importa hacer y lo que nunca debe ejecutar, no amedrentado por el rigor del castigo, sino obligado por la persuasión de la doctrina y el convencimiento de su propio interés.

Aun los irracionales se docilitan y aprenden con sólo la continuación de la enseñanza, sin necesidad de castigo. ¿Cuántos azotes te parece que les habré dado á estos inocentes pajaritos para hacerlos trinar como los oyes? Ya supondrás que ni uno; porque ni soy capaz de usar tal tiranía ni los animalitos son bastantes á resistirla. Mi empeño en enseñarlos y su aplicación en

aprender los han acostumbrado á gorjear en el orden que los oyes.

Conque si unas avecitas no necesitan azote para aprender, un niño como tú, ¿cómo lo habrá menester?... ¡Jesús!... ni pensarlo. ¿Qué dices? ¿me engaño? ¿me amarás? ¿harás lo que te mande?—Sí, señor, le dije, todo enternecido, y le besé la mano, enamorado de su dulce genio. Él entonces me abrazó, me llevó á su recámara, me dió unos bizcochitos, me sentó en su cama y me dijo que me estuviera allí.

Es increíble lo que domina el corazón humano un carácter dulce y afable, y más en un superior. El de mi maestro me docilitó tanto con su primera lección, que siempre le quise y veneré entrañablemente, y por lo mismo le obedecía con gusto.

Dieron las doce, me llamó mi maestro á la escuela para que las rezara con los niños. Acabamos, y luego nos permitió estar saltando y enredando todos en buena compañía; pero á su vista, con cuyo respeto eran nuestros juegos inocentes. Entretanto fueron llegando los criados y criadas por sus respectivos niños, hasta que llegó la de mi casa y me llevó; pero advertí que mi maestro le volvió el libro que yo tenía para leer, y le dió una esquelita para mi padre, la que se reducía á decirle que llevara yo primeramente los compendios de Fleury ó Pinton, y cuando ya estuviera bien instruído en aquellos

principios, sería útil ponerme en las manos *El Hombre feliz, Los Niños célebres, Las Recreaciones del hombre sensible,* ú otras obritas semejantes; pero que nunca convenía que yo leyera *Soledades de la vida, Las novelas de Sayas, Guerras civiles de Granada, La historia de Carlo Magno y doce pares,* ni otras boberas de éstas, que lejos de formar, cooperan á corromper el espíritu de los niños ó disponiendo su corazón á la lubricidad, ó llenando su cabeza de fábulas, valentías y patrañas ridículas.

Mi padre lo hizo según quería mi maestro, y con tanto más gusto cuanto que conocía que no era nada vulgar.

Dos años estuve en compañía de este hombre amable, y al cabo de ellos salí medianamente aprovechado en los rudimentos de leer, escribir y contar. Mi padre me hizo un vestidito decente el día que tuve mi examen público. Se esforzó para darle una buena gala á mi maestro, y en efecto, la merecía demasiado. Le dió las debidas gracias, y yo también con muchos abrazos, y nos despedimos.

Acaso os habrá hecho fuerza, hijos míos, que habiendo yo sido de tan mal natural por mi educación física y moral sin culpa, sino por un excesivo amor de mi madre, y habiéndome corrompido más con el perverso ejemplo de los muchachos de mi primera escuela, hubiera transformádome en un instante de malo en regu-

lar (porque bueno jamás lo he sido) bajo la dirección de mi verdadero maestro; pero no lo extrañéis, porque tanto así puede la buena educación reglada por un talento superior y una prudencia vigilante, y lo que es más, por el buen ejemplo, que es la pauta sobre que los niños dirigen sus acciones casi siempre.

Así que, cuando tengáis hijos, cuidad no sólo de instruirlos con buenos consejos, sino de animarlos con buenos ejemplos. Los niños son los monos de los viejos; pero unos monos muy vivos: cuanto ven hacer á sus mayores, lo imitan al momento, y por desgracia imitan mejor y más pronto lo malo que lo bueno. Si el niño os ve rezar, él también rezará; pero las más veces con tedio y durmiéndose. No así si os oye hablar palabras torpes é injuriosas; si os advierte iracundos, vengativos, lascivos, ebrios ó jugadores; porque esto lo aprenderá vivamente, advertirá en ello cierta complacencia, y el deseo de satisfacer enteramente sus pasiones le hará imitar con la mayor prolijidad vuestros desarreglos; y entonces vosotros no tendréis cara para reprenderlos; pues ellos os podrán decir: esto nos habéis enseñado, vosotros habéis sido nuestros maestros, y nada hacemos que no hayamos aprendido de vosotros mismos.

Los cangrejos son unos animalitos que andan de lado; pues como advirtiesen esta deformidad algunos cangrejos civilizados, trataron de que se corrigiera este

defecto; pero un cangrejo machucho dijo:—Señores, es una torpeza pretender que en nosotros se corrija un vicio que ha crecido con la edad. Lo seguro es instruir á nuestra juventud en el modo de andar derechos, para que, enmendando ellos este despilfarro, enseñen después á sus hijos y se logre desterrar para siempre de nuestra posteridad este maldito modo de andar.—Todos los cangrejos *nemine discrepante*[1] celebraron el arbitrio. Encargóse su ejecución á los cangrejos padres, y éstos con muy buenas razones persuadían á sus hijos á andar derechos; pero los cangrejitos decían:—*¿A ver cómo, padres?*—Aquí era ello. Se ponían á andar los cangrejos y andaban de lado, contra todos los preceptos que les acababan de dar con la boca. Los cangrejillos, como que es natural, hacían lo que veían y no lo que oían, y de este modo se quedaron andando como siempre. Esta es una fábula respecto á los cangrejos, mas respecto á los hombres es una verdad evidente; porque, como dice Séneca, *se hace largo y difícil el camino que conduce á la virtud por los preceptos; breve y eficaz por el ejemplo.*

Así, hijos míos, debéis manejaros delante de los vuestros con la mayor circunspección, de modo que jamás vean el mal, aunque lo cometáis alguna vez por vuestra miseria. Yo, á la verdad, si habéis de ser malos (lo que Dios no permita) más os quisiera hipócritas que

[1] De común acuerdo.

escandalosos delante de mis nietos, pues menos daño recibirán de ver virtudes fingidas que de aprender vicios descarados. No digo que la hipocresía sea buena ni perdonable, pero del mal el menos.

No sólo los cristianos sabemos que nos obliga este buen ejemplo que se debe dar á los hijos. Los mismos paganos conocieron esta verdad. Entre otros es digno de notarse Juvenal, cuando dice en la Sátira XIV lo que os traduciré al castellano de este modo:

Nada indigno del oído ó de la vista
El niño observe en vuestra propia casa.
De la doncella tierna esté muy lejos
La seducción que la haga no ser casta,
Y no escuche jamás la voz melosa
De aquel que se desvela en arruinarla.
Gran reverencia al niño se le debe,
Y si á hacer un delito te preparas,
No desprecies sus años por ser pocos,
Que la malicia en muchos se adelanta;
Antes si quieres delinquir, tu niño
Te debe contener aun cuando no habla,
Pues tú eres su censor, y tus enojos,
Por tus ejemplos moverá mañana.
(Y has de advertir que tu hijo en las costumbres
Se te ha de parecer como en la cara).
Cuando él cometa crímenes horribles
No perdiendo de vista tus pisadas,
Tú querrás corregirlo y castigarlo,
Y llenarás el barrio de alharacas.
Aún más harás, si tienes facultades,
Lo desheredarás lleno de saña;
¿Pero con qué justicia en ese caso
La libertad de padre le alegaras
Cuando tú, que eres viejo, á su presencia
Tus mayores maldades no recatas?

Después que pasaron unos cuantos días que me dieron en mi casa de asueto y como de gala, se trató de darme destino.

Mi padre, que como os he dicho, era un hombre prudente y miraba las cosas más allá de la cáscara, considerando que ya era viejo y pobre, quería ponerme á oficio; porque decía que en todo caso más valía que fuera yo mal oficial que buen vagabundo; mas apenas comunicó su intención con mi madre, cuando... ¡Jesús de mi alma! ¡qué aspavientos y qué extremos no hizo la santa señora! Me quería mucho, es verdad; pero su amor estaba mal ordenado. Era muy buena y arreglada; mas estaba llena de vulgaridades. Decía á mi padre:—¿Mi hijo á oficio? no lo permita Dios. ¿Qué dijera la gente al ver al hijo de don Manuel Sarmiento, aprendiendo á sastre, pintor, platero ú otra cosa?—¡Qué ha de decir! respondía mi padre; que don Manuel Sarmiento es un hombre decente, pero pobre, y muy hombre de bien, y no teniendo caudal que dejarle á su hijo, quiere proporcionarle algún arbitrio útil y honesto para que solicite su subsistencia sin sobrecargar á la república de un ocioso más, y este arbitrio no es otro que un oficio. Esto pueden decir y no otra cosa.—No, señor, replicaba mi madre toda electrizada: si usted quiere dar á Pedro algún oficio mecánico, atropellando con su nacimiento, yo no; pues aunque pobre, me acuerdo que por mis

venas y por las de mi hijo corre la ilustre sangre de los Ponces, Tagles, Pintos, Velascos, Zumalacárreguis y Bundiburis.—Pero, hija, decía mi padre, ¿qué tiene que ver la sangre ilustre de los Ponces, Tagles, Pintos, ni de cuantos colores y alcurnias hay en el mundo, con que tu hijo aprenda un oficio para que se mantenga honradamente, puesto que no tiene ningún vínculo que afiance su subsistencia?—¿Pues qué, instaba mi madre, le parece á usted bueno que un niño noble sea sastre, pintor, platero, tejedor ó cosa semejante?—Sí, mi alma, respondía mi padre con mucha flema: me parece bueno y muy bueno que el niño noble, si es pobre y no tiene protección, aprenda cualquier oficio, por mecánico que sea, para que no ande mendigando su alimento. Lo que me parece malo es que el niño noble ande sin blanca, roto ó muerto de hambre por no tener oficio ni beneficio. Me parece malo que para buscar que comer ande de juego en juego, mirando donde se arrastra un muerto,[1] donde dibuja una apuesta, ó logra por favor una gurupiada.[2] Me parece más malo que el niño noble ande al medio día espiando dónde van á comer para echarse, como dicen, de apóstol, y yo digo de gorrón ó sinvergüenza, porque los apóstoles solían ir á comer á las

[1] Así se llama en los juegos hurtarse una parada á sombra del descuido de su legítimo dueño.

[2] Llaman los jugadores *gurupié* al que ayuda al banquero, montero, etc., á barajar, pagar las apuestas que ganan, recoger las que pierden, etc. E.

casas ajenas después de convidados y rogados, y estos tunos van sin que los conviden ni les rueguen; antes, á trueque de llenar el estómago, son el hazmerreir de todos, sufren mil desaires, y después de tanto, permanecen más pegados que unas sanguijuelas, de suerte que á veces es necesario echarlos noramala con toda claridad. Esto sí me parece malo en un noble, y me parece peor que todo lo dicho y malísimo en extremo de la maldad imaginable que el joven ocioso, vicioso y pobre ande estafando á éste, petardeando á aquél y haciendo á todos las trácalas que puede, hasta quitarse la máscara, dar en ladrón público y parar en un suplicio ignominioso ó en un presidio. Tú has oído decir varias de estas pillerías, y aun has visto algunos cadáveres de estos nobles, muertos á manos de verdugos en esta plaza de México. Tú conociste á otro caballerito noble y muy noble, hijo de una casa solariega, sobrino nada menos que de un primer ministro y secretario de Estado; pero era un hombre vicioso, abandonado y sin destino: (por calavera) consumó sus iniquidades matando á un pobre maromero en la cuesta del Platanillo, camino de Acapulco, por robarle una friolera que había adquirido á costa de mil trabajos. Cayó en manos de la Acordada, se sentenció á muerte, estuvo en la capilla, lo sacó de ella un virrey por respeto del tío, y permanece preso en aquella cárcel ya hace una porción de

años.[1] He aquí el triste cuadro que presenta un hombre noble, vicioso y sin destino. Nada perdió el lustre de su casa por el villano proceder de un deudo pícaro. Si lo hubieran ahorcado, el tío hubiera quedado, como quedó, en el candelero; porque así como nadie es sabio por lo que supo su padre, ni valiente por las hazañas que hizo, así tampoco nadie se infama ni se envilece por los pésimos procederes de sus hijos.

He traído á la memoria este caso horrendo, y ¡ojalá no sucedieran otros semejantes! para que veas á lo que está expuesto el noble que, fiado en su nobleza, no quiere trabajar, aunque sea pobre.

—Pero ¿luego ha de dar en un ojo? decía mi madre, ¿luego ha de ser Pedrito tan atroz y malvado como D. N. R.?—Sí, hijita, respondía mi padre; estando en el mismo predicamento, lo propio tiene Juan que Pedro; es una cosa muy natural, y el milagro fuera que no sucediera del mismo modo, mediando las propias circunstancias. ¿Qué privilegio goza Pedro para que, supuesta su pobreza é inutilidad, no sea también un vicioso y un ladrón, como Juan, y como tantos Juanes que hay en el mundo? ¿Ni qué firma tenemos del Padre Eterno, que nos asegure que nuestro hijo ni se empapará en los vicios, ni correrá la desgraciada suerte de otros sus iguales, mayormente mirándose oprimido de la necesi-

[1] Siendo virrey el conde de Revilla, lo desterró para siempre á las islas Marianas.

dad, que casi siempre ciega á los hombres y los hace prostituirse á los crímenes más vergonzosos?

—Todo esto está muy bueno, decía mi madre; ¿pero qué dirán sus parientes al verlo con oficio?—Nada, ¿qué han decir? respondía mi padre; lo más que dirán es: mi primo el sastre, mi sobrino el platero ó lo que sea; ó tal vez dirán: no tenemos parientes sastres, etc., y acaso no le volverán á hablar; pero ahora, díme tú: ¿qué le darán sus parientes el día que lo vean sin oficio, muerto de hambre y hecho pedazos? Vamos, ya yo te dije lo que dirían en un caso, díme tú lo que le dirán en el contrario.—Puede, decía mi buena madre, puede que lo socorran siquiera porque no los desdore.—Ríete de eso, hija, respondía mi padre; como él no los desplatee, poca fuerza les hará que los desdore. Los parientes ricos, por lo común, tienen un expediente muy ensayado para librarse de un golpe de la vergüencilla que les causan los andrajos de sus parientes pobres, y éste es negarlos por tales redondamente. Desengáñate; si Pedro tuviere alguna buena suerte ó hiciere algún viso en el mundo, no sólo lo reconocerán sus verdaderos parientes, sino que se le aparecerán otros mil nuevos, que lo serán lo mismo que el Gran Turco, y tendrá continuamente á su lado un enjambre de amigos que no lo dejarán mover; pero si fuere un pobre, como es regular, no contará más que

con el peso que adquiera. Esta es una verdad, pero muy antigua y muy experimentada en el mundo; por eso nuestros viejos dijeron sabiamente, que *no hay más amigo que Dios, ni más pariente que un peso.* ¿Tú ves ahora que nos visitan y nos hacen mil expresiones tu tío el capitán, mi sobrino el cura, las primas Delgados, la tía Rivera, mamá Manuela y otros? Pues es porque ven que, aunque pobres, á Dios gracias no nos falta que comer y les sirvo en lo que puedo. Por eso nos visitan, por eso y nada más, créelo. Unos vienen á pedirme prestado, otros á que les saque de este ó aquel empeño, quién á pasar el rato, quién á inquirir los centros de mi casa y quién á almorzar ó tomar chocolate; pero si yo me muero, como que quedas pobre, verás, verás cómo se disipan los amigos y los deudos, lo mismo que los mosquitos con la incomodidad del humo. Por estos conocimientos deseara que mi Pedro aprendiera oficio, ya que es pobre, para que no hubiera menester á los suyos ni á los extraños después de mis días. Y te advierto, que muchas veces suelen los hombres hallar más abrigo entre los segundos que entre los primeros; mas con todo eso, bueno es atenerse cada uno á su trabajo y á sus arbitrios y no ser gravoso á nadie.

—Tú medio me aturdes con tantas cosas, decía mi madre; pero lo que veo es que un hidalgo sin oficio es mejor recibido y tratado con más distinción en cual-

quiera parte decente que otro hidalgo sastre, batihoja, pintor, etc. — Ahí está la preocupación y la vulgaridad, respondía mi padre. Sin oficio puede ser; pero no sin destino ú arbitrio honesto. A un empleado en una oficina, á un militar ó cosa semejante, le harán mejor tratamiento que á un sastre ó á cualquiera otro oficial mecánico, y muy bien hecho: razón es que las gentes se distingan; pero al sastre y aun al zapatero lo estimarán más en todas partes que no al hidalgo tuno, ocioso, trapiento y petardista, que es lo que quiero que no sea mi hijo. A más de esto, ¿quién te ha dicho que los oficios envilecen á nadie? Lo que envilece son las malas acciones, la mala conducta y la mala educación. ¿Se dará destino más vil que guardar puercos? pues esto no embarazó para que un Sixto V fuera pontífice de la Iglesia católica...

Pero esta disputa paró en lo que leeréis en el capítulo cuarto.

CAPÍTULO IV

En el que Periquillo da razón en qué paró la conversación de sus padres, y del resultado que tuvo, y fué que lo pusieron á estudiar, y los progresos que hizo.

Mi madre, sin embargo de lo dicho, se opuso de pie firme á que se me diera oficio, insistiendo en que me pusiera mi padre en el colegio. Su merced le decía:

—No seas cándida; y si á Pedro no le inclinan los estudios ó no tiene disposición para ellos, ¿no será una barbaridad dirigirlo por donde no le gusta? Es la mayor

simpleza de muchos padres pretender tener á pura fuerza un hijo letrado ó eclesiástico, aun cuando no sea de su vocación tal carrera ni tenga talento á propósito para las letras; causa funesta, cuyos perniciosos efectos se lloran diariamente en tantos abogados firmones, [1] médicos asesinos y eclesiásticos ignorantes y relajados, como advertimos.

Todavía para dar oficio á los niños es menester consultar su genio y constitución física, porque el que es bueno para sastre ó pintor, no lo será para herrero ó carpintero, oficios que piden, á más de inclinación, disposición de cuerpo y unas robustas fuerzas.

No todos los hombres han nacido útiles para todo. Unos son buenos para las letras, y no generalmente, pues el que es bueno para teólogo, no lo será para médico; y el que será un excelente físico, acaso será un abogado de á docena, si no se le examina el genio; y así de todos los letrados. Otros son buenos para las armas é ineptos para el comercio; otros excelentes para el comercio y topos para las letras; otros, por último, aptísimos para las artes liberales y negados para las mecánicas, y así de cuantos hombres hay.

En efecto, hombres generales y á propósito para

[1] Se llama así á los abogados que, teniendo pocos negocios en sus bufetes, ocurren á los Oficios de los escribanos, y antiguamente á los Bancos de los procuradores, á poner su firma por cuatro reales ó un peso, en los escritos que, según las leyes, no podían correr sin este requisito. E.

todas las ciencias y artes se consideran ó como fenómenos de la naturaleza, ó como testimonios de la Omnipotencia Divina, que puede hacer cuanto quiera.

Sin embargo, yo creo firmemente que estos *omniscios*, que una que otra vez ha celebrado el mundo, han sido sólo unos monstruos (si puede decirse así) de entendimiento, de aplicación y de memoria, y han admirado á las generaciones por cuanto han adquirido el conocimiento de muchas más ciencias que el común de los sabios sus coetáneos, y las han poseído tal vez en un grado más superior; pero, en mi concepto, no han pasado de unos fenómenos de talento, rarísimos en verdad; mas limitados todavía infinitamente, y no han merecido ni merecerán jamás el sagrado renombre de omniscios, pues si omniscio quiere decir el que todo lo sabe, digo que no hay más que un omniscio dentro y fuera de la naturaleza, que es Dios. Este Ente Supremo es sí, el único y verdadero omniscio, porque es el que única y verdaderamente sabe todo cuanto se puede saber; y en este sentido, conceder un hombre omniscio, fuera conceder otro Dios, de cuyo absurdo están muy lejos aun los que honraron al profundo Leibniz con tan pomposo título.

Acaso este grande hombre no sería capaz de ensuelar un zapato, de bordar una sardineta, ni de hacer otras mil cosas que todos vemos como meras frioleras y efectos

de un puro mecanismo; y sin acaso, este ingenio célebre, si resucitara, tendría que abjurar muchos de sus preceptos y axiomas, desengañado con los nuevos descubrimientos que se han hecho.

Todo esto te digo, hija mía, para que reflexiones que todos los hombres somos finitos y limitados, que apenas podemos acertar en una ú otra cosa; que los ingenios más célebres no han pasado de grandes; pero ni remotamente han sido universales, pues ésta es prerrogativa del Criador, y que, según esto, debemos examinar la inclinación y talento de nuestros hijos para dirigirlos.

No me acuerdo dónde he leído que los lacedemonios, para destinar á los suyos con acierto, se valían de esta estratagema. Prevenían en una gran sala diferentes instrumentos pertenecientes á las ciencias y artes que conocían. Supón tú que en aquella sala ponían instrumentos de música, de pintura, de escultura, de arquitectura, de astronomía, de geografía, etc., sin faltar tampoco armas y libros: hecho esto disponían con disimulo que varios niños se juntasen allí solos, y que jugasen á su arbitrio con los instrumentos que quisiesen, y entretanto, sus padres estaban ocultos y en observación de las acciones de sus hijos, y notando á qué cosa se inclinaba cada uno de por sí; y cuando advertían que un niño se inclinaba con constancia á las armas, á los

libros, ó á cualquiera ciencia ó arte de aquellas cuyos instrumentos tenían á la vista, no dudaban aplicarlos á ellos, y casi siempre correspondía el éxito á su prudente examen.

Siempre me ha gustado esta bella industria para rastrear la inclinación de los niños; así como he reprobado la general corruptela de muchos padres que á tontas y á locas encajan á los muchachos en los colegios, sin indagar ni aun ligeramente si tienen disposición para las letras.

Hija mía, este es un error tan arraigado como grosero. El niño que tenga un entendimiento somero y tardo jamás hará progresos en ciencia alguna, por más que curse las aulas y manosee los libros. Ni éstos ni los colegios dan talento á quien nació sin él. Los burritos entran todos los días en los colegios y universidades cargados de carbón ó de piedra, y vuelven á salir tan burros como entraron; porque así como las ciencias no están aisladas en los recintos de las universidades ó gimnasios, así tampoco éstos son capaces de comunicar un adarme de ciencia al que carezca de talento para aprenderla.

Fuera de esto, hay otra razón harto poderosa para que yo no me resuelva á poner á mi hijo en el colegio, aun cuando supiera que tenía una bella disposición para estudiante, y esta es mi pobreza. Apenas alcanzo para comer con mi corto destino, ¿de dónde voy á coger diez

pesos para la pensión mensual y toda aquella ropa decente que necesita un colegial? y ya ves tú aquí un embarazo insuperable.

—No, dijo mi madre, que hasta entonces sólo había escuchado sin despegar sus labios para nada; no, esa no es razón ni menos embarazo; porque con ponerlo de capense ya se remedió todo.

—Muy bien, dijo mi padre, me has quinado; pero vamos á ver qué salida me das á esta otra dificultad. Yo ya estoy viejo, soy pobre, no tengo qué dejarte: mañana me muero, te hallas viuda, sola, sin abrigo ni qué comer, con un mocetón á tu lado que cuando mucho sabrá hablar tal cual latinajo y aturdir al mundo entero con cuatro *ergos* y pedanterías que el mismo que las dice no las entiende; pero que en realidad de nada vale todo eso, porque el muchacho como no tiene quién lo siga fomentando, se queda varado en la mitad de la carrera sin poder ser ni clérigo, ni abogado, ni médico, ni cosa alguna que le facilite su subsistencia ni tus socorros por las letras; siendo lo peor que en ese caso tampoco es útil ya para las artes; pues no se dedicará á aprender un oficio por tres fortísimas razones. La primera, por ciertos humorcillos de vanidad que se pegan en el colegio á los muchachos, de modo que cualquiera de ellos sólo con haber entrado al colegio (y más si vistió la beca) y saber mascar el Cicerón ó el Breviario, ya cree que se envile-

cería si se colocara tras de un mostrador, ó si se pusiera á aprender un oficio en un taller. Esto es aún siendo un triste gramatiquillo, ¿qué será si ha logrado el altisonante y colorado título de bachiller? ¡Oh! entonces se persuade que la tierra no lo merece. ¡Pobres muchachos!

Esta es la primera razón que lo inutiliza para las artes. La segunda es, que como ya son grandes, se les hace pesado el trabajo material, al paso que vergonzoso el ponerse de aprendices en una edad en que los demás son oficiales, y aún se dificultaría bastante que hubiera maestro que quisiera encargarse de la enseñanza y mantención de tales jayanes.

La tercera razón es, que como en tal caso ya los muchachos tienen el colmillo duro, esto es, ya han probado á lo que sabe la libertad, de manera ninguna se quieren sujetar á lo que tan fácilmente se hubieran sujetado de más niños; y cátate ahí el estado de tu Pedro si lo ponemos á estudiar y muero dejándolo, como es factible, en la mitad de la carrera, pues se queda en el aire sin poder seguir adelante ni volver atrás. Y cuando tú veas que en vez de contar con un báculo en que apoyarte en la vejez, sólo tienes á tu lado un haragán inútil que de nada te sirve (pues en las tiendas no fían sobre silogismos ni latines) entonces darás á Judas los estudios y las bachillerías de tu hijo. Conque, hija mía, hagamos

ahora lo que quisieras haber hecho después de mis días. Pongamos á oficio á Pedro. ¿Qué dices?

—¿Qué he de decir? respondió mi madre; sino que tú te empeñas en mortificarme y en hacer infeliz á esa pobre criatura, tratando de ordinariarlo poniéndolo de artesano, y por eso hablas y ponderas tanto. Pues qué, ¿ya sabes que es un tonto? ¿ya sabes que te vas á morir en la mitad de sus estudios? ¿y ya sabes, por fin, que porque tú te mueras se cierran todos los recursos? Dios no se muere: parientes tiene y padrinos que lo socorran: ricos hay en México harto piadosos que lo protejan, y yo, que soy su madre, pediré limosna para mantenerlo hasta que se logre. No, sino que tú no quieres al pobre muchacho; pero ni á mí tampoco, y por eso tratas de darme esta pesadumbre. ¿Qué he de hacer? soy infeliz y también mi hijo...

Aquí comenzó á llorar la alma mía de mi madre, y con sus cuatro lágrimas dió en tierra con toda la constancia y solidez de mi buen padre, pues éste, luego que la vió llorar la abrazó como que la amaba tiernamente, y la dijo:

—No llores, hijita, no es para tanto. Yo lo que te he dicho es lo que me enseña la razón y la experiencia; pero si es de tu gusto que estudie Pedro, que estudie norabuena; ya no me opongo: quizá querrá Dios prestarme vida para verlo logrado, ó cuando no, Su Majestad te

abrirá camino, como que conoce tus buenas intenciones.

Consolóse mi madre con esta receta, y desde entonces sólo se trató de ponerme á estudiar, y me empezaron á habilitar de ropa negra, arte de la lengua latina y demás necesarias menudencias.

No parece sino que hablaba mi padre en profecía, según que todo sucedió como lo dijo. En efecto, tenía mucho conocimiento de mundo y un juicio perspicaz; pero estas cualidades se perdían, las más veces, por condescender nimiamente con los caprichos de mi madre.

Muy bueno y muy justo es que los hombres amen á sus mujeres y que les den gusto en todo cuanto no se oponga á la razón; pero no que las contemplen tanto que por no disgustarlas, atropellen con la justicia, exponiéndose ellos y exponiendo á sus hijos á recoger los frutos de su imprudente cariño, como me sucedió á mí. Por eso os prevengo para que viváis sobre aviso, de manera que améis á vuestras esposas tiernamente según Dios os lo manda y la naturaleza arreglada os lo inspira; mas no os afeminéis como aquel valientísimo Hércules, que después que venció leones, jabalíes, hidras y cuanto se le puso por delante, se dejó avasallar tanto del amor de Omfale que ésta lo desnudó de la piel del león Nemeo, lo vistió de mujer, lo puso á hilar, y aún le reñía y casti-

gaba cuando quebraba algún huso ó no cumplía la tarea que le daba. ¡Qué vergonzosa es semejante afeminación, aun en la fábula!

Las mujeres saben muy bien aprovecharse de esta loca pasión, y tratan de dominar á semejantes maridos de mantequilla.

Cólera da ver á muchos de éstos que no conociendo ni sabiendo sostener su carácter y superioridad, se abaten hasta ser los criados de sus mujeres. No tienen secreto, por importante que sea, que no les revelen; no hacen cosa sin tomarles parecer, ni dan un paso sin su permiso. Las mujeres no han menester tanto para querer salirse de su esfera, y si conocen que este rendimiento del hombre se lo han granjeado con su hermosura, entonces desenrollan de una vez todo su espíritu dominante, y ya tenéis en cada una de estas una Omfale, y en cada hombre abatido un Hércules marica y sinvergüenza. En este caso, cuando las mujeres hacen lo que se les antoja á su arbitrio, cuando tienen á los hombres en nada, cuando los encuernan, cuando los mandan, los injurian y aún les ponen las manos, como lo he visto muchas veces, no hacen más sino cumplir con su inclinación natural y castigar la vileza de sus maridos ó amantes sin prevenirlo.

Dios nos libre de un hombre que tiene miedo á su mujer, que es preciso que le tome su parecer para ir

á hacer esto ó aquello, que sabe que le ha de dar razón de adónde fué y de dónde viene, y que si su mujer grita y se altera, él no tiene más recurso que apelar á los mimos y caricias para contentarla. Estos hombres, indignos de nombre tan superior, están siempre dispuestos á ser unos descendientes del cabrío y unos padres de familia ineptísimos; porque ellos no dirigen á sus hijos, sino ellas. Los mismos muchachos advierten temprano la superioridad de las madres, y no tienen á sus padres el menor miramiento; y más cuando notan que si cometen alguna picardía por la que el padre los quiere castigar, con acogerse á la madre, ésta los defiende, y si se ofrece, arma una pendencia al padre y se queda cometida la culpa y eludida la pena.

No sin razón dijo Terencio que las madres ayudan á sus hijos en las iniquidades y estorban el que sus padres los corrijan. Lo que os pondré en una estrofita para que la tengáis en la memoria.

Suelen ayudar las madres
A la maldad de sus hijos,
Impidiendo que los padres
Les den el justo castigo.

Es verdad que ni mi padre ni mi madre eran de los hombres afeminados, ni de las mujeres altivas que he dicho. Mi padre algunas veces se sostenía, y mi madre jamás se alteraba ni se alzaba, como dicen, con el santo

y la limosna; lo que sucedía era que cuando no le valían sus insinuaciones y sus ruegos para hacer á mi padre desistir de su intento, apelaba á las lágrimas, y entonces era como milagro que no se saliera con la suya, porque las lágrimas de una mujer hermosa y amada son armas eficacísimas para vencer al hombre más circunspecto.

Sin embargo, algunas ocasiones se sostenía con el mayor vigor. Era bueno que siempre hubiera conservado igual carácter; mas los hombres no somos dueños de nuestro corazón á todas horas, aunque siempre debiéramos serlo.

Finalmente: llegó el día en que me pusieron al estudio, y éste fué el de don Manuel Enríquez, sujeto bien conocido en México, así por su buena conducta, como por su genial disposición y asentada habilidad para la enseñanza de la gramática latina, pues en su tiempo nadie le disputó la primacía entre cuantos preceptores particulares había en esta ciudad; mas por una tenaz y general preocupación que hasta ahora domina, nos enseñaba mucha gramática y poca latinidad. Ordinariamente se contentan los maestros con enseñar á sus discípulos una multitud de reglas que llaman *palitos,* con que hagan unas cuantas oracioncillas, y con que traduzcan el Breviario, el Concilio de Trento, el catecismo de San Pío V, y por fortuna algunos pedacillos de la *Eneida* y Cicerón. *Con semejante método salen los muchachos*

habladores y no latinos, como dice el padre Calasanz en su *Discernimiento de Ingenios.* Tal salí yo, y no podía salir mejor. Saqué la cabeza llena de reglitas, adivinanzas, frases y equivoquillos latinos; pero en esto de inteligencia en la pureza y propiedad del idioma, ni palabra. Traducía no muy mal y con alguna facilidad las homilías del Breviario, y los párrafos del Catecismo de los curas; pero Virgilio, Horacio, Juvenal, Persio, Lucano, Tácito y otros semejantes hubieran salido vírgenes de mi inteligencia si hubiera tenido la fortuna de conocerlos, á excepción del primer poeta que he nombrado, pues de éste sabía alguna cosita que le había oído traducir á mi sabio maestro. También supe medir mis versos, y lo que era exámetro, pentámetro, etc.; pero jamás supe hacer un dístico.

A pesar de esto, y al cabo de tres años, acabé mis primeros estudios á satisfacción, pues me aseguraban que era yo un buen gramático, y yo lo creía más que si lo viese. ¡Válgate Dios por amor propio y cómo nos engañas á ojos vistas! Ello es que yo hice mi oposición á toda gramática, y quedé sobre las espumas; mi maestro y convidados muy contentos, y mis amados padres más huecos que si me hubiera opuesto á la magistral de México y la hubiera obtenido.

Siguiéronse á esta función las galas, los abrazos, los agradecimientos á mi maestro, y mi salida del estu-

dio; aunque yo no debo salirme sin deciros otras cositas que aprendí y repasé en aquellos tres años. Como allí no había un corto número de niños, como en mi buena escuela, sino que había infinidad de muchachos entre pupilos y capenses, todos hijos de sus madres, y de tan diferentes genios y educaciones, y yo siempre fuí un maleta de primera, tuve la maldita atingencia de escoger para mis amigos á los peores, y me correspondieron fielmente y con la mayor facilidad; ya se ve, que cada oveja ama su pareja, y esto es corriente; el asno no se asocia con el lobo ni la paloma con el cuervo: cada uno ama su semejante. Así yo no me juntaba con los niños sensatos, pundonorosos y de juicio, sino con los maliciosos y extraviados, con cuyas amistades y compañías cada día me remataba más, como os sucederá á vosotros y á vuestros hijos, si despreciando mis lecciones no procuráis ó hacerlos que tengan buenos amigos ó que no tengan ninguno, pues es infalible el axioma divino que nos dice: *con el santo serás santo, y te pervertirás con el perverso.* Así me sucedió puntualmente; bien que yo ya estaba pervertido, pero con la compañía de los malos estudiantes me acabé de perder enteramente.

Paréceme que al leer estos renglones exclamáis: ¿cómo se mudó tan presto nuestro padre? pues en la última escuela en que estuvo ¿no había olvidado las malas propiedades que había adquirido en la primera? ¿cómo

fué esta metamorfosis tan violenta? Hijos míos: las buenas ó malas costumbres que se imprimen en la niñez echan muy profundas raíces; por eso importa tanto el dirigir bien á las criaturas en sus primeros años. Los vicios que yo adquirí en los míos, ya por el chiqueo de mi madre, las adulaciones de las viejas mis parientas, el indolente método de mi maestro, el pésimo ejemplo y compañía de tanto muchacho desreglado, y sobre todo esto, por mi natural perverso y mal inclinado, profundizaron mucho en mi espíritu, me costó demasiado trabajo irme deshaciendo de ellos á costa de no pocas reprensiones y caricias de mi buen maestro, y del continuo buen ejemplo que me daban los otros niños. Me parece que si nunca me hubieran faltado semejantes preceptos y condiscípulos no me hubiera vuelto á extraviar, sino que hubiera asentado una conducta acendrada y religiosa; pero ¡ah! que no hay que fiar en enmiendas forzadas ó pasajeras, porque en faltando el respeto ó el fervor, se lleva el diablo esta clase de enmiendas, y quedamos con nuestro vestido antiguo ó tal vez peores.

Así lo experimenté yo, bien á mi costa. Estaban mis pasiones sofocadas, no muertas; mi perversa inclinación estaba como retirada, pero aún permanecía en mi corazón como siempre; mi mal genio no se había extinguido, estaba oculto solamente como las brasas debajo de la ceniza que las cubre; en una palabra, yo no obraba tan

mal y con el descaro que antes, por el amor y respeto que tenía á mi prudente maestro y por la vergüencilla que me imponían los demás niños con sus buenas acciones; pero no porque me faltaran ganas ni disposición.

En efecto, luego que me separé de estos testigos, á quienes respetaba, y me uní otra vez á otros compañeros tan disipados como yo, volví á soltar la rienda á mis pasiones; corrieron éstas con el desenfreno propio de la edad, y se salieron del círculo de la razón, así como un río se sale de madre cuando le faltan los diques que lo contienen.

Sin duda era el muchacho más maldito entre los más relajados estudiantes; porque yo era el *Non plus ultra*[1] de los bufones y chocarreros. Esta sola cualidad prueba que no era mi carácter de los buenos, pues en sentir del sabio Pascal, *hombre chistoso, ruin carácter.* Ya sabéis que en los colegios estas frases, *parar la bola, pandorguear, cantaletear,* y otras, quieren decir: *mofar, insultar, provocar, zaherir, injuriar, incomodar y agraviar* por todos los modos posibles á otro pobre; y lo más injusto y opuesto á las leyes de la virtud, buena crianza y hospitalidad es, que estos graciosos hacen lucir su habilidad infame sobre los pobres niños nuevos que entran al colegio. He aquí cuán recomendables son estos

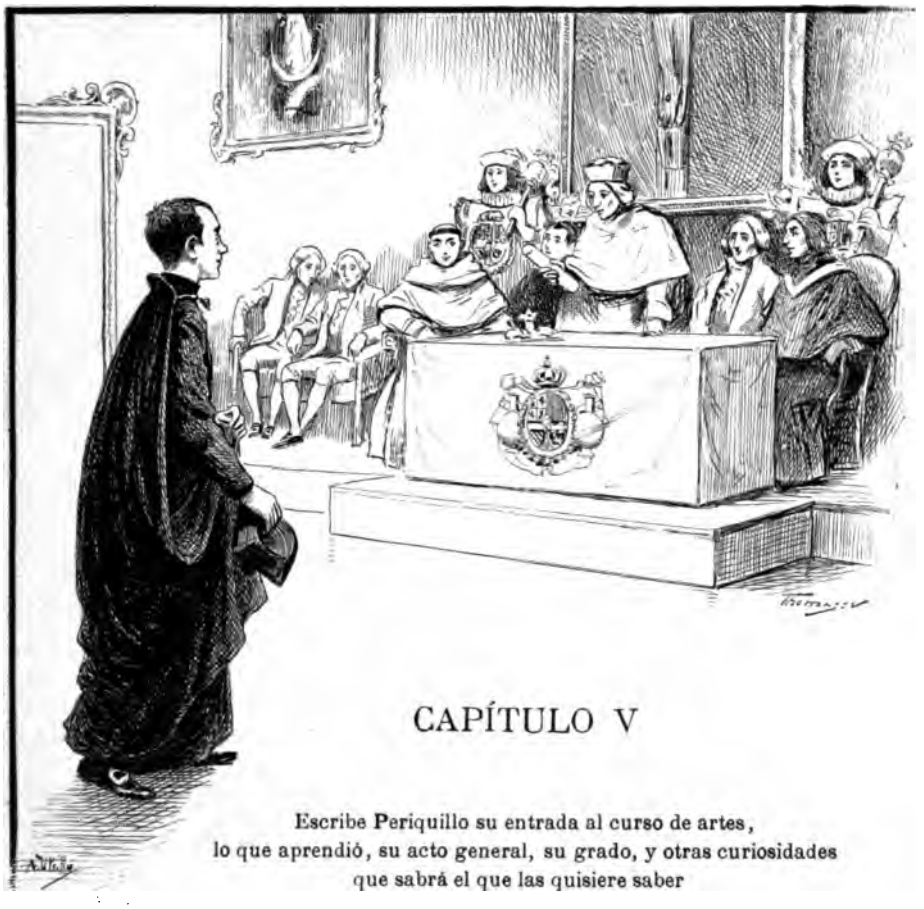
[1] Alusión á la inscripción de las columnas de Hércules en Cádiz, que después del descubrimiento de América enmendó España, poniendo *Plus ultra* en dos columnas, entre las que colocó su escudo de armas. E.

truhanes majaderos para que atados á un pilar del colegio sufrieran cien azotes por cada *pandorga* de éstas; pero lo sensible es, que los *catedráticos, pasantes, sotaministros* y demás personas de autoridad en tales comunidades, se desentienden del todo de esta clase de delito, que lo es sin duda grave, y pasa por *muchachada*, aun cuando se quejan los agraviados, sin advertir que esta su condescendencia autoriza esta depravada corruptela, y ella ayuda á acabar de formar los espíritus crueles de los estragadores como yo, que veía llorar á un niño de estos desgraciados, á quienes afligía sumamente con las injurias y befa que les hacía, y su llanto, que me debía enternecer y refrenar, como que era el fruto del sentimiento de unas criaturas inocentes, me servía de entremés y motivo de risa, y de redoblar mis befas con más empeño.

Considerad por aquí cuál sería mi bella índole, cuando tenía la fama de ser el mejor *pandorguista* de todo el colegio, y decían mis compañeros que yo le paraba la bola á cualquiera, que era lo mismo que decir que yo era el más indigno de todos ellos, y que ninguno, bueno ó malo, dejaría de incomodarse si escuchaba en su contra mi maldita lengua. ¿Os parece, hijos míos, esta circunstancia algo favorable? ¿Con ella sola no advertís mi depravado espíritu y condición? porque el hombre que se complace en afligir á otro su semejante, no puede

menos que tener un alma ruin y un corazón protervo. Ni valga decir que lo hacen unos muchachos, pues esto lo que prueba es, que si aún desde muchachos son malos, de grandes serán peores, si Dios y la razón no los modera, lo que no es muy común. Yo tuve una multitud de condiscípulos, y por observación he visto que es raro el que ha salido bueno de entre estos genios burlones con exceso, y lo peor es que hay mucho de esto en nuestros colegios.

Por estos principios conoceréis que era perverso en todo. En fin, entré á estudiar filosofía.



CAPÍTULO V

Escribe Periquillo su entrada al curso de artes, lo que aprendió, su acto general, su grado, y otras curiosidades que sabrá el que las quisiere saber

Acabé mi gramática, como os dije, y entré al máximo y más antiguo colegio de San Ildefonso á estudiar filosofía, bajo la dirección del doctor don Manuel Sánchez y Gómez, que hoy vive para ejemplar de sus discípulos. Aún no se acostumbraba en aquel ilustre colegio, seminario de doctos y ornamento en ciencias de su metrópoli, aún no se acostumbraba, digo, enseñar la filosofía moderna en todas sus partes; todavía resonaban en sus aulas los ergos de Aristóteles. Aún se oía

discutir sobre el *ente de razón, las cualidades ocultas y la materia prima,* y esta misma se definía con la explicación de la nada, *nec est quid, etc.* Aún la física experimental no se mentaba en aquellos recintos, y los grandes nombres de *Cartesio, Newton, Muschembreck* y otros eran poco conocidos en aquellas paredes que han depositado tantos ingenios célebres y únicos, como el de un Portillo. En fin, aún no se abandonaba enteramente el sistema peripatético que por tantos siglos enseñoreó los entendimientos más sublimes de la Europa, cuando mi sabio maestro se atrevió el primero á manifestarnos el camino de la verdad sin querer parecer singular, pues escogió lo mejor de la lógica de Aristóteles y lo que le pareció más probable de los autores modernos en los rudimentos de física que nos enseñó; y de este modo fuímos unos verdaderos eclécticos, sin adherir caprichosamente á ninguna opinión, ni deferir sistema alguno, sólo por inclinación al autor.

A pesar de este prudente método, todavía aprendimos bastantes despropósitos de aquellos que se han enseñado por costumbre, y los que convenía quitar, según la razón y hace ver el ilustrísimo Feijoo, en los discursos X, XI y XII, del tomo VII de su *Teatro crítico.*

Así como en el estudio de la gramática aprendí varios equivoquillos impertinentes, según os dije, como *Caracoles comes; pastorcito come adoves: non est peca-*

tum mortale occidere patrem sum, y otras simplezas de éstas, así también en el estudio de las súmulas aprendí luego luego mil sofismas ridículos, de los que hacía mucho alarde con los condiscípulos más cándidos, como por ejemplo: *besar la tierra es acto de humildad; la mujer es tierra, luego, etc. Los apóstoles son doce, san Pedro es apóstol, ergo etc.;* y cuidado, que echaba yo un ergo con más garbo que el mejor doctor de la academia de París, y le empataba una negada á la verdad más evidente. Ello es que yo argüía y disputaba sin cesar, aun lo que no podía comprender; pero sabía fiar mi razón de mis pulmones, en frase del padre Isla. De suerte que por más quinadas que me dieran mis compañeros, yo no cedía. Podía haberles dicho: á entendimiento me ganarán, pero á gritón no; cumpliéndose en mí, cada rato, el común refrán de que *quien mal pleito tiene, á voces lo mete.*

¿Pues qué tal sería yo de tenaz y tonto después que aprendí las reducciones, reduplicaciones, equipolencias y otras baratijas, especialmente ciertos desatinados versos, que os he de escribir solamente porque veáis á lo que llegan los hombres por las letras. Leed y admirad:

Bárbara, Celarent, Darii, Ferio, Baralipton
Celantes, Dabitis, Fapesmo, Frisesómorum
Césare, Camestres, Festino, Baroco, Darapti
Felapton, Dísamis, Datisi, Bocardo, Ferison.

¡Qué tal! ¿No son estos versos estupendos? ¿no están más propios para adornar redomas de botica que para enseñar reglas sólidas y provechosas? Pues, hijos míos, yo percibí inmediatamente el fruto de su invención; porque desatinaba con igual libertad por *Bárbara* que por *Ferison*, pues no producía más que barbaridades á cada palabra. Primero aprendí á hacer sofismas que á conocerlos y desvanecerlos; antes supe oscurecer la verdad que indagarla; efecto natural de las preocupaciones de las escuelas y de la pedantería de los muchachos.

En medio de tanta barahunda de voces y terminajos exóticos, supe qué cosa eran silogismo, entimema sorites y dilemma. Este último es argumento terrible para muchos señores casados, porque lastima con dos cuernos, y por eso se llama bicornuto.

Para no cansaros, yo pasé mi curso de lógica con la misma velocidad que pasa un rayo por la atmósfera sin dejarnos señal de su carrera, y así después de disputar harto y seguido sobre las operaciones del entendimiento, sobre la lógica natural, artificial y utente; sobre su objeto formal y material; sobre los modos de saber; sobre si Adán perdió ó no la ciencia por el pecado (cosa que no se le ha disputado al demonio); sobre si la lógica es ciencia ó arte, y sobre treinta mil cosicosas de éstas, yo quedé tan lógico como sastre; pero eso sí, muy con-

tento y satisfecho de que sería capaz de concluir con el *ergo* al mismo Estagirita. Ignoraba yo que por los frutos se conoce el árbol, y que según esto, lo mismo sería meterme á disputar en cualquiera materia que dar á conocer á todo el mundo mi insuficiencia. Con todo esto, yo estaba más hueco que un calabazo, y decía á boca llena que era *lógico* como casi todos mis condiscípulos.

No corrí mejor suerte en la física. Poco me entretuve en distinguir la particular de la universal; en saber si ésta trataba de todas las propiedades de los cuerpos, y si aquélla se contraía á ciertas especies determinadas. Tampoco averigüé qué cosa era física experimental ó teórica; ni en distinguir el experimento constante del fenómeno raro, cuya causa es incógnita; ni me detuve en saber qué cosa era *mecánica;* cuáles las leyes del movimiento y la quietud; qué significaban las voces *fuerza, virtud,* y cómo se componían ó descomponían estas cosas. Menos supe qué era *fuerza centrípeta, centrífuga, tangente, atracción, gravedad, peso, potencia, resistencia,* y otras friolerillas de esta clase. Y ya se debe suponer que si esto ignoré, mucho menos supe qué cosa era *estática, hidrostática, hidráulica, aerometría, óptica* y trescientos palitroques de estos; pero en cambio, disputé fervorosamente sobre si la esencia de la materia estaba conocida ó no; sobre si la trina dimensión determinada era su esencia ó el agua; sobre si repugnaba el

vacío en la naturaleza; sobre la divisibilidad en infinito, y sobre otras alharacas de este tamaño, de cuya ciencia ó ignorancia maldito el daño ó provecho que nos resulta. Es cierto que mi buen preceptor nos enseñó algunos principios de geometría, de cálculo y de física moderna; mas fuérase por la cortedad del tiempo, por la superficialidad de las pocas reglas que en él cabían, ó por mi poca aplicación, que sería lo más cierto, yo no entendí palabra de esto; y sin embargo, decía al concluir este curso, que era *físico,* y no era más que un ignorante patarato; pues después que sustenté un actillo de física, de memoria, y después que hablaba de esta enorme ciencia con tanta satisfacción en cualquiera concurrencia, tomo que me mochen si hubiera sabido explicar en qué consiste que el chocolate dé espuma, mediante el movimiento del molinillo; por qué la llama hace figura cónica, y no de otro modo; por qué se enfría una taza de caldo ú otro licor soplándola, ni otras cosillas de esta que traemos todos los días entre manos.

Lo mismo, y no de mejor modo, decía yo que sab metafísica y ética, y por poco aseguraba que era nuevo Salomón después que concluí, ó concluyó co migo, el curso de artes.

En esto se pasaron dos años y medio; tiempo se aprovechara mejor con menos reglitas de súm algún ejercicio en cuestiones útiles de lógica, e

enseñanza de lo muy principal de metafísica, y cuanto se pudiera de física teórica y experimental.

Mi maestro creo que así lo hubiera hecho si no hubiera temido singularizarse y tal vez hacerse objeto de la crítica de algunos zoilos; si se apartaba de la rutina antigua enteramente.

Es verdad, y esto ceda siempre en honor de mi maestro, es verdad que, como dejo dicho, ya nosotros no disputábamos sobre el *ente de razón, cualidades ocultas, formalidades, hecceidades, quididades, intenciones,* y todo aquel enjambre de voces insignificantes con que los aristotélicos pretendían explicar todo aquello que se escapaba á su penetración. «Es verdad (diremos con Juan Buchardo Mecknio) que no se oyen ya en nuestras escuelas estas cuestiones con la frecuencia que en los tiempos pasados; pero ¿se han aniquilado del todo? ¿Están enteramente limpias las universidades de las heces de la barbarie? Me temo que dura todavía en algunas la tenacidad de las antiguas preocupaciones, si no del todo, quizá arraigada en cosas que bastan para detener los progresos de la verdadera sabiduría.» Ciertamente que la declamación de este crítico tiene mucho lugar en nuestra México.

Llegó, por fin, el día de recibir el grado de bachiller en artes. Sostuve mi acto á satisfacción, y quedé grandemente, así como en mi oposición á toda gramática;

porque como los réplicas no pretendían lucir, sino hacer lucir á los muchachos, no se empeñaban en sus argumentos, sino que á dos por tres se daban por muy satisfechos con la solución menos nerviosa, y nosotros quedábamos más anchos que verdolaga en huerta de indio, creyendo que no tenían instancia que oponernos. ¡Qué ciego es el amor propio!

Ello es que así que asado, yo quedé perfectamente, ó á lo menos así me lo persuadí, y me dieron el grande, el sonoroso y retumbante título de *baccalaureo,* y quedé aprobado *ad omnia.* [1] ¡Santo Dios! ¡Qué día fué aquel para mí tan plausible, y qué hora la de la ceremonia tan dichosa! Cuando yo hice el juramento de instituto, cuando colocado frente de la cátedra, en medio de dos señores bedeles con mazas al hombro, me oí llamar bachiller en concurso pleno, dentro de aquel soberbio general, y nada menos que por un señor doctor, con su capelo y borla de limpia y vistosa seda en la cabeza, pensé morirme, ó á lo menos volverme loco de gusto. Tan alto concepto tenía entonces formado de la bachillería, que aseguro á ustedes que en aquel momento no hubiera trocado mi título por el de un brigadier ó mariscal de campo. Y no creáis que es hiperbólica

[1] *Para todo:* Con esta frase se designan en el Título los que pueden á virtud de él seguir cursando cualquiera de las facultades mayores, á distinción de cuando no es la aprobación general, pues entonces no se pueden cursar sino las facultades expresadas en el Título. E.

esta proposición, pues cuando me dieron mi título en latín y autorizado formalmente, creció mi entusiasmo de manera, que si no hubiera sido por el respeto de mi padre y convidados que me contenía, corro las calles, como las corrió el Ariosto cuando lo coronó por poeta Maximiliano I. ¡Tanto puede en nosotros la violenta y excesiva excitación de las pasiones, sean las que fueren, que nos engaña y nos saca fuera de nosotros mismos como febricitantes ó dementes!

Llegamos á mi casa, la que estaba llena de viejas y mozas, parientas y dependientes de los convidados, los cuales luego que entré me hicieron mil zalemas y cumplidos. Yo correspondí más esponjado que un guajolote; ya se ve, tal era mi vanidad. La inocente de mi madre estaba demasiado placentera: el regocijo le brotaba por los ojos.

Desnudéme de mis hábitos clericales y nos entramos á la sala donde se había de servir el almuerzo, que era el centro á que se dirigían los parabienes y ceremonias de aquellos comedidísimos comedores. Creedme, hijos míos, los casamientos, los bautismos, las cantamisas y toda fiesta en que veáis concurrencia, no tienen otro mayor atractivo que la *mamuncia*. Sí, la *coca*, la *coca* es la campana que convoca tantas visitas, y la bandera que recluta tantos amigos en momentos. Si estas fiestas fueran á secas, seguramente no se vieran tan acompañadas.

Y no penséis que sólo en México es esta pública gorronería. En todas partes se cuecen habas, y en prueba de ello, en España es tan corriente, que allá saben un versito que alude á esto. Así dice:

A la raspa venimos,
Virgen de Illescas,
A la raspa venimos;
Que no á la fiesta.

Así es, hijos, á la raspa va todo el mundo y por la raspa, que no por dar días ni parabienes. Pero ¿qué más? Si yo he visto que aun en los pésames no falta la raspa, antes suelen comenzar con suspiros y lamentos y concluir con bizcochos, queso, aguardiente, chocolate ó almuerzo, según la hora; ya se ve que habrán oído decir que los duelos con pan son menos, y que á barriga llena, corazón contento.

No os disgustéis con estas digresiones, pues á más de que os pueden ser útiles, si os sabéis aprovechar de su doctrina, os tengo dicho desde el principio que serán muy frecuentes en el discurso de mi obra, y que ésta es fruto de la inacción en que estoy en esta cama, y no de un estudio serio y meditado; y así es que voy escribiendo mi vida según me acuerdo, y adornándola con los consejos, crítica y erudición que puedo en este triste estado, asegurándoos sinceramente que estoy muy lejos de pretender ostentarme sabio, así como deseo seros útil como

padre, y quisiera que la lectura de mi vida os fuera provechosa y entretenida, y bebierais el saludable amargo de la verdad en la dorada copa del chiste y de la erudición. Entonces sí estaría contento y habría cumplido cabalmente con los deberes de un sólido escritor, según Horacio, y conforme mi libre traducción:

De escritor el oficio desempeña,
Quien divierte al lector y quien lo enseña.

Mas en fin, yo hago lo que puedo; aunque no como lo deseo.

Sentámonos á la mesa, comenzamos á almorzar alegremente, y como yo era el santo de la fiesta, todos dirigían hacia mí su conversación. No se hablaba sino del niño bachiller, y conociendo cuán contentos estaban mis padres, y yo cuán envanecido con el tal título, todos nos daban, no por donde nos dolía, sino por donde nos agradaba. Con esto no se oía sino: tenga usted bachiller; beba usted bachiller; mire usted bachiller; y torna bachiller, y vuelve bachiller á cada instante.

Se acabó el almuerzo; después siguió la comida y á la noche el bailecito, y todo ese tiempo fué un continuo *bachilleramiento*. ¡Válgame Dios y lo que me *bachillerearon* ese día! Hasta las viejas y las criadas de casa me daban mis *bachillereadas* de cuando en cuando. Final-

mente, quiso la Majestad Divina que concluyera la frasca, y con ella tanta bachillería. Fuéronse todos á sus casas. Mi padre quedó con sesenta ó setenta pesos menos que le costó la función; yo con una presunción más, y nos retiramos á dormir, que era lo que faltaba.

A otro día nos levantamos á buena hora, y yo, que pocas antes había estado tan ufano con mi título y tan satisfecho con que me estuvieran regalando las orejas con su repetición, ya entonces no le percibía ningún gusto. ¡Qué cierto es que el corazón del hombre es infinito en sus deseos, y que únicamente la sólida virtud puede llenarlo!

No entendáis que ahora me hago el santucho y os escribo estas cosas por haceros creer que he sido bueno. No, lejos de mí la vil hipocresía. Siempre he sido perverso, ya os lo he dicho, y aun postrado en esta cama no soy lo que debía; mas esta confesión os ha de asegurar mejor mi verdad, porque no sale empujada por la virtud que hay en mí, sino por el conocimiento que tengo de ella, conocimiento que no puede esconder el mismo vicio. De suerte que si yo me levanto de esta enfermedad y vuelvo á mis antiguos extravíos (lo que Dios no permita) no me desdeciré de lo que ahora os escribo, antes os confesaré que hago mal; pero conozco el bien, según se expresaba Ovidio.

Volviendo á mí, digo, que á los dos ó tres días de

mi grado, determinaron mis padres enviarme á divertir á unos herraderos que se hacían en una hacienda de un su amigo, que estaba inmediata á esta ciudad. Fuíme en efecto...

CAPÍTULO VI

En el que nuestro bachiller da razón de lo que le pasó en la hacienda, que es algo curioso y entretenido

Llegué á la hacienda en compañía del amigo de mi padre, que era no menos que el amo ó dueño de ella. Apeámonos, y todos me hicieron una acogida favorable.

Con ocasión del divertimiento que había de los herraderos, estaba la casa llena de gente lucida, así de México como de los demás pueblos vecinos.

Entramos á la sala, me senté en buen lugar en el estrado, porque jamás me gustó retirarme á largo trecho de las faldas, y después que hablaron de varias cosas de campo, que yo no entendía, la señora grande, que era esposa del dueño de la dicha hacienda, trabó conversación conmigo y me dijo: —Conque, señorito, ¿qué le han parecido á usted esos campos por donde ha pasado? Le habrán causado su novedad, porque es la primera vez que sale de México, según noticias.—Así es, señora, la dije, y los campos me gustan demasiado. —Pero no como la ciudad, ¿es verdad? me dijo. —Yo por política le respondí: —Sí, señora, me han gustado, aunque ciertamente no me desagrada la ciudad. Todo me parece bueno en su línea; y así estoy contento en el campo como en el campo, y divertido en la ciudad como en la ciudad. —Celebraron bastante mi respuesta, como si hubiera dicho alguna sentencia catoniana, y la señora prosiguió el elogio diciendo: —Sí, sí; el colegial tiene talento, aunque luciera mejor si no fuera tan travieso, según nos ha dicho Januario.

Este Januario era un joven de diez y ocho á diez y nueve años, sobrino de la señora, condiscípulo siempre y grande amigo mío. Tal salí yo, porque era demasiado burlón y gran bellaco, y no le perdí pisada ni dejé de aprovecharme de sus lecciones. Él se hizo mi íntimo amigo desde aquella primera escuela en que estuve, y

fué mi eterno ahuizote [1] y mi sombra inseparable en todas partes, porque fué á la segunda y tercera escuela en que me pusieron mis padres; salió conmigo, y conmigo entró y estudió gramática en la casa de mi maestro Enríquez; salí de allí, salió él; entré á San Ildefonso, entró él también; me gradué, y se graduó en el mismo día.

Era de un cuerpo gallardo, alto y bien formado; pero como en mi consabida escuela era constitución que nadie se quedara sin su mal nombre, se lo cascábamos á cualquiera, aunque fuera un Narciso ó un Adonis; y según esta regla le pusimos á don Januario *Juan Largo,* combinando de este modo el sonido de su nombre y la perfección que más se distinguía en su cuerpo. Pero después de todo, él fué mi maestro y mi más constante amigo, y cumpliendo con estos deberes tan sagrados, no se olvidó de dos cosas que me interesaron demasiado y me hicie-

[1] Parece que esta frase tuvo origen desde el tiempo de la gentilidad entre los indígenas, á los que gobernó desde el año de 1482 hasta el de 1502 el emperador Ahuitzotl, cuya palabra mexicana quiere decir *agüero.* Este hombre cruel y sanguinario hizo morir en la dedicación del templo principal de México, más de 64,000 víctimas humanas, según dicen varios autores; pero el padre Torquemada asegura que en los cuatro días que duró la fiesta fueron sacrificados 72,344 prisioneros. Esta matanza causó tan horrorosa impresión en los mexicanos sus súbditos, que desde aquel tiempo llamaron *ahuitzotl* al perseguidor, ó al que causa daño de cualquier género.

Para consuelo de la humanidad, la sana crítica no carece de razones para persuadir que si este hecho (que no tiene semejante en los anales de la barbaridad) no es fabuloso, es á lo menos muy exagerado, debiendo sospecharse que se ha cometido algún error ó en la numeración de los MS. que tuvieron presentes los AA., ó en la interpretación de las cifras y jeroglíficos de los mexicanos, ó en la significación de las voces de su idioma. Pero este asunto no es de este lugar, y siempre es cierto que el espantoso número de víctimas que sacrificó Ahuitzotl en esta ocasión debió de escandalizar á sus vasallos, dando origen á la frase.

ron muy buen provecho en el discurso de mi vida, y fueron: inspirarme sus malas mañas y publicar mis prendas y mi sobrenombre de *Periquillo Sarniento* por todas partes; de manera que por su amorosa y activa diligencia lo conservé en gramática, en filosofía y en el público cuando se pudo. Ved, hijos míos, si no sería yo un ingrato si dejara de nombrar en la historia de mi vida con la mayor efusión de gratitud á un amigo tan útil, á un maestro tan eficaz y al pregonero de mis glorias, pues todos estos títulos desempeñó á satisfacción el grande y benemérito Juan Largo.

No sabía, con todo eso, si aquellas señoras tenían tan larga relación de mí, ni si sabían mi retumbante nombrecillo. Estaba muy ufano en el estrado dando taba, como dicen, con la señora y una porción de niñas, entre las cuales no era la menos viva y platiconcilla la hija de la señora mi panegirista, que no me pareció tercio de paja, porque sobre no haber quince años feos y estar ella en sus quince, era demasiado bonita é interesante su figura; motivo poderoso para que yo procurara manejarme con cierta afabilidad y circunspección lo mejor que podía para agradarla; y ya había notado que cuando decía yo alguna facetada colegialuna, ella se reía la primera y celebraba mi genialidad de buena gana.

Estaba yo, pues, quedando bien y en lo mejor de mi gusto, cuando en esto escuché ruido de caballos en el

patio de la hacienda, y antes de preguntar quién era, se fué presentando en medio de la sala, con su buena manga, paño de sol, botas de campana y demás aderezos de un campista decente... ¿quién piensan ustedes que sería? ¡Quién había de ser, por mis negros pecados, sino el demonio de Juan Largo, mi caro amigo y favorecedor! Al instante que entró, me vió, y saludando á todos los concurrentes en común y sobre la marcha, se dirigió á mí con los brazos abiertos y me halagó las orejas de esta suerte: —¡Oh, mi querido Periquillo Sarniento! ¿tanto bueno por acá? ¿cómo te va, hermano? ¿qué haces? siéntate...

No puedo ponderar la enojada que me dí al ver como aquel maldito en un instante había descubierto mi sarna y mi periquería delante de tantos señores decentes, y lo que yo más sentía, delante de tantas viejas y muchachas burlonas, las que luego que oyeron mis dictados comenzaron á reirse á carcajadas con la mayor impudencia y sin el menor miramiento de mi personita. Yo no sé si me puse amarillo, verde, azul ó colorado; lo que sí me acuerdo es, que la sala se me oscureció de la cólera, y los carrillos y orejas me ardían más que si los hubiese estregado con chile. Miré al condenado Juan Largo, y le respondí no sé qué, con mucho desdén y gravedad, creyendo con este entono corregir la burla de las muchachas y la insolencia de mi amigo; pero nada menos que eso

conseguí, pues mientras yo me ponía más serio, las muchachas reían de mejor gana, de modo que parecía que les hacían cosquillas á las muy puercas, y el pícaro de Juan Largo añadía nuevas facetadas con que redoblaban sus caquinos. Viéndome yo en tal apuro, hube de ceder á la violencia de mi estrella y disimular la bola que tenía, riéndome con todos; aunque si va á decir verdad, mi risa no era muy natural, sino algo más que forzada.

En fin, después que me periquearon bastante y disecaron el hediondo cadáver de su sarnosa etimología, ya que no tenían base para reir, ni aquel bribón bufonada con que insultarme, cesó la escena, y calmó, gracias á Dios, la tempestad.

Entonces fué la primera vez que conocí cuán odioso era tener un mal nombre, y qué carácter tan vil es el de los truhanes y graciosos, que no tienen lealtad ni con su camisa; porque son capaces de perder al mejor amigo por no perder la facetada que les viene á la boca en la mejor ocasión; pues tienen el arte de herir y avergonzar á cualquiera con sus chocarrerías, y tan á mala hora para el agraviado, que parece que les pagan, como me sucedió á mí con mi buen condiscípulo, que me fué á hacer quedar mal, justamente cuando estaba yo queriendo quedar bien con su prima. Detestad, hijos míos, las amistades de semejante clase de sujetos.

Llegó la hora de comer, pusieron la mesa, y nos

sentamos todos según la clase y carácter de cada uno. A mí me tocó sentarme frente á un sacerdote vicario de Tlalnepantla, á cuyo lado estaba el cura de Cuautitlán (lugar á siete leguas de México), que era un viejo gordo y harto serio.

Comieron todos alegremente, y yo también, que como muchacho al fin, no era rencoroso, y más cuando trataban de complacerme con abundancia de guisados exquisitos y sabrosos dulces; porque don Martín, que así se llamaba el amo, era bastante liberal y rico.

Durante la comida hablaron de muchas cosas que yo no entendí; pero después que alzaron los manteles, preguntó una señora si habíamos visto *la* cometa. — El cometa dirá usted, señorita, dijo el padre vicario. — Eso es, respondió la madama. — Sí, lo hemos visto estas noches en la azotea del curato y nos hemos divertido bastante. — ¡Ay! qué diversión tan fea, dijo la madama. — ¿Por qué, señorita? — ¿Por qué? porque ese cometa es señal de algún daño grande que quiere suceder aquí. — Ríase usted de eso, decía el cleriguito: los cometas son unos astros como todos; lo que sucede es, que se ven de cuando en cuando porque tienen mucho que andar, y así son tardones, pero no maliciosos. Si no, ahí está nuestro amigo don Januario, que sabe bien qué cosa son los cometas, y por qué se dan tanto á desear de nuestros ojos, y él nos hará favor de explicarlo con claridad para

que ustedes se satisfagan. — Sí, Januarito, anda, dinos cómo está eso, dijo la prima. — Mas el demonio de Juan Largo sabía tanto de cometas como de pirotecnia, pero no era muy tonto, y así sin cortarse respondió: — Prima, ese encargo se lo puedes hacer á mi amigo Perico por dos razones: la una, porque es muchacho muy hábil, y la dos, porque siendo esta súplica tuya, propia para hacer lucir una buena explicación cometal, por regla de política debemos obsequiar con estos lucimientos á los huéspedes. Conque vamos, suplícale al *Sarnientito* que te lo explique: verán ustedes qué pico de muchacho. Así que él no esté con nosotros yo te explicaré, no digo qué cosa son cometas, y por dónde caminan, que es lo que ha apuntado el padrecito, sino que te diré cuántos son todos los luceros, cómo se llama cada uno, por dónde andan, qué hacen, en qué se entretienen, con todas las menudencias que tú quieras saber, satisfecho que tengo de contentar tu curiosidad por prolija que sea, sin que haya miedo que no me creas, pues como dijo tío Quevedo:

El mentir de las estrellas
Es un seguro mentir,
Porque ninguno ha de ir
A preguntárselo á ellas.

Conque ya quedamos, Poncianita, que te explicará el cometa al derecho y al revés mi amigo Perucho,

mientras yo, con licencia de estos señores, voy á ensillar mi caballo.—Y diciendo y haciendo se disparó fuera de la sala sin atender á que yo decía, que estando allí los señores padres, ellos satisfarían el gusto de la señorita mejor que yo. No valió la excusa: el vicario de Tlalnepantla me había conocido el juego, y porfiaba en que fuera yo el explicador. Yo, decía:—No, señores; fuera una grosería que yo quisiera lucir donde están mis mayores.—El cura, que era tan socarrón como serio, al oir esta mi urbanidad, se sonrió al modo de conejo y dijo:—Sabrán ustedes, para bien saber, que en tiempo de marras, había en mi parroquia un cura muy tonto y vano, entre los que eran más tontos; él, pues, un día estaba predicando lleno de satisfacción cuantas majaderías se le venían á la cabeza á unos pobres indios que eran los que únicamente podían tener paciencia de escucharlo. Estaba en lo más fervoroso del sermón, cuando fué entrando en la iglesia el arzobispo mi señor, que iba á la santa visita. Al instante que entró alborotóse el auditorio y turbóse el predicador, siendo su sorpresa mayor que si hubiese visto al diablo. Callóse la boca, quitóse el bonete, y diciendo su ilustrísima que continuara, exclamó:—¡Cómo era capaz, señor ilustrísimo, que estando presente mi prelado, fuera yo tan grosero que me atreviera á seguir mi sermón! Eso no; suba usía ilustrísima, y acábelo, mientras acabo yo

la misa *pro populo.* — El arzobispo no pudo contener la risa de ver la grande urbanidad de este cura ignorante, y lo bajó del púlpito y del curato. Apliquen ustedes. — Calló el padre gordo diciendo esto. Sonrióse el vicario y las mujeres, y yo no dejé de correrme, aunque me cabía cierta duda en si lo diría por mi política ó por la de Juan Largo; mas no duré mucho en esta suspensión, porque el zaragate del padre vicario probó de una vez todo su arbitrio, diciendo á la Poncianita: — Usted, niña, elija quién ha de explicar lo que es cometa, el colegial ó yo; y si la elección recae en mí, lo haré con mucho gusto, porque no me agrada que me rueguen, ni sé hacer desaire á las señoras. — Sin duda la guiñó del ojo; porque al instante me dijo la prima de Largo: — Usted, señor, quisiera me hiciera ese favor. — No me pude escapar: me determiné á darle gusto; mas no sabía ni por dónde comenzar, porque maldito si yo sabía palabra de cometas, ni cometos: sin embargo, con algún orgullo (prenda esencialísima de todo ignorante) dije: — Pues, señores, los cometas, ó las cometas, como otros dicen, son unas estrellas más grandes que todas las demás; y después que son tan grandes, tienen una cola muy larguísima... — ¿Muy larguísima? dijo el vicario. — Y yo, que no conocía que se admiraba de que ni castellano sabía hablar, le respondí lleno de vanidad: — Sí, padre, muy larguísima; ¿pues qué, no la ha visto usted? — Vaya, sea por Dios, me

contestó. — Yo proseguí: — Estas colas son de dos colores, ó blancas ó encarnadas; si son blancas, anuncian paz ó alguna felicidad al pueblo, y si son coloradas, como teñidas de sangre, anuncian guerras ó desastres; por eso *la* cometa que vieron los reyes magos tenía su cola blanca, porque anunció el nacimiento del Señor y la paz general del mundo, que hizo por esta razón el rey Octaviano, y esto no se puede negar, pues no hay nacimiento alguno en la Nochebuena que no tenga su cometita con la cola blanca. El que no los veamos muy seguido es porque Dios los tiene allá retirados, y sólo los deja acercarse á nuestra vista cuando han de anunciar la muerte de algún rey, el nacimiento de algún santo, ó la paz ó la guerra en alguna ciudad, y por eso no los vemos todos los días, porque Dios no hace milagros sin necesidad. El cometa de este tiempo tiene la cola blanca, y seguramente anuncia la paz. Esto es, dije yo muy satisfecho, esto es lo que hay acerca de los cometas. Está usted servida, señorita. — Muchas gracias, dijo ella. — No, no muchas, dijo el vicario; porque el señorito, aunque me dispense, no ha dicho palabra en su lugar, sino un atajo de disparates endiablados. Se conoce que no ha estudiado palabra de astronomía, y por lo propio ignora qué cosas son estrellas fijas, qué son planetas, cometas, constelaciones, dígitos, eclipses, etc., etc. Yo tampoco soy astrónomo, amiguito; pero tengo alguna tintura de una que

otra cosilla de éstas; y aunque es muy superficial, me basta para conocer que usted tiene menos, y así habla tantas barbaridades; y lo peor es que las habla con vanidad, y creyendo que entiende lo que dice y que es como lo entiende; pero para otra vez no sea usted cándido. Sepa usted que los cometas no son estrellas, ni se ven por milagro, ni anuncian guerras, ni paces, ni la estrella que vieron los reyes de Oriente cuando nació el Salvador era cometa, ni Octaviano fué rey, sino césar ó emperador de Roma, ni éste hizo la paz general con el mundo por aquel divino natalicio, sino que el príncipe de la paz, Jesucristo, quiso nacer cuando reinaba en el universo una paz general, que fué en tiempo de Augusto César Octaviano, ni crea usted, finalmente, ninguna de las demás vulgaridades que se dicen de los cometas; y porque no piense usted que esto lo digo á tintín de boca, le explicaré en breve lo que es cometa. Oiga usted: los cometas son planetas como todos los demás; esto es, lo mismo que la *Luna, Mercurio, Venus,* la *Tierra, Marte, Júpiter, Saturno* y *Herschel,* los cuales son unos cuerpos esféricos, (esto es, perfectamente redondos, ó como vulgarmente decimos, unas bolas); son opacos, no tienen ninguna luz de por sí, así como no la tiene la tierra, pues la que reflectan ó nos envían se la comunica el sol. La causa de que los veamos de tarde en tarde, es porque su curso es irregular respecto á los demás plane-

tas, quiero decir: aquéllos hacen sus giros sobre el sol esférica, y éstos elípticamente; pues unos dan su vuelta redonda y otros (los cometas) larga; y esta es la causa porque teniendo más camino que andar, nos tardamos nosotros más en verlos; así como más pronto verá usted al que haya de ir y venir de aquí á México que al que haya de ir y venir de aquí á Guatemala; porque el primero tiene menos que andar que el segundo. Esas colas que se les advierten, no son, según los que entienden, otra cosa más que unos vapores que el sol les extrae é ilumina, así como ilumina la ráfaga de átomos cuando entra por una ventana; y este mismo sol, conforme la disposición en que comunica su luz á este vapor, hace que estas colas de los cometas nos presten un color blanco ó rojo, para cuya persuasión no necesitamos atormentar el entendimiento, pues todos los días advertimos las nubes iluminadas con una luz blanca ó roja, según su posición respecto al sol.[1] En virtud de esto, nada tenemos que esperar favorable del color blanco de las colas de los cometas, ni que temer adverso por su color rojo. Esto es lo más fundado y probable por los físicos en esta materia; lo demás son vulgaridades que ya todo el mundo desprecia. Si usted quisiere imponerse á fondo de estas cosas, lea al padre Almeida, al Brisson,

[1] Estas explicaciones del padre vicario indican que tampoco él estaba muy instruído en el asunto. E.

y á otros autores traducidos al castellano que tratan de la materia *pro famotiori;* esto es, con extensión. La que yo he tenido para explicar este asunto, ha sido demasiada, y verdaderamente tiene visos de pedantería, pues estas materias son ajenas y tal vez ininteligibles á las personas que nos escuchan, exceptuando al señor cura; pero la ignorancia y vanidad de usted me han comprometido á tocar una materia singular entre semejantes sujetos, y que por lo mismo conozco habré quebrantado las leyes de la buena crianza; mas la prudencia de estos señores me dispensará, y usted me agradecerá ó no mis buenas intenciones, que se reducen á hacerle ver que no se meta jamás á hablar en cosas que no entiende.

¡Contemplen ustedes cómo quedaría yo con semejante responsorio! Al instante conocí que aquel padre decía muy bien, por más que yo sintiera su claridad; pues aunque he sido ignorante, no he sido tonto, ni he tenido cabeza de *tepeguaje*. Fácilmente me he docilitado á la razón, porque en la realidad hay verdades tan demostradas y penetrantes que se nos meten por los ojos á pesar de nuestro amor propio. ¡Infelices de aquellos cuyos entendimientos son tan obtusos que no les entran las verdades más evidentes, y más infelices aquellos cuya obstinación es tal que les hace cerrar los ojos para no ver la luz! ¡Qué pocas esperanzas dan unos y otros de prestarse dóciles á la razón en ningún tiempo! Quedéme

confuso, como iba diciendo, y creo que mi vergüenza se conocía por sobre de mi ropa, porque no me atreví á hablar una palabra, ni tenía qué. Las señoras, el cura y demás sujetos de la mesa, sólo se miraban y me miraban de hito en hito, y esto me corría más y más.

Pero el mismo padre vicario, que era un hombre muy prudente, me quitó de aquella media naranja con el mejor disimulo, diciendo:—Señores, hemos parlado bastante: yo voy á rezar vísperas, y es regular que las señoritas quieran reposar un poco para divertirnos esta tarde con los toritos.

Levantóse luego de la mesa, y todos hicieron lo mismo. Las señoras se retiraron á lo interior de la casa, y los hombres, unos se tiraron sobre los canapés, otros cogieron un libro, otros se pusieron á divertir á juegos de naipes, y otros, por fin, tomaron sus escopetas y se fueron á pasar el rato á la huerta.

Sólo yo me quedé de non, aunque muchos señores me brindaron con su compañía; pero yo les dí las gracias, y me excusé con el pretexto de que estaba cansado del camino, y que acostumbraba dormir un rato de siesta.

Cuando ví que todos estaban ó procurando dormir, ó divertidos, me salí al corredor, me recosté en una banca, y comencé á hacer las más serias reflexiones entre mí acerca del chasco que me acababa de pasar.

—Ciertamente, decía yo, ciertamente que este padre me ha avergonzado; pero después de todo, yo he tenido la culpa en meterme á dar voto en lo que no entiendo. No hay duda, yo soy un necio, un bárbaro y un presumido. ¿Qué he leído yo de planetas, de astros, cometas, eclipses ni nada de cuanto el padre me dijo? ¿Cuándo he visto ni por el forro los autores que me nombró ni he oído siquiera hablar de esto antes que ahora? ¿Pues quién diablos me metió en la cabeza ser explicador de cosa que no entiendo, y luego explicador tan sandio y orgulloso? ¿En qué estaría yo pensando? Ya se ve, soy bachiller en filosofía, soy físico. Reniego de mi física y de cuantos físicos hay en el mundo si todos son tan pelotas como yo. ¡Voto á mis pecados! ¿Qué dirá este padre? ¿Qué dirá el señor cura? ¿Y qué dirán todos? Pero ¿qué han de decir sino que soy un burro? Para más fué que yo, el tuno de Juan Largo, que no se atrevió á manifestar su ignorancia. No hay remedio; saber callar es un principio de aprender, y el silencio es una buena tapadera de la poca instrucción. Juan Largo, no hablando, dejó á todos en duda de si sabe ó no sabe lo que son cometas; y yo, con hablar tanto, no conseguí sino manifestar mi necedad y ponerme á una vergüenza pública. Pero ya sucedió, ya no hay remedio. Ahora, para que no se pierda todo, es preciso satisfacer al mismo padre, que es quien entiende mi tontera mejor que los demás, y supli-

carle me dé un apunte de los autores físicos que yo pueda estudiar; porque ciertamente la física no puede menos que ser una ciencia, á más de utilísima, entretenida, y yo deseo saber algo de ella.

Con esta resolución me levanté de la banca y me fuí á buscar al vicario que ya había acabado de rezar, y redondamente le canté la palinodia.

—Padrecito, le dije; ¿qué habrá usted dicho de la nueva explicación del cometa que me ha oído? Vamos, que usted no se esperaba tan repentino entremés sobre mesa; pero la verdad, yo soy un majadero y lo conozco. Como cuando aprendí en el colegio unos cuantos preliminares de física y algunas propiedades de los cuerpos en general, me acostumbré á decir que era físico, lo creí firmísimamente, y pensé que no había ya más que saber en esa facultad. A esta preocupación se siguió el ver que había quedado bien en mis actillos, que me alabaron los convidados y que me dieron mis galas; y después de esto, no habrá ocho días que me he graduado de bachiller en filosofía, y me dijeron que estaba yo aprobado *para todo*. Pensé que era yo filósofo de verdad, que el tal título probaba mi sabiduría, y que aquel pasaporte que me dieron *para todo,* me facultaba para disputar de todo cuanto hay, aunque fuera con el mismo Salomón; pero usted me ha dado ahora una lección de que deseo aprovecharme;

porque me gusta la física, y quisiera saber los libros donde pueda aprender algo de ella; pero que la enseñen con la claridad que usted.

—Esa es una buena señal de que usted tiene un talento no vulgar, me dijo el padre; porque cuando un hombre conoce su error, lo confiesa y desea salir de él, da las mejores esperanzas, pues esto no es propio de entendimientos arrastrados que yerran y lo conocen, pero su soberbia no les permite confesarlos; y así ellos mismos se privan de la luz de la enseñanza, semejantes al enfermo imprudente que por no descubrir su llaga al médico se priva de la medicina y se empeora. Pero ¿dónde aprendió usted ese montón de vulgaridades que nos contó de los cometas? Porque en el colegio seguramente no se las enseñaron.

—Ya se ve que no, le respondí. Esa copia de lucidísima erudición que he vaciado se la debo á las viejas y cocineras de mi casa.

—No es usted el primero, dijo el padre, que mama con la primera leche semejantes absurdos. Verdaderamente que todas esas son patrañas y cuentos de viejas. Usted lo que debe hacer es aplicarse, que aún es muchacho y puede aprovechar. Yo le daré el apuntito que me pide de los autores en que puede leer á gusto estas materias, y le daré también algunas leccioncitas mientras estemos aquí.

Le dí las gracias, quedando prendado de su bello carácter. Iba á pedirle un favor de muchacho, cuando nos llamaron para que nos fuéramos á divertir al corral del herradero.

CAPÍTULO VII

Prosigue nuestro autor contando los sucesos que le pasaron en la hacienda

Sin embargo de que nos llamaron, el padre vicario continuó diciéndome:

—Por lo que toca á lo que usted me pide, acerca de que le instruya de los mejores autores físicos, le digo, que no es menester apuntito, porque son muy pocos los que he de aconsejar á usted que lea, y fácilmente los puedé encomendar á la memoria. Procure usted leer la *Física experimental* de los abates Para y Nollet, las *Recreaciones filosóficas* del padre don Teodoro de Almeida, el *Diccionario de física*, y el *Tratado de física* de Brisson. Con esto que usted lea con cuidado,

tendrá bastante para hablar con acierto de esta ciencia en donde se le ofrezca, y si á este estudio quisiere añadir el de la historia natural, como que es tan análogo al anterior, podrá leer con utilidad *El Espectáculo de la Naturaleza* por Pluche, y con más gusto y fruto la *Historia natural* del célebre conde de Buffon, llamado por antonomasia el *Plinio de Francia.*

Estos estudios, amiguito, son útiles, amenos y divertidos; porque el entendimiento no encuentra en ellos lo abstracto de la teología, la incertidumbre de la medicina, lo intrincado de las leyes ni lo escabroso de las matemáticas. Todo llena, todo deleita, todo embelesa y todo enseña, así en la física como en la historia natural. Es estudio que no fatiga y ocupación que no cansa. La doctrina que ministra es dulce y el vaso en que se brinda es de oro.

Los que miran el Universo por la parte de afuera, se sorprenden con su primorosa perspectiva; pero no hacen más que sorprenderse como los niños cuando ven la primera vez una cosa bonita que les divierte. El filósofo, como ve el Universo con otros ojos, pasa más allá de la simple sorpresa: conoce, observa, escudriña y admira cuanto hay en la naturaleza.

Si eleva su entendimiento á los cielos, se pierde en la inmensidad de esos espacios llenos de la Majestad más soberana; si detiene su consideración en el sol, mira

una mole crecidísima de un fuego vivísimo, penetrante é inextinguible, al paso que benéfico é interesante á toda la naturaleza; si observa la luna, sabe que es un globo que tiene montes, mares, valles, ríos, como el globo que pisa; y que es un espejo que refleja la brillante luz del sol para comunicárnosla con sus influencias: si atiende á los planetas como Venus, Mercurio, Marte y la restante multitud de astros, ya fijos, ya errantes, no contempla sino una prodigiosa infinidad de mundos ya luminosos, ya iluminados, ya soles, ya lunas que observan constantemente los movimientos y giros que la sabia Omnipotencia les prescribió desde el principio: si su consideración desciende á este planeta que habitamos, admira la economía de su hechura; mira el agua pendiente sobre la tierra, contenida sólo con un débil polvillo de arena; los montes elevados; las cascadas estrepitosas; las risueñas fuentes; los arroyos mansos; los caudalosos ríos; los árboles, las plantas, las flores, las frutas, las selvas, los valles, los collados, las aves, las fieras, los peces, el hombre, y hasta los despreciables insectillos que se arrastran; y todo, todo le franquea teatro á su curiosidad é investigación. La atmósfera, las nubes, las lluvias, el rocío, el granizo, los fuegos fatuos, las auroras boreales, los truenos, los relámpagos, los rayos y cuantos meteoros tiene la naturaleza, presentan un vastísimo campo á su prolijo y estudioso examen,

y después que admira, contempla, examina, discurre, pondera y acicala su entendimiento sobre un caos tan prodigioso de entes heterogéneos, tan admirables como incomprensibles, reflexiona que el conocimiento ó ignorancia que tiene de estos mismos seres lo llevan como por la mano hasta la peana del trono del Criador. Entonces el filósofo verdadero no puede menos que anonadarse y postrarse ante el solio de la Deidad Suprema, confesar su poder, alabar su providencia, reconocer en silencio lo sublime de su sabiduría y darle infinitas gracias por el diluvio de beneficios que ha derramado sobre sus criaturas, siendo entre las terrestres la más noble, la más excelsa, la más privilegiada y la más ingrata el hombre, «bajo cuyos pies (nos dice la voz de la verdad) que sujetó todo lo criado:» *Omnia subjecisti sub pedibus ejus;* y lo mismo será llegar el filósofo á estos sublimes y necesarios conocimientos, que comenzar á ser teólogo contemplativo; pues así como todos los rayos de la rueda de un coche descansan sobre la maza que es su centro, así las criaturas reconocen su punto céntrico en el Criador; por manera, que los impíos ateístas que niegan la existencia de un Dios criador y conservador del Universo, proceden contra el testimonio común de las naciones, pues las más bárbaras y salvajes han reconocido este soberano principio; porque los mismos cielos proclaman la gloria de Dios; el fir-

mamento anuncia sus obras maravillosas, y las criaturas todas que se nos manifiestan á la vista, son las conductoras que nos llevan á adorar las maravillas que no vemos. Pero, ya se ve, los ateístas son unos brutos que parecen hombres, ó unos hombres que voluntariamente quieren ser menos que los brutos. Ello es evidente...

En esto, viendo que nos tardábamos, salieron á llamarnos otra vez las niñas y señores de la hacienda, para que fuéramos á ver las travesuras de los payos y caporales, y tuvimos que suspender, ó por mejor decir, cortar enteramente una conversación tan dulce para mí, porque en la realidad me entretenía más que todos los herraderos.

Admiráronse de vernos tan unidos al padre y á mí, creyendo que yo conservara algún resentimiento por el sonrojillo que me había hecho pasar sobre mesa, y aun entre chanzas nos descubrieron su pensamiento; pero yo, en medio de mis desbaratos, he debido á Dios dos prendas que no merezco. La una, un entendimiento dócil á la razón, y la otra, un corazón noble y sensible, que no me ha dejado prostituir fácilmente á mis pasiones. Lo digo así porque cuando he cometido algunos excesos, me ha costado dificultad sujetar el espíritu á la carne. Esto es, he cometido el mal conociéndolo y atropellando los gritos de mi conciencia y con plena

advertencia de la justicia, lo que acaece á todo hombre cuando se desliza al crimen. Por estas buenas cualidades que digo he visto brillar en mi alma, jamás he sido rencoroso ni aun con mis enemigos; mucho menos con quien he conocido que me ha aconsejado bien tal vez con alguna aspereza, lo que no es común, porque nuestro amor propio se resiente de ordinario de la más cariñosa corrección, siempre que tiene visos de regaño; y por eso los de la hacienda se admiraban de la amistosa armonía que observaban entre mí y el padre.

Fuímonos por fin al circo de la diversión, que era un gran corral, en el que estaban formados unos cómodos tabladitos. Sentámonos el padre vicario y yo juntos, y entretuvimos la tarde mirando herrar los becerros y ganado caballar y mular que había. Mas advertí que los espectadores no manifestaban tanta complacencia cuando señalaban á los animales con el fuego como cuando se toreaban los becerrillos ó se jineteaban los potros, y mucho más cuando un torete tiraba á un muchacho de aquellos, ó un muleto desprendía á otro de sobre sí; porque entonces eran desmedidas las risadas, por más que el golpeado inspirara la compasión con la aflicción que se pintaba en su semblante.

Yo, como hasta entonces no había presenciado se-

mejante escena, no podía menos que conmoverme al ver á un pobre que se levantaba renqueando de entre las patas de una mula ó las astas de un novillo. En aquel momento sólo consideraba el dolor que sentiría aquel infeliz, y esta genial compasión no me permitía reir cuando todos reventaban á caquinos. El juicioso vicario, que ¡ojalá hubiera sido mi mentor toda la vida! advirtió mi seriedad y silencio, y leyéndome el corazón me dijo: —¿Usted ha visto toros en México alguna vez?—No, señor, le contesté; ahora es la primera ocasión que veo esta clase de diversiones, que consisten en hacer daño á los pobres animales, y exponerse los hombres á recibir los golpes de la venganza de aquéllos, la que juzgo se merecen bien por su maldita inclinación y barbarie.—Así es, amiguito, me dijo el vicario; y se conoce que usted no ha visto cosas peores. ¿Qué dijera usted si viera las corridas de toros que se hacen en las capitales, especialmente en las fiestas que llaman *Reales?* Todo lo que usted ve en éstas son frutas y pan pintado: lo más que aquí sucede es que los toretes suelen dar sus revolcadillas á estos muchachos, y los potros y mulas sus caídas, en las que ordinariamente quedan molidos y estropeados los jinetes; mas no heridos ó muertos como sucede en aquellas fiestas públicas de las ciudades que dije; porque allí, como se torean toros escogidos por feroces, y están puntales, es muy frecuente ver los intestinos

de los caballos enredados en sus astas, hombres gravemente lastimados y algunos muertos.—Padre, le dije yo, ¿y así exponen los racionales sus vidas para sacrificarlas en las armas enojadas de una fiera? ¿y así concurren todos de tropel á divertirse con ver derramar la sangre de los brutos y tal vez de sus semejantes?—Así sucede, me contestó el vicario, y sucederá siempre en los dominios de España, hasta que no se olvide esta costumbre tan repugnante á la naturaleza como á la ilustración del siglo en que vivimos.

Conversamos largo rato sobre esto, como que es materia muy fértil, y cuando mi amigo el vicario hubo concluído, le dije:

—Padre, estoy pensando que ese *demontre* de Januario ó Juan Largo, mi condiscípulo, luego que sepa los disparates que yo dije del cometa, y la justa reprehensión de usted, me ha de burlar altamente y en la mesa delante de todos, porque es muy *pandorguista,* y tiene su gusto en pararle la bola, como dicen, á cualquiera en la mejor concurrencia; y yo ciertamente no quisiera pasar otro bochorno como el de á medio día, ó ya que él sea tan mal amigo y tan imprudente, que padeciera el mismo tártago que yo, haciéndolo usted quedar mal con alguna preguntita de física, pues estoy seguro que entiende tanto de esto como de hacer un par de zapatos; y así le encargo á usted que

me haga este favor y le saque los colores á la cara por faceto.

—Mire usted, me dijo el padre; á mí me es fácil desempeñar á usted, pero ésa es una venganza, cuya vil pasión debe usted refrenar toda la vida: la venganza denota una alma baja que no sabe ni es capaz de disimular el más mínimo agravio. El perdonar las injurias no sólo es señal característica de un buen cristiano, sino también de una alma noble y grande. Cualquiera, por pobre, por débil y cobarde que sea, es capaz de vengar una ofensa: para esto no se necesita religión, ni talento, ni prudencia, ni nobleza, cuna, educación, ni nada bueno; sobra con tener una alma vil, y dejar que la ira corra por donde se le antoje para suscribir fácilmente á los sanguinarios sentimientos que inspira. Pero para olvidar un agravio, para perdonar al que nos lo infiere, y para remunerar la maldad con acciones benéficas, es menester no solamente saber el evangelio, aunque esto debía ser suficiente, sino tener una alma heroica, un corazón sensible, y esto no es común: tampoco lo es ver unos héroes como Trajano, de quien se cuenta que dando audiencia pública llegó al trono un zapatero fingiendo iba á pedir justicia; acercóse al emperador, y aprovechando un descuido, le dió una bofetada. Alborotóse el pueblo, y los centinelas querían matarlo en el acto; pero Trajano lo impidió para castigarlo por sí

mismo. Ya asegurado el alevoso, le preguntó:—¿Qué injuria te he hecho, ó qué motivo has tenido para insultarme?—El zapatero, tan necio como vano, le contestó: —Señor, el pueblo bendice vuestro amable carácter: nada tengo que sentir de vos; mas he cometido este sacrílego delito sabiendo que he de morir, sólo porque las generaciones futuras digan que un zapatero tuvo valor para dar una bofetada al emperador Trajano.—Pues bien, dijo éste; si ése ha sido el motivo, tú no me has de exceder en valor. Yo también quiero que diga la posteridad, que si un zapatero se atrevió á dar una bofetada al emperador Trajano, Trajano tuvo valor para perdonar al zapatero. Anda libre.

Esta acción no necesita ponderarse; ella sola se recomienda, y usted puede deducir de ella y de miles de iguales que hay en su línea, que para vengarse es menester ser vil y cobarde, y para no vengarse es preciso ser noble y valiente; porque el saber vencerse á sí mismo y sujetar las pasiones es el más difícil vencimiento, y por eso es la victoria más recomendable y la prueba más inequívoca de un corazón magnánimo y generoso. Por todo esto, me parece que será bueno que usted olvide y desprecie la injuria del señor Januario.

—Pues, padrecito, le dije, si más valor se necesita para perdonar una injuria que para hacerla, yo desde

-o.avien en esta vida.

—¡Oh, don Pedrito, me contestó el vicario, cuá apreciable fuera esta clase de protestas en el mundc si todas se llevasen al cabo! Pero no hay que protestar en esta vida con tanta arrogancia; porque somos muy débiles y frágiles, y no podemos confiar en nuestra propia virtud, ni asegurarnos en nuestra sola palabra. A la hora de la tempestad hacen los marineros mil promesas, pero llegando al puerto se olvidan como si no se hubieran hecho. Cuando la tierra tiembla no se oyen sino plegarias, actos de contrición y propósitos de enmienda; mas luego que se aquieta, el ebrio se dirige al vaso, el lascivo á la dama, el tahur á la baraja, el usurero á sus lucros y todos á sus antiguos vicios. Una de las cosas que más perjudican al hombre es la confianza que tiene de sí mismo. Ésta pone en ocasión le prostituirse á los jóvenes, de extraviar á las almas moratas, de abandonarse á los que ministran la justi- ı y de ser delincuentes á los más sabios y santos. 'omón prevaricó, y san Pedro, que se tenía por el más ente de los apóstoles, fué el primero y aun el único negó á su divino Maestro. Conque no hay que fiar ho en nuestras fuerzas, ni que charlar sobre nues- alabra, porque mientras no llega la ocasión todos ; rocas; pero puestos en ella somos unas pajitas

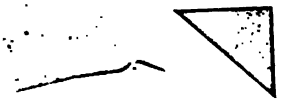
miserables que nos inclinamos al primer vientecillo que nos impele.

Poco más duró nuestra conversación, cuando se acabó la tarde y con ella aquella diversión, siéndonos preciso trasladarnos á la sala de la hacienda.

Como en aquella época no se trataba sino de pasar el rato, todos fueron entreteniéndose con lo que más les gustaba, y así fueron tomando sus naipes y bandolones, y comenzaron á divertirse unos con otros. Yo entonces ni sabía jugar (ó no tenía qué, que es lo más cierto), ni tocar, y así me fuí por una cabecera del estrado para oir cantar á las muchachas, las que me molieron la paciencia á su gusto; porque se acercaban hacia mí dos ó tres, y una decía: — Niña, cuéntame un cuento, pero que no sea el de Periquillo Sarniento. — Otra me decía: — Señor, usted ha estudiado, díganos, ¿por qué hablan los pericos como la gente? — Otra decía: — ¡Ay, niña, qué comezón tengo en el brazo! ¿si tendré sarna? — Así me estuvieron chuleando estas madamas toda la noche hasta que fué hora de cenar.

Púsose la mesa: sentámonos todos y con todos mi amiguísimo Juan Largo, que hasta entonces se había estado jugando malilla ó no sé qué.

Mientras duró la cena se trataron diversos asuntos. Yo en uno que otro metía mi cucharada; pero después



—Señor, usted ha estudiado, díganos; ¿por qué hablan los pericos como la gente?

de provocado, y siempre con las salvas de: *según me parece; yo no tengo inteligencia; dicen; he oído asegurar*, etc.; pero ya no hablé con arrogancia como al medio día: ya se ve, tal me tenía de acobardado el sermón que me espetó el vicario en mis bigotes. ¡Oh, cuánto aprovecha una lección á tiempo!

Se alzó la mesa, y mi buen amigo Juan Largo, dirigiendo á mí la palabra, comenzó á desahogar su genio bufón, lo mismo que yo me había pensado. —¿Conque, Periquillo, me dijo, las cometas son una cosa á modo de trompetas? ¡Vamos, que tú has quedado lucido en el acto del medio día! ¡Sí, ya sé tus gracias: no sabía yo que tenía por condiscípulo un tan buen físico como tú y á más de físico, astrónomo. Seguramente que con el tiempo serás el mejor almanaquero del reino. A hombre que sabe tanto de cometas ¿qué cosa se le podrá ocultar de todos los astros habidos y por haber? — Las mujeres, como casi siempre obran según lo que primero advierten, y en esta rechifla no veían otra cosa que una burleta, comenzaron á reir y á verme más de lo que yo quería; pero el padre vicario, que ya me amaba y conocía mi vergüenza, procuró libertarme de aquel chasco, y dijo á don Martín (que ya dije era dueño de la hacienda): —¿Conque pasado mañana tiene usted eclipse de sol?— Sí, señor, dijo don Martín, y estoy tamañito.—¿Por qué? preguntó el vicario. — ¿Cómo por qué? dijo el amo;

porque los *eclises* son el diablo. Ahora dos años, me acordaré que estaba ya viniéndose mi trigo, y por el maldito *eclis* nació todo chupado y ruincísimo, y no sólo, sino que toda la cría del ganado que nació en aquellos días se maleó y se murió la mayor parte. Vea usted si con razón les tengo tanto miedo á los *eclises.*—Amigo don Martín, dijo el vicario, yo creo que no es tan bravo el león como lo pintan; quiero decir, que no son los pobres eclipses tan perversos como usted los supone.—¿Cómo no, padre? dijo don Martín. Usted sabrá mucho, pero tengo mucha *esperencia,* y ya ve que la *esperencia* es madre de la *cencia.* No hay duda, los *eclises* son muy dañinos á las sementeras, á los ganados, á la *salú* y hasta á las mujeres preñadas. *Ora* cinco años me acordaré que estaba en cinta mi mujer, y no lo ha de creer, pues hubo *eclis* y nació mi hijo Polinario *tencuitas.*—¿Pero por qué fué esa desgracia? preguntó el cura.—¿Cómo por qué, señor? dijo don Martín; porque se lo comió el *eclis.*—No se engañe usted, dijo el vicario; el eclipse es muy hombre de bien, á nadie se come ni perjudica, y si no, que lo diga don Januario. ¿Qué dice usted, señor bachiller?—No hay remedio, contestó lleno de satisfacción, porque le habían tomado su parecer: no, no hay remedio, decía: el eclipse no puede comer la carne de las criaturas encerradas en el vientre de sus madres; pero sí puede dañarlas por su maligna influen-

cia, y hacer que nazcan *tencuas* ó corcovadas, y mucho mejor puede con la misma malignidad matar las crías y chuparse el trigo, según ha dicho mi tío, atestiguando con la experiencia, y ya ve usted, padre mío, que *quod ab experientia patet non indiget probatione.* Esto es; no necesita de prueba lo que ya ha manifestado la experiencia.

—No me admiro, dijo el padre, que su tío de usted piense de esa manera, porque no tiene motivo para otra cosa; pero me hace mucha fuerza oir producirse de igual modo á un señor colegial. Según eso, dígame usted, ¿qué son los eclipses?—Yo creo, dijo Januario, que son aquellos choques que tiene el sol y luna, en los que uno ú otro salen perdiendo siempre conforme es la fuerza del que vence: si vence el sol, el eclipse es de la luna, y si vence ésta, se eclipsa el sol. Hasta aquí no tiene duda; porque mirando el eclipse en una bandeja de agua, materialmente se ve cómo pelea el sol con la luna; y se advierte lo que uno ú otro se comen en la lucha; y si tienen virtud estos dos cuerpos para hacerse tanto daño, siendo solidísimos, ¿cómo no podrán dañar á las tiernas semillas y á las débiles criaturas del mundo?—Eso es lo que yo digo, repuso el bueno de don Martín: vea usted, padre, si digo bien ó mal. No hay que hacer, mi sobrino es muy *sabido: ansí mesmo* según y cómo él explica el *eclis,* lo explicaba su padre, mi difunto

hermano, que era hombre de muchas letras, y allá en la Huasteca, nuestra tierra, decían todos que era un pozo de *cencia*. ¡Ah, mi hermano! si él viviera ¡qué gusto tuviera de ver á su hijo Januarito tan adelantado!—No mucho, aunque me perdone, dijo el vicario; porque el señor no entiende palabra de cuanto ha dicho; antes es un blasfemo filosófico. ¿Qué pleitos, qué choques, influencias fatales ni malditas quiere usted que produzcan los eclipses? Sepa usted, señor don Martín, que el mayor eclipse no le puede hacer á usted ni á sus siembras, ni ganado, más daño que quitarles una poca de luz por un rato. No hay tal pleito del sol y la luna, ni tales faramallas. ¿Se pudiera usted pelear de manos desde aquí con uno que estuviera en México?—Ya se ve que no, dijo don Martín.—Pues lo propio sucede al sol respecto de la luna, prosiguió el vicario; porque dista un astro de otro muchísimas leguas.—Pues en resumidas cuentas, preguntó don Martín, ¿qué es *eclis?*—No es otra cosa, respondió el padre vicario, que la interposición de la luna entre nuestra vista y el sol, y entonces se llama eclipse de sol, ó la interposición de la tierra entre la luna y el sol, y entonces se dice eclipse de luna.

—¿Ya ve usted todo eso? dijo el payo, pues no lo entiendo.—Pues yo haré que lo perciba usted clarísimamente, dijo el padre: Sepa usted que siempre que un

cuerpo opaco se opone entre nuestra vista y un cuerpo luminoso, el opaco nos embaraza ver aquella porción de luz que cubre con su disco.—Agora lo entiendo menos, decía don Martín.—Pues me ha de entender usted, replicó el padre. Si usted pone su mano enfrente de sus ojos y la luz de la vela, claro es que no verá la llama.—Eso sí entiendo.—Pues ya entendió usted el eclipse.—¿Es posible, padre, decía don Martín muy admirado, es posible que tan poco tienen que entender los *eclises?*—Sí, amigo mío, decía el vicario. Lo que sucede es, que como su mano de usted es mayor que la llama de la vela, siempre que la ponga frente de ella la tapará toda y hará un eclipse total; pero si la pone frente de una luminaria de leña, seguramente no la tapará toda sino un pedazo; porque la luminaria es más grande que la mano de usted, y entonces puede usted decir que hizo un eclipse parcial, esto es, que tapó una parte de la llama de la luminaria. ¿Lo entiende usted? —Y muy bien, respondió el payo. Pero ¿qué tan fácilmente *ansí* se entienden los *eclises* del sol y de la luna? —Sí, señor, dijo el padre. Ya dije á usted que el sol está muchas leguas distante de la luna; es mucho mayor que ella, lo mismo que la luminaria es mucho más grande que su mano de usted, y así cuando la luna pasa por entre el sol y nuestros ojos, tapa un pedazo de éste, que es lo que no vemos; y lo que al señor

Januario, á usted y á otros les parece comido, no es otra cosa que la mano que pasa frente de la luminaria. ¿Lo entiende usted? — Completamente, dijo don Martín, y según eso nunca habrá *eclises* totales de sol, porque es la luna mucho más chica, y no lo puede tapar todo.— Así debía ser, dijo el vicario, si siempre la luna pasara á una misma distancia respecto del sol y nuestra vista; pero como algunas veces pasa quedando muy cerca de nosotros, [1] nos lo cubre totalmente, así como siempre que usted se ponga la mano junto de los ojos no verá nada de la luminaria, sin embargo de que su mano de usted es mucho más chica que la luminaria; y ahora sí creo que me ha entendido usted. — ¿Y los de la luna, cómo son? preguntó el payo. — Del mismo modo, dijo el padre; así como la luna tapa ú obscurece un pedazo del sol [2] cuando se pone entre él y nosotros, así la tierra tapa ú obscurece un pedazo de luna ó toda cuando se pone entre ella y el sol.

—*Ansí* debe ser, dijo don Martín, y *ora* reflejo que he visto algunos *eclises* del sol y luna totales, como usted les llama, ó que se ha tapado toda, de modo que hemos estado *oscuras* totalísimamente. Sobre que no le hace que la luminaria sea más grande que la mano. ¿Y es

[1] No es la distancia de la luna respecto de nosotros lo que hace que sean totales los eclipses, sino su completa interposición. E.

[2] Bien sabía el vicario que lo que se obscurece no es el sol, sino la tierra que recibe la sombra; pero se explicó así porque lo entendiera don Martín.

posible que no son otra cosa los *eclises?* — Sí, señor, dijo el padre, no son otra cosa, y teniendo el año trescientos sesenta y cinco ó sesenta y seis días, si es bisiesto, tenemos nosotros otros tantos eclipses del sol, y totales, que es más gracia. — ¡Cómo, padre! decía don Martín. — Ya se ve que sí, dijo el vicario: ¿ve usted de noche el sol? — No, señor, ni una pizca, respondió don Martín. — Pues ahí tiene usted que se le eclipsa el sol todo entero, y para que usted no me vea, tanto tiene que yo me meta á la recámara como que usted cierre los ojos. — Es verdad, decía don Martín; pero según que usted me ha dicho, y según lo que agora me dice, creo que el mundo es mucho más grandísimo que el sol, que no puede menos, sobre que lo estamos mirando. — Pues sí puede menos, amigo, dijo el vicario; y en efecto, es tan pequeño respecto al sol, como lo es una avellana respecto á un coco. — Pues entonces, replicó don Martín, salimos con lo que usted me dijo; pues aunque mi mano sea más chica que la luminaria, me la puede tapar toda en estando muy cerca de mis ojos. — Así es, dijo el vicario, puede ó no puede taparla toda, según la distancia en que usted la pusiere respecto á sus ojos. Si la pone lejos de ellos, no tapará toda la luminaria, algo verá usted de ella; pero si se la pone en las narices, no verá nada. — Ya se ve que así ha de ser, decía don Martín, y no solamente no veré la luminaria, pero ni la puerta de la

hacienda que es más grande, ni cosa alguna, y eso será porque casi me tapo los ojos con la mano poniéndola tan cerca. — Pues vea usted la razón, dijo el padre, porque se suelen ver algunos eclipses totales de sol causados por la luna, porque ésta, aunque mucho más pequeña que él, si se pasa muy cerca de nosotros, como en realidad pasa algunas veces, hace el efecto de la mano frente de la luminaria, y lo mismo hace la tierra, sin embargo de su pequeñez, eclipsándonos el sol todas las noches por estar pegada á nosotros. [1]

—Perfectamente entendí todo el asunto de los *eclises,* padre vicario, dijo don Martín, y creo que cualquiera lo entenderá, por negado que sea. ¿Lo entiendes, hija? ¿lo han entendido, muchachas?—Todas á una voz respondieron que sí, y que muy bien: que ya sabían que podían hacer eclipses de sol, de luna, ó de luminarias, cada vez que se les antojara; pero el buen don Martín volvió á preguntar: — Dígame usted, padre; ya que los *eclises* no son más que eso, ¿por qué son tan dañinos que nos pierden las siembras, los ganados, y hasta nos enferman y sacan imperfectos los muchachos? — Esa es la vulgaridad, respondió el vicario. Los eclipses en nada se meten, ni tienen la culpa de esas desgracias. Las siembras se pierden ó porque les ha faltado cultivo á su tiempo, ó han escaseado las aguas, ó la semilla estaba

[1] Esto coincide con la explicación anteriormente anotada, que no es exacta. E.

dañada, ó era ruín, ó la tierra carece de jugos, ó está cansada, etc. Los ganados malparen, ó las crías nacen enfermas, ya porque se lastiman las hembras, ó padecen alguna enfermedad particular que no conocemos, ó han comido alguna hierba que las perjudica, etc.; últimamente, nosotros nos enfermamos ó por el excesivo trabajo, ó por algún desorden en la comida ó bebida, ó por exponernos al aire sin recato estando el cuerpo muy caliente, ó por otros mil achaques que no faltan; y las criaturas nacen *tencuas,* raquíticas, defectuosas ó muertas por la imprudencia de sus madres en comer cosas nocivas, por travesear, corretear, alzar cosas pesadas, trabajar mucho, tener cóleras vehementes ó recibir golpes en el vientre. Conque vea usted cómo no tienen los pobres eclipses la culpa de nada de esto. — Bien, dijo don Martín; pero ¿cómo suceden estas desgracias puntualmente cuando hay *eclis?* — La desgracia de los eclipses, dijo el vicario, consiste en que suceda algo de esto en su tiempo; porque los pobres que no entienden de nada, luego luego echan la culpa á los eclipses de cuantas averías hay en el mundo. Así como cuando uno se enferma, lo primero que hace es buscar achaque á su enfermedad, y tal vez cree que se la ocasionó lo más inocente. Conque, amigo, no hay que ser vulgares, ni que quitar el crédito á los pobrecitos eclipses, que es pecado de restitución.

Celebraron todos al padre vicario, y le pegaron un buen tabardillo al amigo Juan Largo, de modo que se levantó de allí chillándole las orejas. A poco rato nos fuímos á acostar.

CAPITULO VIII

En el que escribe Periquillo algunas aventuras que le pasaron en la hacienda y la vuelta á su casa

A otro día nos levantamos muy contentos: el señor cura hizo poner su coche y el padre vicario mandó ensillar su caballo para irse á sus respectivos destinos. El padre vicario se despidió de mí con mucho cariño, y yo le correspondí con el mismo, porque era un hombre amable, benéfico, y no soberbio ni necio.

Fuéronse, por fin, y yo quedé sin tan útil compañía. El hermano Juan Largo, tan tonto y sinvergüenza como siempre (porque es propiedad del necio no dársele nada

de cosa alguna de esta vida), á la hora del almuerzo me comenzó á burlar con la cometa; pero yo le rebatí defendiéndome con los disparates que él había hablado acerca del eclipse, con cuya diligencia lo dejé corrido, y él debía de haber advertido que es una majadería ponerse á apedrear el tejado del vecino el que tiene el suyo de vidrio.

Fuérase porque yo era nuevo en la casa, ó porque tenía un genio más prudente y jovial, las señoras, las muchachas y todos me querían más que á Juan Largo, que era naturalmente tosco y engreído. Con esto, cuando yo decía alguna facetada, la celebraban infinito, y de esto mondaba mi rival Januario, y trataba de vengarse siempre que hallaba ocasión, sin poder yo librarme de sus maldades, porque las tramaba con la capa de la amistad. ¡Abominable carácter de almas viles, que fabrican la traición á la sombra de la misma virtud!

Como yo por una parte lo amaba, y él por otra tenía un genio intrigante, me disimulaba sus malas intenciones, y yo me entregaba sin recelo á sus dictámenes.

Todas las tardes salíamos á pasear á caballo. Ya se deja entender qué buen jinete sería yo, que no había montado sino los caballos de alquiler barato de México, animales flacos, trabajados, y de una zoncería y mansedumbre imponderables. No eran así los de la hacienda, porque casi todos estaban lozanos y eran briosos, motivo bastante para que yo les tuviera harto miedo; por esto

me ensillaban los de la señora y de la niña, su hija, y todas las tardes, como dije, salíamos á pasear Januario, yo y dos hijos del administrador, que eran muy buenas maulas.

De todos los cuatro yo era el menos jinete, ó como dicen, el más colegial; con esto, me hacían mil travesuras en el campo, como colearme los caballos, maneármelos, espantármelos y cuanto podían para que, á pesar de ser mansos, se alborotasen y me echaran al suelo, como lo hacían sin mucha dificultad á cada instante; de suerte que, aunque los golpes que yo llevaba eran ligeros y de poco riesgo por ser en las hierbas ó en la arena, sin embargo, fueron tantos que no sé cómo no bastaron á acobardarme. Bien que mis buenos amigos, después que reían á mi costa cuanto querían, me consolaban contándome las caídas que habían llevado para aprender, y añadían: —No te apures, hombre, esto no es nada; pero aunque en cada caída te quebraras una pierna ó se te sumiera una costilla, lo debías tener á mucha dicha, cuando vieras lo que aprovechan estas lecciones de los caballos para tenerse bien en ellos; porque, amigo, no hay remedio, los golpes hacen jinete, y tú mismo advertirás que ya no estás tan lerdo como antes: no, ya te tienes más y te sientas mejor, y si duras otro poco en la hacienda nos has de dar á todos ancas vueltas.

¿Quién creerá que estas frívolas lisonjas eran las vilmas medicinales que aquellos tunantes aplicaban á mis golpes y magullones? ¿y quién creerá que yo me daba por muy bien servido con ellas, y se me olvidaba la jácara que me hacían al caer y los pugidos que me costaba levantarme algunas veces? Mas ¿quién lo ha de creer, sino aquel que sepa que la adulación se hace tanto lugar en el corazón humano, que nos agrada aun cuando viene dirigida por nuestros propios enemigos?

El picarón de Januario no se saciaba de hacerme mal por cuantos medios podía, y siempre fingiéndome una amistad sincera. Una tarde de un día domingo en que se toreaban unos becerros, me metió en la cabeza que entrara yo á torear con él al corral; que eran los becerros chicos; que estaban despuntados; que él me enseñaría; que era una cosa muy divertida; que los hombres debían saber de todo, especialmente de cosas de campo; que el tener miedo se quedaba para las mujeres, y qué sé yo qué otros desatinos, con los que echó por tierra todo aquel escándalo que yo manifesté al vicario la vez primera que ví la tal zambra de hombres y brutos. Se me disipó el horror que me inspiraron al principio estos juegos, falté á mi antigua circunspección en este punto, y atropellando con todo, me entré al corral á pie, porque me juzgué más seguro.

A los principios llamaba al becerro á distancia de

diez ó doce varas, con cuya ventaja me escapaba fácilmente de su enojo subiéndome á las trancas del corral; mas como en esta vida no hay cosa á que no se le pierda el miedo con la repetición de actos, poco á poco se lo fuí perdiendo á los becerros, viendo que me libraba de ellos sin dificultad, y ayudado con los estímulos de mis buenos amigos y camaradas, que á cada momento me gritaban: —¡Arrímese, colegial! ¡arrímate, hombre, no seas collón! ¡anda, Coquita! [1] — y otras incitaciones de esta clase, me fuí acercando más y más á sus testas respetables, hasta que en una de ésas se me puso por detrás de puntillas el señor Juan Largo, y cuando yo quise huir, no pude, porque él me embarazó la carrera haciendo que tropezaba conmigo, con cuyo auxilio tan á tiempo me alcanzó el becerro, y levantándome en el aire con su mollera, me hizo caer en tierra como un zapote mal de mi grado, y á la distancia de cuatro á cinco varas. Yo quedé todo desguarnido del susto y del porrazo; pero con todo esto, como el miedo es ligerísimo, y yo temía la repetición del lance, pues el becerro aún esperaba concluir su triunfo, me levanté al momento sin advertir que al golpe se me habían reventado los botones y las cintas de los calzones, y así, habiéndoseme bajado á los talones, quedé engrillado, sin poder dar un paso y en la más vergonzosa figura; pero el maldito novillo, aprovechando mi inepti-

[1] Lo mismo que Marica ó Mariquita. E.

tud para correr, repitió sobre mí un segundo golpe; mas con tal furia que á mí me pareció que me habían quebrado las costillas con una de las torres de catedral, y que había volado más allá de la órbita de la luna; pero al dar en el suelo tan furioso costalazo como el que dí no volví á saber de cosa alguna de esta vida.

Quedé privado: subiéronme cubierto con unas *mangas,* y se acabó la diversión con el susto, creyendo todas las señoras que me había dado algún golpe mortal en el cerebro.

Quiso Dios que no pasó de una ligera suspensión del uso de los sentidos; pues con los auxilios de la lana prieta,[1] el álcali, ligaduras y otras cosas, volví en mí al cabo de media hora, sin más novedad que un dolorcillo en el hueso *cocix* que no dejaba de molestarme más de lo que yo quería.

Pero cuando estuve en mi entero acuerdo y me ví rodeado de todos los señores que estaban en la hacienda, tendido en una cama, muy abrigado, y llenos todos de sobresalto, preguntándome unos: «¿cómo se siente usted?» otros: «¿qué tiene usted?» y todos: «¿qué le duele?» y en medio de esta concurrencia advertí mis calzones sueltos, por haberse reventado la pretina, y me acordé de las faldas de mi camisa y del lance que

[1] La gente vulgar cree que esta lana y no la blanca es la que tiene virtud de hacer volver en sí al que está privado de sentidos, y á esta vulgaridad alude el autor. E.

me acababa de pasar, me llené de vergüenza (pasión que no me ha faltado del todo), y hubiera querido haber caído honestamente como César cuando lo asesinó Bruto.

Les dí gracias por su cuidado, contestándoles que no me había hecho mayor mal; mas con todo eso, la señora de la hacienda me hizo tomar un vaso de vinagre aguado, y á poco rato una porción de calahuala, con lo que á otro día estaba enteramente restablecido.

Mi buen amigo Januario en aquel primer rato de mi mal, y cuando todos estaban temiendo no fuera cosa grave, se manifestó bien apesadumbrado con toda aquella hipocresía que sabía usar; mas al siguiente día que me vió fuera de riesgo, me cogió á cargo y comenzó á desahogar todas sus bufonadas, haciéndome poner colorado á cada momento delante de las muchachas con el vergonzoso recuerdo de mi pasada aventura, insistiendo en mi desnudez, en la posición de mi camisa y en el indecente modo de mi caída.

Como él con sus truhanadas excitaba la risa de las niñas y yo no podía negarlo, me avergonzaba terriblemente, y no hallaba más recurso que suplicarle no me sonrojara en aquellos términos; pero mi súplica sólo servía de espuelas á su maldita verbosidad, y esto me añadía más vergüenza y más enojo.

Para serenarme me decía: — No seas tonto, her-

mano, si esto es chanza. Esta tarde nos iremos á pasear á Cuamatla; verás qué hacienda tan bonita. ¿Qué caballo quieres que te ensillen? ¿el almendrillo ó el grullo de tía? —Yo le contesté la primera vez que me lo dijo:—Amigo, yo te agradezco tu cariño; pero excúsate de que me ensillen ningún caballo, porque yo no pienso volver á montar en mi vida grullos ni grullas, ni pararme delante de una vaca, cuanto menos delante de los toros ó becerros.—Anda, hombre, decía él, no seas tan cobarde; no es jinete el que no cae, y el buen toreador muere en las astas del toro.—Pues muere tú norabuena, le respondía yo, y cae cuantas veces quisieres, que yo no he reñido con mi vida. ¿Qué necesidad tengo de volver á mi casa con una costilla menos ó una pierna rota? No, Juan Largo, yo no he nacido para caporal ni vaquero.—En dos palabras; yo no volví á montar á caballo en su compañía, ni á ver torear siquiera, y desde aquel día comencé á desconfiar un poco de mi amigo. ¡Feliz quien escarmienta en los primeros peligros! pero más «feliz el que escarmienta en los peligros ajenos,» como dijo un antiguo: *Felix quem faciunt aliena pericula cautum.* Esto se llama saber sacar fruto de las mismas adversidades.

A los tres días de este suceso se acabaron las diversiones, y cada huésped se fué para su casa. El malvado Januario había advertido que yo veía con cariño á su

prima y que ella no se incomodaba por esto, y trató de pegarme otro chasco que estuvo peor que el del becerro.

Un día que no estaba en casa don Martín, porque se había ido á otra hacienda inmediata, me dijo Januario: —Yo he notado que te gusta Ponciana y que ella te quiere á tí. Vamos, dime la verdad; ya sabes que soy tu amigo y que jamás me has reservado secreto. Ella es bonita; tú tienes buen gusto, y yo te lo pregunto, porque sé que puedo servir á tus deseos. La muchacha es mi prima y no me puedo yo casar con ella, y así me alegrara que disfrutara de su amor un amigo á quien yo quisiera tanto como á tí.—¿Quién había de pensar que esta era la red que me tendía este maldito para burlarse de mí á costa de mi honor? Pues así fué, porque yo, tan fácil como siempre, lo creí, y le dije: —Que tu prima es de mérito, es evidente; que yo la quiero, no te lo puedo negar; pero tampoco puedo saber si ella me quiere ó no, pues no tengo por dónde saberlo.—¿Cómo no? dijo Januario, ¿pues qué, nunca le has dicho tu sentimiento? —Jamás la he hablado de eso, le respondí.—Y ¿por qué? instó él.—¡Cómo por qué! le dije yo; porque le tengo vergüenza: dirá que soy un atrevido; lo avisará á su madre, ó me echará noramala. A más de eso, tu tía es muy celosa; jamás nos da lugar de hablar, ni la deja sola un momento; ¿conque cómo quieres que yo tenga lugar

para tratar con esa niña unas conversaciones de esta clase? — Rióse Januario grandemente, burlóse de mi temor y recato, y me dijo: — Eres un pazguato; no te juzgaba yo tan zonzo y para nada: ¡miren qué dificultades tan grandes tienes que vencer! Quita allá, collón. Todas las mujeres se pagan de que las quieran, y aunque no correspondan, agradecen el que se lo digan. Ahora, ¿no has oído decir que al que no habla nadie le oye? Pues habla, salvaje, y verás cómo alcanzas. Si temes á la vieja de mi tía, yo te haré juego; yo te proporcionaré que le hables á solas, espacio y á tu satisfacción. ¿Qué dices? ¿quieres? habla: verás que yo solo soy tu verdadero amigo.

Con semejantes consejos, viendo que la ocasión me brindaba con lo mismo que yo apetecía, no tardé mucho en admitir su obsequiosa oferta, y le dí más agradecimientos que si me hubiera hecho un verdadero favor.

El bribón se apartó de mí por un corto rato, al cabo del cual volvió muy contento y me dijo: — Todo está hecho. He dado un vomitorio á Poncianita, y me ha desembuchado todo; ha cantado redondamente y me ha confesado que te quiere bien. Yo le dije que tú mueres por ella y que deseas hablarla á solas. Ella quisiera lo mismo; pero me puso el embarazo de su madre que la trae todo el día como un llavero. La dificultad al parecer es grande; mas yo he discurrido el

arbitrio mejor para que ustedes logren sus deseos sin zozobra, y es éste: el tío no ha de venir hasta mañana; ya tú sabes la recámara donde ella duerme con su madre; ya sabes que su cama está á la derecha luego que se entra; y así esta misma noche puedes entre las once y doce ir á hablarla todo cuanto quieras, en la inteligencia de que la vieja á esa hora está en lo más pesado de su sueño. Poncianita está corriente; sólo me encargó que entraras con cuidado y sin hacer ruido, y que si no está despierta, le toques la almohada, que ella tiene un sueño muy ligero. Conque mire usted, señor Periquillo, y qué pronto se han vencido todas las dificultades que te acobardan; y así no hay que ser zonzo; logra la ocasión antes que se pase, ya yo hice por tí cuanto he podido.

Repetí las gracias á mi grande amigo por sus buenos oficios, y me quedé haciendo mi composición de lugar, pensando qué le diría yo á esa niña (pues á la verdad mi malicia no se extendía á más que á hablar), y deseando que corrieran las horas para hacer mi visita de lechuza.

Entretanto el traidor Juan Largo, que ni palabra había hablado á su prima acerca de mis amorcillos, fué á ver á su tía, y le dijo: que tuviera cuidado con su hija, porque yo era un completo zaragate; que él ya había notado que yo le hacía mil señas en la mesa, y que ella

me las correspondía; que algunas noches me había buscado en mi cama y no estaba yo en ella; y así que mudara á Poncianita á otra recámara con una criada, y que ella se acostara en la misma cama que su prima aquella noche y estuviera con cuidado á ver si él se engañaba. Todo le pareció muy bien á la señora; lo creyó como si lo viera; agradeció á Januario el celo que manifestaba por el honor de su casa; prometió tomar el consejo que le acababa de dar, y sin más averiguación, se encerró en un cuarto con la inocente muchacha y le dió una vuelta del demonio, según me contó á los dos meses una criada suya que se fué á acomodar á mi casa, y oyó el chisme del pícaro primo y advirtió el injusto castigo de Ponciana.

Dos lecciones os da este suceso, hijos míos, de que os deberéis aprovechar en el discurso de vuestra vida. La primera es para no ser fáciles en descubrir vuestros secretos á cualquiera que se os venda por amigo; lo uno, porque puede no serlo, sino un traidor, como Januario, que trate de valerse de vuestra simplicidad para perderos; y lo otro, porque, aun cuando sea un amigo, quizá llegará el caso de no serlo, y entonces, si es un vil como muchos, descubrirá vuestros defectos que le hayáis comunicado en secreto, para vengarse. En todo caso, mejor es no manifestar el secreto que aventurarlo: *si quieres que tu secreto esté oculto,* decía Séneca, *no*

lo digas á nadie; pues si tú mismo no lo callas, ¿cómo quieres que los demás lo tengan en silencio?

La otra lección que os proporciona este pasaje es, que no os llevéis de las primeras ideas que os inspire cualquiera. El creer lo primero que nos cuentan sin examinar su posibilidad, ni si es veraz ó no el mensajero que nos trae la noticia, arguye una ligereza imperdonable, que debe graduarse de necedad, y necedad que puede ser y ha sido muchas veces causa de unos daños irreparables. Por un chisme del perverso Amán iban á perecer todos los judíos en poder del engañado Asuero; y por otro chisme y calumnia del maldito Juan Largo sufrió la niña su prima un castigo y un descrédito injusto.

En el discurso de aquel día la señora me mostró bastante ceño ó mal modo; pero como muchacho, no presumí que yo era la causa de él, atribuyéndolo á alguna enfermedad ó indisposición con la familia sirviente. Sí extrañé que la niña no asistió á la mesa; pero no pasó de echarla menos.

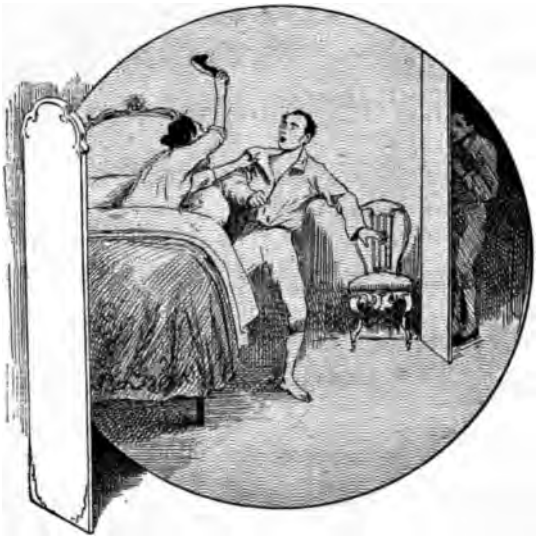
Llegó la noche; cenamos, me acosté, y me quedé dormido sin acordarme de la consabida cita; cuando á las horas prevenidas, el perro de Januario, que se desvelaba por mi daño, viendo que yo roncaba alegremente, se levantó y fué á despertarme diciéndome: — Flojo, condenado, ¿qué haces? anda, que son las once, y te estará

esperando Poncianita.—Era mi sueño mayor que mi malicia, y así más de fuerza que de gana me levanté en paños menores; descalzo y temblando de frío y de miedo me fuí para la recámara de mi amada, ignorante de la trama que me tenía urdida mi grande y generoso amigo. Entré muy quedito; me acerqué á la cama, donde yo pensaba que dormía la inocente niña; toqué la almohada, y cuando menos lo pensé, me plantó la vieja madre tan furioso zapatazo en la cara, que me hizo ver el sol á media noche. El susto de no saber quién me había dado, me decía que callara; pero el dolor del golpe me hizo dar un grito más recio que el mismo zapatazo. Entonces la buena vieja me afianzó de la camisa, y sentándome junto á sí me dijo:—Cállese usted, mocoso atrevido, ¿qué venía á buscar aquí? ya sé sus gracias. ¿Así se honra á sus padres? ¿Así se pagan los favores que le hemos hecho? ¿Este es el modo de portarse un niño bien nacido y bien criado? ¿Qué deja usted para los payos ordinarios y sin educación? Pícaro, indecente, osado, que se atreve á arrojarse á la cama de una niña doncella, hija de unos señores que lo han favorecido. Agradezca que por respeto de sus buenos padres, no hago que lo majen á palos mis criados; pero mañana vendrá mi marido, y en el día haré que se lleve á usted á México, que yo no quiero pícaros en mi casa.

Yo, lleno de temor y confusión, me le hinqué, lloré y

supliqué tanto que no le avisara á don Martín, que al fin me lo prometió. Fuíme á mi cama, y observé que reía bastante el indigno Januario debajo de la sábana; pero no me dí por entendido.

Al día siguiente vino don Martín, y la señora pretextando no sé qué diligencia precisa en la capital, hizo poner el coche, y sin volver á ver á la pobre muchacha, me condujeron á la casa de mis padres, sin darse la señora por entendida con su marido, según me lo prometió.



CAPÍTULO IX

Llega Periquillo á su casa y tiene una larga conversación con su padre sobre materias curiosas é interesantes

Llegamos á mi casa, donde fuí muy bien recibido de mis padres, especialmente de mi madre, que no se hartaba de abrazarme, como si acabara de llegar de luengas tierras y de alguna expedición muy arriesgada.

El señor don Martín estuvo en casa dos ó tres días mientras concluyó su negocio, al cabo de los cuales se retiró á su hacienda, dejándome muy contento porque se había quedado en silencio mi desorden.

El señor mi padre un día me llamó á solas y me dijo:

—Pedro, ya has entrado en la juventud sin saber en dónde dejaste la niñez, y mañana te hallarás en la virilidad ó en la edad consistente sin saber cómo se te acabó la juventud. Esto quiere decir, que hoy eres muchacho y mañana serás un hombre: tienes en tu padre quién te dirija, quién te aconseje y cuide de tu subsistencia; pero mañana, muerto yo, tú habrás de dirigirte y mantenerte á costa de tu sudor ó tus arbitrios, so pena de perecer, si no lo haces así; porque ya ves que yo soy un pobre y no tengo más herencia que dejarte que la buena educación que te hé dado, aunque tú no la has aprovechado como yo quisiera.

En virtud de esto, pensemos hoy lo que ha de ser mañana. Ya has estudiado gramática y filosofía, estás en disposición de continuar la carrera de las letras, ya sea estudiando teología ó cánones, ya leyes ó medicina. Las dos primeras facultades dan honor y aseguran la subsistencia á los que se dedican á ellas con talento y aplicación; mas es como preciso que sean eclesiásticos para que logren el fruto de su trabajo y sean útiles en

... un púlpito, ni resolver
... de conciencia en un confesonario; y así es que estas facultades son estériles para los seculares, y sólo se pueden estudiar por ilustrarse, en caso de no necesitar los libros para comer.

La medicina y la abogacía son facultades útiles para los seculares. Todas son buenas en sí y provechosas, como el que las profese sea bueno en ellas; esto es, como salga aprovechado en su estudio; y así sería una necedad muy torpe que el teólogo adocenado, el médico ignorante, el leguleyo ó rábula acusaran á estas ciencias del poco crédito que ellos tienen ó les echaran la culpa de que nadie los ocupe; porque nadie los juzga útiles, ni quieren fiar su alma, su salud ni sus haberes en unas manos trémulas é insuficientes.

Esto es decirte, hijo mío, que tienes cuatro caminos que te ofrecen la entrada á las ciencias más oportunas para subsistir en nuestra patria; pues aunque hay otras, no te las aconsejo, porque son estériles en este reino, y cuando te sirvan de ilustración, quizá no te aprovecharán como arbitrio. Tales son la física, la astronomía, la química, la botánica, etc., que son parte de la primera ciencia que te dije.

Tampoco te persuado que te dediques á otros estudios que se llaman bellas letras, porque son más delei-

tables al entendimiento que útiles á la bolsa. Supongamos que eres un gran retórico y más elocuente que Demóstenes: ¿de qué te servirá si no puedes lucir tu oratoria en una cátedra ó en unos estrados? que es como decirte, si no eres sacerdote ó abogado. Supón también que te dedicas al estudio de las lenguas, ya vivas, ya muertas, y que sabes con primor el idioma griego, el hebreo, el francés, el inglés, el italiano y otros, esto solo no te proporcionará subsistir.

Pero con más eficacia te apartara yo de la poesía, si la quisieras emprender como arbitrio; porque el trato con las musas es tan encantador como infructuoso. Comunmente cuando alguno está muy pobre dice que *está haciendo versos.* Parece que estas voces *poeta* y *pobre* son sinónimas, ó que el tener la habilidad de poetizar es un anatema para perecer. Algunos familiares del Pindo han logrado labrar su fortuna por su numen; pero han sido pocos en realidad. Virgilio fué uno de ellos, que fué protegido de Augusto; pero no se hallan fácilmente Augustos ni Mecenas que patrocinen Virgilios; antes muchos otros que han tenido las dos circunstancias que Horacio requiere para la poesía, que son *numen y arte,* han pedido limosna cuando se han atenido á esta habilidad, y otros más prudentes se han apartado de ella, mirándola como un comercio pernicioso á su mejor colocación; tal fué don Esteban Manuel Villegas,

cuyas *Eróticas* tenemos. Por esto te aconsejo en esta parte con las mismas palabras de Bocangel:

Si hicieras versos, haz pocos,
Por más que te asista el genio,
Que aunque te lo aplauda el gusto,
Ha de reñirlo el talento.

Que es como decirte: aunque tengas gusto de hacer versos, aunque éstos sean buenos y te los celebren, haz pocos, no te embeleses ni te distraigas en este ejercicio, de suerte que no hagas otra cosa, porque entonces si no eres rico, ha de reñirlo el talento, pues la bolsa lo ha de sentir, y la moneda andará reñida contigo como con casi todos los poetas. El padre del gran Ovidio le decía que no se dedicara á las Musas, poniéndole por causal la pobreza que se podía esperar de ellas, pues le acordaba que Homero, siendo tan celebrado poeta, murió pobre. *Nullas reliquit opes.*

No es esto decirte que son inútiles la poesía y las demás ciencias que te he dicho; antes muchas de ellas son no sólo útiles, sino necesarias á ciertos profesores. Por ejemplo, la dialéctica, la retórica y la historia eclesiástica son necesarísimas al teólogo; la química, botánica y toda la física es también precisa para el médico; la lógica, la oratoria y la erudición en la historia profana son también, no sólo adornos, sino báculos forzosos para el que quiera ser buen abogado. Últimamente, el estudio

de las lenguas ministra á los literatos una exquisita y copiosa erudición en sus respectivas facultades, que no se logra sino bebiéndose en las fuentes originales, y la dulce poesía les sirve como de sainete ó refrigerio que les endulza y alegra el espíritu fatigado con la prolija atención con que se dedican á los asuntos serios y fastidiosos; pero estos estudios considerados con separación de las principales facultades (si se deben separar), sólo serán un mero adorno, podrán dar de comer alguna vez, pero no siempre, á lo menos en América, donde faltan proporción, estímulos y premios para dedicarse á las ciencias.

Conque de todo esto sacamos en conclusión, que un pobre como tú que sigue la carrera de las letras para tener con qué subsistir, se ve en necesidad de ser ó sacerdote teólogo ó canonista; ó siendo secular, médico ó abogado; y así, ya puedes elegir el género de estudio que te agrade, advirtiendo antes, que en el acierto de la elección consistirá la buena fortuna que te hará feliz en el discurso de tu vida.

Yo no exijo de tí una resolución violenta ni despremeditada. No, hijo mío, ésta no es puñalada de cobarde. Ocho días te doy de plazo para que lo pienses bien. Si tienes algunos amigos sabios y virtuosos, comunícales las dudas que te ocurran, aconséjate con ellos, aprovéchate de sus lecciones, y sobre todo, consúl-

tate á tí mismo; examina tu talento é inclinación, y después que hagas estas diligencias, resolverás con prudencia la carrera literaria que pienses abrazar. En inteligencia, que si de tus consultas y examen deduces que no serás buen letrado, ni sacerdote, ni secular, no te apures ni te avergüences de decírmelo, que por la gracia de Dios, yo no soy un padre ridículo, que he de incomodarme porque me participes el desengaño que saques por fruto de tus reflexiones. No, Pedro mío; dime, dime con toda franqueza tu nuevo modo de pensar; yo te puse el arte de Nebrija en la mano, por contemporizar con tu madre; mas ahora que ya eres grande, quiero contemporizar contigo, porque tú eres el héroe de esta escena; tú eres el más interesado en tu logro, y así tu inclinación y tu aptitud para esto ó para aquello se debe consultar, y no la de tu madre ni la mía.

No soy yo de los padres que quieren que sus hijos sean clérigos, frailes, doctores ó licenciados, aun cuando son ineptos para ello ó les repugna tal profesión. No; yo bien sé que lo que importa es que los hijos no se queden flojos y haraganes, que se dediquen á ser útiles á sí y al Estado, sin sobrecargar la sociedad contándose entre los vagos, y que esto, no solamente las ciencias lo facilitan, también hay artes liberales y ejercicios mecánicos con que adquirir el pan honradamente.

Y así, hijo mío, si no te agradan las letras, si te

parece muy escabroso el camino para llegar á ellas, ó si penetras que por más que te apliques has de avanzar muy poco, viniendo á serte infructuoso el trabajo que impendas en instruirte, no te aflijas, te repito. En ese caso tiende la vista por la pintura, ó por la música, ó bien por el oficio que te acomode. Sobran en el mundo sastres, plateros, tejedores, herreros, carpinteros, batihojas, carroceros, canteros y aun zurradores y zapateros que se mantienen con el trabajo de sus manos. Dime, pues, qué cosa quieres ser, á qué oficio tienes inclinación y en qué giro te parece que lograrás una honrada subsistencia; y créeme que con mucho gusto haré porque lo aprendas y te fomentaré mientras Dios me diere vida; entendido que no hay oficio vil en las manos de un hombre de bien, ni arte más ruin, oficio ú ejercicio más abominable que no tener arte, oficio ni ejercicio alguno en el mundo. Sí, Pedro; el ser ocioso é inútil es el peor destino que puede tener el hombre; porque la necesidad de subsistir y el no saber cómo ni de qué, lo ponen como con la mano en la puerta de los vicios más vergonzosos, y por eso vemos tantos drogueros, tantos rufianes de sus mismas hijas y mujeres, y tantos ladrones, y por esta causa también se han visto y se ven tan pobladas las cárceles, los presidios, las galeras y las horcas.

Así, pues, hijo mío, consulta tu genio é inclinación

con espacio, para abrazar éste ó el otro modo con que juzgues prudentemente que subsistirás los días que el cielo te conceda, sin hacerte odioso ni gravoso á los demás hombres, tus hermanos, á quienes debes ser benéfico en cuanto puedas, que esto exige la legítima sociedad en que vivimos.

Pero también debes advertir, que aunque tú has de ser el juez que te examine, por la misma razón has de ser muy recto sin dejarte gobernar por la lisonja, pues entonces perderás el tiempo. Tus especulaciones serán vanas, y te engañarás á tí mismo si no pruebas tu capacidad y analizas tu genio como si fuera el de un extraño, y sin hacerte el más mínimo favor. El gran Horacio aconseja en su *Arte Poética* á los escritores, *que para escribir elijan aquella materia que sea más conforme á sus fuerzas, y vean el peso que puedan tolerar sus hombros, y el que resistan.*

Pues es cierto que si las fuerzas exceden á la carga, ésta se sobrellevará; mas si la carga es mayor que las fuerzas, rendirá al hombre, quien vergonzosamente caerá bajo su peso.

Es una verdad que se introduce sin violencia dentro de nuestros corazones, que *no todos lo podemos todo;* pero la lástima es que, aunque conocemos su evidencia, la conocemos respecto de los demás, mas no respecto de nosotros mismos. Cuando alguno emprende hacer esto ó

aquello y le sale mal, luego decimos: ¡Oh! pues si se mete á lo que no entiende, ¿no es preciso que yerre? Pero cuando nosotros emprendemos, creemos que somos capaces de salirnos con la nuestra; ¿y si erramos? ¡Oh! entonces nos sobran mil disculpas á nuestro favor para cubrirnos de las notas de imperitos ó atolondrados.

Por esto no me cansaré de repetirte, hijo mío, que antes de abrazar esta ó la otra facultad literaria, esta ó aquella profesión mecánica, etc., lo pienses bien; veas si eres ó no á propósito para ello; pues aun cuando te sobre inclinación, si te falta talento errarás lo que emprendas sin ambas cosas, y te expondrás á ser objeto de la más severa crítica.

Cicerón fué el depósito de la elocuencia romana; tenía inclinación á la poesía, pero no aquel talento propio para ella que llaman *estro,* lo que fué causa de que cometiese una ridícula cacofonía, ó mal sonido de palabras en aquel verso que censuró con otros Quintiliano:

O fortunatam natam me consule Romam.

Y Juvenal dijo, que si las *Filípicas* con que irritó el ánimo de Antonio las hubiera dicho con tan mala poesía, nunca hubiera muerto degollado.

El célebre Cervantes fué un grande ingenio, pero desgraciado poeta; sus escritos en prosa le granjearon

una fama inmortal (aunque en esto de pesetas, murió pidiendo limosna; al fin fué de nuestros escritores); pero de sus versos, especialmente de sus comedias, no hay quién se acuerde. Su grande obra del *Quijote* no le sirvió de parco para que no lo acribillaran por mal poeta; á lo menos Villegas en su séptima elegía dice, hablando con su amigo:

Irás del Helicón á la conquista
Mejor que el mal poeta de Cervantes,
Donde no le valdrá ser quijotista.

Este par de ejemplitos te asegurará de las verdades que te he dicho. Conque, anda, hijo, piénsalas bien, y resuelve qué es lo que has de ser en el mundo; porque el fin es que no te quedes vago y sin arbitrio.

Fuése mi padre, y yo me quedé como tonto en vísperas, porque no percibía entonces toda la solidez de su doctrina. Sin embargo, conocí bien que su merced quería que yo eligiera un oficio ó profesión que me diera de comer toda la vida; mas no me aproveché de este conocimiento.

En los siete días de los ocho concedidos de plazo para que resolviera, no me acordé sino de visitar á los amigos y pasear, como lo tenía de costumbre, apadrinado del consentimiento de mi cándida madre; pero en el octavo me dió mi padre un recordoncito, diciéndome: —Pedrillo; ¿ya sabrás bien lo que has de decir esta noche

acerca de lo que te pregunté hoy hace ocho días?— Al momento me acordé de la cita, y fuí á buscar un amigo con quien consultar mi negocio.

En efecto, lo hallé; pero ¡qué amigo! como todos los que yo tenía, y los que regularmente tienen los muchachos desbaratados, como yo era entonces. Llamábase este amigo Martín Pelayo, y era un bicho punto menos maleta que Juan Largo. Su edad sería de diez y nueve á veinte años; jugadorcillo más que Briján; enamorado más que Cupido; más bailador que Batilo; más tonto que yo, y más zángano que el mayor de la mejor colmena. A pesar de estas nulidades, estaba estudiando para *padre,* según decía, con tanta vocación en aquel tiempo para ser sacerdote como la que yo tenía para verdugo; sin embargo, ya estaba tonsurado y vestía los hábitos clericales, porque sus padres lo habían encajado al estado eclesiástico á fuerza, lo mismo que se encaja un clavo en la pared á martillazos, y esto lo hicieron por no perder el rédito de un par de capellanías gruesas que había heredado. ¡Qué mal estoy y estaré toda mi vida con los mayorazgos y las capellanías heredadas!

Pero de cualquier modo, este fué el eximio doctor, el hombre provecto y el sabio virtuoso que yo elegí para consultar mi negocio, y ya ustedes verán qué bien cumpliría con las buenas intenciones de mi padre. Así salió ello.

Luego que yo le informé de mis dudas y le dije algo de lo que mi padre me predicó, se echó á reir y me dijo:

—Eso no se pregunta. Estudia para clérigo como yo, que es la mejor carrera, y cierra los ojos. Mira, un clérigo es bien visto en todas partes; todos lo veneran y respetan aunque sea un tonto, y le disimulan sus defectos; nadie se atreve á motejarlos ni contradecirlos en nada; tiene lugar en el mejor baile, en el mejor juego, y hasta en los estrados de las señoras no parece despreciable, y por último, jamás le falta un peso, aunque sea de una misa mal dicha en una carrera. Conque así estudia para clérigo y no seas bobo. Mira tú; el otro día en cierta casa de juego se me antojó no perder un albur, á pesar de que vino el as contrario delante de mi carta, y me afiancé con la apuesta, esto es, con el dinero mío y con el ajeno. El dueño reclamaba y porfiaba con razón que era suyo; pero yo grité, me encolericé, juré, me cogí el dinero y me salí á la calle, sin que hubiera uno que me dijera *esta boca es mía*, porque el que menos me juzgaba diácono; y ya tú ves que si este lance me hubiera sucedido siendo médico ó abogado secular, ó me salgo sin blanca ó se arma una campaña de que tal vez no hubiera sacado las costillas en su lugar. Conque otra vez te digo, que estudies para clérigo y no pienses en otra cosa.

Yo le respondí:—Todo eso me gusta y me convence

demasiado; pero mi padre me ha dicho que es preciso que estudie teología, cánones, leyes ó medicina; y yo, la verdad, no me juzgo con talentos suficientes para eso.— No seas majadero, me respondió Pelayo. No es menester tanto estudio ni tanto trabajo para ser clérigo; ¿tienes capellanía?—No tengo, le respondí.—Pues no le hace, prosiguió él: ordénate á título de idioma; ello es malo, porque los pobres vicarios son unos criados de los curas, y tales hay que les hacen hasta la cama; pero esto es poco, respecto á las ventajas que se logran; y por lo que toca á lo que dice tu padre de que es necesario que estudies teología ó cánones para ser clérigo, no lo creas. Con que estudies unas cuantas definiciones del Ferrer ó de Lárraga, te sobra; y si estudiares algo de Cliquet, ó del curso Salmaticense, ¡oh! entonces ya serás un teólogo moralista consumado, y serás un Séneca para el confesonario, y un Cicerón para el púlpito, pues podrás resolver los casos de conciencia más arduos que hayan ocurrido y puedan ocurrir, y predicarás con más séquito que los Masillones y Burdalúes, que fueron unos grandes oradores, según me dice mi catedrático, que yo no los conozco ni por el forro.

—Pero, hombre, la verdad, le dije; yo creo que no soy bueno para sacerdote, porque me gustan mucho las mujeres, y según eso, pienso que soy mejor para casado. —Perico, ¡qué tonto eres! me contestó Pelayo. ¿No ves

que esas son tentaciones del demonio para apartarte de un estado tan santo? ¿Tú crees que sólo siendo eclesiástico podrás pecar por este rumbo? No, amigo; también los seculares y aun los casados pecan por el mismo. A más de que ¿qué cosa?... pero no quiero abrirte los ojos en esta materia. Ordénate, hombre, ordénate, y quítate de ruidos, que después tú me darás las gracias por el buen consejo.

Despedíme de mi amigo, y me fuí para casa, resuelto á ser clérigo, topara en lo que topara; porque me hallaba muy bien con la lisonjera pintura que me había hecho Martín del estado.

Llegó la noche, y mi buen padre, que no se descuidaba en mi provecho, me llamó á su gabinete y me dijo:

—Hoy se cumple el plazo, hijo mío, que te dí para que consultaras y resolvieras sobre la carrera de las ciencias ó de las artes que te acomode, para dedicarte á ellas desde luego; porque no quiero que estés perdiendo tanto tiempo. Dime, pues, ¿qué has pensado y qué has resuelto?—Yo, señor, le respondí, he pensado ser clérigo.—Muy bien me parece, me dijo mi padre; pero no tienes capellanía, y en este caso es menester que estudies algún idioma de los indios, como mexicano, otomí, tarasco, matzagua ú otro, para que te destines de vicario y administres á aquellos pobres los santos sacra-

mentos en los pueblos. ¿Estás entendido en esto?—Sí, señor, le respondí, porque me costaba poco trabajo decir que sí; no porque sabía yo cuáles eran las obligaciones de un vicario.

—Pues ahora es menester que también sepas, añadió mi padre, que debes ir sin réplica á donde te mandare tu prelado, aunque sea al peor pueblo de tierra caliente, aunque no te guste ó sea perjudicial á tu salud; pues mientras más trabajos pases en la carrera de vicario, tantos mayores méritos contraerás para ser cura algún día.

En los pueblos que te digo, hay mucho calor y poca ó ninguna sociedad, si no es con indios mazorrales. Allí tendrás que sufrir á caballo y á todas horas en las confesiones, soles ardientes, fuertes aguaceros y continuas desveladas ó vigilias. Batallarás sin cesar con los alacranes, turicatas, tlalages, pinolillo, garrapatas, gegenes, zancudos y otros insectos venenosos de esta clase, que te beberán la sangre en poco tiempo. Será un milagro que no pases tu trinquetada de tercianas, que llaman *fríos,* á los que sigue después ordinariamente una tiricia consumidora; y en medio de estos trabajos, si encuentras con un cura tétrico, necio y regañón, tendrás un vasto campo donde ejercitar la paciencia; y si topas con un flojo y regalón, cargará sobre tí todo el trabajo, siendo para él lo pingüe de los emolumentos.

Conque esto es ser sacerdote y ordenarse á título de idioma ó administración. ¿Te gusta?—Sí, señor, le respondí de cumplimiento, pues á la verdad no dejó de resfriar mi ánimo el detall que me había hecho de los trabajos y mala vida que suelen pasar los vicarios. Pero yo decía entre mí:—¿Qué, luego ha de dar en un ojo? ¿Luego he de ir á tener á tierra caliente, á un pueblo ruín? ¿luego ha de haber alacranes, moscos ni esos otros *salvajes* que me dice mi padre? ¿Luego me han de dar los fríos, ó los curas á quienes sirva han de ser todos flojos y regañones? Quizá no será así, sino que hallaré un buen pueblo y cura, y entonces pasearé bien, tendré dinero, y dentro de un par de años lograré un curato riquillo, y descansando yo en mis vicarios, ya me podré tender boca arriba y raparme una videta de ángeles.

Estas cuentas estuve yo haciendo á mis solas, mientras mi padre fué á la puerta para enviar una criada á traer tabaco. Volvió su merced, se sentó y continuó su conversación de este modo:

—Conque, Pedrillo, supuesta la resolución que tienes de ordenarte, ¿qué quieres estudiar? ¿cánones ó teología?—Yo me sorprendí, porque cuanto me agradaba tener dinero rascándome la barriga hecho un flojo, tanto así me repugnaba el estudio y todo género de trabajo.

Quedéme callado un corto rato, y mi padre, advirtiendo mi turbación, me dijo: —Cuando resolviste dedicarte á la Iglesia, ya preveniste la clase de estudios que habías de abrazar, y así no debes detener la respuesta. ¿Qué, pues, estudias? ¿cánones ó teología? —Yo muy fruncido le respondí: —Señor, la verdad; ninguna de esas dos facultades me gusta, porque yo creo que no las he de poder aprender, porque son muy difíciles. Lo que quiero estudiar es moral, pues me dicen que para ser vicario, ó cuando más un triste cura, con eso sobra.

Levantóse mi padre al oir esto, algo amohinado, y paseándose en la sala decía: — ¡Vea usted! estas opiniones erróneas son las que pervierten á los muchachos. Así pierden el amor á las ciencias; así se extravían y se abandonan; así se empapan en unas ideas las más mezquinas y abrazan la carrera eclesiástica, porque les parece la más fácil de aprender, la más socorrida y la que necesita menos ciencia. De facto, estudian cuatro definiciones y cuatro casos los más comunes del moral, se encajan á un sínodo, y si en él aciertan por casualidad, se hacen presbíteros en un instante y aumentan el número de los idiotas con descrédito de todo Estado.— Y encarándose á mí, me dijo: —En efecto, hijo, yo conozco varios vicarios imbuídos en la detestable máxima que te han inspirado de que no es menester saber mucho para ser sacerdote, y he visto, por desgracia, que algu-

nos han soltado el *acocote* para tomar el cáliz, ó se han desnudado la pechera de arrieros para vestirse la casulla, se han echado con las petacas y se han metido á lo que no eran llamados; pero no creas tú, Pedro, que una mal mascada gramática y un mal digerido moral bastan, como piensas, para ser buenos sacerdotes y ejercer dignamente el terrible cargo de cura de almas.

Muy bien sé que hubo tiempos en que (como nos refiere el abate Andrés en su historia de la literatura) decayeron las ciencias en la Europa, en tanto grado, que el que sabía leer y escribir tenía cuanto necesitaba para ser sacerdote, y si por fortuna sabía algo del canto llano, entonces pasaba plaza de doctor; pero ¿quién duda que la santa Iglesia no se afligiría por esta tan general ignorancia, y que condescendería con la ineptitud de estos ministros, por la oscuridad del siglo, por la inopia de sujetos idóneos y porque el pueblo no careciera del pasto espiritual; y así, á trueque de que sus hijos no perecieran de hambre, teniendo por la gracia de Jesucristo, el pan tan abundante, tenía que fiar con dolor su repartimiento á unas manos groseras y que encomendar, á más no poder, la administración de la viña del Señor á unos operarios imperitos?

Pero así como en aquel tiempo hubiera sido un error grosero decir que sobra con saber leer para hacerse alguno digno de los sagrados órdenes, por más

que así sucediera, de la misma manera lo es hoy asegurar que para obtener tan alta dignidad *sobra* con una poca de gramática y otro poco de moral, por más que muchos no tengan más ciencias cuando se ordenan; pues tenemos evidentes testimonios de que la Iglesia lo tolera, mas no lo quiere.

Todo lo contrario; siempre ha deseado que los ministros del altar estén plenamente dotados de ciencia y virtud. El sagrado Concilio de Trento manda: «que los ordenados sepan la lengua latina; que estén instruídos en las letras; desea que crezca en ellos con la edad el mérito y la mayor instrucción; manda que sean idóneos para administrar los sacramentos y enseñar al pueblo, y por último, manda establecer los seminarios, donde siempre haya un número de jóvenes que se instruyan en la disciplina eclesiástica, los que quiere que aprendan gramática, canto, cómputo eclesiástico y otras facultades útiles y honestas; que tomen de memoria la Sagrada Escritura, los libros eclesiásticos, homilías de los santos y las fórmulas de administrar los sacramentos, en especial lo que conduce á oir las confesiones, y las de los demás ritos y ceremonias. De suerte, que estos colegios sean unos perennes planteles de ministros de Dios.» *Ses.* 23, cap. XI, XIII, XIV y XVIII.

Conque ya ves, hijo mío, cómo la santa Iglesia quiere, y siempre ha querido, que sus ministros estén

dotados de la mayor sabiduría, y justamente; porque ¿tú sabes qué cosa es y debe ser un sacerdote? Seguramente que no. Pues oye: un sacerdote es un sabio de la ley, un doctor de la fe, la sal de la tierra y la luz del mundo. Mira ahora si desempeñará estos títulos, ó los merecerá siquiera el que se contenta con saber gramática y la moral á medias, y mira si para obtener dignamente una dignidad que pide tanta ciencia, bastará ó sobrará con tan poco, y esto suponiendo que se sepa bien. ¿Qué será ordenándose con una gramática mal mascada y una moral mal aprendida?

Por otra parte, cuando vemos tantos sacerdotes sabios y virtuosos que, ya viejos, enfermos y cansados, con las cabezas trémulas y blancas, en fuerza de la edad y del estudio, aún no dejan los libros de las manos; aún no comprenden bastante los arcanos de la teología; aún se oscurecen á su penetración muchos lugares de la Sagrada Biblia; aún se confiesan siempre discípulos de los Santos Padres y Doctores de la Iglesia, y se conocen indignos del sagrado carácter que los condecora, ¿qué juicio haremos de la alta dignidad del sacerdocio? ¿Y cómo no nos convenceremos del gran fondo de santidad y sabiduría que requiere un estado tan sublime en los que sean sus individuos?

Y si después de estas serias consideraciones, tendemos la vista por el oriente opuesto, y vemos cuán tran-

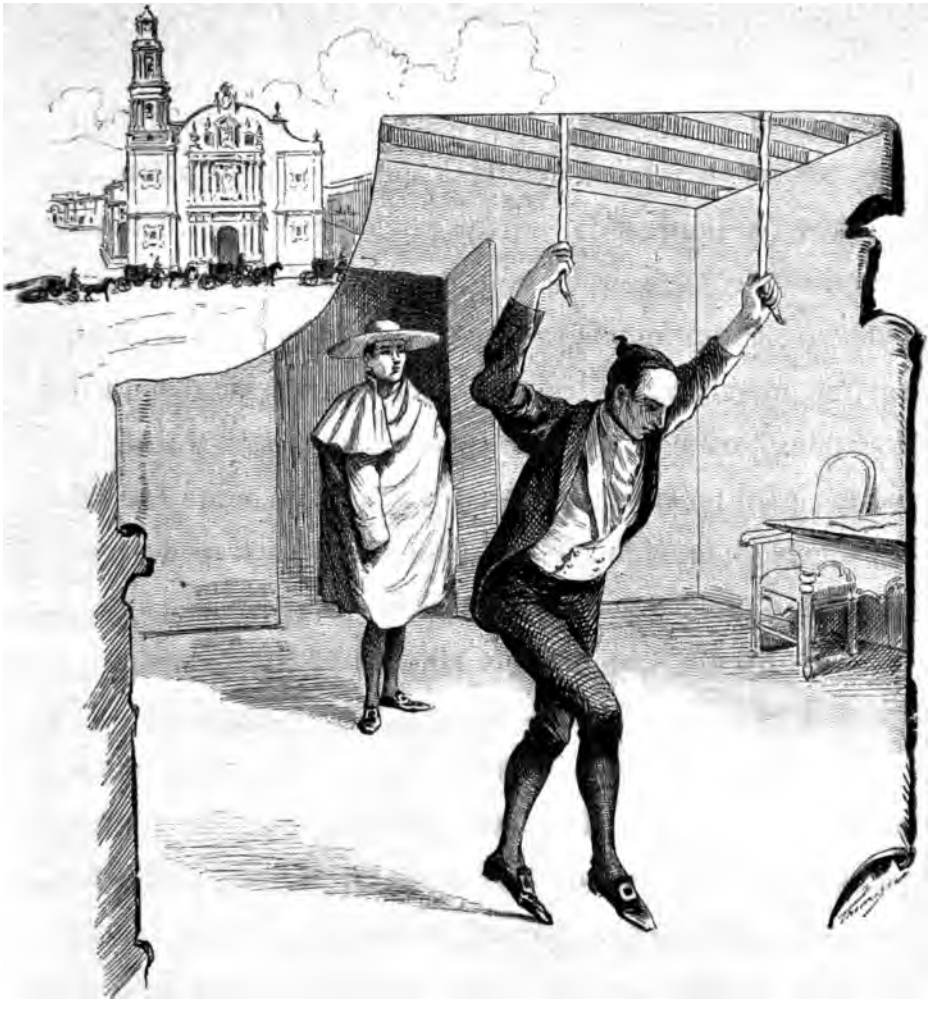
quilos y satisfechos se introducen al *Sancta Sanctorum* muchos jovencitos con cuatro manotadas que le han dado á Nebrija y otras tantas al Padre Lárraga. Si vemos que algunos, apenas se ordenan de presbíteros, cuando se despiden, no sólo de estos dos pobres libros, sino quizá, y sin quizá, hasta del breviario. Y por último, si damos un paso fuera de la capital, y ciudades donde residen los diocesanos y cabildos, y vemos por esos pueblos de Dios lances de ignorancia escandalosos y aun increíbles, [1] y si escuchamos en esos púlpitos sandeces y majaderías que no están escritas, ¿qué juicios nos hemos de formar de estos ministros? ¿Cuál de su virtud? ¿Y cuál de lo recto de la administración espiritual de los infelices pueblos encargados á su custodia? ¡Oh! que para referir los daños de que son causa, sería preciso decir lo que Eneas á Dido al contarle las desgracias de Troya. ¿Quién reprimirá las lágrimas al referir tales cosas?

[1] Tal es el que sigue. Reconcilióse en un lugar de España el eximio doctor Suárez para celebrar, y el miserable vicario que lo oyó de penitencia era tan ignorante, que no sabía la forma de la absolución. Fué necesario que el mismo penitente se la fuera apuntando así como se hace con el que ha de recitar una relación que no sabe; pero por fin, con este auxilio, absolvió nuestro vicario al dicho sacerdote, quien luego que acabó su misa, fué á ver al cura lleno de escándalo, y con razón, y le dió parte de lo que le había acontecido; pero ¿cuál sería la sorpresa de este teólogo cuando oyó al cura que muy mesurado le dijo: — Padre, ese vicario es muy tonto; ya yo le tengo dicho varias veces que no se meta en absolver, sino que oiga las confesiones y me remita á los penitentes, que yo los absolveré?

Conozco que este caso se hará increíble; pero se hará tal á los que no hayan salido de México ó de otras ciudades, pues los que hemos andado por los pueblecillos distantes de las mitras, lo creemos como si lo hubiéramos visto, porque hemos presenciado otros más lastimosos en su línea, y yo pudiera citar algunos si no fueran tan modernos.

Aquí sacó mi padre su relox y me dijo:—Ha sido larga la conferencia de esta noche; mas aún no te he dicho todo cuanto necesitas sobre un asunto tan interesante; sin embargo, lo dejaremos pendiente para mañana, porque ya son las diez, y tu madre nos espera para cenar. Vámonos.

h



CAPÍTULO X

Concluye el padre de Periquillo su instrucción
Resuelve éste estudiar teología. La abandona. Quiere su padre ponerlo á oficio, él se resiste, y se refieren otras cosillas

Cenamos muy contentos como siempre, y nos fuímos á acostar como todas las noches. Yo no pude menos que estar rumiando lo que acababa de decir mi padre, y no dejaba de conocer que me decía el credo;

porque hay verdades que se meten por los ojos, aunque uno no quiera; pero por más que me convencían las razones que había oído, no me podía resolver á estudiar cánones ó teología, que era el intento de mi buen padre; pues así como me agradaba la vida libre y holgazana, así me fastidiaba el trabajo. Finalmente, yo me quedé dormido, haciendo mis cuentas de cómo conseguiría ser clérigo para tener dinero sin trabajar y de cómo eludiría las buenas intenciones de mi padre. En esto se desvelan muchos niños sin advertir que se desvelan en su ruina.

Al otro día, después que vino mi padre de misa, me llamó á su cuarto y me dijo:

—No quiero que se nos vaya á olvidar la contestación de anoche. Te decía, Pedro, que los pueblos padecen mucho cuando sus curas y vicarios son ignorantes ó inmorales, porque jamás las ovejas estarán seguras ni bien cuidadas en poder de unos pastores necios ó desidiosos; y todo esto te lo he dicho para probarte que la sabiduría nunca sobra en un sacerdote, y más si está encargado del cuidado de los pueblos; y para mayor confirmación de mi doctrina, oye.

En los pueblos puede haber, y en efecto habrá en muchos, algunas almas místicas que aspiren á la perfección por el camino ordinario, que es el de la oración mental. ¿Y qué dirección podrá dar un padre vicario semilego á una de estas almas, cuando por desidia ó

ineptitud no sólo no ha estudiado la respectiva teología, pero ni siquiera ha visto por el forro las obras de Santa Teresa, la Lucerna mística del padre Esquerra, los desengaños místicos del padre Arbiol, y quizá ni aun el Kempis ni el Villacastín? ¿Cómo podrá dirigir á una alma virtuosa y abstracta el que ignora los caminos? ¿Cómo podrá sondear su espíritu ni distinguir si es una alma ilusa ó verdaderamente favorecida, cuando no sabe qué cosa son las vías purgativa, iluminativa, contemplativa y unitiva? ¿Cuando ignora qué cosa son revelaciones, éxtasis, raptos y deliquios? ¿Cuando le coge de nuevo lo que son consolaciones y sequedades? ¿Cuando se sorprende al oir las voces de ósculo santo, abrazo divino y desposorio espiritual? ¿Y cuando (por no cansarte con lo que no entiendes) ignora del todo los primores con que obra la divina gracia en las almas espirituales y devotas? ¿No es verdad? ¿No conoces tú que si te pusieras á llevar un navío á Cádiz, á Cavite ó á otro puerto, con las luces que tienes de pilotaje (que son ningunas), seguramente darías con la embarcación infeliz que se te confiara en un banco, en un arrecife ó en un golfo, sin llegar jamás por jamás al puerto de su destino? Esto lo debes comprender, porque la comparación es muy sencilla. Pues lo mismo sucede á estos infelices vicarios *Lárragos* á secas, que apenas saben absolver á un pecador común, (como los indios que no saben más

que llevar una canoa á Ixtacalco). Ellos, los pobres, son ciegos, y las almas que aspiran á entrar por la vía de la perfección también son ciegas, y necesitan una buena guía que las dirija. No la hallan en los directores modorros, y sucede que (á no ser por un favor especial de la gracia) ellas ó se entibian ó se pierden, y las guías ó se confunden ó se precipitan en los errores de la ilusión que ellas les comunican.

Esta es una verdad terrible, pero es una verdad que no negará ningún sacerdote sabio. Yo lo que veo (y que confirma mi opinión en el particular) es que los sacerdotes virtuosos, santos y doctos son muy escrupulosos para confesar y dirigir monjas y otras almas espirituales, y cuando las dirigen son muy eficaces para no dejar de la mano la sonda de la doctrina y la prudencia. A más de esto, consultan con el teólogo por esencia, con Dios digo, en los ratos de oración que tienen, y como saben que deben hacer cuantas diligencias humanas estén en su arbitrio para conseguir el acierto, consultan las dudas que tienen con otros varones sabios y espirituales. Esto veo, y esto me hace creer lo contingente que será el acierto de la dirección espiritual de unas almas místicas fiado á unos pobres clérigos casi legos, que apenas saben lo muy preciso para decir misa y absolver al penitente en virtud de la promesa de Jesucristo.

De manera, hijo mío, que estoy firmemente persua-

dido que si la Iglesia santa pudiera hacer que todos sus ministros fueran teólogos y santos, no omitiría sacrificio alguno para conseguirlo; pero la escasez de varones y talentos tales como los necesarios, hace que provea á los fieles de aquellos que se encuentran tal cual útiles para la simple administración de los Sacramentos.

Aún hay más. Ya te dije que los sacerdotes son los maestros de la ley. A ellos toca privativamente la explicación del Dogma y la interpretación de las Sagradas Escrituras. Ellos deben estar muy bien instruídos en la revelación y tradición en que se funda nuestra fe, y ellos, en fin, deben saber sostener á la faz del mundo lo sólido é incontrastable de nuestra santa religión y creencia.

Pues ahora, supongamos un caso remoto, pero no imposible. Supongamos, digo, que un pobrecito vicario de estos de que hablamos, ó un religioso hebdomadario, ó que llaman de *misa y olla,* tiene con un hereje una disputa acerca de la certeza de nuestra religión, de la justicia de su dogma, de lo divino de sus misterios, de la realidad del cumplimiento de las profecías, de lo evidente de la venida del Mesías, del cómputo de las semanas de Daniel ó cosa semejante (advirtiendo que los herejes que promueven ó entran en estas disputas, aunque son ciegos para la fe, no lo son para las ciencias. He vivido en puerto de mar y he conocido y tratado algunos). ¿Cómo conocerán sus sofismas? ¿Cómo eludirán sus argumen-

tos? ¿Cómo distinguirán su malicia de la fuerza intrínseca de la razón? ¿Y cómo podrá salir de sus labios la verdad triunfante y con el brillo que le es tan natural? Ello es cierto que si sólo el *Ferrer*, el *Cliquet*, el *Lárraga* ú otro sumista de moral semejante fueran bastantes para contrarrestar á los herejes, no sé cómo hubiera salido san Agustín con los maniqueos, san Jerónimo con los donatistas, ni otros Santos Padres con otras chusmas de herejes y heresiarcas á quienes combatieron y confundieron con brillantez y solidez de argumentos.

De todo lo dicho debes concluir, Pedro mío, que para ser un digno sacerdote no sobra con saber lo muy preciso; es necesario imbuirse y empaparse en la sólida teología y en las reglas ó leyes eclesiásticas, que son los cánones de la Iglesia.

Agrega á esto, que es tan peculiar al sacerdote la literatura, que á mediados del siglo XIII no eran promovidos al clericato sino los literatos, según la novela de Justiniano 6, cap. 4 y 123, cap. 12. De modo que Juliano el antecesor escribía: *El que no es literato no puede ser clérigo*. Sucedió que para significar un hombre docto y literato, empezó á usarse el nombre de *clérigo*, y el de *lego* para denotar un ignorante ó que no sabía las letras, de donde provino también que á los legos doctos se les daba el título de *clérigos;* y por el contrario, los eclesiásticos no literatos eran llamados también

legos. Se le llama clérigo (son palabras de Oderico Vital en el lib. 3) *porque está imbuído en el conocimiento de las letras y de las demás artes.* En la *Crónica Andrense* leemos también las siguientes palabras: *Con la anuencia de algunos romanos, hizo que se le subordinase cierto español muy clérigo llamado Burdino.* Y en la historia de los obispos de Eistet: *Este obispo Juan fué gran clérigo en el Derecho Canónico;* esto es, gran letrado. El mismo significado se observa que tuvo antiguamente en la lengua francesa, pues *clerc* quería decir lo mismo que *docto,* como también *clergie* lo mismo que ciencia y doctrina.

Toda esta erudición y alguna más la recogió el señor Muratori en su opúsculo titulado: *Reflexiones sobre el buen gusto,* cap. 7, fol. 70, 71 y 72, donde lo podrás ver, confirmando que para merecer el nombre de clérigo es menester ser literato; y de lo contrario, el que no lo sea, no será un padre *clérigo,* sino un padre *lego.*

Harto te he dicho, y así, si quieres ser eclesiástico, dime: ¿qué te resuelves á estudiar?

Viéndome yo tan atacado, no hubo remedio; respondí á mi padre que estudiaría teología; y á los dos días ya era yo cursante teólogo y vestía los hábitos clericales.

No tardé mucho en ver en la Universidad á mi amigo Pelayo, á quien dí parte de todo lo que me había

ocurrido con mi padre, y cómo yo, no pudiendo escaparme de sus insinuaciones, elegí estudiar teología.

—Ello será un perdedero de tiempo, supuesto que no te gusta el estudio, me dijo mi amigo; pero si no hay otro remedio, ¿qué se ha de hacer? A veces es preciso contemporizar con los viejos ideáticos, aunque uno no quiera, aunque sea para engañarlos, mientras se realizan nuestros proyectos. Mi padre también es del tenor siguiente: ha dado en que estudie cánones *à fortiori;* esto es, quieras que no quieras; y aún me habla de licenciaturas y borlas; pero yo, que no soy vanidoso, no pienso en eso; lo que quiero es acabar mis cánones bien ó mal; alcanzar el gradillo; ordenarme y quitarme de libros ni quebraderos de cabeza. Tú puedes hacer lo mismo: aguanta tus cursos de Universidad con la paciencia que un purgado, y cuando menos lo pienses te hallarás hecho un bachiller teólogo, que para el caso de que digan que lo eres, con esto basta.

Ni es menester que te dés mala vida ni te derritas los sesos sobre los libros. Estudia de carrera lo que te señale tu catedrático, enséñate á manejar el *ergo* por imitación, y frecuenta la Universidad, porque los cursos importan, hijo; los cursos son más precisos que la ciencia misma, para lograr el grado.

Bien saben y sabemos que á lo que vamos los más estudiantes á la Universidad no es á aprender nada, sino

á *cuajar* un rato unos con otros; pero lo cierto es que el que no tiene su certificación de haber cursado el tiempo prefinido por estatuto, no se graduará, aunque sea más teólogo que Santo Tomás; y si la tiene, él será bachiller, aunque no sepa quién es Dios por el padre Ripalda; pero ello es que así la vamos pasando, y así la pasaremos tú y yo con más descanso.

Yo apenas falto de la Universidad tal cual vez; pero del colegio sí me deserto con frecuencia. Los domingos, jueves y fiestas de guardar no tenemos clase por el colegio, y yo *salo* [1] uno ó dos días á la semana; ya verás qué poco me mortifico.

Esto es lo que harás tú, si quieres que no se te haga pesado el estudio de la teología. Acompáñate conmigo; arráncale á tu padre los realitos que puedas, y confía de mí en que no sólo te pasarás buena vida, sino que te civilizarás, porque advierto que eres un mexicano payo, y yo te quiero sacar de barreras. Sí, yo te llevaré á varias casas de señoritas finas, que tengo de tertulias; aprenderás á danzar, á bailar, á contestar con las gentes decentes. Fuera de esto, te sentaré en los estrados y haré que te comuniques con las damas; porque el trato con las señoras ilustra demasiado. Últimamente te enseñaré á

[1] Los estudiantes entienden por *salar* faltar á la cátedra, no asistir á ella, y por *cuajar* (de cuya voz usó el autor poco antes), ocuparse de cosas ajenas del estudio, charlando y pasando el rato, lo mismo que se entiende entre los artesanos y otros trabajadores por *matar el zapo*. E.

jugar al billar, malilla de campo, tresillo, básiga y albures, que todas estas habilidades son partes de un mozo fino é ilustrado, y de este modo nos la pasaremos buena. Al cabo de un año tú no te conocerás, y me darás las gracias por los buenos oficios de mi amistad.

El cielo ví abierto con el plan de vida que me propuso Pelayo; porque yo no aspiraba á otra cosa que á holgar y divertirme, y así le dí las gracias por el interés que tomaba en mis adelantos, y desde aquel día me puse bajo su dirección y tutela.

Él inmediatamente trató de cumplir con sus deberes, llevándome á varias tertulias que frecuentaba en algunas casas medianamente decentes y en las que vivían señoritas de título, como *la Cucaracha, la Pisabonito, la Quebrantahuesos* y otras de igual calaña.

Ya se deja entender que los tertulios y tertulias debajo de capas, casacas y enaguas, eran muchachas y jóvenes de primera tijera; esto es, mozos y mozas estragados, libertinos y tunos de profesión.

Con tan buenas compañías y la dirección de mi sapientísimo mentor, dentro de pocos meses salí un buen bandolonista, bailador incansable, saltador eterno, decidor, refranero, atrevido y *lépero* [1] á toda prueba.

Como mi maestro se había propuesto civilizarme

[1] Pillo, zaragate. De esta voz se derivan las de que también usa el autor en distintas partes como *leperaje, leperuzca,* etc. E.

... llevándome á varias tertulias que frecuentaba en algunas casas medianamente decentes

é ilustrarme en todos los ramos de la caballería de la moda, me enseñó á jugar al billar, tresillo, tute y juegos carteados; no se olvidó de instruirme en las cábulas del bisbís,[1] ni en los ardides para jugar albures según arte, y no así, así, á la buena de Dios, ni á lo que la suerte diera; pues me decía, *que el que limpio jugaba, limpio se iba á su casa,* sino siempre con su pedazo de diligencia.

Un año gasté en aprender todas estas maturrangas; pero eso sí, salí maestro y capaz de poner cátedra de fullería y *leperaje* á lo decente; porque hay dos clases de tunantismo: una soez y arrastrada como la de los enfrazadados y borrachos que juegan á la rayuela ó á la taba en una esquina; que se trompean en las calles; que profieren unas obscenidades escandalosas; que llevan á otras *leperuzcas* descalzas y hechas pedazos, y se emborrachan públicamente en las pulquerías y tabernas, y éstos se llaman pillos y *léperos* ordinarios.

La otra clase de tunantismo decente, es aquella que se compone de mozos decentes y extraviados que con sus capas, casaquitas y aun perfumes, son unos ociosos de por vida, cofrades perpetuos de todas las tertulias, cortejos de cuanta coqueta se presenta, seductores de cuanta casada se proporciona, jugadores, tramposos y fulleros siempre que pueden; *cócoras* [2] de los bailes,

[1] Con algunas alteraciones se llama hoy *Imperial.* E.

[2] Los que con groserías incomodan impudentemente á los que asisten á una diversión, ó á cualquiera otra concurrencia pública ó privada. E.

sustos de los convites, gorrones intrusos, sinvergüenzas, descarados, necios á nativitate, taravillas perdurables y máquinas vestidas, escandalosas y perjudiciales á la desdichada sociedad en que viven; y estos tales son pillos y *léperos* decentes, y de esta clase de *pillería* digo, que pude haber puesto cátedra pública, según lo que aproveché con las lecciones de mi maestro y el ejemplo de mis concursantes en el corto espacio de un año.

El pobre de mi padre estaba muy ajeno de mis indignos adelantamientos, y muy pagado de Martín Pelayo, que visitaba mi casa con frecuencia; porque ya os he dicho que vuestro abuelo era de tan buen entendimiento como corazón. En efecto, era hombre de bien y virtuoso, y como tales personas son fáciles de engañarse por las astucias de los malvados, entre yo y mi amigo teníamos alucinado á mi buen padre; porque yo era un gran pícaro, y Pelayo era otro pícaro más que yo; y así entre los dos hacíamos cera y pábilo de las creederas de mi padre, que tenía por un mozo muy fino, arreglado y buen estudiante al tuno de Martín, y éste á mis excusas hacía delante de mis padres unos elogios encarecidísimos de mi talento y aplicación, con lo que les clavaba más la espina; esto es, á mi padre, que á mi madre no era menester nada de eso; porque como me amaba sin prudencia, mis mayores maldades las disculpaba con la edad y mis menores me las pasaba por gracias y travesuras.

Pero así como la moneda falsa no puede correr mucho tiempo sin descubrir ó su mal trojel ó su liga, así la maldad no puede pasar muchos días con la capa de la hipocresía sin manifestar su sordidez. Puntualmente sucedió lo mismo conmigo; pues mi padre un día que yo no lo pensaba, me preguntó que cuándo era mi acto, ó que si estaba en disposición de tenerlo. Ciertamente que si como me preguntó eso, me hubiera preguntado que si estaba apto para bailar una contradanza, para pervertir una joven, ó para amarrar un alburito, no me tardo mucho en responder afirmativamente; pero me hizo una pregunta difícil, porque yo con mis quehaceres no pude dedicarme á otro estudio, de suerte que mi Biluart estaba limpio y casi intacto.

Sin embargo, era preciso responder alguna cosa, y fué que mi catedrático no me había dicho nada, que se lo preguntaría. — No, me dijo mi padre, no le preguntes nada, que yo lo haré. — En mala hora se encargó mi padre de semejante comisión; porque fué al segundo día al colegio, y le preguntó á mi maestro que en qué estado estaba yo de estudio, y que si estaba capaz de sustentar un acto le hiciese favor de avisárselo para hacer sus diligencias para los gastos.

Mi maestro, tan veraz como serio, le contestó:

—Amigo, yo deseaba que usted me viera para decirle que su niño no promete las más leves esperanzas

de aprovechar, no porque carezca de talento, sino por falta de aplicación. Es muy abandonado; rara semana deja de faltar uno ó dos días á la clase, y cuando viene, es á enredar y á hacer que pierdan el tiempo los otros colegiales. En virtud de esto, ya usted verá cuál será su aptitud y cuáles sus adelantos. A más de esto, yo le he advertido ciertas amistades y malas inclinaciones que me hacen temer la ruina próxima de este mozo, y así usted, como buen padre, vele sobre su conducta y vea en qué lo ocupa con sujeción; porque si no, el muchacho se le pierde, y usted ha de dar á Dios cuenta de él.

Mi padre se despidió de mi maestro bastante avergonzado (según después me dijo) y lleno de una justa cólera contra mí. ¡Pobres padres! ¡y qué ratos tan pesados les dan los malos hijos! Fué á casa al medio día; me saludó con mucha desazón; se entró á la recámara con mi madre, y ésta, como á las dos horas, salió con los ojos llorosos á mandar poner la mesa.

Mi padre apenas comió; mi madre tampoco; yo, como sinvergüenza, y que ignoraba que era el eje sobre que se movía aquel disgusto, no dejé de hacer cuanto pude por agotar los platos; porque al fin no hay sinvergüenza que no sea glotón. Durante la comida no habló mi padre una palabra, y así que se concluyó se levantaron los manteles y se dieron gracias á Dios; se retiró mi padre á dormir siesta y me dijo con mucha seriedad:

—Esta tarde no vaya usted al colegio, que lo he menester.

Como la culpa siempre acusa, yo me quedé con bastante miedo, temiendo no hubiera sabido mi padre algunas de mis gracias extraordinarias, y me quisiese dar con un garrote el premio que merecían.

Luego concebí que yo había sido la causa de la cólera, de la parsimonia de la mesa y de las lágrimas de mi madre; pero como estaba satisfecho en que ésta no me quería, sino me adoraba, no tuve empacho para decirla:—Señora, ¿qué novedad será ésta de mi padre?—A lo que la pobrecita me contestó con sus lágrimas, y me refirió todo lo que había acaecido á mi padre con mi maestro, y cómo estaba resuelto á ponerme á oficio...—¿A oficio, dije yo, á oficio? No lo permita Dios, señora. ¿Qué pareciera un bachiller en artes, y un cursante teólogo convertido de la noche á la mañana en sastre ó carpintero? ¿Qué burla me hicieran mis condiscípulos? ¿Qué dijeran mis parientes? ¿Qué se hablará?—Pues hijo, me contestó mi madre, ¿qué quieres que haga? Ya yo he rogado á tu padre bastante; ya se lo he dicho; ya le he llorado; pero está renuente, no hay forma de convencerle: dice que no quiere que se lo lleve el diablo juntamente contigo por darme gusto. Yo no sé qué hacer...—No llore usted, señora, la dije: yo sí sé lo que se ha de hacer. Seguro está que mi padre tenga el

gusto de verme de hojalatero ni de sastre. Pues qué, ¿ya se cerraron los cuarteles? ¿Ya se acabaron las casacas y el pan de munición? —¿Qué quieres decir con eso, Pedrito? me decía mi madre. —Nada, señora, le contesté; sino que antes que aprender oficio, me meteré á soldado, á bien que tengo buen cuerpo, y me recibirán en cualquier parte con mil manos.

Aquí redobló mi madre su llanto, y me dijo: —¡Ay, hijo de mi alma! ¿qué es lo que dices? ¿soldado? ¿soldado? ¡no lo permita Dios! No te precipites ni te desesperes; yo volveré á rogarle á tu padre esta tarde, y ya que dice que no eres para los estudios, y que es fuerza darte destino, veremos si te coloca en una tienda... —Calle usted, madre, le dije. Eso es peor. ¿Qué bien pareciera un bachiller, tiznado y lleno de manteca, y un teólogo despachando tlaco de chilitos en vinagre? No, no; soldado y nada más; pues una vez que á mi padre ya se le hace pesado el mantenerme, el rey es padre de todos, y tiene muchos miles para vestirme y darme de comer. Esta tarde me voy á vender en la bandera de China, y mañana vengo á ver á usted vestido de recluta.

Cada vez que yo me acuerdo de éste y otros malos ratos que dí á la pobre de mi madre, y de las lágrimas que derramó por mí, quisiera sacarme el corazón á pedazos de dolor; pero ya es tarde el arrepentimiento, y sólo

sirven estas lecciones, hijos míos, para encargaros que miréis á vuestra madre siempre con amor y respeto verdadero, sin imitar á los malos hijos como yo fuí; antes rogad á Dios no castigue los extravíos de mi juventud como merecen, y acordaos que por boca del Sabio os dice: *Honra á tu padre, y no olvides los gemidos de tu madre. Acuérdate que á ellos les debes la vida, y págales lo que te han dado.*

Finalmente, esta escena paró en que mi madre me rogó, me instó, me lloró porque no fuera soldado, jurándome que se volvería á empeñar con mi padre para que desistiera de su intento y no me pusiera á oficio, con cuya promesa me serené, como que eso era lo que yo deseaba, y por lo que afligí tanto á su merced, no porque á mí me agradara la carrera militar, y más en clase de soldado, como que veía con horror todo género de trabajo.

¡Qué bueno hubiera sido que mi madre me hubiera quebrado en la cabeza cuanta silla había en la sala, y bien amarrado me hubiera despachado al primer cuartel, y allí me hubiesen encajado luego luego la gala de recluta; con eso se hubieran acabado mis bachillerías y sus cuidados; pero no lo hizo así, y tuvo después que sufrir lo que Dios sabe.

Al cabo de un rato salió mi padre ya con sombrero y bastón, y me dijo: — Tome usted la capa y vamos. —

Yo la tomé y salí con su merced con temor, y mi madre se quedó con cuidado.

A poco haber andado, se paró mi padre en un zaguán, y me dijo:

—Amigo, ya estoy desengañado de que es usted un gran perdido, y yo no quiero que se acabe de perder. Su maestro me ha dicho que es un flojo, vago y vicioso, y que no es para los estudios. En virtud de esto, yo tampoco quiero que sea para la ganzúa ni para la horca. Ahora mismo elige usted oficio que aprender, ó de aquí llevo á usted á presentarlo al rey en la bandera de China.

Todos los retobos que usé con mi madre, con mi padre se volvieron sumisiones, como que sabía yo que no acostumbraba mentir y era resuelto; y así no pude hacer más que humillarme y pedirle por favor que me diese un plazo para informarme del oficio que me pareciera mejor. Concedióme mi padre tres días á modo de ahorcado, y volvimos para casa, donde hallamos á mi pobre madre enferma de un gran flujo de sangre que le había venido por la pesadumbre que le dí, y el susto con que se quedó.

Ya se ha dicho que mi padre la amaba con extremo, y así lleno de sentimiento acudió á que la medicina la auxiliara. En efecto, al segundo día ya estuvo mejor; pero sin dejar de llorar de cuando en cuando, porque ya yo le había dicho la resolución de mi padre, y ella en

medio de su dolencia no se había descuidado en suplicarle no me pusiera á oficio, á lo que mi padre le contestó que se restableciera de su achaque, y que ahí se vería lo que por fin se había de hacer.

Esta respuesta desconsoló á mi madre, y fué causa de que yo no las tuviera todas conmigo, porque no habiendo visto jamás á mi padre tan tenaz en su propósito y tan esquivo con mi madre al parecer, me hizo entender que de aquella vez no me escaparía yo de cualquier aprendizaje.

No sabiendo qué hacer para librarme de la férula de los maestros mecánicos, que me amenazaba por momentos, discurrí la traza más diabólica que podía en lance tan apurado, y fué, ir á ver á mi caritativo preceptor y sabio amigo, el ínclito Martín Pelayo. Con la confianza que tenía, me entré de rondón hasta su cuarto, donde lo hallé columpiándose de un lazo que pendía del techo, tarareando unas boleras y dando saltos en el suelo.

Tan embebecido estaba en su escoleta, que no sintió cuando yo entré, y prosiguió brincando como un gamo, hasta que yo le dije:—¿Qué es esto, Martín? ¿Te has vuelto loco, ó estás aprendiendo á maromero?—Entonces él me vió y me contestó:—Ni estoy loco, ni quiero ser volatín; sino que estoy trabajando por aprender á hacer la octava que piden estas boleras. Y diciendo esto, continuó sus cabriolas.

Yo, mirando lo espacio que estaba, le dije:—Suspende un poco tus lecciones, que traigo un asunto de mucha importancia que comunicarte y del que sólo tu amistad puede sacarme con bien.—Él entonces muy cortés se quitó del lazo, se sentó conmigo en su cama, y me dijo:—No sabía yo que traías asunto, pero dí lo que se ofrezca, que ya sabes cuánto te estimo.

Le conté punto por punto todas mis cuitas, rematando con decirle que para libertarme del deshonor que me esperaba en el aprendizaje, había pensado meterme á fraile. Él me oyó con bastante gravedad, y me dijo:

—Perico, yo siento los infortunios que te amenazan por el genio ridículo y escrupuloso de tu padre; pero supuesto que no hay medio entre ser oficial mecánico ó soldado, y que el único arbitrio de evadirte de ambas cosas de esas, es meterte á fraile, yo soy de tu mismo parecer; porque más vale tuerta que ciega; peor es ser el sastre Perico, ó el soldado Perico, que no el padre fray Pedro. Ello es verdadero, que la vida de fraile trae sus incomodidades inaguantables, como el estudio, la asistencia de comunidad, la observancia de las reglas, la subordinación á los prelados y la sujeción ó privación de la libertad que tanto te acomoda á tí y á mí; pero todo es hacerse. A más de que, en cambio de esas molestias, tiene el estado sus ventajas considera-

bles, como el honor de la religión que se extiende por todos sus individuos, aunque sean legos; el respeto que infunde el santo hábito, y sobre todo, hijo, el afianzar la torta para siempre. Ya verás tú que estas conveniencias no las encuentra un artesano ni un soldado, y así me parece que lleves adelante tu pensamiento.

—Pues yo he venido, le dije, á consultarte mis designios y á suplicarte te empeñes con tu padre para que me dé una esquela de recomendación para que me admita tu tío el provincial de San Diego; porque esto urge, y en la tardanza está el peligro; pues como yo consiga la patente de admitido, ya á mi padre se le quitará el enojo y me verá de distinto modo.

—Pues eso es lo de menos, me dijo Pelayo; ven mañana temprano, que yo haré que mi padre ponga la esquela esta noche.—Con este consuelo me despedí de Martín muy contento, y me volví á mi casa.

Entré en ella, y encontré de visitas á don Martín, el de la hacienda, á la señora su esposa, la que me cascó el zapatazo, á su niña y al famoso Juan Largo ó Januario, que toda la familia había venido á México á pasear; porque como todo fastidia en este mundo, los que viven en las ciudades buscan su diversión en el campo, y los que viven en el campo anhelan por la ciudad para divertirse, y ni unos ni otros logran por largo tiempo satis-

facer sus deseos; porque como la tristeza no está en el campo ni en la ciudad sino en el corazón, nos siguen los fastidios y cuidados donde quiera que llevamos nuestro corazón.

Luego que hube saludado á las visitas y que cesaron los cumplimientos de moda, me aparté al corredor con Januario y hablamos largo sobre diversos asuntos, ocupando el mejor lugar de la conversación los míos, entre los que le conté mis aventuras, y la última resolución que tenía de volverme fraile; á lo que Juan Largo me contestó muy aprisa:

—Sí, sí, Periquillo; vuélvete fraile, hijo, vuélvete fraile; no harás cosa mejor. No todos los hombres hacen lo que deben sino lo que les está más á cuento para sus fines particulares: quién hay que se ordena porque es inútil para otra cosa, ó por no perder una capellanía; quién que se casa con la primera que encuentra, más que no le tenga amor, ni con qué mantenerla, sólo por escaparse de una leva; quién que se mete á soldado porque no lo persiga la justicia ordinaria, por tramposo ó por alguna fechoría que ha cometido; y quién, en fin, que hace mil cosas contra su gusto, sólo por evitar este ó el otro lance que considera serle peor; conque ¿qué nuevo ni raro será que tú te metas á fraile por no aprender oficio ni ser soldado? Sí, Perico, haces bien, alabo tu determinación;

pero hermano, aviva, aviva el negocio; porque al mal paso darle prisa.

Así concluyó su arenga este grande hombre. Él, es claro que me dijo muchas verdades, pero truncas. Si me hubiera dicho después de ellas, que aunque así lo hacen, en ello nada justo hacen ni digno de un hombre de bien, y que por lo común estas trampas y artificios de que se valen para eludir el castigo, excusar el trabajo, engañar al superior ó evitar por el camino más breve la desgracia inminente ó que parece tal, no son sino unos remedios paliativos ó aparentes, que después de tomados se convierten en unos venenos terribles, cuyas funestas resultas se lloran toda la vida. Si me hubiera dicho esto, repito, quizá quizá me hubiera hecho abrir los ojos y cejar de mi intento de ser religioso, para el que no tenía ni natural ni vocación; pero por mi desgracia los primeros amigos que tuve fueron malos, y de consiguiente pésimos sus consejos.

A otro día marché para la casa de Pelayo, quien puso en mis manos la esquela de su padre, el que no contento con darla, pensando que yo era un joven muy virtuoso, prometió ir á hablar por mí á su hermano el provincial, para que me dispensara todas aquellas pruebas y dilaciones que sufren los que pretenden el hábito en semejantes religiones austeras.

No parece sino que me ayudaba en todo aquella

fortuna que llaman de pícaro, porque todo se facilitaba á medida de mi deseo.

Yo recibí mi esquela con mucho gusto, dí las gracias á mi amigo por su empeño, y me volví para casa.

CAPITULO XI

Toma Periquillo el hábito de religioso, y se arrepiente en el mismo día
Cuéntanse algunos intermedios relativos á esto

Todo aquel día lo pasé contentísimo esperando que llegara el siguiente para ir á ver al provincial. No quise

ir en esa tarde, por dar lugar á que el padre de Pelayo hiciese para mí el empeño que había ofrecido.

Nada ocurrió particular en este día, y al siguiente á buena hora me fuí para el convento de San Diego, y al pasar por la alameda, que estaba sola, me puse frente á un árbol, haciéndolo pasar en mi imaginación la plaza de provincial, y allí me comencé á ensayar en el modo de hablarle en voz sumisa, con la cabeza inclinada, los ojos bajos y las dos manos metidas dentro de la copa del sombrero.

Con estas y cuantas exterioridades de humildad me sugirió mi hipocresía, marché para el convento.

Llegué á él, anduve por los claustros preguntando por la celda del prelado; me la enseñaron, toqué, entré y hallé al padre provincial sentado junto á su mesa, y en ella estaba un libro abierto, en el que sin duda leía á mi llegada.

Luego que lo saludé, le besé la mano con todas aquellas ceremonias en que poco antes me había ensayado, y le entregué la carta de recomendación de su hermano. La leyó, y mirándome de arriba abajo, me preguntó que si quería ser religioso de aquel convento. —Sí, padre nuestro, respondí.—¿Y usted sabe, prosiguió, qué cosa es ser religioso, y de la estrecha observancia de nuestro padre San Francisco? ¿Lo ha pensado usted bien?—Sí, padre, respondí.—¿Y qué le mueve á

usted el venir á encerrarse en estos claustros y á privarse del mundo, estando como está en la flor de su edad?—Padre, dije yo, el deseo de servir á Dios.—Muy bien me parece ese deseo, dijo el provincial; pero qué ¿no se puede servir á Su Majestad en el mundo? No todos los justos ni todos los santos lo han servido en los monasterios. Las mansiones del Padre celestial son muchas y muchos los caminos por donde llama á sus escogidos. En correspondiendo á los auxilios de la gracia, todos los estados y todos los lugares de la tierra son á propósito para servir á Dios. Santos ha habido casados, santos célibes, santos viudos, santos anacoretas, santos palaciegos, santos idiotas, santos letrados, santos médicos, abogados, artesanos, mendigos, soldados, ricos, y en una palabra, santos en todas clases del Estado. Conque, de aquí se sigue que para servir á Dios, no es condición precisa el ser fraile, sino el guardar su santa ley, y ésta se puede guardar en los palacios, en las oficinas, en las calles, en los talleres, en las tiendas, en los campos, en las ciudades, en los cuarteles, en los navíos, y aun en medio de las sinagogas de los judíos y de las mezquitas de los moros.

La profesión de la vida religiosa es la más perfecta; pero si no se abraza con verdadera vocación, no es la más segura. Muchos se han condenado en los claustros que quizá se hubieran salvado en el siglo. No está el

caso en empezar bien, es menester la constancia. Nadie logra la corona del triunfo, sino el que pelea varonilmente hasta el fin. En la edad de usted es preciso desconfiar mucho de esos ímpetus ó fervores espirituales, que ordinariamente no pasan de unas llamaradas de *zacate,* que tan pronto se levantan como se apagan; y así sucede que muchos ó no profesan, ó si profesan es por la vergüenza que les causa el *qué dirán;* y estos tales profesos, como que lo son sin su voluntad, son unos malos religiosos, desobedientes y libertinos, que con sus vicios y apostasías dan que hacer á los superiores, escandalizan á los seculares, y de camino quitan el crédito á las religiones; porque, como dice Santa Teresa, y es constante, el mundo quiere que los que siguen la virtud sean muy perfectos; nada les dispensa, todo les nota, les advierte y moteja con el mayor escrúpulo, y de aquí es que los mundanos fácilmente disculpan los vicios más groseros de los otros mundanos; pero se escandalizan grandemente si advierten algunos en este ó el otro religioso ó alma dedicada á la virtud. Levantan el grito hasta el cielo, y hablan, no sólo contra aquel fraile que los escandaliza, sino contra el honor de toda la religión, sin pesar en la balanza de la justicia los muchos varones justos y arreglados que ven en la misma religión, y aun en el mismo convento.

Para evitar que los jóvenes se pierdan abrazando

n vocación un estado que ciertamente no debe ser de olgura, sino de un trabajo continuo, para cumplir los elados con nuestra obligación, y no dar lugar á que las ligiones se desacrediten por sus malos hijos, debemos caminar con mucha prudencia y eficacia el espíritu de s pretendientes, aun antes de que entren de novicios, ies el noviciado es para que ellos experimenten la ligión; pero el prelado debe examinarles el espíritu in antes de ser novicios.

En virtud de esto, usted, que desea servir á Dios a la religión, ¿ya sabe que aquí de lo primero que a de renunciar es de la voluntad, porque no ha de ner más voluntad que la de los superiores, á quienes a de obedecer ciegamente?—Sí, padre, dije yo.—¿Sabe ie ha de renunciar para siempre al mundo, sus ompas y vanidades, así como lo prometió en el bausmo?—Sí, padre.—¿Sabe que aquí no ha de venir holgar ni á divertirse, sino á trabajar y á estar ocupado do el día?—Sí, padre; y sí, padre, y sí, padre, resondí á setenta *sabes* que me preguntó, que ya pensaba que era llegada mi hora y me estaban sacramendo; y todo este examen paró en que me dió mi atente allí mismo, advirtiéndome que fuera mi padre verse con su reverencia.

Tales fueron mis palabras estudiadas y mis hipocreas, que la llevó entre oreja y oreja aquel buen prelado,

y formó de mí un concepto ventajoso. Ya se ve, él era bueno, yo era un pícaro, y ya se ha dicho lo fácil que es que los pícaros engañen á los hombres de bien, y más si los cogen desprevenidos.

El bendito provincial, al despedirme, me abrazó y me dijo: —Pues, hijo mío, vaya con Dios, y pídale á Su Majestad que le conserve en sus buenos propósitos, si así conviene á su mayor gloria y bien de su alma. Dígale todos los días con el mayor fervor: *confirma hoc Deus, quod operatus es in nobis,* [1] y disponga su corazón cada día más y más para que fecundice en él la gracia del Espíritu Santo, y produzca frutos ópimos de virtud.— Con esto le besé la mano, y me retiré para casa.

¿Quién creerá que cuando salí del convento sentí no sé qué de bueno en mí, que me parecía que de veras tenía yo vocación de ser religioso? No se me olvidaba aquel aspecto venerable del anciano prelado, aquellas palabras tan llenas de unción y penetrantes que tanto eco hicieron en mi corazón, aquella su prudencia, aquel su carácter amable y aquel todo hechicero de la verdadera virtud, capaz de enamorar al mismo vicio.

—En efecto, yo decía entre mí; ¿qué mano que hubiera nacido para fraile, que no lo hubiera advertido, y Dios quisiera haberse valido de este accidente para reducirme y meterme en el camino que me conviene? No

[1] *¡Oh Dios! confirma lo que has obrado en mí.* E.

hay duda: así debe ser. Yo me acuerdo haber oído decir que Dios hace renglones derechos con pautas torcidas, y éste ha de ser uno de ellos, sin remedio. Estos y semejantes discursos ocupaban mi imaginación en el camino del convento á mi casa.

Luego que llegué á ella, me entré á ver á mi madre, y le conté cuánto me había pasado, manifestándole la patente de admitido en el convento de San Diego. De que mi madre la vió, no sé cómo no se volvió loca de gusto, creyendo que yo era un joven muy bueno, y que cuando menos sería yo otro San Felipe de Jesús.

No hay que dudar ni que admirarse de esta sorpresa de mi madre, pues si mis maldades le parecían gracias, mi virtud tan al vivo ¿qué le parecería?

Vino mi padre de la calle, y mi madre llena de júbilo le impuso de todas mis intenciones, enseñándole al propio tiempo la patente del padre provincial.

—¿Ves, hijo, le decía; ves cómo no es tan bravo el león como lo pintan? ¿Ves cómo Pedrito no era tan malo como tú decías? Él como muchacho ha sido traviesillo; pero qué muchacho no lo es? Tú querías que fuera un santo desde criatura, querías bien; pero, hijo, es una imprudencia. ¿Cómo han de comenzar los niños por donde nosotros acabamos? Es necesario dar tiempo al tiempo. Ya ves qué mutación tan repentina. ¿Cuándo la esperabas? Ayer decías que Pedro era un pícaro, y

hoy ya lo ves hecho un santo; ayer pensabas que había de ser el lunar de su linaje, y hoy ya ves que él será el lustre de su familia, porque familia que cuenta un deudo fraile, no puede ser de oscuro principio; yo á lo menos así lo entiendo, y en esta fe y creencia he de vivir, aunque me digan, como ya me lo han dicho, que esto es una preocupación de las que han echado más raíces en América que en otras partes del mundo; pero yo no lo creo, sino que en teniendo una familia un pariente fraile, ya puede apostárselas en nobleza con el Preste Juan de las Indias sin haber menester ejecutorias, genealogías, ni esotras zarandajas de que tanto blasonamos los nobles, porque esas cosas sólo las saben los parientes y amigos de las casas; pero los extraños, que no las ven, no pueden saber si son nobles ó no. Lo que no sucede teniendo un deudo fraile; porque todo el mundo lo ve, y nadie puede dudar de que es noble él, sus padres, sus abuelos, sus bisabuelos y sus tatarabuelos; y si el dicho fraile se casara, fueran nobles y muy nobles sus hijos, nietos, biznietos, tataranietos y choznos; porque un fraile es una ejecutoria andando. Conque, mira si tengo razón de estar contenta, y si tú también debes estarlo con la nueva resolución de Pedrito.

Yo por un agujerito de la puerta había estado oyendo y fisgando toda esta escena, y ví que mi padre leyó, releyó, y remiró una, dos y tres veces la patente;

y aun advertí que más de una vez estuvo por limpiarse los ojos, á pesar de que no tenía lagañas. ¡Tal era la duda que tenía de mi verdad que apenas creía lo que estaba leyendo!

Sin embargo de esta su sorpresa, oyó muy bien toda la arenga de mi madre, á la que luego que concluyó, le dijo:

—¡Válgate Dios, hija, qué cándida eres! ¡cuántas boberías me has dicho en un instante! Si alguno nos hubiera escuchado, yo me avergonzara; pues las familias que en realidad son nobles como la tuya, no aspiran á parecerlo con el empeño de tener un hijo religioso, ni hacen vanidad de ello cuando lo tienen; antes ese empeño y esa vanidad es una prueba clara de una no conocida nobleza, ó que á lo menos no puede manifestarse de otro modo; modo ciertamente muy aventurado, y que puede estar sujeto á mil trácalas; pero esto no es lo que importa por ahora, á más que la nobleza verdadera consiste en la virtud. Esta es su piedra de toque y su prueba legítima, y no los puestos brillantes, eclesiásticos ó seculares, pues éstos muchas veces se pueden hallar en personas indignas de tenerlos por su mala moral, etc. Lo que importa por ahora es esta patente. Yo me hago cruces y no acabo de entender cómo es esto. Ayer era Pedro tan libertino y descarriado, que hacía continuas faltas en el colegio por irse á tunantear

con sus amigos, ¿y hoy tan sujeto y virtuoso que pretende ser religioso, y de una religión estrecha y observante? Ayer tan flojo, que aun para estudiar teología, ponía mil cortapisas, ¿y hoy tan decidido por el trabajo de una comunidad? Ayer tan disipado, ¿hoy tan recoleto? Ayer tan uno, ¿y hoy tan otro? No sé cómo será esto.

Yo no ignoro que Dios es poderoso y puede hacer cuanto quiera: sé muy bien que de una Magdalena hizo una santa, de un Dimas un confesor, de un Saulo un Pablo, de un Aurelio un Agustino, y de otros pecadores otros tantos siervos suyos que han edificado su Iglesia; pero estos casos no son comunes; porque no es común que el pecador corresponda á los auxilios de la gracia; lo corriente es despreciarlos cada instante, y por eso está el mundo tan perdido. No sé por qué me parece que éstas son picardías de Pedro... —Cállate, dijo mi madre, como tú no quieres al pobre muchacho, aunque haga milagros te han de parecer mal. Sus defectos sí, los crees, aunque no los veas; pero de su virtud dudas, aun mirándola con los ojos. Bien dicen, en dando en que un perro tiene rabia hasta que lo matan.

—¿Qué estás hablando, hija? decía mi padre; ¿qué virtud estoy mirando yo, ni jamás he visto en Pedro?—¿Qué más prueba de virtud que esa patente? decía mi madre.—No, esta patente no prueba virtud, replicaba

ni padre; lo que prueba es que tuvo habilidad para ngañar al provincial hasta arrancársela por sus fines articulares. — Tú harás y dirás todo eso por no gastar n el hábito y en la profesión; pero para eso no es nenester que quites de las piedras para poner en mi ijo. Aún tiene tíos, y cuando no, yo pediré los gastos le limosna. — Así se explicó mi madre, á quien mi adre, con mucha prudencia contestó: — No seas tonta, nujer. No son los gastos, sino la experiencia que tengo a que me hace desconfiar de Pedro. Conozco su genio tengo examinado su carácter; por eso dudo que sea ierta su vocación. Él es mi hijo, lo amo, y lo amo nucho; pero este amor no me quita el conocimiento ue tengo de él. Sé que no le gusta el trabajo, que le grada la libertad, los amigos y el lujo demasiado, y ue es muy variable en su modo de pensar. A más de sto, es muy joven, le falta mucho para saber distinguir ien las cosas, y todo ello me hace creer que apenas stará en el convento dos ó tres meses, verá el trabajo e la religión y se saldrá. Esto es lo que deseo excuar, no los gastos, pues siempre he erogado gustoso uantos he considerado concernientes á su bien. No obsante, yo de buena gana y con la misma voluntad que tras veces gastaré en esta ocasión cuanto sea neceario, y me daré los plácemes de que sea con provecho uyo.

Aquí paró la sesión, y salieron los dos buenos viejos á comer.

A la noche me llamó mi padre á solas, me hizo mil preguntas, á las que yo contesté *amén, amén,* con la misma hipocresía que al provincial. Me echó su merced mi buen sermón, explicándome qué cosa era la vida de un religioso; cuál la perfección de su estado; cuáles sus cargos; cuán temibles son las resultas que se debe prometer el que abraza sin vocación un estado semejante, y qué sé yo qué otras cosas, todas ciertas, justas, muy bien dichas y para mi bien; pero esto es lo que los muchachos oyen con menos atención, y así no es mucho se les olvide pronto. Ello es que yo estuve en el sermón con los ojos bajos y con una modestia tal que ya parecía un novicio. Tan bien hice el papel, que mi padre creyó que era la pura verdad, y me ofreció ir por la mañana á ver al padre provincial; me dió su bendición, le besé la mano y nos fuímos á acostar.

Yo dormí muy contento y satisfecho, porque los había engañado á todos, y me había escapado de ser aprendiz ó soldado.

A otro día, cuando me levanté, ya mi padre había salido de casa, y cuando volvió á ella al medio día, me dijo delante de mi madre: —Señor Pedrito, ya ví al provincial; ya está todo en corriente, y de aquí á ocho días, dándonos Dios vida, tomarás el hábito.

Mi madre se alegró, y yo fingí alegrarme más con la noticia.

Comimos, y á la tarde fuí á ver á Pelayo y le dí cuenta del buen estado de mi negocio. Él me dió los plácemes de este modo:

—Me alegro, hermano, de que todo se haya facilitado. El caso es que aguantes las singularidades de los frailes, y más en el año del noviciado; porque te aseguro que las tienen y de marca; pues esto de levantarse á media noche, rezar todo el día, andar con los ojos bajos, hablar poco, ayunar mucho, pelarse á azotes, barrer los claustros, estudiar y sufrir por toda la vida á tanto fraile grave, es una tarea inacabable, un subsidio eterno, una esclavitud constante y una serie no interrumpida de trabajos, de que sólo la muerte podrá librarte; pero en fin, ya lo hiciste, y es menester morderte un brazo; porque si no, ¿qué dirá tu padre? ¿Qué dirá tu madre? ¿Qué dirán tus parientes? ¿Qué dirá el provincial? ¿Qué dirán los conocidos de tu casa? ¿Qué dirá mi padre? ¿Y qué dirán todos? Si ahora te arrepintieras, fuera un escándalo para el público, un deshonor para tí y una vergüenza terrible para tus pobres padres; y así no hay remedio, hermano, á lo hecho pecho, dice el refrán; ahora es fuerza que seas fraile quieras ó no quieras.

Hay hombres cuyo carácter es tan venenoso que

hacen mal, aun cuando ellos piensan que hacen bien. Son como el gato que lastima al tiempo de hacer cariños. Así era el de Pelayo, que después que decía que me estimaba, parece que se empeñaba en enredarme ó afligirme; pues primero me pintó que la religión era una *Jauja;* y ya que estuve comprometido, me la representó como una mazmorra, desacreditándola por ambos lados.

Yo me despedí de él bien contristado, y casi casi ya estaba por retractarme de mis propósitos; pero la vergüencilla y este *qué dirán,* este *qué dirán* del mundo, que es causa de que atropellemos casi siempre con las leyes divinas, me hizo forzar mi inclinación, hacer á un lado mis temores y llevar adelante mi falsa intentona.

En aquellos ocho días se prepararon todas las cosas necesarias para mi ingreso; se dió parte de él á todos mis amigos, parientes, conocidos, bien y malhechores, y de todos ellos recibió mi padre mil parabienes y mi madre mil enhorabuenas, que hacían por junto dos mil faramallas, que llaman políticas, ceremonias y cumplimientos, pero que no dejan todas ellas una onza de utilidad, por más que se multipliquen en número.

Mis padres se ocupaban en estos ocho días en recibir visitas y en disponer lo necesario para la entrada, y yo me ocupaba en andar con Pelayo despidiéndome de mis tertulias, no con poco dolor de mi corazón, pues

sentía demasiada violencia en la separación de mis pecaminosas distracciones.

Mi gran Pelayo se había propuesto avisar en cuantas partes íbamos de mis nuevos intentos y lo pronto que estaba mi noviciado. Yo le rogaba que los callara; mas á él se le hacía escrúpulo y cargo de conciencia el reservarlos, y como todas las casas que visitábamos eran de aquellos y aquellas que llaman de la *hoja*, me daban mis estregadas terribles, especialmente las mujeres. Una me decía: —¡Ay! ¡qué lástima! tan niño y encerrarse.— Otra: —¡Qué gracia! y tan muchacho.—Otra: —¿Qué no se acordará usted de mí?—Otra: —¿A qué no profesa usted?—Esta: —Yo no creo que usted sea bueno para fraile siendo tan muchacho, no feo y con tantas gracias.—Aquella: —¿Bailador y fraile? vamos, yo no lo creo.—Y así todas, y cuando se ofrecía proferir algunos cuentecillos y palabritas obscenas (que se ofrecían á cada paso), saltaba alguna muchacha burlona con la [illegible]aldad de: —¡Ay, niña! *¿quién dice eso? Cállate, no [illegible]rturbes al siervo de Dios.*

Sin embargo de todas estas bufonadas, yo me diver[illegible] todo lo posible por despedida. Hacía orejas de mer[illegible]der y bailaba, tocaba el bandolón, platicaba, seducía y [illegible]cía cosas que son mejores para calladas. Tales fueron [illegible] ejercicios preparatorios en que me entretuve en los [illegible]o días precedentes á mi frailazgo. Así salió ello.

No contento con la libertad que tenía en la calle hasta las ocho de la noche (que hasta esa hora se le extendió la licencia al religioso *in fieri*, ó por ser), ni satisfecho por las holguras que me proporcionaba mi maestro Pelayo, mi genio festivo y la facilidad de las damas que visitábamos, todavía aspiraba á seducir á Poncianita, la hija de don Martín, el de la hacienda, que frecuentaba mi casa diariamente; mas la muchacha era virtuosa, discreta y juguetona. Conocía bien mi carácter, y me tenía por lo que era; esto es, por un joven calavera y malicioso, pero tonto en la realidad; y así á todos los mimos y sorroclocos que yo le hacía, me contestaba con mucho agrado, pero también con mucha variedad, y siempre haciéndome ver que me quería. Con esto yo, más bobo y malicioso que ella, pensaba lograr alguna vez la conquista; pero ella, más honrada y viva que yo, pensaba que esta vez jamás llegaría, como en efecto jamás llegó.

Un día le dí yo mismo una esquelita que decía una sarta de tonteras y requiebros, y remataba asegurándole de mi buena voluntad, y que si yo no hubiera de entrarme religioso, con nadie me casaría sino con ella. Por aquí se puede conocer muy bien lo que yo era, y cómo es compatible la ignorancia suma con la suma malicia; pero lo más digno de celebrarse es la chusca contestación de ella á mi papel, que decía: «*Señorito:*

agradezco la buena voluntad de usted, y si pudiera la correspondería, pero estoy queriendo bien á otro caballerito, que si esto no fuera, con nadie me casaría yo mejor que con usted, aunque sacara dispensa. Dios le haga buen religioso, y le dé ventura en lides.—La que usted sabe.»

No puedo ponderar bien las agitaciones que sentí con esta receta. Ella me enceló, me enamoró y me enfureció en términos que esa noche, que fué la víspera de mi entrada, apenas pude dormir. ¿Qué tal sería el alboroto de mis pasiones? Pero por fin, amaneció, y con la vista de otros objetos fué calmando un poco aquel tumulto.

Llegó la tarde; me despedí de mi madre, tías y conocidas, á quienes abracé muy compungido, sin descuidarme de hacer la misma ceremonia con la dómina Poncianita, la que correspondió mi abrazo con bastante desdén, como que estaba presente su madre, y no me quería como me significaba.

Acabada la tanda de abrazos, lágrimas y monerías, nos fuímos para el convento, mi padre, yo, mis tíos y una porción de convidados que iban á ser testigos de mi hipocresía.

Luego la suerte (adversa para mí) presagió mi desventura, en mi concepto; porque el silencio con que íbamos y la larga serie de coches que seguía el nuestro,

representaba bien un duelo, y cuantos nos miraban en la calle no pensaban otra cosa. En efecto, á mí y á mis padres se nos podía haber dado el pésame con justicia.

Llegamos á San Diego; se avisó al padre provincial, quien nos recibió con su acostumbrado buen carácter, y montando en el coche en que yo iba con mi padre, nos dirigimos á Tacubaya, donde está el noviciado de San Diego.

Luego que nos apeamos á la puerta del convento, se dispusieron todas las cosas, y fuímos al coro, donde se celebró la función. Tomé el hábito, pero no me desnudé de mis malas cualidades; yo me ví vestido de religioso y mezclado con ellos, pero no sentí en mi interior la más mínima mutación; me quedé tan malo como siempre, y entonces experimenté por mí mismo que *el hábito no hace al monje.*

Despidióse mi padre de mí y de aquella venerable comunidad, hicieron lo mismo los demás, y Juan Largo me dió un grande abrazo, á cuyo tiempo le dije: — No dejes de venir á verme. — Él me lo prometió; se fueron todos, y me quedé yo solo y curtido entre los frailes, y como suele decirse, rabo entre piernas y como perro en barrio ajeno.

Inmediatamente comencé á extrañar lo áspero del sayal. Llegó la hora del refectorio, y me disgustó bas-

tante lo parco de la cena. Fuíme á acostar, y no hallaba lugar que me acomodara; por todas partes me lastimaba la cama de tablas, y como nunca me había dado una ensayadita en estas mortificaciones, ni de chanza, se me asentaban demasiado.

Daba vueltas y más vueltas, y no podía dormir pensando en Poncianita, en la *Zorra*, en la *Cucaracha* y en otras iguales sabandijas, y me arrepentía sinceramente de mi determinación; renegaba del apoyo que hallé en Pelayo, y me daba al diablo juntamente con la esquela de recomendación que tan breve me había facilitado mi presidio, que así nombraba yo mi nuevo estado; pero él no tenía la culpa, sino yo, que no era para él.

—¿No soy buen salvaje y majadero, me decía yo mismo, en haberme condenado por mi propia voluntad á esta cárcel tan espantosa y á esta vida tan miserable? ¿Qué caudales me he robado? ¿Qué moneda falsa he fabricado? ¿Qué herejías he dicho? ¿Qué casa he incendiado? ¿Ni qué crimen atroz he cometido para padecer lo que padezco? ¿Quién diablos me metió en la cabeza ser fraile, sólo por librarme de ser aprendiz ó soldado? En cualquiera de estos dos ejercicios me la pasara yo mejor seguramente, porque comiera cuanto pudiera hasta hartarme, y lo que se me diera la gana; me pusiera camisa más que fuera de manta; durmiera en colchón, si lo tenía, y hasta que se me antojara el día que

estuviera franco, y por último, gozaría de mi libertad andando entre mis amigos y conocidas en los bailes y jaranitas, y no aquí con esta jerga pegada al pellejo, descalzo, comiendo mal, durmiendo peor y sobre unas duras tablas, encerrado, trabajando, y sin ver una muchacha ni cosa que lo parezca por todo esto. ¡Ah! reniego de mí, y ¡maldita sea la hora en que yo pensé ser fraile!

Así hablaba yo conmigo mismo, y así hablan todos aquellos jóvenes de ambos sexos, y en especial las niñas miserables, que sin una inspiración de Dios y sin una vocación perfecta abrazan el estado religioso; estado santo, estado quieto, dulce y celestial para los que son llamados á él por la gracia; pero estado duro, difícil é infernal para los que se introducen á él sin vocación. ¡Cuántos, cuántos lo experimentan en sí mismos á la hora de ésta, tal vez, y sin remedio! Cuidado, hijos míos, cuidado con errar la vocación, sea cual fuere; cuidado con entrar en un estado sin consultar más que con vuestro amor propio, y cuidado, por fin, con echaros cargas encima que no podáis tolerar, porque pereceréis debajo de ellas.

Maldiciendo y renegando, como os digo, me quedé dormido cerca de las once y media de la noche, y apenas había pegado mis párpados, cuando entra en mi celda un novicio despertador, y me dice: — Hermano, hermano, levántese su caridad, vamos á maitines. — Abrí los ojos,

advertí que era fuerza obedecer, y me levanté echando sapos y culebras en mi interior.

Fuí á coro, y medio durmiendo y rezongando lo que entendía del oficio, concluí mi tarea y volví á mi celda apeteciendo un pocillo de chocolate siquiera á aquella hora, porque ciertamente tenía hambre; pero no había ni á quién pedírselo.

Reinaba un profundo silencio en aquel dormitorio, y en medio del pavor que me causaba, para entretener mi hambre, mi vigilia y mi desesperación, me volví á entregar á mis ideas libertinas y melancólicas, y tanto me abstraje en ellas, que derramé hartas lágrimas de cólera y de arrepentimiento; pero me venció el sueño al cabo de las cuatro de la mañana y me quedé dormido; mas ¡oh desgracia de flojos! no bien había comenzado á roncar, cuando he aquí al hermano novicio que me vino á despertar para ir á prima.

Me levanté otra vez lleno de rabia, maldiciéndome á guisa de condenado; pero allá en mi corazón y sin hablar una palabra, diciendo entre mí: —¿Pues no es esta una vida pesadísima? ¡Habráse visto empeño como el que ha tomado este frailecillo en no dejarme dormir! Él es mi *ahuizote* sin duda, es otro doctor Pedro Recio, pues si el del Quijote quitaba á Sancho Panza los platos de delante luego que empezaba á comer, éste me quita á mí el sueño luego que comienzo á dormir.

Pensando estos despropósitos me fuí á coro, recé más que un ciego, y al cantar abría tanta boca, pero de hambre, porque como la cena de la noche anterior no me gustó mucho, apenas la probé; y así tenía el estómago en un hilo, deseando se acabara la prima para ir á desquitarme con el chocolate, que me lo prometía de lo mucho y bueno, pues había oído decir en el siglo que los frailes tomaban muy buen caracas, y cuando en casa había algún pocillo muy grande, decían: —Este pozuelón es frailero.—Con esto yo decía entre mí:—A lo menos si la cena fué mala, el desayuno será famoso. Sí, no hay duda; ahora me soplaré un tazón de buen chocolate con sus correspondientes bizcochos, ó cuando no, con cuartilla de pan enmantecado por lo menos.

En esta santa contemplación se acabó el rezo y salimos de coro; ¡pero cuál fué mi tristeza y enojo cuando dieron las seis, las seis y media, las siete, y no parecía tal chocolate ni pareció en toda la mañana, porque me dijeron que era día de ayuno! Entonces me acabé de dar á Barrabás, renegando más y con doble fervor de mi maldito pensamiento de ser fraile, y más cuando fueron otros dos novicios, y presentándome dos cubetas de cuero, me dijeron: —Hermano, venga su caridad; tome esas cubetas, y vamos á barrer el convento mientras es hora de ir á coro.

—Esta está peor, me decía yo; ¡conque no dormir,

no comer y trabajar como un macho de noria! ¿Esto es ser novicio? ¿Esto es ser fraile? ¡Ah, pese á mi maldita ligereza, y á los infames consejos de Pelayo y de Juan Largo! No hay remedio, yo no soy fraile, yo me salgo; porque si duro aquí ocho días me acaba de llevar el diablo de sueño, de hambre y de cansancio. Yo me salgo, sí; yo me salgo... pero ¿tan breve? ¿Aún no caliento el lugar y ya quiero marcharme? No puede ser. ¿Qué dirán? Es fuerza aguantar dos ó tres meses, como quien bebe agua de tabaco, y entonces disimularé mi salida fingiéndome enfermo; aunque no habrá para qué afanarme en fingir, pues mi enfermedad será real y verdadera con semejante vida, y plegue á Dios que de aquí allá no haya yo estacado la zalea[1] en estos santos paredones. ¡Qué hemos de hacer!

Así discurría yo mientras subía agua y regaba los tránsitos con la *pichancha,* siempre triste y cabizbajo; pero admirándome de ver lo alegres que barrían los otros dos frailecitos, mis compañeros, que eran tanto ó más jóvenes que yo. Ya se ve, eran unos virtuosos, y habían entrado allí con verdadera vocación, y no por excusarse de trabajar, para holgarse como yo.

El uno de ellos, que era el más muchacho, era muy

[1] *Estacar la zalea:* (frase familiar). Morir, con alusión á los borregos, que después de muertos son desollados y sus zaleas clavadas con estacas en el suelo ó en las paredes para secarse antes de curtirlas. Lo mismo significa la otra frase vulgar: *Pelar su indigna rata.* E.

alegre, su color era blanco, su pelo bermejo, sus ojillos azules y muy vivos, su boca llena de una modesta sonrisa, y como estaba fatigado con el trabajo, estaba coloradito y bonito que parecía un san Antonio. Advirtió mi semblante sombrío y triste, y creyendo el inocente que era efecto de una suma austeridad y de los escrúpulos que me agitaban, se llegó á mí y me dijo con mucho agrado: —Hermanito, ¿qué tiene? ¿por qué está tan triste? Alégrese; la alegría no se opone al servicio de Dios. Este Señor es todo bondad. Somos sus hijos, no sus esclavos; quiere que lo amemos como á padre, y que lo adoremos como al Señor Supremo; no que lo temamos con un miedo servil, no; ¡si no es nuestro tirano! Es un Dios lleno de dulzura, no un Dios parricida como el Saturno de los paganos. Su vista sólo alegra á los santos y hace toda la felicidad del cielo. Su servicio debe inspirar á los suyos la mayor confianza y alegría.

El santo rey David nos dice expresamente: *servid al Señor con alegría,* y el Eclesiástico: «arroja lejos de tí la tristeza, porque es pasión que á muchos quita la vida, y en ella no hay utilidad.» Pero ¿qué más? el mismo Jesucristo nos manda «que no queramos hacernos tristes como los hipócritas.» Conque, hermanito, alegrarse, alegrarse y desechar escrúpulos é ideas funestas, que ni hacen honor á la Deidad ni traen provecho á las almas.

Yo agradecí sus consejos al buen religiosito, y le

envidié su virtud, su serenidad y alegría; porque no sé qué tiene la sólida virtud que se hace amable de los mismos malos.

Llegó la hora de la misa conventual, y fuimos á coro. Entonces advertí que no asistían algunos padres que había visto por el convento. Pregunté el motivo, y me dijeron que eran padres graves y jubilados ó exentos de las asistencias de comunidad. Con esto me consolé un poco, porque decía: —En caso de profesar, que lo dudo, como yo sea padre grave, ya estoy libre de estas cosas.— Fuimos á coro.

CAPÍTULO XII

Trátase sobre los malos y los buenos consejos; muerte del padre de Periquillo, y salida de éste del convento

Estuve en el coro durante la tercia y la misa; pero con la misma atención que el facistol. Todo se me

fué en cabecear, estirar los párpados y bostezar, como quien no había cenado ni dormido.

El que presidía lo notó, y luego que salimos me dijo: — Hermano, parece que su caridad es harto flojillo; enmendarse, que aquí no es lugar de dormir.

Yo no dejé de incomodarme, como que no estaba acostumbrado á que me regañaran mucho; pero no osé replicar una palabra. Me calé la capilla, y marché á continuar la limpieza de mi santo cuartel.

Llegó la hora bendita del refectorio, y aunque la comida era de comunidad, á mí me pareció bajada del cielo, como que á buena hambre no hay mal pan.

En fin, me fuí acostumbrando poco á poco á sufrir los trabajos de fraile y el encierro de novicio, manteniendo el estómago debilitado, consolando á mis ojos soñolientos, animando mis miembros fatigados con el trabajo y tolerando las demás penalidades de la religión, con la esperanza de que, en cumpliendo seis meses, fingiría una enfermedad, y me volvería á mis ajos y coles, que había dejado en la calle.

Esta esperanza se avaloraba con la vista de mi padre de cuando en cuando, pero más y más con los siempre cristianos, prudentes y caritativos consejos de mis dos mentores Januario y Pelayo, que solían visitarme con licencia del padre maestro de novicios, á quien mi padre los había recomendado.

Uno me decía: — Sí, Perico; no harás otra cosa mejor que mudarte de aquí: mírate ahí cómo te has puesto en dos días; flaco, triste, amarillo, que ya con la mortaja encima no falta más sino que te entierren, lo que no tardarán mucho en hacer estos benditos frailes, pues con toda su santidad son bien pesados é imprudentes. Luego luego quisieran que un pobre novicio fuera canonizable; todo le notan, todo le castigan; nada le disimulan ni perdonan: ya se ve, ningún padre maestro se acuerda que fué novicio. — Esto me decía el menos malo de mis amigos, que era Pelayo; que el Juan Largo maldito, ése era peor; blasfemaba de cuantos frailes y religiosos había en el mundo; y ¿en qué términos lo haría, pues siendo yo algo peor que Barrabás, me escandalizaba?

Ciertamente que no son para escritas las cosas que me decía de todas, y en especial de aquella venerable religión, que no tenía la culpa de que un pícaro como yo se acogiera á ella sin vocación y sin virtud, sólo para eludir los muy justos designios de su padre; pero por sus consejos inferiréis el fondo de maldad que abrigaba su corazón.

—No seas tonto, me decía: salte, salte á la calle; no te vayas á engreir aquí y profeses, que será enterrarte en vida: Eres muchacho, salvaje, goza del mundo. Las muchachas tus conocidas siempre me pre-

guntan por tí: mi prima ha llorado mucho, te extraña, y dice que ojalá no fueras fraile, que ella se casara contigo. Conque salte, Periquillo, hijo, salte, y cásate con Poncianita, que es la única hija de don Martín y tiene sus buenos pesos. Ahora, ahora que te quiere has de lograr la ocasión; pues si ella pierde la esperanza de tu salida y se enamora de otro, lo pierdes todo. ¡Ojalá y yo no fuera su primo! á buen seguro que te diera estos consejos, pues yo los tomara para mí; pero no puedo casarme con ella, al fin se ha de casar con cualquiera, y ese cualquiera no ha de ser otro más que tú, que eres mi amigo; pues lo que se ha de llevar el moro, mejor será que se lo lleve el cristiano. ¿Qué dices? ¿Qué le digo? ¿Cuándo te sales?

Yo era maleta, y luego con las visitas y persuasiones de este tuno me pervertía más y más, y llegué á tanto grado de desidia que no hacía cosa á derechas de cuantas me mandaba la obediencia. Si salía á acolitar, estaba en el altar inquietísimo; mi cabeza parecía molinillo, y no paraban mis ojos de revisar á cuanta mujer había en la iglesia; si barría el convento lo hacía muy mal; si servía el refectorio, quebraba los platos y escudillas; si me tocaba algún oficio en el coro, me dormía; finalmente, todo lo hacía mal, porque todo lo hacía de mala gana; con esto, raro era el día en que no entraba al refectorio con la almohada, la escoba

...malas mañas y de las ridiculeces de los ...railes, como yo decía.

Los primeros días se me asentaba la silla un poco, ¹ esto es, se me hacían pesadas semejantes burlas y mojigangas, como yo las llamaba, siendo su propio nombre *penitencias;* pero después me fuí connaturalizando con ellas de modo que se me daba tanto de entrar al coro ó refectorio con una sarta de guijarros, pendiente del cuello, como si llevara un rosario de Jerusalén.

Así cayendo y levantando, y haciendo desesperar á los benditos religiosos, llegué á cumplir seis meses de novicio, tiempo que desde el primer día me había prefijado para salirme á la calle y volverme á mis andanzas en el siglo. Ya estaba yo pensando de qué mal sería bueno enfermarme, ó fingir que me enfermaba, para cohonestar mi veleidad, y habiendo, por último, elegido la epilepsia, ya iba á descargar sobre l corazón sensible de mi padre el golpe fatal, escri-éndole mi resolución de salirme, cuando llegó Januario me dió la triste noticia de hallarse mi dicho padre ...vemente enfermo y desahuciado de los médicos.

Afligióme semejante nueva, y trataba de acelerar ...salida; pero Januario me contuvo diciéndome que

¹ ...sta comparación con los caballos apenas se puede pasar á Periquillo, si no es ... de sí mismo. E.

tiempo había para ella; que por entonces suspendiera mi resolución, pues nada iba á medrar, y antes podría suceder que mi padre con la pesadumbre se agravara y se abreviaran sus días por mi precipitación; y así, que me sosegara, que por muerte ó por vida de mi padre se haría la cosa después con más acierto y menos inconvenientes.

Hícelo así, y confieso que me convenció, porque, á pesar de ser tan malo, esta vez me aconsejó como hombre de bien.

Los hombres, hijos míos, son como los libros. Ya sabéis que no hay libro tan malo que no tenga algo bueno; así los hombres, no hay uno tan perverso, que tal cual vez no tenga algunos buenos sentimientos; y en esta inteligencia, el mayor pecador, el más relajado y libertino, puede darnos un consejo sano y edificante.

Cinco días pasaron después del que me habló Januario, cuando vino á verme don Martín, y previniéndome el ánimo con los consuelos que le dictó su caridad, me dió una carta cerrada de mi padre, y con ella la noticia de su fallecimiento.

La naturaleza apretó mi corazón, y mis lágrimas manifestaron en abundancia mis sentimientos. Don Martín repitió sus consuelos, y se fué á dar algunas limosnas al padre provincial para sufragios por el alma del difunto. El padre vicario, los coristas y mis connovicios,

entraron á mi celda y me daban todos aquellos consuelos que se apoyan en la religión, y luego que calmó un poco mi dolor, me dejaron solo y se retiraron á sus destinos. Dos días pasaron sin que yo me atreviese á abrir la carta, pues cada vez que la quería abrir, leía el sobrescrito que decía: *A mi querido hijo Pedro Sarmiento. Dios lo guarde en su santa gracia muchos años.* Entonces se estremecía mi corazón sobremanera, y no hacía más que besarla y humedecerla con mis lágrimas, pues aquellos pocos caracteres me acordaban el amor que siempre me había tenido, y su constante virtud que me había inspirado.

¡Ay, hijos! ¡Qué cierto es que el buen padre, la buena esposa y el buen amigo, sólo se conocen cuando la muerte cierra sus ojos! Yo sabía que mi padre era bueno; pero no lo conocí bien hasta que tuve la noticia de su fallecimiento. Entonces á un golpe de vista ví su prudencia, su amor, su juicio, su afabilidad y todas sus virtudes, y al mismo tiempo eché de ver el maestro, el hermano, el amigo y el padre que había perdido.

Al cabo de tres días abrí la carta, cuyo contenido leí tantas veces que se me quedó en la memoria, y por ser sus documentos digna herencia de vuestro abuelo, os la quiero dejar aquí escrita.

«Amado hijo: al borde del sepulcro te escribo ésta, que según mi orden, te entregarán luego que esté mi cadáver sepultado.

»No tengo más bienes que dejar á tu pobre madre, que cuatro reales y los pocos muebles de casa para que pase sin ansias algunos días de su triste viudedad; y á tí, hijo mío, ¿qué te podré dejar, sino escritas por mi mano trémula y moribunda, aquellas mismas máximas que he procurado inspirarte toda mi vida? Hazles lugar en tu corazón y procura traerlas á la memoria con frecuencia. Obsérvalas, que jamás te arrepentirás de su observancia.

»Ama á Dios, témelo y reconócelo por tu padre, tu señor y tu benefactor.

»Sé fiel á tu patria y respeta á las autoridades establecidas.

»Pórtate con todos como quisieras se portaran contigo.

»A nadie hagas daño, y jamás omitas el bien que puedas hacer.

»No aflijas á tu madre, ni excites su llanto; porque las lágrimas que derraman las madres por los malos hijos, claman ante Dios contra éstos por la venganza.

»Jamás desprecies los clamores del pobre, y hallen sus miserias un abrigo en tu corazón.

»No juzgues del mérito de los hombres por su exterior, que éste es engañoso las más veces.

»No te empeñes nunca en singularizarte en nada.

»Si profesares en esa santa religión, no olvides en ningún tiempo los votos con que te has consagrado á Dios.

»No te afanes por alcanzar los puestos honoríficos de la religión, ni te entristezcas si no los alcanzares, que esto no es propio del verdadero religioso que ha abandonado el mundo y sus pompas.

»Si fueres padre maestro ó prelado, no olvides la observancia de tu regla; antes entonces debes ser más modesto en el hábito, más puntual en el coro y más edificante en todo; pues no es razón que exijas de tus súbditos el estrecho cumplimiento de su obligación, si tú les enseñas otra cosa con el ejemplo.

»No te mezcles en los negocios y asambleas de los seglares, porque no los escandalice tu relajación; pues tan bien parece un religioso en el coro, en el claustro, en el altar, púlpito ó confesonario, como mal en el paseo, tertulia, juego, baile, coliseo y estrados de visitas.

»No uses copetes en el cerquillo á modo de faisán ó pavo, que esta sola divisa manifiesta el poco espíritu religioso, y declara bien lo apegado que está el que lo usa al mundo y á sus modas.

»Finalmente, si no profesas, guarda los preceptos del Decálogo en cualquiera que sea el estado de tu vida. Ellos son pocos, fáciles, útiles, necesarios y provecho-

sos. Están fundados en el derecho natural y divino. Lo que nos mandan es justo; lo que nos prohiben es en beneficio nuestro y de nuestros semejantes; nada tienen de violento sino para los abandonados y libertinos; y por último, sin su observancia es imposible lograr ni la paz interior en esta vida, ni la felicidad eterna en la otra.

»Acuérdate, pues, de esto, y de que dentro de pocos días seguirás el camino en que va á entrar tu padre, cuya bendición con la de Dios te alcance por siempre. Adiós, hijo amado. A las orillas de la eternidad, tu amante padre—*Manuel.*»

Esta carta no hizo más efecto que entristecerme algunos ratos, pero sin profundizar sus verdades en mi corazón, porque á éste le faltaba disposición para recibir tan saludable semilla.

Pasaron quince días, en cuyo corto tiempo se me olvidaron en gran parte los sentimientos de la muerte de mi padre, los avisos de su carta, esto es, el primer espíritu de compunción con que la leí, y sólo me acordaba de mi apetecida libertad.

Al cabo de estos días vino Januario y me trajo un recado de mi madre, diciéndome que estaba muy apesarada y triste en su soledad, y que ya era tiempo para que yo realizara mis proyectos, pues habiendo muerto mi padre, ya no había cosa que embarazara mi salida; antes

a podría servir á mi madre de consuelo, y otras cosas
ste modo con que acabé yo de resolverme.

Le manifesté á Januario la carta de mi padre, y él
go que la leyó se echó á reir, y me dijo:—Está bueno
sermón, no hay que hacer. Tu padre, hermano, erró
vocación de medio á medio. Era mejor para misionero
para casado; pero consejos y bigotes, dicen que ya
se usan. La herencia está muy buena, aunque yo
daría por ella una peseta. Si como tu padre te dejó
ertencias, te hubiera dejado monedas, se las deberías
adecer más; porque, amigo, un peso duro vale más
diez gruesas de consejos. Guarda esta carta, y salte
er qué haces con lo que ha dejado tu padre, porque tu
dre ¿qué ha de hacer? En cuatro días lo gasta y se
ba, y ni tú ni ella lo disfrutáis.

Yo le agradecí aquellos que me parecían buenos
sejos, y le dije que le propusiera á mi madre mi
da, pretextándole mi enfermedad y lo útil que yo le
lía ser á su lado. Januario me ofreció desempeñar
asunto y volver al otro día con la razón.

Inquietísimo me quedé yo esperando la resolución de
madre, no porque yo quería captar su venia, pues
la juzgaba necesaria, sino para con esta hipocresía
rle la voluntad de modo que me franqueara sin reser-
todos los mediecillos que mi padre había dejado, y se
a de mí, como si yo fuera un buen hijo.

Todo me salió según me lo propuse, pues al día siguiente volvió Januario, y me dijo que todo estaba corriente; que él había ponderado mucho mi falsa enfermedad á mi madre, y díchole que yo lloraba mucho por ella, que tanto por mi salud, como por servirla y acompañarla, deseaba salirme; pero que esperaba su parecer, porque era tan bueno su hijo, que sin su licencia no daría un paso. A lo que mi madre le contestó: que saliera enhorabuena, pues mi salud valía más que todo, y en todas partes se podía servir á Dios.

—*Oídos que tales orejas,* [1] dije yo al escuchar estas razones. Mañana comemos juntos, Januario...—Y al instante vamos á visitar á Poncianita, me dijo él, que cada día está más chula el diantre de la muchacha.

En conversaciones tan edificantes como éstas pasamos el rato que me permitió la campana, á cuyo toque se despidió Januario, quedándome yo deseando llegara la noche para avisarle mi determinación al padre maestro de novicios.

Llegó en efecto, y á mi parecer más tarde que otras veces. Luego que tuve lugar me entré en su celda, y le dije que estaba enfermo, y á más de eso, que mi madre había quedado viuda, pobre y sin más hijo que yo, y que

[1] *Oídos que tal oyen* dice la expresión familiar castellana; pero por el disparate de un estudiante se ha hecho común decirse como en este lugar. E.

así pensaba volverme al siglo; que me hiciera favor de facilitarme mi ropa.

El buen religioso me escuchó con santa paciencia, y me dijo: que viera lo que hacía; que ésas eran tentaciones del demonio; si estaba enfermo, médicos y botica tenía el convento, y que allí me curarían con el mismo cuidado que en mi casa; que si mi madre había quedado viuda y pobre, no había quedado sin Dios, que es padre universal y no desampara á sus criaturas; y por último, que lo pensara bien.—Ya lo tengo bien pensado, padre maestro, le dije, y no hay remedio, yo me salgo, porque ni la religión es para mí, ni yo para la religión.

Enfadóse su paternidad con estas razones, y me dijo: —La religión es para todos los que son para ella; mas su caridad dice bien, que no es para la religión, y así me lo ha parecido algunas veces. Vaya con Dios. Mañana temprano mandaré avisar á nuestro padre provincial, y se irá á su casa ó á donde le parezca.

Me retiré de su vista, y esa noche ya no quise ir á coro ni á refectorio (ni me hicieron instancia tampoco), y á otro día entre nueve y diez de la mañana me llamó el padre maestro de novicios, me despojó solemnemente de los hábitos, me dió mi ropa, y me marché para la calle, dirigiéndome inmediatamente para México.

Después que descansé un rato en un asiento de la alameda, y me sacudí el polvo del camino, que había

hecho desde Tacubaya, me dirigía á mi casa, é iba yo envuelto en mi capa, con mi pañuelo amarrado en la cabeza y lleno de confusión, pensando que estaba como excomulgado y separado de aquellos siervos de Dios. No sé qué pavor se apoderaba de mi corazón cada vez que volvía la cara y veía las sagradas paredes de San Diego, depósitos de la virtud y quietud, de donde yo me retiraba.

—No hay duda, decía yo entre mí, yo acabo de dejar el asilo de la inocencia; yo he dejado la única tabla á que podía asirme en el naufragio de esta vida mortal. Dios me verá como un ingrato, y los hombres me despreciarán como un inconstante... ¡Ah, si pudiera yo volverme!

En estas serias meditaciones iba yo embebecido. cuando me tiró de la capa uno de mis antiguos contertulianos que me conoció y acompañaba á una de las coquetillas más desenvueltas que yo había chuleado antes de entrar en el convento.

Luego que nos saludamos y reconocimos los tres, me preguntó él, cuándo me había salido y por qué. Le respondí que aquel mismo día, y por la muerte de mi padre y mi enfermedad. Me lo tuvieron á bien, y me llevaron á almorzar á un figón, donde comí á lo loco y bebí punto menos, con cuyos socorros se disiparon mis tristezas.

Despidiéronse de mí, y me fuí para mi casa. Luego que mi madre me vió, comenzó á abrazarme y á llorar amargamente; pero me manifestó su contento por tenerme otra vez en su compañía. ¿Quién le había de decir que sus trabajos comenzaban desde aquel día, y que mi persona, lejos de proporcionarle los consuelos y alivios que se prometía, le había de ser funestamente gravosa? Pero así fué, como veréis en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO XIII

Trata Periquillo de quitarse el luto, y se discute sobre los abusos de los funerales, pésames, entierros, lutos, etc.

Entramos en la época más desarreglada de mi vida. Todos mis extravíos referidos hasta aquí son frutas y pan pintado respecto á los delitos que se siguen. Ciertamente me horrorizo yo mismo, y la pluma se me cae de

la mano al escribir mis escandalosos procederes, y al acordarme de los riesgos y lances terribles que á cada momento amenazaban mi honra, mi vida y mi alma; porque es evidente que el hombre mientras es más vicioso está más expuesto á mayores peligros. Ya se sabe que nuestra vida es un tejido continuo de sustos, miserias, riesgos y zozobras que por todas partes nos amagan; pero el hombre de bien con su conducta arreglada se libra de muchos de ellos y se hace feliz en cuanto cabe en esta vida miserable; cuando por el contrario, el hombre vicioso y abandonado, no sólo no se libra de los males que naturalmente nos acometen, sino que con su misma relajación se mete en nuevos empeños y llama sobre sí una espantosa multitud de peligros y lacerías, que ni remotamente los experimentara si viviera como debía vivir, y de este fácil principio se comprende por qué los más viciosos son los más llenos de aventuras y acaso los que lo pasan peor aún en esta vida. Yo fuí uno de ellos.

Seis meses estuve en mi casa haciendo una vida bien hipócrita; porque rezaba el rosario todas las noches, según la costumbre de mi difunto padre, salía muy poco á la calle, no asistía á ninguna diversión, hablaba de la virtud y de cosas de Dios con frecuencia, y en una palabra, hice tan bien el papel de hombre de bien, que la pobre de mi madre lo creyó y estaba conmigo loca de

contenta. ¡Qué mucho! si la tragó Januario siendo tan veterano en picardías, y tanto lo creyó, que un día me dijo: —Periquillo, me has admirado: ciertamente que tú naciste para fraile, pues cuando yo esperaba que salieras á coger las primicias de tu libertad absoluta y que nos daríamos los dos nuestros verdes muy razonables, te veo encerrado y hecho un anacoreta en tu casa. —¡Pobre de Januario! ¡Pobre de mi madre! ¡Y pobres de cuantos se persuadieron á que era virtud lo que sólo era en mí una malicia muy refinada!

Trataba yo de conceptuarme bien con mi madre para que confiando en mí totalmente no me escaseara los mediecillos que mi padre le hubiera dejado, lo que no me fué difícil conseguir con mis estratagemas maliciosas.

De facto, mi madre me descubrió y aun me hizo administrador de los bienecillos que habían quedado, y consistían en mil y seiscientos pesos en reales; como quinientos en deudas cobrables, y cerca de otros mil en alhajitas y muebles de casa. Cortos haberes para un rico; mas un capitalito muy razonable para sostenerse cualquier pobre trabajador y hombre de bien; pero sólo eso era lo que me faltaba, y así dí al traste con todo dentro de poco tiempo, como lo veréis.

Cualquier capitalito razonable florece en las manos de un hombre de conducta y aplicado al trabajo; pero

ninguno es suficiente para medrar en las de un joven como yo, que no sólo era disipado, sino disipador.

El dinero en poder de un mozo inmoral y relajado es una espada en las manos de un loco furioso. Como no sabe hacer de él el uso debido, constantemente sólo le sirve de perjudicarse á sí mismo y perjudicar á otros, abriendo sin reserva la puerta á todas las pasiones, facilitando la ejecución de todos los vicios y acarreándose por consecuencia necesaria un sinnúmero de enfermedades, miserias, peligros y desgracias.

Para precaver así la dilapidación de los mayorazgos, como la total ruina de estos pródigos viciosos, meten la mano los gobiernos, y quitándoles la administración y manejo del capital, les señalan tutores que los cuiden y adieten como á unos muchachos ó dementes; porque si nó, en dos por tres tirarían los bancos de Londres si los hubieran á las manos.

¡Es una vergüenza que á unos hombres regularmente bien nacidos, y sin la desgracia de la demencia, sea menester que las leyes los sujeten á la tutela y los reduzcan al estado de pupilos, como si fueran locos ó muchachos! Pero así sucede, y yo he conocido algunos de estos mayorazgos sin cabeza.

Si yo hubiera sido mayorazgo no me hubiera quedado por corto para tirar todo el caudal en dos semanas, pues era *flojo, vicioso y desperdiciado:* tres requisitos que

con sólo ellos sobra para no quedar caudal á vida por opulento y pingüe que sea.

Atando el hilo de mi historia digo: que ya me cansaba yo de disimular la virtud que no tenía, y deseando romper el nombre y quitarme la máscara de una vez, le dije un día á mi madre: — Señora, ya no tarda nada el día de san Pedro. — ¿Y qué me quieres decir con eso? preguntó su merced. — Lo que quiero decir, le respondí, es que ese día es de mi santo, y muy propio para quitarnos el luto. — ¡Ay! no lo permita Dios, decía mi madre. ¿Yo quitarme el luto tan breve? ni por un pienso. Amé mucho á tu padre y agraviaría su memoria si me quitara el luto tan presto.

—¿Cómo tan presto, señora? decía yo; ¿pues ya no han pasado seis meses? — ¿Y qué, decía ella toda escandalizada, seis meses de luto te parecen mucho para sentir á un padre y á un esposo? No, hijo, un año se debe guardar el luto riguroso por semejantes personas.

Ya ustedes verán que mi madre era de aquellas señoras antiguas que se persuaden á que el luto prueba el sentimiento por el difunto, y gradúan éste por la duración de aquél; pero ésta es una de las innumerables vulgaridades que mamamos con la primera leche de nuestras madres.

Es cierto que se debe sentir á los difuntos que ama-

mos, y tanto más cuanto más estrechas sean las relaciones de amistad ó parentesco que nos unían con ellos. Este sentimiento es natural, y tan antiguo, que sabemos que las repúblicas más civilizadas que ha habido en el mundo, Grecia y Roma, no sólo usaban luto, sino que hacían aún demostraciones más tiernas que nosotros por sus muertos. Tal vez no os disgustará saberlas.

En Grecia, á la hora de expirar un enfermo, sus deudos y amigos que asistían, se cubrían la cabeza en señal de su dolor para no verlo. Le cortaban la extremidad de los cabellos y le daban la mano en señal de la pena que les causaba su separación.

Después de muerto cercaban el cadáver con velas, [1] lo ponían en la puerta de la calle, y cerca de él ponían un vaso con agua lustral, con la que rociaban á los que asistían á los funerales. Los que concurrían al entierro y los deudos llevaban luto.

Los funerales duraban nueve días. Siete se conservaba el cadáver en la casa, el octavo se quemaba, y el noveno se enterraban sus cenizas. Con poca diferencia hacían lo mismo los romanos.

Luego que expiraba el enfermo daban tres ó cuatro alaridos para manifestar su sentimiento. Ponían el cadá-

[1] En los primeros días del cristianismo se usaban ya los cirios ó hachas de cera; pero anteriormente no se conocían, pues que ni en pinturas ni en grabados ó medallas se ve algo que se les parezca, y *candela* propiamente quiere decir *luz*. E.

ver en el suelo, lo lavaban con agua caliente y lo ungían con aceite. Después lo vestían y le ponían las insignias del mayor empleo que había tenido.

Como aquellos gentiles creían que todas las almas debían pasar un río del infierno que llamaban *Aqueronte,* para llegar á los Elíseos, y en este río había sólo una barca, cuyo amo era un tal *Carón,* barquero interesable que á nadie pasaba si no le pagaban el flete, le ponían los romanos á sus muertos una moneda en la boca para el efecto.

A seguida de esto, exponían el cadáver al público entre hachas y velas encendidas, sobre una cama en la puerta de la casa.

Cuando se había de hacer el entierro, se llevaba el cadáver al sepulcro ó en hombros de gente ó en literas, (como nosotros antes de hoy los llevábamos en coches). Acompañaba al cadáver la música lúgubre, y unas mujeres lloronas alquiladas, que llamaban por esta razón *Præficæ,* y en castellano se llaman plañideras, que con sus llantos forzados reglaban el tono de la música y el punto que había de seguir en el suyo el acompañamiento.

Los esclavos á quienes el difunto había dado libertad en su testamento iban con sombreros puestos y hachas encendidas. Los hijos y parientes con los rostros cubiertos y tendido el cabello. Las hijas con las cabezas descu-

biertas, y todos los demás amigos con el pelo suelto y vestidos de luto.

Si el difunto era ilustre, se conducía primero el cadáver á la plaza, y desde una columna que llamaban *de las arengas,* un hijo ó pariente pronunciaba una oración fúnebre en elogio de sus virtudes. Tan antiguos así son los sermones de honras.

Después de esto, se conducía el cadáver al sepulcro, sobre cuyo lugar hubo variación. Algún tiempo se conservaban los cadáveres en las casas de los hijos. Después, viendo lo perjudicial de este uso, se estableció por buen gobierno que se sepultasen en despoblado, y ya desde entonces procuraba cada uno labrar sepulcros de piedra para sí y su familia.[1] Lo mismo observaron los griegos, con excepción de los lacedemonios. Los pobres que no podían costear este lujo, se enterraban como en todas partes, en la tierra pelada.

Después se acostumbró quemar á los héroes difuntos. Para esto ponían el cadáver sobre la pira[2] que era un montón bien elevado de leña seca, la que rociaban con licores y aromas olorosos, y los parientes le pegaban fuego con las hachas que llevaban en-

[1] ¡Bella providencia! que hemos visto imitada en México desde la peste de 1813, aboliéndose el envejecido abuso de sepultarse los cadáveres en las iglesias, y dándoles sepulcros en los campos santos suburbios, conforme á las determinaciones de los Concilios. ¡Ojalá no se olvide, ni haya sus infracciones toleradas ó impunes!

[2] Esta costumbre remedan nuestras piras. Por esto se hacen elevadas, se colman de luces, se adornan con jarras que despiden aromas olorosos, se colocan los bustos de los difuntos en sus cúpulas, y se ponen con las insignias de sus empleos.

cendidas, volviendo en aquel acto las caras á la parte opuesta.

Mientras ardía el cadáver, los parientes echaban al fuego los adornos y armas del difunto, y algunos sus cabellos en prueba de su dolor.

Consumido el cadáver, se apagaba el fuego con agua y vino, y los parientes recogían las cenizas y las colocaban en una urna entre flores y aromas. Después el sacerdote rociaba á todos con agua para purificarlos, y al retirarse, decían todos en alta voz: *Æternum vale, ó que te vaya bien eternamente,* cuyo buen deseo explica mejor nuestro *requiescat in pace, en paz descanse.* Hecho esto, se colocaba la urna en el sepulcro, y grababan en él el epitafio, y estas cuatro letras S. T. T. L., que querían decir: *Sit tibi terra levis, séate la tierra leve,* para que los pasajeros deseasen su descanso. Entre nosotros se ve una cruz en un camino, ó un retablito de algún matado en una calle, á fin de que se haga algún sufragio por su alma.

Concluída la función, se cerraba la casa del difunto, y no se abría en nueve días, al fin de los cuales se hacía una conmemoración.

Los griegos cerca de la hoguera ó pira ponían flores, miel, pan, armas y viandas... ¡Ay! ofrendas, ofrendas de los indios, ¡qué antiguo y supersticioso es vuestro

origen! [1] Toda la función se concluía con una comida que se daba en casa de algún pariente. Hasta esto imitamos, acordándonos que los duelos con pan son menos.

¿Y acaso sólo los griegos y romanos hacían estos extremos de sentimiento en la muerte de sus deudos y amigos? No, hijos míos. Todas las naciones y en todos tiempos han expresado su dolor por esta causa. Los hebreos, los sirios, los caldeos y los hombres más remotos de la antigüedad, manifestaban su sensibilidad con sus finados, ya de uno, ya de otro modo. Las naciones bárbaras sienten y expresan su sentimiento como las civilizadas.

Justo es sentir á los difuntos, y en los libros sagrados leemos estas palabras: «Llora por el difunto, porque ha faltado su luz ó su vida.» *Supra mortum plora, defecit enim, lux ejus.* (Eccl., cap. 22, v. 10). Jesucristo lloró la muerte de su querido Lázaro, y así sería un absurdo horroroso el llevar á mal unos sentimientos que inspira la misma naturaleza y blasfemar contra las demostraciones exteriores que los expresan.

Así es que yo estoy muy lejos de criticar ni el sentimiento ni sus señales; pero en la misma distancia me hallo para calificar por justos los abusos que notamos en

[1] Todavía hay pueblos donde los indios ponen á sus muertos un *itacate*, que es un envoltorio con cosas de comer, y algunos realillos. En otros, á más de esto, les esconden un papel lleno de disparates para el Eterno Padre, y sus ofrendas son con igual superstición. En otro lugar diremos quiénes sostienen estos abusos.

éstas, y creo que todo hombre sensato pensará de la misma manera; porque ¿quién ha de juzgar por razonables las *lloronas* alquiladas de los romanos, ni los *fletes* que ponían á sus muertos en la boca? ¿Quién no reirá la tontería de los coptos, que en los entierros corren por las calles dando alaridos en compañía de las *plañideras,* echándose lodo en la cara, dándose golpes, arañándose, con los cabellos sueltos y representando todo el exceso de unos furiosos dementes? ¿Quién no se horrorizará de aquella crueldad con que en otras tierras bárbaras se entierran vivas las viudas principales de los reyes ó mandarines, etc.?

Todos, á la verdad, criticamos, afeamos y ridiculizamos los abusos de las naciones extranjeras, al mismo tiempo que, ó no conocemos los nuestros, ó si los conocemos no nos atrevemos á desprendernos de ellos, venerándolos y conservándolos por respeto á nuestros mayores, que así los dejaron establecidos.

Tales son los abusos que hasta hoy se notan en orden á los pésames, funerales y lutos. Luego que muere el enfermo entre nosotros se dan sus alaridos, regularmente para manifestar el sentimiento. Si la casa es rica, es lo más usado despachar al muerto al depósito; pero si es pobre, no se escapa el *velorio.* Este se reduce á tender en el suelo el cadáver, ya amortajado en medio de cuatro velas, á rezar algunas estaciones y rosarios, á

beber dos chocolates, y, para no dormirse, á contar cuentos, y á entretener el sueño con boberías, y quizá con criminalidades. Yo mismo he visto quitar créditos y enamorar á la presencia de los difuntos. ¿Si serán estas cosas por vía de sufragios?

Algún tanto calman los gritos, llantos y suspiros en el intermedio que hay desde la muerte del deudo hasta el acto de sacarlo para la sepultura. Entonces, como si un cadáver nos sirviera de algún provecho, como si no nos hicieran un gran favor con sacarnos de casa aquella inmundicia, y como si al mismo muerto lo fueran á descuartizar vivo, se redobla el dolor de sus deudos, se esfuerzan los gritos, se levantan hasta el cielo los ayes, se dejan correr con ímpetu las lágrimas, y algunas veces son indispensables las pataletas y desmayos, especialmente entre las dolientes bonitas; [1] unas veces originados de su sensibilidad, y otras de sus monerías. Y cuidado que hay muchachas tan diestras en fingir un acceso epiléptico que parece la mera verdad. Por lo común son unos remedios eficaces para hacer volver á algunas los consuelos y los chiqueos de las personas que ellas quieren.

Dejaremos á los dolientes en su zambra de gritos y desmayos, mientras observamos el entierro.

[1] Yo he observado que estos males casi nunca acometen á las viejas ni á las feas. Los médicos acaso sabrán la causa de este fenómeno, y sabrán por qué á una muchacha que conocí no le daba su mal cuando tenía las medias sucias.

Si el muerto es rico, ya se sabe que el fausto y la vanidad lo acompañan hasta el sepulcro. Se convida para el entierro á los pobres del Hospicio, los que con hachas en las manos acompañan ¡cuántas veces! los cadáveres de aquellos que cuando vivos aborrecieron su compañía.

No me parece mal que los pobres acompañen á los ricos cuando muertos; pero sería mejor, sin duda, que los ricos acompañasen á los pobres cuando vivos, esto es, en las cárceles, en los hospitales y en sus chozas miserables; y ya que por sus ocupaciones no pudieran acompañarlos ni consolarlos personalmente, siquiera que los acompañara su dinero aliviándoles sus miserias. Aquel dinero, digo, que mil veces se disipa en el lujo y en la inmoderación. Entonces sí asistirían á sus funerales, no los pobres alquilados, sino los socorridos. Estos irían sin ser llamados, llorando tras el cadáver de su bienhechor. Ellos, en medio de su aflicción, dirían:—Ha muerto nuestro padre, nuestro hermano, nuestro amigo, nuestro tutor y nuestro todo. ¿Quién nos consolará? ¿Y quién sustituirá el lugar de este genio benéfico?

Ésta sí fuera asistencia honrosa, y los mayores elogios que pudieran lisonjear el corazón de sus parientes; porque las lágrimas de los pobres en la muerte de los ricos, honran sus cenizas, perpetúan la memoria

de sus nombres, acreditan su caridad y beneficencia y aseguran con mucho fundamento la felicidad de su suerte futura con más solidez, verdad y energía que toda la pompa, vanidad y lucimiento del entierro. ¡Infelices de los ricos cuya muerte ni es precedida ni seguida de las lágrimas de los pobres!

Volvamos al entierro. Siguen metidos dentro de unos sacos colorados, unos cuantos viejos que llaman trinitarios; después van algunos eclesiásticos, y con ellos otros muchos monigotes al modo de clérigos; á esta comitiva sigue el cadáver y tras él una porción de coches.

La iglesia donde se hacen las exequias está llena de blandones con cirios, y la tumba magnífica y galana. La música es igualmente solemne aunque fúnebre.

Durante la vigilia y la misa, que para algunos herederos no es de *requiem* sino de *gracias*, no cesan la campanas de aturdirnos con su cansado clamoreo, repitiéndonos

Que ese doble de campana
No es por aquel que murió,
Sino porque sepa yo
Que me he de morir mañana.

Bien que de esta clase de recuerdos deben aprovecharse especialmente los ricos, pues estos dobles sólo

por ellos se echan y les acuerdan que también son mortales como los pobres, por los que no se doblan campanas, ó si acaso es poco y de mala gana; y así los pobres son en la realidad *los muertos que no hacen ruido.*

Se concluye el entierro con todo el fausto que se puede, ó que se quiere, cuidándose de que el cadáver se guarde en un cajón bien claveteado, forrado y aun dorado (como lo he visto), y tal vez que se deposite en una bóveda particular, ya que los mausoleos son privativos á los príncipes, como si la muerte no nos hiciera á todos iguales, verdad que atestigua Séneca diciendo en la ep. 102, *que la ceniza iguala á todos.* ¿Quién distinguirá las cenizas de César ó Pompeyo de las de los pobres villanos de su tiempo?

Toda esta bambolla cuesta un dineral, y á veces en estos gastos, tan vanos como inútiles, se han notado abusos tan reprensibles que obligaron á los gobernantes á contenerlos por medio de las leyes, mandando éstas que siendo los gastos de los funerales excesivos, atendidos los haberes y calidad del difunto, los modifique el juez del respectivo domicilio.

Entra aquí la grave dificultad para saber cuándo no hay exceso en estos gastos. Confieso que será muy rara la vez que el juez pueda decidir en este caso, porque casi siempre le faltarán los conocimientos interiores del

estado de las cosas del finado, y así sólo podrá determinar el exceso con atención á su calidad. Supongamos; cuando un plebeyo conocido quiera sepultarse con la pompa de un conde, y aun entonces si tiene dinero con qué pagarla, no sé si se burlará de las leyes; pero Horacio sí lo sabía cuando dijo: que todo, la virtud... entiéndase, los elogios que á ella son debidos, la fama y el esplendor obedecen á las hermosas riquezas, y el que las sepa acopiar será ilustre, valiente, justo, sabio y lo que quiera.

Mas hablando á lo cristiano, yo no me detendré en fijar la regla por dónde se deba conocer cuándo hay exceso en los funerales.

Ya sé que parecerá nimiamente escrupulosa, pero aseguro que es infalible y muy sencilla. Se reduce á que lo que se gaste de lujo en los funerales no haga falta á los acreedores ni á los pobres.

Y si los acreedores están pagados y á los pobres se les han dado algunas limosnas, ¿no podrá el finado disponer á su voluntad del quinto de sus bienes? Sí podrá, se responde; pero luego luego pregunto: lo que se gasta en lujo, ¿no estuviera mejor empleado en los pobres que siempre sobran? Es inconcuso. Pues en este caso, ¿cuál es el lujo que se deberá usar lícitamente entre cristianos? Ninguno á la verdad. Digo esto si hablo con cristianos, que si hablara con paganos que afectaran profesar el

cristianismo, sería menos escrupuloso en mis opiniones. Vamos á otra cosa.

A proporción de los abusos que se notan en los entierros de los ricos, se advierten casi los mismos en los de los pobres; porque como éstos tienen vanidad, quieren remedar en cuanto pueden á los ricos. No convidan á los del Hospicio, ni á los trinitarios, ni á muchos monigotes, ni se entierran en conventos, ni en cajón compuesto, ni hacen todo lo que aquéllos, no porque les falten ganas, sino reales. Sin embargo, hacen de su parte lo que pueden. Se llama á otros viejos contrahechos y despilfarrados que se dicen *hermanos del Santísimo;* pagan sus siete acompañados, la cruz alta, su cajoncito ordinario, etc., y esto á costa del dinero, que antes de los nueve días del funeral suele hacer falta para pan á los dolientes.

Es costumbre amortajar á los difuntos con el humilde sayal de san Francisco; pero si en su origen fué piadosa, en el día ha venido á degenerar en corruptela.

Estoy muy lejos de murmurar la verdadera piedad y devoción, y el objeto de mi presente crítica recae únicamente sobre el simoniaco comercio[1] que se hace con las mortajas, y los perjuicios que resienten las gentes

[1] Si hubiese exactitud en esta expresión, podría decirse muy bien que las mortajas son bienes espirituales. Pero no es así, y es otro el nombre con que debe designarse lo que hay de abusivo en esta práctica. E.

vulgares por vestir á sus muertos de azul y á tanta costa.

Las mortajas se venden á un precio excesivamente caro, cual es el de doce pesos y medio, si es para hombre, y seis pesos dos reales para mujer. Los pobres, apenas muere el enfermo, tratan de solicitarle la mortaja, ¿y si no tienen dinero? Se empeñan, se endrogan, y aun piden limosna para ello, haciendo falta para pan á las criaturas lo que gastan en un trapo inútil y asqueroso, pues no pasa de ahí la mejor mortaja, cuando se pone á un muerto, quien está en el caso de no poder ganar ninguna indulgencia; y como para gozar estas gracias espirituales se necesita estar en el estado de merecer, se sigue que en no vistiendo al enfermo la mortaja en vida, después de muerto le valdrá tanto como el capisayo del gran Chino.

Vosotros, si tenéis en el discurso de vuestra vida algunos deudos, y sus fallecimientos acaecen en medio de vuestra indigencia, no os aflijáis por el entierro ni por la mortaja. El entierro se facilita con tres pesos cuatro reales, que distribuiréis en esta forma. Doce reales de un cajón, un peso para los cargadores y otro para el sepulturero que les labre la casa en el campo santo.

La mortaja será más barata si os conformáis con vuestra pobreza. Los judíos acostumbraban liar á sus

muertos con unas vendas que llamaban sudarios, y después los envolvían en una sábana limpia. Así podéis hacerlo, y quedarán los vuestros tan amortajados como el mejor. Por cierto que no fué otra la mortaja de Jesucristo.

Acabados los entierros, siguen los pésames. Para recibir éstos se cierran las puertas, se colocan las señoras mujeres en los estrados y los señores hombres en las sillas, todos enlutados y guardando un profundo silencio durante esta ceremonia, ó cuando más hablando en voz baja, porque no les dé alferecía á los dolientes, cuya moderación y respeto acaso no se observó tan escrupulosamente en la enfermedad del finado.

También he notado, como abuso en estos lances, que las conversaciones que se tienen con los dolientes se dirigen á celebrar y ponderar las virtudes del difunto, á traer á la memoria las causas que produjeron su enfermedad, lo que padeció en ella, los remedios que le ministraron, lo que tardó en la agonía y otras impertinencias semejantes, con cuya relación atormentan más los afligidos espíritus de sus parientes.

Esta costumbre de dar pésames se contrae á dos cosas. La primera, á manifestar que tomamos parte en el sentimiento de aquellas personas á quienes los damos, ya por razón de parentesco ó ya por la amistad

que teníamos con el difunto. La segunda, para consolar en lo posible á sus dolientes, ofreciéndoles nuestros arbitrios temporales, y asegurándoles que con los suyos uniremos nuestros votos para que se aumenten los sufragios de que consideramos á su alma necesitada.

Ya se ve que todo este ceremonial es casi siempre un embuste solemne, un cumplimiento de rutina y una de las costumbres más bien recibidas.

No parecerá muy avanzada esta proposición á quien advierta que, no digo los parientes remotos y los amigos, pero los más inmediatos y aun los más favorecidos del difunto, pasado poco tiempo no se vuelven á acordar de él; porque con el discurso de los días el corazón se serena, las lágrimas se enjugan, la falta se suple, los beneficios se olvidan y todo se borra, á pesar de cuantos gritos, alharacas, lágrimas, pataletas y faramallas se prodigaron en la escena triste de su muerte.

Y si este olvido se nota en el hijo, en la esposa y en el hermano, ¿qué esperanza podrán tener los pobres muertos en los sufragios tan prometidos por los que sólo van al velorio por beber el chocolate, y á dar el pésame porque les llevaron el convite, por más que al despedirse digan *que no los olvidarán en sus oraciones, aunque malos?*

Este asunto es muy serio. Lo suspenderemos, mientras acabamos de refutar el abuso de hablar de los difuntos al tiempo de dar los pésames, porque si como hemos dicho, uno de los objetos de estos *pesamenteros* es aliviar el sentimiento de los dolientes, parece que es un error que puede calificarse de impolítico el renovar los motivos de dolor á los deudos al tiempo mismo que pretendemos consolarlos.

No puede menos que atormentarse el corazón de la mujer ó hijo del difunto al oir decir: *¡Qué bueno era don Fulano! ¡Qué atento! ¡Qué afable! ¡Ay, mi alma!* dice otra: *tiene usted mil razones de llorarlo; no hallará otro marido como el que perdió;* y otras sandeces de estas, que son otros tantos tornillos con que están apretando el corazón que quieren consolar. De modo que estas políticas lisonjas son unos indiscretos torcedores de los espíritus afligidos.

¿Cuánto mejor no fuera sustituir esta fórmula imprudente de dar pésames con otra opuesta, en la que, ó se trataran asuntos festivos é indiferentes, ó más bien se redujera sólo esta etiqueta á ofrecer con sinceridad sus haberes y proporciones á la voluntad de los dolientes, en caso de haberlos menester? Pues, pero con verdad, no con faramalla, y cuando los dichos dolientes estuvieran satisfechos de esta verdad, seguramente quedarían más bien consolados que con todos los

panegíricos que hoy dedican los *pesamenteros* á sus muertos.

Pero volviendo á éstos, digo: que pobre del que se muere si no ha procurado en vida facilitarse el camino de su salvación, ateniéndose á los hijos, á los amigos y albaceas.

Vemos, y muy frecuentemente, que muchos que tal vez tienen proporciones, mientras viven, ni dan limosna, ni se hacen decir una misa, ni pagan sus deudas, ni restituyen lo mal habido, ni practican ninguna obligación de aquellas que nos impone la religión y nuestro mismo interés; pero llega la hora en que nuestros oídos no pueden menos que escuchar la verdad. Les intima el médico la sentencia de su muerte; conocen ellos que puede no errar el pronóstico, porque su naturaleza se debilita por instantes más y más; se apodera de sus corazones el temor de la eternidad que los espera; se llama al confesor y al escribano; vienen los dos casi juntos; se hace la confesión de prisa y Dios sabe cómo; se sigue el testamento; se dispone todo; se declaran las deudas; se manda pagar; se nombran albaceas para el efecto; se ordena hacer las limosnas que llaman mandas forzosas, algunas á los pobres; decir algunas misas por su alma, y hecho todo esto se recibe el sagrado Viático, los santos Óleos, y muere el enfermo muy consolado; pero ¡ah!... ¡cuánto hay que desconfiar de estas buenas

disposiciones, cuando se hacen á la orilla misma del sepulcro!

Se dan limosnas y se mandan hacer restituciones (si se mandan hacer) en aquella hora, porque no se pueden llevar los caudales á la sepultura. Se mueren muy confiados en que los albaceas cumplirán el testamento ¿y cuántas veces se engañan los testadores? ¿Cuántas veces se transforman los albaceas en herederos, y los curadores *ad bona* en tenedores de bienes? Innumerables. No, no son raras las quejas que se oyen todos los días á los pobres menores á quienes ha dejado por puertas ó la mala fe ó la mala administración de aquéllos.

Todo lo dicho os enseña á no esperar, como dicen, á la hora de los gestos para disponer de vuestras cosas; porque entonces el susto y la precipitación rebajan mucha parte del acierto.

Llegamos á los lutos en los que, como visteis con mi madre, caben también los abusos. El luto no es más que una costumbre de vestirse de negro para manifestar nuestro sentimiento en la muerte de los deudos ó amigos; pero este color, á merced de la dicha costumbre, es sólo señal, mas no prueba del sentimiento. ¿Cuántos infelices no se visten luto en la muerte de las personas que más aman, porque no lo tienen? Y su dolor es innegable. Al contrario, ¿cuántas viuditas jóvenes, cuántos hijos y sobrinos malos é interesables, que desearon la

muerte del difunto por entrar en la posesión de sus bienes, no se vestirán unos lutos muy rigurosos, así por seguir la costumbre como por persuadirnos que están penetrados del sentimiento que no conocen?

El color, dicen los físicos, que es un accidente que no altera la substancia de las cosas; y así, el buen hijo sentirá á su padre, la buena esposa á su marido y los buenos amigos á sus amigos, ora se vistan de negro, ora de azul, ora de verde, encarnado ó cualquier color. Y al contrario: el deudo que no amaba á su pariente, ó que quizá deseaba que espirara por heredarlo, no lo sentirá más que se eche encima cuantas bayetas negras hay en todas las luterías del mundo.

En algunas provincias del Asia, el color blanco es el que han adaptado para luto; y entre nosotros que se acostumbra vestirse de negro el viernes Santo y el día de Finados, se observa que no es por sentimiento sino por lujo.

Después de todo, no tengo por abuso el traje negro en semejantes casos; pero sí califico por tal aquel determinado número de días que se traen los lutos para denotar nuestro mayor ó menor sentimiento, según las graduaciones de parentesco que se tiene con los difuntos.

Ya habéis visto que en el tiempo de mi madre, un año era el prefijado para llevar el luto por los padres,

hijos y consortes,[1] seis meses por los hermanos, tres por los sobrinos, etc. Esta no puede menos que ser una bobera; porque si se amaba á los difuntos verdaderamente y el luto es la prueba del sentimiento, en ningún tiempo se debía quitar porque en ningún tiempo debía cesar el motivo; y si no se amaban, era indiferente el llevarlo pocos ó muchos meses, pues que no prueba sentimiento el traje negro.

Algunas de estas reflexiones hice á mi madre, hasta que la desentusiasmé de su capricho, y me ofreció que nos quitaríamos el luto para el día de san Pedro, que era cuanto yo deseaba para quitarme también la máscara de la virtud que había fingido y correr á rienda suelta por toda la carrera de los vicios, disfrutando de mi libertad enteramente y tirando con mis amigos los pocos mediecillos que mi padre había economizado para la subsistencia de mi pobre madre.

Según esta determinación, se me hizo un vestido de petimetre para ese día, y se dispuso su almuerzo, comida y bailecito para la noche.

Llegó el tan deseado para mí 29 de Junio; me quité los trapos negros, que hasta entonces habían sido escolares, y me planté de gala á lo secular. Parece que con campana llamaron á todos los parientes y conocidos ese

[1] En la capital de México ya no se ve tanto de esto; pero en los pueblos, villas y otras ciudades del reino, aún observan religiosamente estos abusos.

día; muchos que no habían vuelto á casa desde el entierro de mi padre, y otros que ni aun el pésame habían ido á dar á mi madre se encajaron entonces con la mayor confianza y poca vergüenza.

Ya se deja entender que en primer lugar fueron mis íntimos amigos Januario, Pelayo, y otros como ellos, que también llevaron al baile á sus madamas tituladas que lo eran también mías. En una palabra, el olor del guajolote y del pulque de piña acarreó ese día á mi casa una porción de amigos míos, parientes y conocidos de mi madre que fueron á cumplimentarme. Dios se los pague.

Se lamieron el almuerzo, consumieron la comida, y á su tiempo alegraron el baile grandemente; porque cantaron, bailaron, retozaron, se embriagaron, ensuciaron toda la casa, y al fin salieron unos murmurando el almuerzo, otros la comida, otros el baile. y todos alguna cosa de lo mismo que habían disfrutado.

¡Qué necedad es tener una diversión pública! Se gasta el dinero, se sufren mil incomodidades, se pierden algunas cosas, y siempre se queda mal con los mismos á quienes se pretende obsequiar, y se recibe en murmuración y habladurías lo que se pretende recibir en agradecimiento.

Sin embargo de todo esto, como entonces yo no pensaba así, nada me daba cuidado, ni en nada pensé sino

en divertirme y holgarme á costa del dinero; aunque es verdad que en aquella hora me adularon bastante, especialmente las coquetas, con cuyos elogios dí por bien empleado el dinero que se gastó y las incomodidades que sufrió mi madre.

CAPÍTULO XIV

Critica Periquillo los bailes, y hace una larga y útil digresión hablando de la mala educación que dan muchos padres á sus hijos, y de los malos hijos que apesadumbran á sus padres.

Cansados de bailar y de beber, se acabó el baile como todos se acaban. A las doce poco más de la noche se fueron yendo los más prudentes, ó los menos tontos que no trataban de desvelarse. Los demás que se quedaron, fuérase porque extrañaban el bullicio de los que se habían ido ó porque se habían cansado ya. apenas se levantaban á bailar. Las velas estaban muy bajas y pidiendo su relevo, y los músicos, que no descuidan en empinar la copa en tales ocasiones, ya no atinaban á tocar bien el son que

les pedían, y aun había alguno de ellos que rascaba su bandolón abajo de la puente.

Januario, como tan diestro en estas escuelas, me dijo: —Hombre, ¡qué entristecida se ha dado el baile y tan temprano! —¿Y qué hemos de hacer? le dije yo.— ¿Cómo qué? Alegrarlo, me respondió. —¿Y con qué se alegra? le pregunté. —Con una friolera. ¿Hay aguardiente? —Sí, le dije.—¿Y azúcar y limones? —También. —Pues manda que lo pongan todo en la recámara.— Hice lo que me dijo Januario, quien en un momento hizo una mezcla de aguardiente, azúcar y limón, que llaman ponche; mandó poner nuevas luces en las pantallas, y comenzó á dar á los músicos y á los asistentes de aquel brebaje condenado á pasto y sin medida, con cuya diligencia se puso aquello de los demonios.

Al principio bailaban con algún orden y sabían algunos lo que tocaban y otros lo que saltaban; pero en cuanto el aguardiente endulzado comenzó á hacer su operación, se acabaron de trastornar las cabezas; se hizo á un lado el tal cual respetillo y moderación que había habido; las mujeres escondieron la vergüenza y los hombres el miramiento.

Entró segunda y tercera tanda de ponche, y ya no había gente con gente; porque ya aquello no era baile, sino retozo y escándalo criminal.

Los que hacen bailes, y más si son de la clase de

éste (que pocos hay que no lo sean), son unos alcahuetes y solapadores de mil indecencias escandalosas. Tal vez no lo presumirán, no lo querrán y aun se disgustarán con ellas; pero todo esto no salva el que sean los consentidores y los motores principales de estas lúbricas desenvolturas; pues en buena filosofía se sabe, que *lo que es causa de la causa, es causa de lo causado;* y así los que hacen un baile deben tener consideración de muchas cosas para evitar estos desenfrenos escandalosos; porque si no, pasarán la plaza de alcahuetes declarados á los ojos del mundo, y á los de Dios serán reos de cuantos pecados se cometan en sus casas.

Las principales consideraciones que debe tener presentes el que hace un baile, me parece que se pueden reducir á las siguientes:

1.ª Que las mujeres concurrentes sean honestas, de buena vida, y nunca solteras ó mujeres libres, sino hijas de familia ó casadas, y que vayan con sus padres ó maridos, para que el respeto de éstos las contenga y contenga á los jóvenes libertinos.

2.ª Que con conocimiento, jamás se convide á ninguno de éstos, por exquisita que sea su habilidad; pues menos malo será que se baile mal que no que se seduzca bien. Ordinariamente estos mozos bailadores, ó como les dicen, *útiles,* son unos pícaros de buen tamaño; no llevan á un baile más que dos objetos: divertirse y

chonguear (es su voz). Este *chongueo* no es más que sus seducciones ó llanezas. Si pueden, pervierten á la doncella y hacen prevaricar á la casada, y todo esto sin amor, sino por un mero vicio ó pasatiempo.

Algunas ocasiones (¡ojalá no fueran tantas!) logran sus intentos, y apenas satisfacen su lujuria cuando abandonan por nuevo objeto á aquellas infelices locas que prostituyeron su honor y su virtud á la verbosidad y arterías de un mozo inmoral, lascivo, necio y sólo buen bailarín.

Pero aun cuando encuentren con pedernal, quiero decir, cuando por fortuna las muchachas todas de un baile son juiciosas, honestas y recatadas, que saben burlar sus intentonas y conservar su honor ileso en medio de las llamas, como la zarza que vió arder Moisés sin quemarse, lo que ciertamente es un milagro, aun en este caso tan remoto hacen estos *útiles* su negocio.

Ellos, á más no poder, y cuando se les cierran los oídos de las jóvenes, no se dan por vencidos ni se entristecen. Como sus adulaciones y diligencias en cualquier seducción no son por amor sino por vicio, no se les da cuidado de los desaires, ni se entibian por no hallar correspondencia. Nada menos. Siguen brincando y saltando muy serenos, contentándose con lo que ellos llaman *caldo*.

Este *caldo*... alerta, casados y padres de familia que

sabéis lo que es el honor y lo queréis conservar como es debido; este *caldo* es el manoseo que tienen con vuestras hijas y mujeres,[1] las licencias pasan mil veces de las manos á las bocas, convirtiéndose los manoseos claros en ósculos furtivos, que las menos escrupulosas no llevan á mal, y las que se llaman prudentes y honradas disimulan y sufren por evitar pendencias.

De suerte, que el marido ó padre pundonoroso que en su casa se espantaría de que su mujer ó hija le diese la mano á un hombre, en un baile de estos tolera á su vista que se las abracen, tienten, estrujen y manoseen más que las ancas de un caballo gordo.

Lo peor es, que estos manoseos y tentadas acompañadas de las risas y dichitos que se acostumbran, son, para muchas mujeres, como el pecado venial para las almas, con la diferencia que el pecado venial *entibia* y dispone á las almas para el pecado mortal, y los manoseos ó *caldos* de que hablamos *encienden* y disponen á algunas jóvenes para dar al traste con su honor, el de sus padres y maridos. Ningún escrúpulo está por demás para evitar estos excesos.

La tercera consideración que podían tener los que hacen ó dan un baile, era que no hubiera en ellos licor

[1] Esto se facilita más en las contradanzas y *walses*, que no son otra cosa que lo que antes se llamaba *alemanda*. La diferencia está en que aquélla se bailaba espacio, y ésta retozando de prisa, y entre la mucha polvareda se esconden ó disimulan mejor las palabras, las citas, los pellizcos, los abrazos, los besos, y algo peor que callo para no ofender la modestia.

espirituoso. En caso de ser preciso, por costumbre ó cariño, obsequiar á los concurrentes, sería menos malo hacerlo con soletas y nieve de leche, limón, tamarindo, etc., de esta clase, que no con *merendatas* y vino, aguardiente, ponche y otros licores semejantes, que ofuscando el cerebro facilitan el trastorno de la razón y alteran la constitución física de ambos sexos, cuyas resultas, cuando menos, no escapan de ser deseos, pensamientos consentidos y delectaciones amorosas, y en tal y tal persona algo más y más pecaminoso.

Mucho de esto se evitaría con la reglita que os dejo señalada; pues es cierto el dicho antiguo de que *sine Cerere et Baccho friget Venus*, que equivale á esta coplita:

Poco manjar y ninguna
Espirituosa bebida,
Si la lujuria no apagan,
A lo menos la mitigan.

La cuarta y última consideración que se debía tener, era que los bailes durasen cuando más hasta las doce de la noche. Esta es una hora más que regular para irse á recoger cada uno á su casa bastante divertido, si es racional; porque lo que pasa de esa hora ya no debe llamarse diversión, sino vicio, incomodidad y tontería.

A solas estas cuatro reglillas quisiera yo que se sujetaran los que dan un baile, y me parece (bien que no lo aseguro) que no se arrepentirían de su observancia.

Ultimamente, yo no declamo contra los bailes, sino contra los escándalos de los bailes. Quítese de ellos todo lo que los hace pecaminosos y peligrosos, y dejándolos en una clase de diversión indiferente, ellos serán malos para quien quiera ser malo en ellos, y serán honestos para el honesto; pero mientras así no se haga, el baile, sea por sus abusos, sea por su ocasión, no podrá librarse de la definición de un Padre de la Iglesia, que dice, que *el baile es un círculo, cuyo centro es el demonio.*

Bailar no es malo; lo malo es el modo con que se baila y el objeto por que se baila. David bailó delante del Arca del Señor, y los israelitas delante del becerro de Belial. Todos bailaron; pero ¡con qué diverso modo y con qué diverso objeto! Por eso también fueron diversas las retribuciones.

Hay moralistas tan austeros que no consideran baile sin ocasión próxima voluntaria, y según esto, no juzgan lícito ninguno. Yo, después de respetar su opinión, no me conformo con ella. Soy más indulgente y digo, que puede haber y de hecho habrá, no siendo como los que se usan, algunos bailes donde falten estas ocasiones, estos escándalos, cantares lascivos, manoseos, embriagueces y demás abusos que se notan en los más de ellos. ¿Y cuáles serán éstos? Los que se debieran usar entre gentes de buena conciencia.

Si todos los concurrentes lo son, el baile será una

diversión honesta. La dificultad estriba en que se dé un baile con tanto arreglo.

Dejando á todos que hagan lo que quieran en sus casas, volviendo á la mía, digo: que ya fatigados de saltar, beber y charlar, se fueron poniendo en quietud á más no poder, porque los más no se podían tener en pie.

Los músicos arrumbaron sus instrumentos junto á las sillas, y ellos se acostaron en ellas lo mejor que pudieron; las mujeres se amontonaron en el estrado, y los hombres se pusieron á contar cuentos y á hablar ociosidades para no dormirse, pues no tardaba en amanecer, como deseaban, para irse á tomar café.

Las disposiciones no eran muy malas; pero ellos ni ellas eran dueños de sí, sino el aguardiente que los narcotizaba más y más á cada minuto.

Con esto, unos hablando y otros oyendo simplezas, se fueron quedando dormidos unos por un lado y otros por otro, siendo de los primeros Januario.

La señora mi madre ya se había recogido bien temprano, encargándome que cuidara la casa, como lo hice, pues aunque tenía sueño como el mejor, no me atreví á dormir, temeroso de que no se fuera alguno á llevar alguna cosa. Es un demonio el interés. En el estado de la salud pocas cosas desvelan á los hombres más que él.

Alerta estaba yo velando á todos y oyéndolos roncar

y vaciar el estómago cual más cual menos. No me era muy grata esta música ni estos olores; y á más de eso, ya no podía sufrir el sueño.

Es verdad que el zaguán estaba cerrado y yo tenía la llave, por lo que bien me podía haber acostado; pero me detenía el considerar que en casa no había más que mi madre, yo y una criada buena, pero vieja y dormilona, que no madrugaba si el mundo se volcara de arriba abajo. Mi madre no era justo que se levantara á abrir á aquellos bribones á la hora que á cada uno se le quitara la borrachera y quisiera marcharse para la calle, y así no había otro centinela más que yo, que para no dormirme me puse á divertir con los dormidos á mi entera satisfacción, como que sabía que dormían, los más, con dos sueños, el natural y el del aguardiente.

Uno de los perjuicios que la embriaguez acarrea al que la tiene, es exponerlo á la irrisión de cualquiera, como les sucedió á éstos conmigo; pues á unos les tizné las caras, á otros les escondí varias cosas, á otros les cosí unos con otros, y á todos les hice mil maldades.

Amaneció el día, corrió el ambiente fresco, abrí el balcón, y á vista de la luz y al sonido de las campanas y del ruido de la gente que andaba por las calles, fueron despertando; y mirándose unos á otros las caras llenas de jaspes y labores, no podían contener la risa, especialmente las mujeres, las que lo mismo fué levantarse que

oir, con dolor de su corazón, tronar sus vestidos y aun verlos hechos pedazos.

Unas disimulaban su pesar, mas otras renegaban del pícaro ocioso que las había inferido tal daño, que ciertamente lo era; pero los tunantes como yo no reparan en eso; el caso es divertirse á costa ajena, y como esto se logre, nada les importa hacer una maldad que perjudique el interés y aun la salud de los demás.

Pasado el primer fervor del enojo, limpias unas, remendadas otras, y todos más serenos, se marcharon para el café ó á sus casas, menos Januario y tres ó cuatro amigos suyos y míos, que como más gorrones y sinvergüenzas se quedaron hasta apurar en el almuerzo las reliquias del día anterior; pero por fin, almorzaron, y viendo que ya no quedaba más que repelar de la fiesta, se fueron á la calle y yo á mi cama.

Dormí como un podenco hasta las doce del día, á cuya hora me levanté y hallé á la pobre vieja cocinera hecha un Bernardo contra los bailadores.

—Señora, decía á mi madre, ¿no es brava sinrazón la de estos perdularios, que después de haber tragado y divertídose todo el día, pusieran la casa como la han puesto? Mire usted, señora, todo el día se me ha ido en limpiar sus porquerías; porque ¡Jesús! ¡Cómo estaba todo! era un asco. Un vómito por el corredor, una suciedad por la escalera, otra

... lo mismo fué levantarse que oir, con dolor de su corazón, tronar sus vestidos y aun verlos hechos pedazos

por otro lado; hasta la sala, señora, hasta la sala estaba hecha una zahurda. ¡Ah fú! ¡qué gente tan sucia y tan grosera! Pero lo que yo más he sentido, señora, han sido las macetas. Mire su merced cómo las han puesto. Todas están destrozadas. ¡Ay, qué gentes van á los bailes de tan mal natural, que no contentas con tragar, divertirse, emborracharse y emporcar la casa, todavía hacen mil maldades como esta!

Mi madre consoló á la viejecita diciéndole:

—Dice usted bien, nana Felipa; son unos pícaros, indecentes, groseros y malcriados los que hacen tanto mal en las mismas casas en que se divierten; pero ya, por ahora, no hay remedio. Ya usted sabe que mi marido no era amigo de estas jaranas, y así yo no tenía experiencia de semejantes groserías; pero le empeño á usted mi palabra, en que será la primera y la última.

No me gustó mucho esta sentencia, porque como ni yo gastaba el dinero, ni trabajaba en nada de la función, hubiera querido que siguieran los bailecitos en mi casa, á lo menos tres veces á la semana.

Sin embargo, no me metí por entonces en otra cosa más que en reirme de la vieja, y á la tarde á buena hora tomé mi sombrero y me salí para la calle.

Volví por la primera á las nueve de la noche, y hallé á mi madre algo seria, pues me dijo: ¿que dónde había estado? Que extrañaba en mí tanta licencia; que yo era

su hijo, y que no pensara que porque había muerto mi padre ya era yo dueño absoluto de mi libertad, y otras cosas á este modo, á las que respondí que ya ese tiempo se había acabado, que ya yo no era muchacho, que ya me rasuraba, y que si salía y me detenía en la calle, era para ver de qué cosa nos habíamos de mantener.

Semejantes respostadas entristecieron á mi madre bastante, y desde luego conoció lo que iba á suceder, que fué quitarme la máscara y perderla el respeto enteramente como sucedió.

Quisiera pasar este poco tiempo de maldades en silencio, y que siempre ignorarais, hijos míos, hasta dónde puede llegar la procacidad de un hijo insolente y malcriado; pero como trato de presentaros un espejo fiel en que veáis la virtud y el vicio según es, no debo disimularos cosa alguna.

Hoy sois mis hijos, y no pasáis de unos muchachos juguetones; pero mañana seréis hombres y padres de familias, y entonces la lectura de mi vida os enseñará cómo os debéis manejar con vuestros hijos, para no tener que sufrirles lo que mi pobre madre tuvo que sufrirme á mí.

Dos años sobrevivió mi madre á la muerte de mi amado padre, y fué mucho, según las pesadumbres que le dí en ese tiempo, y de que me arrepiento cada vez que me acuerdo.

Constantemente disipado, vago y mal entretenido, no pensaba sino en el baile, en el juego, en las mujeres, y en todo cuanto directamente propendía á viciar mis costumbres más y más.

El dinerito que había en casa no bastaba á cumplir mis deseos. Pronto concluyó. Nos vimos reducidos á mudarnos á una viviendita de casa de vecindad; pero como ni aun ésta se pudo pagar, á pocos días puse á mi madre en un cuarto bajo é indecente, lo que sintió sobremanera, como que no estaba acostumbrada á semejante trato.

La pobre de su merced me reprendía mis extravíos; me hacía ver que ellos eran la causa del triste estado á que nos veíamos reducidos; me daba mil consejos persuadiéndome á que me dedicara á alguna cosa útil, que me confesara, y que abandonara aquellos amigos que me habían sido tan perjudiciales, y que quizá me pondrían en los umbrales de mi última perdición. En fin, la infeliz señora hacía todo lo que podía para que yo reflexionara sobre mí; pero ya era tarde.

El vicio había hecho callos en mi corazón; sus raíces estaban muy profundas y no hacían mella en él ni los consejos sólidos, ni las reprensiones suaves ni las ásperas. Todo lo escuchaba violento y lo despreciaba pertinaz. Si me exhortaba á la virtud, me reía; y si me afeaba mis vicios, me exasperaba; y no sólo, sino

que entonces le faltaba al respeto con unas respuestas indignas de un hijo cristiano y bien nacido, haciendo llorar sin consuelo á mi pobre madre en estas ocasiones.

¡Ah, lágrimas de mi madre, vertidas por su culpa y por la mía! Si á los principios, si en mi infancia, si cuando yo no era dueño absoluto de los resabios de mis pasiones, me hubiera corregido los primeros ímpetus de ellas y no me hubiera lisonjeado con sus mimos, consentimientos y cariños, seguramente yo me hubiera acostumbrado á obedecerla y respetarla; pero fué todo lo contrario: ella celebraba mis primeros deslices y aun los disculpaba con la edad, sin acordarse que el vicio también tiene su infancia en lo moral, su consistencia y su senectud, lo mismo que el hombre en lo físico. Él comienza siendo niño ó trivial, crece con la costumbre y fenece con el hombre, ó llega á su decrepitud cuando al mismo hombre en fuerza de los años se le amortiguan las pasiones.

¿Qué provecho no hubiera resultado á mi madre y á mí, si no se hubiera opuesto tantas veces á los designios de mi padre, si no le hubiera embarazado castigarme, y si no me hubiera chiqueado tanto con su imprudente amor? ¡Ah! yo me habría acostumbrado á respetarla, me hubiera criado timorato y arreglado, y bajo este sistema no hubiera yo padecido tantos trabajos en el mundo,

ni mi madre hubiera sido víctima de mis desobediencias y vilipendios.

Lo más sensible es que este funesto caso no carece de ejemplares. Hijos de viudas consentidoras, casi siempre son hijos perdidos y malcriados, y madres de semejantes hijos ¿qué han de ser sino unas mujeres desgraciadas?

Sucede por lo común que el padre es un hombre regular que procura inspirar al niño unos sentimientos cristianos, morales y políticos, y según ellos desviarlo de todas aquellas bajezas á que el hombre se inclina naturalmente. Esto hace llorar al niño, y la madre se aflige y lo embaraza. Hace alguna travesura, se le celebra; usa alguna malacrianza, se le disculpa; produce algunas palabras indecentes, ó porque las oyó á los criados, ó en la calle, y se festejan; el padre se tuesta de estas cosas, y teme empeñarse en reprenderlas y castigarlas al hijo, porque cuando lo hace, sabe que salta la madre como una leona; y ya sea porque la ama demasiado, ya porque no se vuelva aquel matrimonio un infierno, condesciende con ella, no se castiga el delito del muchacho, éste se queda riendo y satisfecho en la impunidad que le asegura su mamá, da rienda á sus vicios, que entonces, como dijimos, son vicios niños, puerilidades, frioleras; pero en la edad adulta son crímenes y delitos escandalosos.

Sin embargo, rara vez deja de servir de cierto freno

la presencia del padre; pero si éste muere, todo se acaba de perder. Roto el único dique que había, aunque débil, se sale de caja el río de las pasiones, atropellando con cuanto se pone por delante.

Entonces la viuda reconoce lo feroz de un corazón entregado á la libertad, quiere oponerse por la primera vez, pero es tarde; el torrente es impetuoso, y sus fuerzas incapaces de contenerlo. Prueba los consejos, emplea las caricias, compila las reprensiones, tienta las amenazas, agota las lágrimas, solicita castigos, y acaso, desesperada, prorrumpe en maldiciones contra su hijo; [1] mas nada basta. El joven endurecido, obstinado y acostumbrado á no obedecer ni respetar á su madre, desprecia los consejos, se mofa de las caricias, burla las reprensiones, se ríe de las amenazas, se divierte con las lágrimas, elude los castigos y retorna las imprecaciones con otras tales, si no se desacata, como se ha visto, á poner sus viles manos en la persona de su madre. [2]

Toda esta lastimosa catástrofe se excusaría con educar bien y escrupulosamente á los niños. ¿Y á cuántos puntos se pueden reducir las principales obligaciones de los padres acerca de la buena educación de sus hijos? A tres, en sentir de un varón apostólico que floreció

[1] Muchas veces se han visto cumplidas estas maldiciones. Los hijos deben guardarse de merecerlas, y los padres de proferirlas. Todo es malo.

[2] Crimen atroz, pero que no carece de ejemplares.

en México. [1] A saber: á enseñarles lo que deben saber, á corregirles lo mal que hacen y á darles buen ejemplo. Tres cosas muy fáciles al decirse, pero muy difíciles al practicarse, atendiendo la multitud de hijos mal criados y llenos de vicios que notamos; mas no porque sean difíciles de observarse, porque el yugo del Señor es suave, sino porque los tales padres y madres ni remotamente se aplican á practicar los tres preceptos insinuados; antes parece que al propósito se desvían de ellos cuanto pueden.

Si es en la instrucción, se contentan con darles la muy superficial por medio de unos maestros ó ayos mercenarios, [2] que acaso, viendo el chiqueo de los padres, no tratan más que lisonjear al pupilo con harto daño de él y de sus conciencias.

[1] El padre Juan Martínez de la Parra, de la Compañía de Jesús.

[2] Hablamos aquí de los padres decentes y bien nacidos, que obran de este modo; no de la gente vulgar que no abriga ningunos sentimientos regulares; pues á éstos no los corrige la crítica ni la persuasión. Estos bárbaros que llevan al hijo á que los cuide cuando el aguardiente los arroja por las calles; otros que los llevan al juego, y aun juegan con ellos; otros en cuyas pocilgas jamás se oyen sino maldiciones, juramentos, riñas y obscenidades, etc.; éstos no sólo no pueden dar á sus hijos buena educación ni buen ejemplo, porque son unos brutos racionales, sino que por esta misma razón siempre los imbuyen en sus errores y preocupaciones, y con sus perversos ejemplos les forman un corazón de demonios. Esta es una triste verdad, pero verdad que si se quisiera desmentir hablaran en su favor las pulquerías, tabernas, villarcitos, cárceles y calles de esta ciudad, que no están llenas de otra polilla que de estos haraganes y viciosos. ¡Qué cosa tan grande fuera el hacerlos útiles al Estado y á sí mismos! ¿Qué providencias más conducentes para el caso, que encargarse de sus hijos, proporcionándoles por amor y por fuerza la buena educación? ¿Y qué arbitrio, á mi parecer, más fácil para ello que el proyecto de las escuelas gratuitas, que propuse en el tomo tercero de mi *Pensador mexicano*, números 7, 8 y 9? Yo aseguro que, practicado en todas sus partes, dentro de diez años nuestra plebe no fuera tan necia, viciosa é inútil como hoy. Esto sería hacer de las piedras hijos de Abrahán.

Si es en la corrección, ya hemos dicho el abandono de estos padres, y especialmente de las madres.

Ultimamente, si es en el ejemplo, ¿cuál es el ordinario que ven los hijos en sus casas? Lujo en las personas, excesos en la mesa, orgullo con los criados, altanería y desprecio con los pobres.

Esto es cuando menos, que cuando más ya se sabe lo que ven y oyen los niños en muchas casas. Y siendo el ejemplo el aliciente más poderoso para formar bien ó mal el corazón del niño en aquella edad, ¿cómo será éste con tales ejemplos? Los resultados nos lo dicen: niño engreído, grande soberbio; niño consentido, grande necio; niño abandonado, grande perdido; y así de lo demás.

Todo esto se remediaba con la buena educación, y ésta desde temprano. El consejo es del Espíritu Santo, que dice: *Si tienes hijos, instrúyelos desde su niñez.* (Eccl., cap. VII). El árbol se ha de enderezar cuando es vara, no cuando se robustece y es tronco. Los médicos dicen que los remedios se deben aplicar al principio de las enfermedades, antes que tomen cuerpo, antes que se vicíe toda la sangre y corrompa los humores. Los diestros cirujanos componen el hueso luego que se disloca, y lo entablan luego que advierten la fractura; porque si no, cría *babilla* y se imposibilita la cura.

Así, ni más ni menos, debe ser la educación de los niños; desde pequeños, antes que sean troncos. Se

han de corregir sus deslices luego que se les noten, porque si no, crían babilla.

Estas verdades son más claras que el agua, más repetidas que los días; no hay quién diga que las ignora, y con todo eso no se ven sino muchachos mal criados y necios, que después son unos hombres vagos, viciosos y perdidos.

Esto no puede estar en otra cosa sino en que obramos contra lo mismo que sabemos. Consentimos á los muchachos, por serlo, y por tenerles demasiado amor; ellos, cuando jóvenes, nos llenan de pesadumbres y disgustos, y entonces son los ojalás y los malhayas, pero sin fruto.

¿Cuánto mejor y más fácil no es domar al caballo de potro que de viejo? Tienen los padres un freno y un acicate muy oportuno para el caso, y que, sabiéndolos manejar con prudencia, es casi imposible que deje de producir buenos efectos. El freno es la ley evangélica bien inspirada y el acicate el buen ejemplo practicado constantemente.

Los campistas de nuestra tierra dicen que el mejor caballo necesita las espuelas; así podemos decir, que el niño más dócil y el de mejor natural ha menester observar buenos ejemplos para formar su corazón en la sana moral y no corromperse. Esta es la espuela más eficaz para que los niños no se extravíen.

El buen ejemplo mueve más que los consejos, las insinuaciones, los sermones y los libros. Todo esto es bueno; pero por fin son palabras que casi siempre se las lleva el viento. La doctrina que entra por los ojos, se imprime mejor que la que entra por los oídos. Los brutos no hablan, y sin embargo, enseñan á sus hijos, y aun á los racionales con su ejemplo. Tanta es su fuerza.

No hay que admirarse de que el hijo del borracho sea borracho; el del jugador, tahur; el del altivo, altivo, etc., etc.; porque si eso aprendió de sus padres, no es maravilla que haga lo que vió hacer. *El hijo del gato caza ratón*, dice el refrán.

Lo que sí es maravilla, ó por mejor decir, cosa de risa, es que, como apunté poco há, cuando el hijo ó hija son grandes, y grandes pícaros, cuando cometen grandes delitos y dan grandes disgustos, entonces los padres y las madres se hacen de las nuevas y exclaman: «¡Quién lo pensara de mi hijo! ¡Quién lo creyera de fulana!» ¡Tontos! ¿Quién lo ha de creer, quién lo ha de pensar? Todo el mundo; porque todo el mundo ha visto cuál ha sido vuestro modo de criarlos. El milagro fuera que, educándolos bien y dándolos buenos ejemplos, ellos salieran indóciles y perversos; pero que salgan malos cuando la doctrina que han mamado ha sido ninguna, y los ejemplos que han visto han sido pésimos, es una cosa muy natural; porque todos los efectos corresponden á sus

causas. ¿Quién se ha admirado hasta hoy de que un poco de algodón arda si se aplica al fuego, ni que se manche un pliego de papel si se mete en una olla de tinta? Nadie, porque todos saben que es propio del fuego quemar lo combustible, y de la tinta teñir lo susceptible de su color. Pues tan natural así es que los niños ardan con la mala educación y se contaminen con los malos ejemplos. Lo que importa es no darles una ni otros.

Por esto entre los lacedemonios se acostumbraba castigar en los padres los delitos de los hijos, disculpando en éstos la falta de advertencia y acriminando en aquéllos la malicia ó la indolencia.

Wenceslao y Boleslao, príncipes de Bohemia, fueron hermanos, hijos de una madre: el primero fué un santo, á quien veneramos en los altares, y el segundo un tirano cruel que quitó la vida á su mismo hermano. Distintos naturales, distintas suertes; pero ¿á qué se atribuirán sino á las distintas educaciones? Al primero lo educó su abuela Ludmila, mujer piadosísima y santa, y al segundo, su madre Draomira, mujer loca, infame y torpísima. ¡Tal es la fuerza de la buena ó mala educación en los primeros años!

Cuando ponderamos lo mal que hacen los padres cuando faltan á las obligaciones que tienen contraídas respecto de los hijos, no disculpamos á éstos de sus desacatos é inobediencias. Unos y otros hacen mal, y

unos y otros trastornan el orden natural, infringen la ley y perjudican las sociedades en que viven, y no enmendándose, unos y otros se condenan; pues, como se lee en los sagrados libros:[1] los hijos recogen la leña y los padres encienden el fuego.

Es verdad que Dios dice que *el hijo malcriado será el oprobio y la confusión de sus padres;* pero también están llenas de anatemas las divinas letras contra tales hijos. Oid algunas que constan en los Proverbios y el Eclesiástico: *Se extinguirá la vida del que maldice á su padre, y pronto quedará entre las tinieblas del sepulcro. Mala será la fama, ó se verá deshonrado el que menosprecia á su madre. El que aflige á su padre ó huye de su madre, será ignominioso é infeliz. La maldición de ésta destruye hasta los cimientos de la casa de los malos hijos,* y por último: *Devoren los cuervos carniceros el cadáver, y sáquenle los ojos al que se atreve á burlarse de su padre.*

Horrorizan estas maldiciones; pero y qué, ¿habrá hijos tan inicuos, ingratos y desalmados que las merezcan? Esto mismo dudó Solón, y por eso cuando dió leyes á los atenienses y les señaló castigo á todos los delitos, no lo señaló al hijo ingrato y parricida,[2] diciendo que no se persuadía pudiera haber tales hijos. ¡Ah!

[1] JEREM., 7, v. 18.

[2] Para el caso lo mismo es matarlos á pesadumbres que con veneno ó puñal. Todo es quitarles la vida.

Nosotros no podemos fingirnos esta duda, porque vemos mil hijos que ni merecen este nombre, según son de perversos é ingratos con sus padres.

Por el contrario, prodiga Dios las bendiciones de los hijos buenos, amantes y obedientes á sus generadores. Dice *que vivirán largo tiempo sobre la tierra, que la bendición del padre afirma las casas de los hijos,* esto es, su felicidad temporal. *Que de la honra que tributaren al padre, resultará la gloria del hijo ó su buen nombre. Que el Señor se acordará del buen hijo en el día de su tribulación; que atenderá sus oraciones; que les perdonará sus pecados,* y en fin, *que les acompañará la bendición de Dios eternamente.*

Es tan justo, debido y natural el amor, respeto y gratitud que los hijos deben á los padres, que los mismos paganos que no conocieron al verdadero Dios, ni se impusieron en sus bendiciones y amenazas, nos lo dejaron recomendado no sólo con sus plumas sino con sus obras.

¡Qué amor el de aquella joven romana, que estando su padre preso y sentenciado á morir de hambre, se dió arbitrio para alimentarlo por una rendija de la puerta de la cárcel! Y ¿con qué? Con la leche de sus pechos. Acción tan tierna que, sabida por los jueces, le granjeó el indulto al infeliz anciano.

¡Qué respeto el de aquellos dos nobles hijos Cleoves

y Vitón, que faltando los caballos, ellos tiraron la carroza y condujeron hasta las puertas del templo á su madre la sacerdotisa! Acción que elogió Cicerón y la aplaudieron tanto los romanos, que veneraron como á dioses á aquellos dos tan reverentes hijos.

¡Qué piedad la de Eneas, que ardiendo la ciudad de Troya en la noche fatal de su exterminio, cuando todo era espanto, terror y confusión, y no tratando todos sino de librarse de la muerte, él corre donde estaba su viejo padre Anchises, lo pone sobre sus hombros, vuela con él por entre las llamas, y le asegura la vida diciéndole:

Ea, vén á mi cerviz, que yo en mis hombros
Te tengo de librar, ¡oh padre amado!
Sin que tan dulce carga en ningún tiempo
Me agrave ni la estime por trabajo:
Sea después lo que fuere, que hora el riesgo
O la dicha será común á entrambos! [1]

Estos heroicos ejemplos ¿no embelesan, no encantan, no enternecen á los buenos hijos? Y á los malos ¿no los avergüenzan y confunden? Estas brillantes acciones no fueron hechas por unos santos cristianos, ni por unos anacoretas del yermo, sino por unos gentiles, por unos paganos que no gozaron la luz del Evangelio, ni tuvieron noticia de sus infalibles promesas, y sin embargo, amaban, veneraban y socorrían á sus padres hasta el extremo que habéis visto, sin más guía que la natura-

[1] VIRGILIO. *Eneida*, 2.

leza y sin más interés que la complacencia interior que es uno de los frutos de la virtud.

Pero los malos hijos no sólo no veneran á sus padres, sino que los insultan, y lejos de socorrerlos y alimentarlos, les disipan cuanto tienen, los abandonan y los dejan perecer en la miseria. ¡Ay de tales hijos! y ¡ay de mí! que fuí uno de ellos, y á fuerza de disgustos y sinsabores dí con mi pobre madre en la sepultura, como lo veréis en el capítulo primero del tomo que sigue.

ÍNDICE

ÍNDICE

DEL TOMO PRIMERO, A

PRÓLOGO. I

CAPÍTULO I.—Comienza Periquillo escribiendo el motivo que tuvo para dejar á sus hijos estos cuadernos, y da razón de sus padres, patria, nacimiento y demás ocurrencias de su infancia. 1

» II.—En el que Periquillo da razón de su ingreso á la escuela, los progresos que hizo en ella, y otras particularidades que sabrá el que las leyere, las oyere leer, ó las preguntare 19

» III.—En el que Periquillo describe su tercera escuela, y la disputa de sus padres sobre ponerlo á oficio 39

» IV.—En el que Periquillo da razón en que paró la conversación de sus padres, y del resultado que tuvo, y fué que lo pusieron á estudiar, y los progresos que hizo. 57

» V.—Escribe Periquillo su entrada al curso de artes, lo que aprendió, su acto general, su grado, y otras curiosidades que sabrá el que las quisiere saber 75

CAPÍTULO VI.—En el que nuestro bachiller da razón de lo que le pasó en la hacienda, que es algo curioso y entretenido. 89

» VII.—Prosigue nuestro autor contando los sucesos que le pasaron en la hacienda 109

» VIII.—En el que escribe Periquillo algunas aventuras que le pasaron en la hacienda y la vuelta á su casa. 131

» IX.—Llega Periquillo á su casa y tiene una larga conversación con su padre sobre materias curiosas é interesantes. 147

» X.—Concluye el padre de Periquillo su instrucción. Resuelve éste estudiar teología. La abandona. Quiere su padre ponerlo á oficio, él se resiste, y se refieren otras cosillas. 171

» XI—Toma Periquillo el hábito de religioso, y se arrepiente en el mismo día. Cuéntanse algunos intermedios relativos á esto. 195

» XII.—Trátase sobre los malos y los buenos consejos; muerte del padre de Periquillo, y salida de éste del convento. 221

» XIII.—Trata Periquillo de quitarse el luto, y se discute sobre los abusos de los funerales, pésames, entierros, lutos, etc. 237

» XIV.—Critica Periquillo los bailes, y hace una larga y útil digresión hablando de la mala educación que dan muchos padres á sus hijos, y de los malos hijos que apesadumbran á sus padres. 265

PAUTA

para la colocación de las láminas

J. Joaquín Fernández de Lizardi. 1

—¿Ves, hijo, qué primores encierra la naturaleza, aun en cuatro hierbecitas y unos animalitos que aquí tenemos? 41

—Señor, usted ha estudiado, díganos; ¿por qué hablan los pericos como la gente? 120

...llevándome á varias tertulias que frecuentaba en algunas casas medianamente decentes. 180

...lo mismo fué levantarse que oir, con dolor de su corazón, tronar sus vestidos y aun verlos hechos pedazos. 274

ESTE TOMO SE
ACABÓ DE IMPRIMIR EN BARCELONA,
EN EL ESTABLECIMIENTO TIPO-LITOGRÁFICO
DE ESPASA Y COMPAÑÍA,
EN AGOSTO DE
1897

EL

PERIQUILLO SARNIENTO

ES PROPIEDAD

EL PENSADOR MEXICANO

(J. JOAQUÍN FERNÁNDEZ DE LIZARDI)

EL PERIQUILLO SARNIENTO

LA QUIJOTITA
DON CATRÍN DE LA FACHENDA.—NOCHES TRISTES
DÍA ALEGRE.—FÁBULAS

PRÓLOGO DE

D. FRANCISCO SOSA

EDICIÓN DE LUJO

ADORNADA CON LÁMINAS CROMOLITOGRAFIADAS, Y ENRIQUECIDAS SUS PÁGINAS CON NUMEROSOS GRABADOS

DIBUJOS DE

D. ANTONIO UTRILLO

TOMO I

B

MÉXICO
J. Ballescá y Compañía, Sucesor
8, SANTA ISABEL, 8

SANTA TERESA, 8, BARCELONA-GRACIA
1897

VIDA Y HECHOS
DE
PERIQUILLO SARNIENTO
ESCRITA POR ÉL
para sus hijos

CAPÍTULO PRIMERO

Escribe Periquillo la muerte de su madre, con otras cosillas no del todo desagradables

¡Con qué constancia no está la gallina lastimándose el pecho veinte días sobre los huevos! Cuando los siente

animados, ¡con qué prolijidad rompe los cascarones para ayudar á salir á los pollitos! Salidos éstos, ¡con qué eficacia los cuida; con qué amor los alimenta; con qué ahinco los defiende; con qué cachaza los tolera, y con qué cuidado los abriga!

Pues á proporción hacen esto mismo con sus hijos la gata, la perra, la yegua, la vaca, la leona y todas las demás madres brutas. Pero cuando ya sus hijos han crecido, cuando ya han salido, digámoslo así, de la edad pueril, y pueden ellos buscar el alimento por sí mismos, al momento se acaba el amor y el chiqueo, y con el pico, dientes y testas, los arrojan de sí para siempre.

No así las madres racionales. ¡Qué enfermedades no sufren en la preñez! ¡Qué dolores y á qué riesgos no se exponen en el parto! ¡Qué achaques, qué cuidados y desvelos no toleran en la crianza! Y después de criados, esto es, cuando ya el niño deja de serlo, cuando es joven y cuando puede subsistir por sí solo, jamás cesan en la madre los afanes, ni se amortigua su amor, ni fenecen sus cuidados. Siempre es madre, y siempre ama á sus hijos con la misma constancia y entusiasmo.

Si obraran con nosotros como las gallinas, y su amor sólo durara á medida de nuestra infancia, todavía no podríamos pagarlas el bien que nos hicieron, ni agradecerlas las fatigas que les cóstamos, pues no es poco el deberlas la existencia física y el cuidado de su conservación.

No son ciertamente otras las causales, porque nos persuade el *Eclesiástico* nuestro respeto y gratitud hacia los padres. *Honra á tu padre*, dice en el cap. VII. *honra á tu padre, y no olvides los gemidos de tu madre. Acuérdate que si no fuera por ellos no existieras, y pórtate con ellos con el amor que ellos se portaron contigo.* Y el santo Tobías, el Viejo, le dice á su hijo: *Honrarás á tu madre todos los días de tu vida, debiéndote acordar de los peligros y trabajos que padeció por tí cuando te tuvo en su vientre.* (Tobías, cap. IV).

En vista de esto, ¿quién dudará que por la naturaleza y por la religión estamos obligados, no sólo á honrar en todos tiempos, sino á socorrer á nuestros padres en sus necesidades y bajo culpa grave?

Digo en todos tiempos, porque hay un abuso entre algunas personas, que piensan que en casándose se exoneran de las obligaciones de hijos, y que ni se hallan estrechadas á obedecer ni respetar á sus padres como antes, ni tienen el más mínimo cargo de socorrerlos.

Yo mismo he visto á muchos de éstos y éstas que después de haber contraído matrimonio, ya tratan á sus padres con cierta indiferencia y despego que enfada.— No, dicen, ya estoy emancipado, ya salí de la patria potestad, ya es otro tiempo.— Y la primera acción con que toman posesión de esta libertad es con chupar ó fumar

tabaco delante de sus padres.[1] A seguida de esto, les hablan con cierto entono, y por último, aunque estén necesitados, no los socorren.

Cuanto á lo primero, esto es, cuanto al respeto y la veneración, nunca quedan los hijos eximidos de ella, sea cual fuere el estado en que se hallen colocados, ó la dignidad en que estén puestos. Siempre los padres son padres, y los hijos son hijos, y en éstos, lejos de vituperarse, se alaba el respeto que manifiestan á aquéllos. Casado y rey era Salomón, y bajó del trono para recibir con la mayor sumisión á su madre Betsabé; lo mismo hizo Bonifacio VIII con la suya, y hace todo buen hijo, sin que estas humillaciones les hayan acarreado otra cosa que gloria, bendiciones y alabanzas.

Por lo que toca al socorro que deben impartirles en sus necesidades, aún es más estrecha la obligación. No se excusa la mujer, teniéndolo, con decir: «Mi marido no me lo da;» pedírselo, que si él fué buen hijo, él lo dará; y si no lo diere, economizarlo del gasto y del lujo; pero que haya para galas, bailes y otras extravagancias y no haya para socorrer á la madre, es cosa que escan-

[1] El fumar no es malo, es un vicio de los tolerables, y aunque él por sí es muchas veces pernicioso á la salud y gravoso á la bolsa, ya la costumbre lo tiene favorecido; pero ¿el chupar delante de los padres? Tampoco es malo; es tan lícito como delante de los que no lo son. Ningún padre se escandalizará si ve que su hijo toma polvos en su presencia; mas con todo eso, la misma costumbre que sufre que se tome tabaco aun en la iglesia, por las narices, no lo tolera por la boca, ni delante de los padres y superiores. Ello es una preocupación, pero pasadera, y con la que probamos nuestro respeto á algunas personas y lugares.

daliza; bien que apenas cabe en el juicio que haya tales hijas.

Más frecuentemente se ve esto en los hombres, que luego dicen: — ¡Oh! yo socorriera á mis padres; pero soy un pobre, tengo mujer é hijos á quienes mantener, y no me alcanza.—¡Hola! Pues tampoco esa es disculpa justa. Consulten á los teólogos, y verán cómo están en obligación de partir el pan que tengan con sus padres; y aún hay quien diga [1] que en caso de igual necesidad, bajo de culpa grave, primero se ha de socorrer á los padres que á los hijos.

No favorecer á los padres en un caso extremo, es como matarlos. Delito tan cruel, que asombrados de su enormidad los antiguos, señalaron por pena condigna á quien lo cometiera, el que lo encerraran dentro de un cuero de toro, para que muriera sofocado, y que de este modo lo arrojaran á la mar, para que su cadáver ni aun hallara descanso en el sepulcro.

¿Pues cuántos cueros se necesitarán para enfardelar á tantos hijos ingratos como escandalizan al mundo con sus vilezas y ruindades? En aquel tiempo yo no me hubiera quedado sin el mío; porque, no sólo no socorrí á mi madre, sino que le disipé lo poco que mi padre le dejó para su socorro.

¡Qué caso! De las cinco reglas que me enseñaron

[1] Santo Tomás.

en la escuela, unas se me olvidaron enteramente con la muerte de mi padre, y en otras me ejercité completamente. Luego que se acabaron los mediecillos y se vendieron las alhajitas de mi madre, se me olvidó el *sumar*, porque no tenía qué: *multiplicar* nunca supe; pero *medio partir* y *partir por entero,* entre mis amigos, y las amigas mías y de ellos, todo lo que llegaba á mis manos, lo aprendí perfectamente; por eso se acabó tan pronto el principalito; y no bastó, sino que siempre quedaba *restando* á mis acreedores, y sacaba esta cuenta de memoria: quien debe á uno cuatro, á otro seis y á otro tres, etc., y no les paga, les debe. Eso sabía yo bien: deber, destruir, aniquilar, endrogar y no pagar á nadie de esta vida; y éstas son las cuentas que saben los perdidos de *pe* á *pa*. Sumar no saben, porque no tienen qué; multiplicar tampoco, porque todo lo disipan; pero restar á quien se descuida y partir lo poco que adquieren con otros haraganes petardistas que llaman sus amigos, eso sí saben como el mejor, sin necesitar las reglas de aritmética para nada. Así lo hice yo.

En estas y las otras, no quedó en casa un peso ni cosa que lo valiera. Hoy se vendía un cubierto; mañana otro; pasado mañana un nicho; otro día un ropero; hasta que se concluyó con todos los muebles y menaje. Después se siguió con toda la ropita de mi madre, de la que en breve dieron cuenta en el Montepío

y en las tiendas, pues como no había para sacarla, todas las prendas se perdieron en una bicoca.

Es verdad que no todo lo gasté yo; algo se consumió entre mi madre y nana Felipa. Éramos como aquel loco de quien refiere el padre Almeida [1] que había dado en la tontera de que era la Santísima Trinidad, y un día le preguntó uno ¿que cómo podía ser eso andando tan despilfarrado y lleno de andrajos? A lo que el loco contestó: *¿qué quiere usted? si somos tres al romper.* Así sucedía en casa, que éramos tres al comer y ninguno al buscar. Bien, que cuando hubo, yo gastaba y tiraba por treinta; y así á mí sólo se me debe echar la culpa del total desbarato de mi casa.

La pobre de mi madre se cansaba en persuadirme solicitara yo algún destino para ayudarnos; pero yo en nada menos pensaba. Lo uno, porque me agradaba más la libertad que el trabajo, como buen perdido, si acaso hay perdidos que sean buenos; y lo otro, porque ¿qué destino había de hallar que fuera compatible con mi inutilidad y vanidad que fundaba en mi nobleza y en mi retumbante título hueco de bachiller en artes, que para mí montaba tanto como el de conde ó marqués?

Al pie de la letra se cumplió la predicción de mi padre; y mi madre, entonces, á pesar de su cariño, que

[1] Recreac. filos., tom. IV, tarde 19.

nunca le faltó hacia mí, conoció cuánto había errado en oponerse á que yo aprendiese algún oficio.

El saber hacer alguna cosa útil con las manos, quiero decir, el saber algún arte ya mecánico, ya liberal, jamás es vituperable, ni se opone á los principios nobles, ni á los estudios ni carreras ilustres que éstos proporcionan; antes suele haber ocasiones donde no vale al hombre ni la nobleza más ilustre, ni el haber tenido muchas riquezas, y entonces le aprovechan infinito las habilidades que sabe ejercitar por sí mismo.

La deshonra, dice un autor que escribió casi á fines del siglo pasado,[1] la deshonra ha de nacer de la ociosidad ó de los delitos; no de las profesiones. Todos los individuos del cuerpo político deben reputarse en esta parte hijos de una familia.

¿Qué hubiera sido de Dionisio, rey de Sicilia, cuando habiendo perdido el reino y andando prófugo ó incógnito por sus tiranías, no hubiera tenido alguna habilidad para mantenerse? Hubiera perecido seguramente en las garras de la mendicidad, ya que no en las manos de sus enemigos; pero sabía leer y escribir, bien sin duda, pues emprendió ser maestro de escuela, y con este ejercicio se mantuvo algún tiempo.

¿Qué suerte hubiera corrido Arístipo, si cuando

[1] El Licenciado don Francisco Xavier Peñaranda en su *Sistema económico y político más conveniente á España.*

aportó á la isla de Rodas, habiendo perdido en un naufragio todas sus riquezas, no hubiera tenido otro arbitrio con qué sostenerse por sí mismo? Hubiera perecido: pero era un excelente geómetra, y conocida su habilidad, le hicieron tan buen acogimiento los isleños, que no extrañó ni su patria ni sus riquezas; y en prueba de esto les escribió á sus paisanos estas memorables razones: *Dad á vuestros hijos tales riquezas que no las pierdan, aun cuando salgan desnudos de un naufragio.* ¡Qué bien tocaba este consejo á muchas madres y á muchos noblecitos!

Si uno de nuestros abogados, teólogos y canonistas, arribara náufrago á Pekín ó Constantinopla, ¿hallara qué comer con su profesión? No; porque en esas capitales ni reina nuestra religión, ni rigen nuestras leyes; y así, si no sabía coser una camisa, tejer un jubón, hacer unos zapatos ó cosa semejante con sus manos, sus conclusiones, argumentos, sistemas y erudición le servirían tanto para subsistir, como á un médico sus aforismos en una isla desierta é inhabitable.

Esta es una verdad; pero por desgracia el abuso que contra ella se comete es casi general en los ricos y en los que se tienen por de la sangre azul.

Dije *casi*, y dije una bobera: sin casi. Es abuso generalísimo, y tanto, que está apadrinado por la vieja y grosera preocupación de *que los oficios envilecen al*

que los ejercita, y de este error se sigue otro más maldito, y es aquel desprecio con que se ve y se trata á los pobres oficiales mecánicos. Fulano es hombre de bien, pero es sastre; citano es de buena cuna, pero es barbero; mengano es virtuoso, pero es zapatero. ¡Oh! ¿Quién le ha de dar el lado? ¿Quién lo ha de sentar á su mesa? ¿Ni quién lo ha de tratar con distinción ni aprecio? Sus cualidades personales lo recomiendan, pero su oficio lo abate.

Así se explican muchos á quienes yo diría: señores, ¿si no tuvierais riquezas ni otro modo de subsistir sino de hacer zapatos, coser chaquetas, aparejar sombreros, etc., no es verdad que entonces renegaríais de los ricos que os trataran con la necia vanidad con que ahora tratáis vosotros á los menestrales y artesanos? Eslo sin duda.

Y si por un caso imposible, aun siendo ricos, si un día se conjuraran contra vosotros todos éstos, y no os quisieran servir á pesar de vuestro dinero, ¿no andaríais descalzos? Sí, porque no sabéis hacer zapatos. ¿No andaríais desnudos y muertos de hambre? Sí, porque no sabéis hacer nada para vestiros, ni cultivar la tierra para alimentaros con sus frutos.

Conque si en la realidad sois unos inútiles, por más que desempeñéis en el mundo el papel de los actores de aquella comedia titulada *Los hijos de la fortuna,*

¿por qué son esas altiveces, esos dengues y esos desprecios con aquellos mismos que habéis menester y de quienes depende vuestra brillante suerte? [1] Si lo hacéis porque son pobres los que se ejercitan en estos oficios para subsistir, sois unos tiranos, pues sólo por ser pobres miráis con altivez á los que os sirven, y quizá á los que os dan de comer; [2] y si solamente lo hacéis así ó los tratáis con este modo orgulloso, porque viven de su trabajo, á más de tiranos, sois unos necios; y si no, pregunto: vosotros ¿de qué vivís? Tú, minero; tú, hacendero; tú, comerciante; te murieras de hambre y perecieras entre la indigencia si Juan no trabajara tu mina, si Pedro no cultivara tus campos y si Antonio no consumiera tus géneros, todos á costa del sudor de sus rostros, mientras tú, hecho un holgazán, acaso, acaso no sirves sino de escándalo y peso á la república.

Así hablara yo á los ricos soberbios y tontos, [3] al mismo tiempo que á vosotros, oh pobres honrados, [4] os alentara á sufrir sus improperios y baldones, á resignaros en la Divina Providencia y á continuar en vuestros afanes honradamente, satisfechos de que no hay oficio

[1] Es constante que los pobres son feudatarios de los ricos y los que aumentan sus riquezas.

[2] Los miserables jornaleros que cultivan las haciendas, los operarios que trabajan las minas y los artífices que labran los tejidos, etc., dan de comer y sostienen el lujo de los ricos.

[3] Con ésos se habla.

[4] A ésos se dirige el apóstrofe, no á los pobres viciosos, pues á éstos, si los ultrajan por su mala conducta, bien se lo merecen. Ser pícaro á más de pobre es gran desgracia.

vil como el hombre no lo sea, ni hay riqueza ni distinción alguna que descargue de las notas de necio ó vicioso á quien las tiene.

¿Cuántas veces irá un hombre lleno de ignorancia ó de delitos dentro del dorado coche que hace estremecer vuestros humildes talleres? ¿Y cuántas la salsa que sazona los pichones y perdices de su mesa será la intriga, el crimen y la usura, mientras que vosotros coméis con vuestros hijos y con una dulce tranquilidad tal vez una tortilla humedecida con el sudor de vuestra frente?

No son, hijos míos, los oficios los que envilecen al hombre (no me cansaré de repetir esta verdad), el hombre es el que se envilece con sus malos procederes; ni menos es estorbo la pobre cuna, ni las artes mecánicas para lograr entre los apreciadores del mérito el lugar que uno se sepa merecer con su virtud, habilidad y ciencia. Buenos testigos de esta verdad son tantos ingeniosos poetas, diestros pintores, excelentes músicos, escultores insignes y otros habilísimos profesores de las artes ya liberales, ya mixtas, á quienes el mundo ha visto visitados, enriquecidos y honrados por los pontífices, emperadores y reyes de la Europa. Prueba clara de que el mérito distinguido y la sobresaliente habilidad, no sólo no es barrera que imposibilita los honores, sino que muchas veces es el imán que los atrae hacia sus profesores. Ya se ha dicho en esta misma obrita que

Sixto V, antes de gobernar la Iglesia católica como pontífice, fué porquerizo.[1] Ejemplar que vale por otros muchos que recuerdan las historias eclesiástica y profana. Bien que la vanidad ha hecho que en nuestros días no sean estos ejemplos muy comunes.

Pero es menester decirlo todo. No sé si es más admirable ver á un hombre elevarse desde la basura á un puesto alto, ó ver á otros que, colocados en él, no olviden la humildad de sus principios. Yo creo que esto, así como es lo más justo, así es lo más difícil, atendida la soberbia humana, y siendo lo más difícil de suceder, debe ser lo más admirable.

Que un hombre pase del estado de pobre al de rico, del de plebeyo al de noble y del de pastor al de rey,

[1] Este pontífice nació en un pueblo en la marca de Ancona á 13 de Diciembre de 1521. Fué su padre un pobre labrador, como dice Moreri, ó viñadero, como dice el autor del *Diccionario de hombres ilustres*, llamado Peretti y su madre Mariana. Cuidaba puercos ó lechones, y pasando un religioso franciscano por donde él estaba, ignorando el camino, lo llevó de guía, y enamorado de la agudeza de sus respuestas lo condujo á su convento. A poco tiempo tomó el hábito de la orden seráfica, y correspondiendo sus ascensos á su aplicación y talento, logró sentarse en la silla de San Pedro. Restableció á la pureza de su origen la edición de la Vulgata (Biblia); canonizó á San Diego, religioso franciscano español; agregó á los doctores de la Iglesia á San Buenaventura; mandó celebrar la fiesta de la presentación de la Santísima Virgen é hizo muchas otras cosas excelentes. En tiempo de una grande hambre que padeció Roma, por cuya causa hubo una sublevación, construyó varios edificios, abrió algunos caminos, y promovió el famoso templo ó cúpula de San Pedro, que se creía inacabable, en la que mantuvo diariamente á 600 operarios. Últimamente, erigió un obelisco en la plaza de San Pedro de 72 pies de altura. No sólo este Pontífice fué de humilde y pobre ascendencia. Sin nombrar á San Pedro, San Dionisio, Juan XVIII, Dámaso II, Nicolás I, y otros se cuentan de oscuro linaje. Adriano IV y Alejandro V, de niños se alimentaron de limosna; Urbano IV fué hijo de otro porquerizo; Benedicto XI fué hijo de una lavandera de paños; Benedicto XII hijo de un molinero, etc. (véase la historia de los Pontífices). Lo que prueba bien que ni lo oscuro del nacimiento ni la última miseria obstan para lograr los empleos más honoríficos, cuando la ciencia y la virtud hacen á los hombres dignos de ellos.

como se ha visto, puede ser efecto de la casualidad en la que el mismo hombre no tiene parte; pero que viéndose encumbrado sobre los demás, lejos de ensoberbecerse ni endiosarse, se manifieste humano, afable y cortés con sus inferiores, acordándose de lo que fué, esto sí es admirable, porque prueba una grande alma capaz de tener á raya sus pasiones en cualquier estado de vida; lo que no hace el hombre muy fácilmente.

Lo común es que vemos infinitos que nacieron ricos y grandes, y éstos son orgullosos y altivos por naturaleza; esto es, así vieron el manejo de sus casas desde sus primeros días; la lisonja les meció la cuna y respiraron la vanidad con el primer ambiente. Heredaron, por decirlo de una vez, la nobleza, el dinero, los títulos, y con esto la altivez y la dominación que ejercitan con los que están debajo de ellos.

Esto es malo, malísimo; porque ningún rico debe olvidarse de que es hombre, ni de que es semejante al pobre y al plebeyo; sin embargo, si se pueden disculpar los vicios, parece que la soberbia del rico merece alguna indulgencia, si se considera que jamás ha visto la cara á la miseria, ni le han faltado lisonjeros que lo anden incensando á todas horas de rodillas. Es menester ser un Alejandro para no caer en la tentación de dejarse adorar como Nabuco.

Pero los pobres que nacieron entre los terrones de

una aldea ó mísero pueblecico; que sus padres fueron unos infelices y sus primeros refajos unas mantas; que así se criaron y así crecieron luchando con la desdicha y la indigencia, no sólo ignorando los ecos de la adulación, sino familiarizándose con los desprecios; éstos, digo, ¿por qué si á la Providencia le place elevarlos á un puesto brillante, al momento se desvanecen y se desconocen hasta el punto, no sólo de menospreciar á los pobres, no sólo de no socorrer á sus parientes, sino ¡lo más execrable! de negar su estirpe enteramente? Esta es una soberbia imperdonable.

No son éstas ficciones de mi pluma; el mundo es testigo de estas verdades. ¿Cuántos, al tiempo de leer estos renglones, dirán: «Mi hermano, el doctor, no me habla.» Otros: «Mi hermana, la casada, no me saluda.» Otros: «Mi tío, el prebendado, no me conoce,» y así muchos?

No quisiera decirlo; pero quizá por este vicio é ingratitud se inventó aquel trillado refrán que dice: *quieren ver á un ruin, denle un cargo.* Ello es una vileza de espíritu [1] degenerar de su sangre y dejar perecer en la miseria á los deudos, sólo por pobres, al tiempo que se podían favorecer con facilidad á merced del puesto encumbrado que se ocupa. [2]

[1] Así como puede haber una alma noble en un plebeyo, así puede haber una alma ruin dentro de un noble, y á ésta llamamos alma vil ó vileza de espíritu.

[2] Se entiende, sin perjuicio de la justicia, pues entonces no resultará del beneficio virtud sino agravio.

Pero aunque sea soberbia, villanía ó lo que se le quiera llamar, así lo vemos practicar. Y si estas clases de personas son tan altivas con su sangre, ¿qué no serán con sus dependientes, súbditos y otros pobres, á quienes consideran muy indignos de su afabilidad y cortesía?

Se ve, y no con rareza, que muchos de éstos que eran atentos, cariñosos y bien criados con todo el mundo en la esfera de pobres, luego que cambia su suerte y se levantan de entre la ceniza se hacen soberbios, hinchados, fastidiosos y detestables.

El célebre padre Murillo, en su catecismo, citando á Plinio y Estrabón, dice que el Bucéfalo ó caballo de Alejandro cuando estaba en pelo se dejaba manosear y tratar de cualquiera; pero en cuanto lo ensillaban y enjaezaban ricamente se volvía indomable y no se sujetaba sino al joven Macedón. El dicho padre hace sobre este cuentecillo una reflexión muy oportuna que la he de poner al pie de la letra. *Hay algunos*, dice, *que son tratables cuando están en pelo: pero viéndose adornados con una garnacha, una borla, una dignidad, y aun iba á decir, con una mortaja de religioso, no hay quién se averigüe con ellos.*

No, hijos, por Dios, no aumentéis el número de estos ingratos soberbios. Si mañana la suerte os colocare en algún puesto brillante, que es lo que se dice *estar en candelero*, ó si tenéis riquezas y valimientos,

dispensad vuestros favores á cuantos podáis sin agravio de la justicia, que eso es ser verdaderamente grandes. Mientras mayor sea vuestra elevación, tanto mayor sea vuestra beneficencia. Cicerón en la defensa de Q. Ligario, dice: *Que con ninguna cosa se parecen los hombres más á Dios que con esta virtud.* Siempre respetará el mundo los augustos nombres de Tito y Marco Aurelio. Éste llenó de glorias y felicidades á Roma, y aquél fué tan inclinado á hacer bien, que el día que no hacía uno, decía que lo había perdido, *diem perdidimus.*

Por otra parte, jamás os desvanezcáis con las riquezas ni con los empleos de distinción, porque ésta será la prueba más segura de que no los merecéis, ni habéis jamás disfrutado de aquéllas. Si vemos que uno al entrar en un coche ó subir á un barco se desvanece y le acometen vértigos frecuentes, fácilmente conocemos, aunque él no lo diga, que aquella es la primera vez que pisa semejantes muebles. No sin razón dice nuestro vulgar adagio, que *á herradura que chapalea clavo le falta,* y es por esto.

¡Qué diferente juicio no hace el mundo de aquellos que habiendo nacido pobres ú oscuros, y hallándose de repente con riquezas ó empleos sobresalientes, ni se desvanecen con la altura de éstos, ni se deslumbran con el brillo de aquéllas, sino que, inalterables en el mismo grado de sencillez y bella índole que antes tenían, con-

quistan cuantos corazones tratan! ¿No es preciso confesar que el corazón de estos hombres es magnánimo; que no se aturde ni se inflama con el oro, y que si nació sin empleos y sin honores, á lo menos fué siempre digno de ellos?

Y si estos mismos hombres, en vez de abusar de su poder ó su dinero para oprimir al desvalido ó atropellar al pobre, en cada uno de estos desgraciados reconocen un semejante suyo, lo halagan con su dulce trato, lo alientan con sus esperanzas y lo favorecen cuando pueden, ¿no es verdad que en vez de murmuradores, envidiosos y maldicientes, tendrían un sinnúmero de amigos y devotos que los llenaran de bendiciones, les desearan sus aumentos y glorificaran su memoria aun más allá del término de sus días? ¿Quién lo duda?

Ni es prenda menos recomendable, en un rico de los que hablo, una ingenuidad sincera y sin afectación. El saber confesar nuestros defectos nosotros mismos es una virtud que trae luego la ventaja de ahorrarnos el bochorno de que otros nos los refrieguen en la cara; y si el nacer pobres ó sin ejecutorias es defecto, [1] confesándolo nosotros les damos un fuerte tapaboca á nuestros enemigos y envidiosos.

[1] No son defectos. El mundo mira con desprecio á los pobres y á los que no brillan con la nobleza; pero ésta es una de las locuras de que está el mundo lleno. Los defectos que no penden del arbitrio del hombre, no son vituperables ni se deben echar en cara. Hacerlo es necedad.

El no negar el hombre lo humilde de sus principios cuando se halla en la mayor elevación, no sólo no lo demerita, sino que lo ensalza en el concepto de los virtuosos y sabios, que son entre quienes se ha de aspirar á tener buen concepto, que entre los necios y viciosos poco importa no tenerlo.

Bien conoció esta verdad un tal Wigiliso, que habiendo sido hijo de un pobre carretero, por su virtud y letras llegó á ser arzobispo de Maguncia, en Alejandría, y ya para no engreirse con su alta dignidad, ó como dijimos, para no dar que hacer á sus émulos, tomó por armas y puso en su escudo una rueda de un carro con este mote: *Memineris quid sis et quid fueris:* Acuérdate de lo que eres y de lo que fuiste.

Tan lejos estuvo esta humildad de disminuirle su buen nombre, que antes ella misma lo ensalzó en tanto grado, que después de su muerte mandó el emperador Enrico II que aquella rueda se perpetuase por armas del arzobispado de Maguncia.

Agatocles, como rey y rey rico, tenía oro y plata con que servirse á la mesa, y sin embargo, comía en barro para acordarse que fué hijo de un alfarero.

Y por último, Bonifacio VIII fué hijo de padres muy pobres; ya siendo pontífice romano, fué á verlo su madre; entró muy aderezada, y el santo Papa no

la habló siquiera, antes preguntó: —*¿Quién es esta señora?*— Es la madre de Vuestra Santidad.— *No puede ser eso,* dijo, *si mi madre es muy pobre.* — Entonces la señora tuvo que desnudarse las galas, y volvió á verlo en un traje humilde, en cuya ocasión el Papa la salió á recibir y la hizo todos los honores de madre como tan buen hijo. [1]

Ya veis, pues, queridos míos, como ni los oficios ni la pobreza envilecen al hombre, ni le son estorbo para obtener los más brillantes puestos y dignidades, cuando él sabe merecerlos con su virtud ó sus letras. En estas verdades os habéis de empapar, y éstos son los ejemplos que debéis seguir constantemente, y no los de vuestro mal padre, que habiéndose connaturalizado con la holgazanería y la libertad, no se quería dedicar á aprender un oficio ni á solicitar un amo á quien servir, porque era noble; como si la nobleza fuera el apoyo de la ociosidad y del libertinaje.

La pobre de mi madre se cansaba en aconsejarme, pero en vano. Yo me empeoraba cada día, y cada instante le daba nuevas pesadumbres y disgustos, hasta que,

[1] De Benedicto XI se sabe, que siendo un pobre hijo de una lavandera de paños, exaltado al pontificado, fingió también no conocerla, porque iba vestida de seda, y así que fué á visitarlo con su humilde traje de lana la conoció y obsequió.

De Benedicto XII, dice la historia, que habiendo sido hijo de un molinero, no quiso jamás reconocerlo sino en su propio traje de molinero. Estos heroicos ejemplos de humildad han quedado escritos para realzar más el mérito y la virtud de tales personajes. Véase el *Onomásticon* de Guillermo Burio, secc. X., fol. 358.

acosada de la miseria y oprimida con el peso de mis maldades, cayó la infeliz en cama de la enfermedad de que murió.

En este tiempo ¡qué trabajos para el médico! ¡qué ansias para la botica! ¡qué congojas para el alimento no costó, no á mí, sino á la buena de tía Felipa! Porque yo, pícaro como siempre, apenas iba á casa al medio día y á la noche á engullir lo que podía, y á preguntar, como por cumplimiento, cómo se sentía mi madre.

Ya han pasado muchos años, ya he llorado muchas lágrimas y mandado decir muchas misas por su alma, y aún no puedo acallar los terribles gritos de mi conciencia, que incesantemente me dicen: «Tú mataste á tu madre á pesadumbres; tú no la socorriste en su vida, después de sumergirla en la miseria, y tú, en fin, no le cerraste los ojos en su muerte.» ¡Ay, hijos míos, no quiera Dios que experimentéis estos remordimientos! Amad, respetad y socorred siempre á vuestra madre, que esto os manda el Criador y la naturaleza.

Por fortuna la fiebre que le acometió fué tan violenta que en el mismo día la hizo disponer el médico, y al siguiente perdió el conocimiento del todo.

Dije que esto fué por fortuna, porque si hubiera estado sin este achaque, habría padecido doble con sus

dolencias, y con la pena que le debería haber causado el vil proceder de un hijo tan ingrato y para nada.

En los seis días que vivió, todo su delirio se redujo á darme consejos y á preguntar por mí, según me dijeron las vecinas, y yo cuando estaba en casa no le oía decir sino: —¿Ya vino Pedro? ¿Ya está ahí? Déle usted de cenar, tía Felipa; hijo, no salgas, que ya es tarde, no te suceda una desgracia en la calle;—y otras cosas á este tenor con las que probaba el amor que me tenía. ¡Ay, madre mía! ¡Cuánto me amaste, y qué mal correspondí á tus caricias!

Finalmente, su merced espiró cuando yo no estaba en casa. Súpelo en la calle, y no volví á aquélla ni puse un pie por sus contornos, sino hasta los tres días, por no entender en los gastos del entierro y todos sus anexos, porque estaba sin blanca, como siempre, y el cura de mi parroquia no era muy amigo de fiar los derechos.

A los tres días me fuí apareciendo y haciéndome de las nuevas, contando cómo había estado preso por un pleito, y con el credo en la boca por saber de mi madre, y qué sé yo cuántas más mentiras, con las que, y cuatro lagrimillas, les quité el escándalo á las vecinas y el enojo á nana Felipa, de quien supe que, viendo que yo no parecía y que el cadáver ya no aguantaba, barrió con cuanto encontró, hasta con el

colchón y con mis pocos trapos, y los dió en lo que primero le ofrecieron en el baratillo, y así salió de su cuidado.

No dejó de afligirme la noticia, por lo que tocaba á mi persona, pues con el rebato que tocó me dejó con lo encapillado y sin una camisa que mudarme, porque cuantas yo tenía se encerraban en dos.

A seguida me contó que debía al médico no sé cuántas visitas y al boticario qué sé yo qué recetas, que como nunca tuve intención de pagarlas no me impuse de las cantidades.

Después de todo, yo no puedo acordarme sin ternura de la buena vieja de tía Felipa. Ella fué criada, hermana, amiga, hija y madre de la mía en esta ocasión. Fuérase de droga, de limosna ó como se fuese, ella la alimentó, la medicinó, la sirvió, la veló y la enterró con el mayor empeño, amor y caridad, y ella desempeñó mi lugar para mi confusión, y para que vosotros sepáis de paso que hay criados fieles, amantes y agradecidos á sus amos, muchas veces más que los mismos hijos; y es de advertir que luego que mi madre llegó al último estado de pobreza, le dijo que buscara destino, porque ya no podía pagarle su salario; á lo que la viejecita, llorando, le respondió que no la dejaría hasta la muerte, y que hasta entonces la serviría sin interés, y así lo hizo, que en todas

partes hay criados héroes como el calderero de San Germán.

Pero yo no me tenía tan bien granjeado el amor de nana Felipa, á pesar de que me crió, como dicen. Aguantó como las buenas mujeres los nueve días de luto en casa, y no fué lo más el aguantarlos, sino el darme de comer en todos ellos á costa de mil drogas y mil bochornos, pues ya no había quedado ni estaca en pared.

Pero viendo mi sinvergüencería, me dijo:—Pedrito, ya ves que yo no tengo de dónde me venga ni un medio: yo estoy en cueros y he estado sin conveniencia por servir y acompañar al alma mía de mi señora, que de Dios goce; pero ahora, hijito, ya se murió, y es fuerza que vaya á buscar mi vida; porque tú no lo tienes ni de dónde te venga, ni yo tampoco; y asina ¿qué hemos de hacer?—Y diciendo esto, llorando como una niña y mudándose para la calle fué todo uno, sin poderla yo persuadir á que se quedara por ningún caso. Ella hizo muy bien. Sabía el pan que yo amasaba, y la vida que le había dado á mi pobre madre, ¿qué esperanzas le podían quedar con semejante vagabundo?

Cátenme ustedes solo en mi cuarto mortuorio, que ganaba veinte reales cada mes, y no se pagaba la renta siete; sin más cama, sábanas ni ropa que la que tenía

encima; sin tener qué comer ni quién me lo diera, y en medio de estas cuitas va entrando el maldito casero apurándome con que le pagara; haciéndome la cuenta de veinte por siete son ciento cuarenta, que montan diez y siete pesos cuatro reales, y que si no le pagaba, ó le daba prenda ó fiador, vería á un juez y me pondría en la cárcel.

Yo, temeroso de esta nueva desgracia, ofrecí pagarle á otro día, suplicándole se esperara mientras cobraba cierto comunicado de mi madre.

El pobre lo creyó y me dejó. Yo no perdí tiempo; le escribí un papel en que le decía, que al buen pagador no le dolían prendas, y que en virtud de eso le hacía cesión de bienes de todos los trastos de mi casa, cuya lista quedaba sobre la mesa.

Hecha la carta, cerrada con oblea y entregada con la llave á la casera, me salí á probar nuevas aventuras y á andar mis estaciones, como veréis en el capítulo que sigue.

Pero antes de cerrar éste, sabréis como á otro día fué el casero á cobrar; preguntó por mí, diéronle el papel, lo leyó, pidió la llave, abrió el cuarto para ver los trastos y se fué hallando con el papel prometido que decía:

LISTA de los muebles y alhajas de que hago cesión á don Pánfilo Pantoja, por el arrendamiento de siete meses que debo de este cuarto. A saber:

Dos canapés y cuatro sillitas de paja, destripados y llenos de chinches.

Una cama vieja que en un tiempo fué verde, también con chinches.

Una mesita de rincón, quebrada.

Una id. grande ordinaria, sin un pie.

Un estantito sin llave y con dos tablas menos.

Un petate de á cinco varas, y en cada vara cinco millones de chinches.

Un nichito de madera ordinaria con un pedazo de vidrio, y dentro un santo de cera, que ya no se conoce quién es por las injurias del tiempo.

Dos lienzos grandes, que por la misma causa no descubren ya sus pinturas; pero sí el cotense en que las pusieron.

Dos pantallitas de palo viejas, doradas, una con su luna quebrada, y otra sin nada.

Una papelera apolillada.

Una caja grande sin fondo ni llave.

Un baúl tiñoso de pelo y muy anciano.

Una silla poltrona coja.

Una guitarra de tejamanil sorda.

Unas despabiladeras tuertas.

Una pileta de agua bendita de Puebla, despostillada.

Un rosario de Jerusalén con su cruz embutida en concha, sin más defecto que tres ó cuatro cuentas menos en cada diez.

Un tomo trunco del Quijote sin estampas.

Un Lavalle viejito y sin forro.

Un promontorio de novenas viejas.

Un candelero de cobre.

Una palmatoria sin cañón.

Dos cucharas de peltre y un tenedor con un diente.

Dos pocillos de Puebla, sin asa.

Dos escudillas de id. y cuatro platos quebrados.

Una baraja embijada.

Como veinte relaciones y romances, y otros impresos sueltos.

Entre ollitas y cazuelas buenas y quebradas, doce piezas.

Un cacito agujereado.

Un pedazo de metate.

Un molcajete sin mano.

La escobita del bacín.

La olla del agua.

El cántaro del pozo.

El palito de la lumbre.

La tranca de la puerta.

Una borcelana cascada.

Dos servicios útiles, poco vacíos.

Todo esto para el señor casero, encargándole que si sobrare algún dinero, después de pagada su deuda, lo invierta por bien de la difunta.—México, 15 de Noviembre de 1789.—*Pedro Sarmiento.*

Se daba al diablo el triste casero con semejante lista, mientras yo, según os dije, me ocupaba en otras atenciones más precisas.

CAPÍTULO II

Solo, pobre y desamparado Periquillo de sus parientes, se encuentra con Juan Largo, y por su persuasión abraza la carrera de los pillos en clase de *cócora* de los juegos.

Viéndome solo, huérfano y pobre, sin casa, hogar ni domicilio, como los maldecidos judíos, pues no reconocía feligresía ni vecindad alguna, traté de buscar, como dicen, madre que me envolviera; y medio roto, cabizbajo y pensativo, salí para la calle luego que entregué á la casera la lista de mis exquisitos muebles.

El primer paso que dí fué ir á tentar de paciencia

á mis parientes paternos y maternos, creyendo hallar entre ellos algún consuelo en mis desgracias; pero me engañé de medio á medio. Yo les contaba la muerte de mi madre y mi orfandad y desamparo, rematando el cuento con implorar su protección; y unos me decían que no habían sabido la muerte de su hermana; otros se hacían de las nuevas; todos fingían condolerse de mi suerte, pero ninguno me facilitó el más mínimo socorro.

Despechado salía yo de cada casa de las de ellos, considerando que no había tenido ningún pariente que tomara interés en mi situación, sino mi difunta madre, á quien comencé á sentir con más viveza, al mismo tiempo que concebí un odio mortal contra toda la caterva de mis desapiadados tíos.

—¿Es posible, decía yo, que éstos son los parientes en el mundo? ¿Tan poco se les da de ver perecer á un deudo suyo y tan cercano? ¿Estas son las leyes que se guardan de la naturaleza? ¿Así respeta el hombre los derechos de la sangre? ¿Y así hay locos que se fíen en sus parientes?

Cuando vivía mi padre, cuando tuvo alguna proporción é iban á casa á que los sirviera, estos mismos me hacían mil fiestas, y aun me daban mis mediecillos para fruta, y si había alguna diversioncita ó era, como dicen, día de manteles largos, todos iban de montón, y muchos sin esperar el convite; pero cuando estas cocas

se acabaron, cuando la pobreza se apoderó de mi casa y ya no hubo qué raspar, se retiraron de ella, y ni á mí ni á mi madre nos volvieron á ver para nada. No es mucho, pues, que ahora salga yo con tan mal expediente de sus casas. Todavía me debo dar las albricias de que no me han negado, ni me han echado á rodar las escaleras.

Si algún día tengo hijos, les he de aconsejar que jamás se atengan á sus parientes, sino al peso que sepan adquirir. Este sí es el pariente más cercano, el más liberal, el más pronto y el más útil en todas ocasiones. Que esotros parientes al fin son de carne y hueso como cualquier animal, ingratos, vanos, interesables é inservibles. Cuando su deudo tiene para servirlos, lo visitan y lo adulan sin cesar; pero si es pobre como yo, no sólo no lo socorren, sino que hasta se avergüenzan del parentesco.

Embebecido iba yo en estas consideraciones y temblando de cólera contra mis indignos deudos, cuando al volver una esquina ví venir á lo lejos á mi amigo Juan Largo. Un vuelco me dió el corazón de gusto, creyendo que tal encuentro no podía menos que serme feliz.

Luego que nos vimos cerca me dijo él: —¡Oh, Periquillo, amigo! ¿qué haces? ¿cómo estás? ¿qué es de tu vida? — Yo le conté mis cuitas en un instante, concluyendo con hartar de maldiciones á mis tíos. — ¿Pues y

qué te han hecho esos señores, me dijo, que estás con ellos de tan mal talante? —¿Qué me han de hacer, contesté yo, sino despreciarme y no favorecerme ninguno, olvidando que tengo sangre suya, y que á mi padre debieron mil favores?

—Tienes razón, dijo Juan Largo; los parientes del día son unos malditos y ruines. A mí me acaba de suceder un poco peor con el perro viejo de mi tío don Martín. Has de saber que desde que falto de esta ciudad, que ya es cerca de un año, me he estado con él en la hacienda; pues un vaquero condenado me levantó el falso testimonio, habrá quince días, de que yo había vendido diez novillos, y te puedo jurar, hermano, que sólo fueron siete; pero hay gentes que se saldrán de misa por decir una mentira y quitar un crédito.

Ello es que el tío lo creyó de buenas á primeras, y me achacó todo lo que se había perdido en la hacienda desde que yo estaba allá; me conjuró y me amenazó para que lo confesara; pero yo jamás he sido más prudente, ni he tenido más cuenta con mi lengua. Callé y callara por toda la eternidad, si por toda ella me exigieran estas confesiones; por lo cual, enfadado el don Martín, me encerró en un cuarto, y con un bejuco de esos de los cabos de regimiento me dió una tarea de palos que hasta hoy no puedo volver en mí; y no paró en esto, sino que, quitándome todos los trapillos regu-

lares que tenía yo y mis dos caballitos, me echó á la calle, quiero decir, al camino, que era la calle más inmediata á su casa, jurándome por toda la corte del cielo, que si me volvía á ver por todos aquellos contornos, me volaría de un balazo; añadiendo que era yo un pícaro, vagabundo, ladrón y mal agradecido, que lo estaba saqueando, después de comerle medio lado.—Y así, noramala, pícaro, me decía, noramala, que tú no eres mi sobrino como has pensado, sino un arrimado miserable y vicioso; por eso eres tan indigno, que yo no tengo sobrinos ladrones.

Hasta este punto llegó el enojo de mi tío, y viéndome abandonado, pobre, apaleado y en la mitad del camino, resolví venirme á esta capital como lo verifiqué. Habrá ocho días ó diez que llegué; luego luego fuí á buscarte á tu casa; no te hallé en ella ni quién me diera razón dónde vivías. He encontrado á Pelayo, á Sebastián, á Casiodoro, al mayorazgo y á otros amigos, y todos me han dicho que cuánto há que no te ven. He preguntado por tí á Chepa la Guaja, á la Pisaflores, á Pancha la Larga, á la Escobilla y á otras, y todas me han contestado diciéndome que no saben dónde vives. En fin, en este corto tiempo no he perdido momento por saber de tí, y todo ha sido en vano. Díme, pues, ¿por qué les has excusado tu casa?

Yo le respondí, que lo uno porque no me fueran á

cobrar algunos picos que debía, y lo otro porque mi casa era un cuartito miserable y tan indecente que me daba vergüenza que me visitaran en él.

Aprobó mi arbitrio Januario, á quien le dije: —Y tú ahora ¿en qué piensas? ¿de qué te mantienes? — *De cócora en los juegos,* me respondió, y si tú no tienes destino, y quieres pasarlo de lo mismo, puedes acompañarme, que espero en Dios [1] que no nos moriremos de hambre, pues más ven cuatro ojos que dos. El oficio es fácil, de poco trabajo, divertido y de utilidad. ¿Conque quieres?

—Tres más, dije. Pero dime: ¿qué cosa es ser *cócora* de los juegos, ó á quiénes les llaman así? — A los que van á ellos, me dijo Januario, sin blanca, sino sólo á *ingeniarse,* y son personas á quienes los jugadores les tienen algún miedo, porque no tienen que perder, y con una ingeniada, muchas veces les hacen un agujero.

—Cada vez, le dije, me agrada más tu proyecto; pero dime: ¿qué es eso de *ingeniarse?* [2] — Ingeniarse, me contestó Januario, es hacerse de dinero sin arriesgar un ochavo en el juego. — Eso debe ser muy difícil, dije

[1] Desatino craso, aunque no nuevo en algunas bocas. Nunca se debe esperar en Dios para tomar una venganza ni satisfacer ninguna pasión pecaminosa, porque esto fuera ultrajar su bondad y su justicia creyéndole capaz de coincidir con nuestros vicios. Dios permite el pecado, pero no lo quiere.

[2] Aunque, como se ha dicho, Perico era un perdido, todavía ignoraba muchas cosas y términos de la escuela de los tunos. Januario fué el que lo acabó de adiestrar.

yo, porque, según he oído decir, todo se puede hacer sin dinero, menos jugar.

—No lo creas, Perico. Los *cócoras* tenemos esa ventaja, que nos ingeniamos sin blanca, pues para tener dinero llevando resto al juego, no es menester habilidad sino dicha y adivinar la que viene por delante. La gracia es tenerlo sin puntero.

—Pues siendo así, *cócora* me llamo desde este punto; pero dime, Juan, ¿cómo se ingenia uno?

—Mira, me respondió; se procura tomar un buen lugar (pues vale más un asiento delantero en una mesa de juego que en una plaza de toros), y ya sentado uno allí, está *vigiando* al montero [1] para cogerle un *zapote* [2] ó verle una *puerta,* [3] y entonces se da un *codazo,* [4] que algo le toca al denunciante en estas topadas. O bien procura uno *dibujar* las paradas, [5] *marcar* un naipe, [6] *arrastrar* un muerto, [7] ó cuando no se pueda nada de esto, *armarse* con una apuesta [8] al tiempo que la paguen, y entonces se dice: «Yo soy hombre de bien; á nadie vengo á estafar nada; y voto á este santo, y juro al otro, y los diablos

[1] Espiando sus manejos. E.

[2] Advertirle alguna trampa. E.

[3] Observar cuál es la carta primera. E.

[4] Se avisa á los concurrentes. E.

[5] Dividir las apuestas de modo que no les toque por completo la rebaja de lo que el montero quita por estar la carta que gana á la puerta. E.

[6] Doblar la punta ó hacer alguna otra señal á una carta para ver dónde queda después que se baraje. E.

[7] Cobrar la parada ó apuesta del que se descuida. E.

[8] Cobrarla y porfiar que es cosa suya. E.

me lleven si esta apuesta no es mía;» y se acalora la cosa más, añadiendo: «¿Es verdad, don Fulano? Dígalo usted, don Citano;» de suerte que al fin se queda en duda de quién es el dinero, y el que tiene la apuesta gana. Esta ingeniada es la más arriesgada; porque puede uno topar con un atravesado que se la saque á palos; pero esto no es lo corriente, y así en las apuradas es menester arriesgarse. Ello es, que yo nunca me quedo sin comer ni sin cenar, pues como no hayan pegado las otras diligencias y el juego esté para acabarse, me llevara yo seis ú ocho reales en la bolsa cogiéndome una parada, más que fuera de mi madre. Pero has de advertir, desde ahora para entonces, que nunca te atrevas á arrastrar muertos, ni te armes con paradas que pasen ni aun lleguen á un peso; sino siempre con muertos chiquillos y paraditas de tres á cuatro reales, que pagados siempre son dobles, y como el interés es corto, se pasan, no se advierte en cuál de los dos que disputan está el dolo y uno sale ganancioso; lo que no tiene con las paradas grandes, porque como que interesan, no se descuidan con ellas, sino que están sus amos pelando tantos ojos sobre su dinero, y ahí va uno muy expuesto.

—Yo te agradezco, amigo Januario, tus deseos de que yo tenga algún modito con qué comer, que cierto que lo necesito bien; asimismo te agradezco, le dije, tus consejos y tus advertencias; pero tengo algún temorcillo

de que no me vaya á tocar una paliza ó cosa peor en una de éstas; porque, la verdad, soy muy tonto y no veterano como tú, y pienso que al primer tapón he de salir, tal vez, con las zurrapas que me cuesten caro, y cuando piense que voy á traer lana, salga trasquilado hasta el cogote.

Se medio enfadó Januario con este miedo mío, y me dijo:

—Anda, bestia, eres un para nada. ¡Qué paliza ni qué broma! ¿pues qué, luego luego te han de coger la mácula? Yo no me espantaré de que al principio te temblará la mano para cogerte medio real; pero todo es hacerse, y después te soplarás hasta los quince y veinte pesos, quedándote muy fresco,[1] y yo te diré cómo. Ya sabes que los principios son dificultosos; vencidos éstos, todo se hace llevadero. Entra con valor á la carrera de los *cócoras*, que en verdad que es demasiado socorrida, sin temer palizas, ni trompadas de ninguno, pues ya has oído decir que á los atrevidos favorece la fortuna y á los cobardes los repele. Tú ya estás, no sólo abandonado de ella, sino bien repelado; ¿quieres verte peor? Fuera de que, supón que á tí ó á mí nos arman una campaña

[1] Estos eran los amigos de Perico, y sus consejos. Cierto que el demonio no podía aconsejarle peor. Por esto dijo muy bien el padre Jerónimo Dutari, que los malos amigos son los diablos que no espantan.

Ese modo con que aquí lo induce al robo y la fullería es el que se usa prácticamente, y en la realidad es así; al principio se comienza con miedo, pero después se hace el vicio familiar. Por eso es lo mejor no comenzar.

al cabo de tres ó cuatro meses que hayamos comido, bebido y gastado á costa de los tahures; ¿luego nos han de dar? ¿No pueden recibir también de nuestras manos? Y por último, pon que salimos rotos de cabeza ó con una costilla desencajada; con algún riesgo se alquila la casa, no todo ha de ser vida y dulzura, y en ese caso quedan los recursos de los médicos y de los hospitales. Conque, Perico, manos á la obra: sal de miserias y de hambre, que el que no se arriesga no pasa la mar. A más de que en la clase de ingeniadas hay otros arbitrios más provechosos y quizá con menos peligros.

—Dímelos por tu vida, le dije, que ya reviento por saberlos.

—Uno de ellos, me dijo Januario, es comedirse á *tallar* ó ayudar á barajar á otros, y este arbitrio suele proporcionar una buena gratificación ó *gurupiada*,[1] si el amo es liberal y gana; y aunque no sea franco ni gane, el *gurupié* no puede perder nunca su trabajo, como no sea tonto, pues en sabiendo *irse á profundis* seguido, sale la cuenta y muy bien: pero es menester hacerlo con salero, pues si no, va uno muy expuesto.

—¿Cómo es eso, le pregunté, de *irse á profundis*, que no entiendo muy bien los términos facultativos de la profesión?

—Irse á *profundis*, dijo mi maestro, es escon-

[1] Véase la nota del primer tomo sobre esta palabra. E.

derse el dinero del monte que se pueda, poco á poco, mientras baraja el compañero, fingiendo que se rasca, que se saca el polvero, que se saca un cigarro, que se compone el pañuelo y haciendo todas las diligencias que se juzguen oportunas para el caso; pero esto, ya dije, es menester hacerlo con mucho disimulo, y haciéndolo así, la menor gurupiada te valdrá ocho ó diez pesos.

También es otro arbitrio que tengas en el juego un amigo de confianza, como yo, y sentándose éste junto á tí, á cada vez que se descuide el dueño del dinero, le das cuatro pesetas fingiendo que le cambias un peso. Este dinero lo juega el compañero con valor; si se le arranca, lo vuelves á habilitar con nuevas pesetas; cuando le pagues, le das siempre dinero de más para engordar la polla, sin miedo ninguno, pues como el dueño del monte te tenga por hombre de bien, harás de él cera y pábilo. Si está ganando, el dinero lo deslumbrará, y si está perdiendo, la misma pérdida lo cegará; de manera que jamás reflexionará en tu diligencia, que mil veces es excelente, pues yo he visto otras tantas desmontar entre el gurupié y el *palero* (que así se llaman estos compañeros) con el mismo dinero del monte. En este caso no salen los dos juntos, sino separados, para no despertar la malicia, y en cierto lugar se unen, se parten la ganancia, y aleluya.

El tercero, más liberal y pronto arbitrio, es entregar

todo el monte en un albur, si el compañero tiene plata para pagarlo; y si no la tiene, en distintos albures, que al fin resulta el mismo efecto que es desmontar. Pero para esto es preciso que, así el gurupié como el palero, sean muy diestros; y todo consiste en la friolera de amarrar los albures, poner la baraja al mismo en disposición de que, conociendo por dónde está el mollete, alce por él, y salgan los albures puestos, teniendo entre los dos, compactado con anticipación, si se ha de apostar á la judía, ó á la contrajudía, á la de fuera ó á la de adentro, ó á la una y una, para no equivocarse y perder el dinero tontamente, que eso se llama *hacer burro con bola en mano.*

Para entrar en esta carrera y poder hacer progresos en ella, es indispensable que sepas *amarrar, zapotear, dar boca de lobo, dar rastrillazo, hacer la hueca, dar la empalmada, colearte, espejearte* y otras cositas tan finas y curiosas como éstas, que aunque por ahora no las entiendas, poco importa; [1] yo te las enseñaré dentro de quince ó veinte días, que como tú te apliques y no seas tonto, con ese tiempo basta para que salgas maestro con mis lecciones.

Mas es de advertir que para salir con aire en las

[1] Bien pudo Periquillo haber explicado aquí el mecanismo de estas fullerías; pero sin duda las calló con estudio deseando prevenir á los lectores incautos en los peligros del juego sin enseñarlos á maliciosos. Es bueno saber que hay drogas, pero no saber hacerlas.

más ocasiones es necesario que trabajes con tus armas; y así es indispensable que sepas hacer las barajas.

—Esa es otra, dije yo muy admirado; pues ¿no ves que eso es un imposible respecto á que me falta lo mejor que es el dinero?—¿Pero para qué quieres dinero para eso? me preguntó Januario.—¿Cómo para qué? le dije; para moldes, papel, pinturas, engrudo, prensas, oficiales y todo lo que es menester para hacer barajas; y fuera de esto, aunque lo tuviera, no me arriesgaría á hacerlas, ¿no ves que donde nos cogieran nos despacharían á un presidio por contrabandistas?

Rióse á carcajada suelta Juan Largo de mi simplicidad, y me dijo:—Se echa de ver que eres un pobre muchacho inocente, y que todavía tienes la leche en los abios. Camote, para hacer las barajas como yo te digo, ıo son menester tantas cosas ni dinero como tú has pen-ado. Mira, en la bolsa tengo todos los instrumentos del ·te.

Y diciendo esto me manifestó unos cuadrilonguitos ı hoja de lata, unas tijeritas finas, una poquita de cola boca y un panecito de tinta de China.

Quedéme yo azorado al ver tan poca herramienta, y acababa de creer que con sólo aquello se hiciera una aja, pero mi maestro me sacó de la suspensión diciéne:

—Tonto, no te admires; el hacer las barajas en el

modo que te digo no consiste en pegar el papel, abrir los moldes, imprimirlas y demás que hacen los naiperos; ese es oficio aparte. Hacerlas al modo de los jugadores, quiere decir hacerlas floreadas; esto se hace sin más que estos pocos instrumentitos que has visto, y con sólo ellos se recortan ya anchas, ya angostas, ya con esquinas que se llaman *orejas;* ó bien se pintan ó se raspan (que dicen vaciar) ó se trabajan de *pegues,* ó se hacen cuantas habilidades uno sabe ó quiere; todo con el honesto fin de dejar sin camisa al que se descuide.

—La verdad, hermano, dije yo, todos tus arbitrios están muy buenos; pero son unos robos y declarados latrocinios, y creo que no habrá confesor que los absuelva.

—¡Vaya, vaya, dijo Januario meneando la cabeza, pues estás fresco! ¿Conque ahora que andas ahí todo descarriado, sin casa, sin ropa, sin qué comer, y sin almena de qué colgarte, vas dando en escrupuloso? ¡Majadero! pues si eres tan virtuoso, ¿para qué te saliste del convento? ¿No fuera mejor que te estuvieras allí comiendo de coca y con seguridad, y no andar ahora de aquí para allí y muriéndote de hambre?

Vamos, que ciertamente he sentido la saliva que he gastado contigo, y las luces que te he dado por tu bien, y por no verte perecer. Bestia, si todos pensaran en eso, si reflexionaran en que el dinero que así ganan es

robado, que debe restituirse, y que si no lo hicieren así se los llevará el diablo, ¿crees tú que hubiera tanto haragán que se mantuviera del juego como se mantiene? ¿te parece que éstos juegan suerte y verdad, y así se mantienen? No, Perico: éstos juegan con la larga, [1] y siempre con su pedazo de diligencia, si no ¿cómo se habían de sostener? Ganarían un día del mes y perderían veintinueve, pues ya has oído decir que el juego más quita que da, y esto es muy cierto en queriendo ser muy escrupuloso; porque el que limpio juega limpio se va á su casa; pero por esta razón estos señoritos, mis camaradas y compañeros, antes de entrar en el giro de la fullería, lo primero que hacen es esconder la conciencia debajo de la almohada, echarse con las petacas y volverse corrientes. Bien que no he conocido uno que no tenga su devoción. Unos rezan á las Animas, otros á la Santísima Virgen, éste á san Cristóbal, aquél á santa Gertrudis, y finalmente esperamos en el Señor que nos ha de dar buena muerte. [2] Conque no seas tonto, Periquillo, elige tu devoción particular, y anda, hombre, anda, no tengas miedo; peor será que pegues la boca á una pared; [3] porque donde tú no lo busques,

[1] Alusión al juego del billar, ó al del truco, pues que el primero no estaba en aquella época muy generalizado. E.

[2] Esperanza pésima. No se debe esperar en Dios para ofenderlo; ni valen para esto las devociones de los santos, antes es una injuria el invocarlos creyendo que intercederán con Dios por los que lo ofenden en esa confianza.

[3] No es peor estar pobre que ser ladrón; pero en la práctica se ve que muchos, por no ser pobres, son ladrones, y cuanto malo hay.

estás seguro que haya quién te dé ni un lazo para que te ahorques. Ya has visto lo que te acaba de pasar con tus tíos. Conque si entre los tuyos no hallas un pedazo de pan, ¿qué esperanzas te quedan en adelante? Ahora estoy yo en México, que soy tu amigo y te puedo enseñar y adiestrar; si dejas pasar esta ocasión, mañana me voy, y te quedas á pedir limosna; porque no á todos los *hábiles* les gusta enseñar sus habilidades, temerosos de no criar cuervos que á ellos mismos tal vez mañana ú otro día les saquen los ojos. En fin, Perico, harto te te he dicho. Tú sabrás lo que harás, que yo lo hago no más de pura caridad. [1]

Como por una parte yo me veía estrechado de la necesidad y sin ser útil para nada, y por otra, los proyectos de Januario eran demasiado lisonjeros, pues me facilitaba nada menos que el tener dinero sin trabajar, que era á lo que yo siempre había aspirado, no me fué difícil resolverme; y así le dí las gracias á mi maestro, reconociéndolo desde aquel instante por mi protector, y prometiéndole no salir un punto de la observancia de sus preceptos, arrepentido de mis escrúpulos y advertencias, como si debiera el hombre arrepentirse jamás de no seguir el partido de la iniquidad: pero lo cierto es que así lo hacemos muchas veces.

Durante esta conversación advirtió Januario que yo

[1] ¡Buena caridad! Así son muchas caridades que se ven en el mundo.

tenía los labios blancos, y me dijo: — Tú, según me parece, no has almorzado. — Ni tampoco me he desayunado, le respondí: y cierto que ya serán las dos y media de la tarde. — Ni la una ha dado, dijo Januario; pero el reloj de los estómagos hambrientos siempre anda adelantado, así como se atrasa el de los satisfechos. Por ahora no te aflijas; vámonos á comer.

— ¡Santa palabra! dije yo entre mí, y nos marchamos.

Aquel era el primer día que yo experimentaba todo el terrible poder de la hambre, y quizá por eso luego que puse el pie en el umbral de la fonda, y me dió en las narices el olor de los guisados, se me alegró el corazón de manera que pensé que entraba, por lo menos, en el paraíso terrenal.

Sentámonos á la mesa, y Januario pidió con mucho garbo dos comidas de á cuatro reales y un cuartillo de vino. Yo me admiré de la generosidad de mi amigo, y temeroso no fuera á salir con alguna de las suyas después de haber comido, le pregunté si tenía con qué pagar, porque lo que había pedido valía siquiera un par de pesos. El se sonrió y me dijo que sí, y para que comiese yo sin cuidado, me mostró como seis pesos en dinero doble y sencillo.

En esto fueron trayendo un par de tortas de pan con sus cubiertos, dos escudillas de caldo, dos sopas, una de

fideos y otra de arroz, el puchero, dos guisados, el vino, el dulce y el agua; comida ciertamente frugal para un rico, pero á mí me pareció de un rey, ó por lo menos de un embajador, pues si á buena hambre no hay mal pan, aunque sea malo, cuando el pan es de por sí bueno, debe parecer inmejorable por la misma regla. Ello es que yo no comía, sino que engullía, y tan aprisa, que Januario me dijo: —Espacio, hombre, espacio, que no nos han de arrebatar los platos de delante.

Entre la comida menudeamos los dos el vino, lo que nos puso bastante alegres; pero se concluyó, y para reposarla sacamos tabaco y seguimos platicando de nuestro asunto.

Yo, con más curiosidad que amistad, le pregunté á mi mentor que dónde vivía. A lo que él me respondió que no tenía casa ni la había menester, porque todo el mundo era su casa.

—¿Pues dónde duermes? le dije. —Donde me coge la noche, me respondió; de manera que tú y yo estamos iguales en esto, y en ajuar y ropa; porque yo no tengo más que lo encapillado.

Entonces, asombrado, le dije: —¿Pues cómo has gastado con tanta liberalidad? —Eso, respondió, no lo extrañes; así lo hacemos todos los *cócoras* y jugadores cuando estamos de *vuelta;* quiero decir, cuando estamos gananciosos, como yo, que anoche con una parada con

que me armé, y la *fleché* con valor, hice doce pesos: porque yo soy trepador cuando me toca, esto es, apuesto sin miedo, como que nada pierdo aunque se me arranque, y tengo la puerta abierta para otra ingeniada.

—Quizá por eso, dije yo, he oído decir á los monteros que más miedo tienen á un real dado ó arrastrado en mano de los *cócoras* como tú, que á cien pesos de un jugador.—Por eso es, dijo Juan Largo; porque nosotros, como siempre *vamos en la verde,* esto es, no arriesgamos nada, poco cuidado se nos da que después de acertar ocho albures con cuatro reales á la dobla, en el noveno nos ganen ciento veinte pesos; porque si lo ganamos, hacemos doscientos cincuenta y seis, y si lo perdemos, nada perdemos nuestro, y en este caso ya sabemos el camino para hacer nuevas diligencias.

No así los que van al juego á *flechar* [1] el dinero que les ha costado su sudor y su trabajo; pues como saben lo que cuesta adquirirlo, le tienen amor, lo juegan con *conducta*, y éstos siempre son cobardes para apostar cien pesos, aun cuando ganan, y por eso les llaman *pijoteros.*

Esta misma es la causa de que nosotros, cuando estamos de vuelta, somos liberales, y gastamos y triunfamos francamente, porque nada nos cuesta, ni aquel dinero que tiramos es el último que esperamos tener por ese camino.

[1] Arriesgar. E.

Tú desengáñate: no hay gente más liberal que los mineros, los dependientes que manejan abiertamente el dinero de sus amos, los hijos de familia, los tahures como nosotros, y todos [1] los que tienen dinero sin trabajar ó manejan el ajeno, cuando es dificultoso hacerles un cargo exacto.

—Pero, hombre, le dije; yo no dudo de cuanto dices; pero ¿has comprado siquiera una sábana ó frazada para dormir?—Ni por un pienso me meteré yo en eso por ahora, me respondió Januario; no seas tonto, si no tengo casa, ¿para qué quiero sábana? ¿dónde la he de poner? ¿la he de traer á cuestas? Tú te espantas de poco. Mira, los jugadores como yo, hacemos el papel de cómicos; unas veces andamos muy decentes, y otras muy trapientos; unas veces somos casados y otras viudos; unas veces comemos como marqueses y otras como mendigos, ó quizá no comemos; unas veces andamos en la calle y otras estamos presos; en una palabra, unas veces la pasamos bien y otras mal; pero ya estamos hechos á esta vida; tanto se nos da por lo que va como por lo que viene. En esta profesión lo que importa es hacer á un lado el alma y la vergüenza, y créeme que haciéndolo así se pasa una vida de ángeles.

Algo me mosqueé yo con una confesión tan ingenua de la vida arrastrada que iba á abrazar, y más conside-

[1] No todos, sino todos los que proceden mal.

rando que debía ser verdadera en todas sus partes, como que Januario hablaba inspirado del vino, que rara vez es oráculo mentiroso, antes casi siempre, entre mil cualidades malas, tiene la buena de no ser lisonjero ni falso; pero aunque, según el inspirante, debía variar de concepto, como varié, no me dí por entendido, ya por no disgustar á mi bienhechor, ó ya por experimentar por mí mismo si me tenía cuenta aquel género de vida; y así sólo me contenté con volverle á preguntar que dónde dormía. A lo que él, sin turbarse, me dijo redondamente:

—Mira, yo unas veces me quedo de postema en los bailes, y paso el resto de las noches en los canapés; otras me voy á una fonda, y allí me hago piedra, y otras, que son las más, las paso en los *arrastraderitos*. Así me he manejado en los pocos días que llevo en México, y así espero manejarme hasta que no me junte con quinientos ó mil pesos del juego, que entonces será preciso pensar de otra manera.

—¿Y cuáles son los *arrastraderitos*, le pregunté, y con qué te tapas en ellos? — A lo que él me contestó: — Los *arrastraderitos* son esos truquitos indecentes é inservibles [1] que habrás visto en algunas accesorias. Estos no son para jugar, porque de puro malos no se

[1] De muchos años á esta parte los han sustituído unos billarcitos de la misma clase. E.

puede jugar en ellos ni un real; pero son unos pretextos ó alcahueterías para que se jueguen en ellos sus albures y se pongan unos montecitos miserables.

En estos *socuchos* juegan los pillos, *cuchareros* y demás gente de la última broza. Aquí se juega casi siempre con droga; y luego que se mete allí algún inocentón, le mondan la *picha*[1] y hasta los calzones si los tiene. A estos jugadores bisoños, y que no saben la malicia de la carrera, les llaman *pichones,* y como á tales los descañonan en dos por tres. En fin, en estos dichos arrastraderos, como que todos los concurrentes son gente perdida, sin gota de educación ni crianza, y aun si tienen religión, sábelo Dios; se roba, se bebe, se juega, se jura, se maldice, se reniega, etc., sin el más mínimo respeto, porque no tienen ninguno que los contenga, como en los juegos más decentes.

En uno de éstos me quedo las más noches, á costa de un realito que le doy al coime, y si tengo, dos; me presta la carpeta ó un capotito ó frazada llena de piojos de las que hay empeñadas, y así la paso. Conque ya te respondí, y mira si tienes otra cosa que saber, porque preguntas más que un catecismo.

Si antes estaba yo cuidadoso con la pintura que me hizo de la videta cocorina, después que le dió los claros y las sombras que le faltaban con lo de los arrastraderos,

[1] Frazada ó sábana vieja y raída para cubrirse. E.

me quedé frío; pero con todo, no le manifesté mal modo, y me hice el ánimo de acompañarlo hasta ver en qué paraba la comedia de que iba yo tan pronto á ser actor.

Salimos de la fonda, y nos anduvimos azotando las calles [1] toda la tarde. A la noche á buena hora nos fuimos al juego. Januario comenzó á jugar sus mediecillos que le habían sobrado, y se le arrancaron en un abrir y cerrar de ojos; pero á él no se le dió nada. Cada rato lo veía yo con dinero, y ya suyo, ya ajeno, él no dejaba de manejar monedas; ello, á cada instante también tenía disputas, reconvenciones y reclamos, mas él sabía sacudirse y quedarse con bola en mano.

Se acabó el juego como á las once de la noche, y nos fuímos para la calle. Yo iba pensando que leíamos el Concilio *Niceno* por entonces; pero salí de mi equivocación cuando Juan Largo tocó una accesoria, y después que hizo no sé qué contraseña, nos abrieron: entramos y cenamos, no con la decencia que habíamos comido, pero lo bastante á no quedarnos con hambre.

Acabada la cena, pagó Januario y nos salimos á la calle. Entonces le dije: — Hombre, estoy admirado, porque ví que se te arrancó [2] luego que entramos al juego, y aunque estuviste manejando dinero, jurara yo que habías

[1] Paseando por ellas sin objeto y por sólo andar ó pasar el tiempo. E.
[2] Arrancársele, quiere decir entre jugadores, quedarse sin blanca. E.

salido sin blanca, y ahora veo que has pagado la cena; no hay remedio, tú eres brujo.

—No hay más brujería que lo que te tengo dicho. Yo lo primero que hago es rehundir y esconder seis ú ocho realillos para la amanezca,[1] de la primera ingeniada que tengo. Asegurado esto, las demás ingeniadas se juegan con valor á si trepan. Si trepa alguna, bien; y si no, ya se pasó el día, que es lo que importa.

En estas pláticas llegamos á otra accesoria más indecente que aquella donde cenamos. Tocó mi Mentor, hizo su contraseña, le abrieron, y á la luz de un cabito que estaba espirando en un rincón de la pared ví que aquél era el *arrastraderito* de que ya tenía noticia.

Habló Januario en voz baja con el dueño de aquel infernal garito, que era un mulato envuelto en una manga azul, y ya se había encuerado para acostarse, y éste nos sacó dos frazadas muy sucias y rotas y nos las dió diciendo: —Sólo por ser usted mi amigo, me he levantado á abrir, que estoy con un dolor de cabeza que el mundo se me anda. —Y sería cierto, según la borrachera que tenía.

No éramos nosotros los únicos que hospedaba aquella noche el tuno empelotado. Otros cuatro ó cinco pelagatos, todos encuerados, y á mi parecer medio borra-

[1] Para tener con que amanecer. E.

chos, estaban tirados como cochinos por la banca, mesa y suelo del truquito.

Como el cuarto era pequeño, y los compañeros gente que cena sucio y frío, y bebe pulque y chinguirito, [1] estaban haciendo una salva de los demonios, cuyos pestilentes ecos, sin tener por dónde salir, remataban en mis pobres narices, y en un instante estaba yo con una jaqueca que no la aguantaba; de modo que no pudiendo mi estómago sufrir tales incensarios, arrojó todo cuanto había cenado pocas horas antes.

Januario advirtió mi enfermedad, y percibiendo la causa me dijo: —Pues, amigo, estás mal; eres muy delicado para pobre. —No está en mi mano, le respondí.— Y él me dijo: —Ya lo veo; pero no te haga fuerza, todo es hacerse, y esto es á los principios, como te dije esta mañana; pero vámonos á acostar á ver si te alivias.

A la ruidera de la evacuación de mi estómago despertó uno de aquellos *léperos,* y así como nos vió comenzó á echar sapos y culebras por aquella boca de demonio. —¡Qué rotos tales de m....! decía; ¿por qué no irán á vomitarse sobre la tal que los parió, ya que vienen borrachos, y no venir á quitarle á uno el sueño á estas horas?

Januario me hizo seña que me callara la boca y nos acostamos los dos sobre la mesita del billar, cuyas duras tablas, la jaqueca que yo tenía, el miedo que me in-

[1] Aguardiente de caña. E.

fundieron aquellos encuerados á quienes piadosamente juzgué ladrones, los innumerables piojos de la frazada, las ratas que se paseaban sobre mí, un gallo que de cuando en cuando aleteaba, los ronquidos de los que dormían, los estornudos traseros que disparaban y el pestífero sahumerio que resultaba de ellos, me hicieron pasar una noche de los perros.

CAPÍTULO III

Prosigue Periquillo contando sus trabajos y sus bonanzas de jugador
Hace una seria crítica del juego, y le sucede una aventura peligrosa que por poco no la cuenta

Contando las horas y los cantos del gallo estuve toda la noche sin poder dormir un rato, y deseando la venida de la aurora para salir de aquella mazmorra, hasta que quiso Dios que amaneció, y fueron levantándose aquellos bribones encuerados.

Sus primeras palabras fueron desvergüenzas, y sus primeras solicitudes se dirigieron á *hacer la mañana*. Luego que los oí, los tuve por locos, y le dije á Januario: —Estos hombres no pueden menos que estar sin gota de juicio, porque todos ellos quieren hacer la mañana. ¡Qué locura tan graciosa! ¿Pues qué, piensan que no está hecha, ó se creen ellos capaces de una cosa que es privativa de Dios?

Se rió Januario de gana, y me dijo: —Se conoce que hasta hoy fuiste tunante á medias, pillo decente y zángano vergonzante. En efecto, ignoras todavía muchos de los términos más comunes y trillados de la dialéctica leperuna; pero por fortuna me tienes á tu lado, que no perderé ningunas ocasiones que juzgue propias para instruirte en cuanto pueda conducir á sacarte un diestro veterano, ya sea entre los pillos decentes, ya sea entre los de la *chichi* pelada, [1] como son éstos.

Por ahora sábete que *hacer la mañana* entre esta gente quiere decir desayunarse con aguardiente, pues están reñidos con el chocolate y el café, y más bien gastan un real ó dos á estas horas en *chinguirito* malo que en un pocillo del más rico chocolate.

Apenas salí de esa duda, cuando me puso en otras

[1] Echada la sábana ó frazada sobre el hombro izquierdo y terciada bajo el brazo derecho como acostumbran esas gentes, queda descubierta la teta derecha cuando no hay camisa ú otra ropa; y como *chichi* en mexicano quiere decir *teta* ó pecho, la frase se aplica á los que tienen el pecho de fuera ó andan sin camisa por no usarla. E.

nuevas uno de aquellos zaragates que, según supe, era oficial de zapatero; pues le dijo á otro compañero suyo: —Chepe,[1] vamos á hacer la mañana y vámonos á trabajar, que el sábado quedamos con el maestro en que hoy habíamos de ir, y nos estará esperando.—A lo que el Chepe respondió:—Vaya el maestro al tal, que yo no tengo ni tantitas ganas de trabajar hoy por dos motivos: el uno porque es *san Lunes*, y el otro porque ayer me emborraché y es fuerza curarme hoy.

Suspenso estaba yo escuchando aquellas cosas, que para mí eran enigmas, cuando mi maestro me dijo: —Has de saber que es un abuso muy viejo, y casi irremediable entre los más de los oficiales mecánicos, no trabajar los lunes, por razón de lo estragados que quedan con la embriagada que se dan el domingo, y por eso le llaman *san Lunes*, no porque los lunes sean días de guarda por ser lunes, como tú lo sabes, sino porque los oficiales abandonados se abstienen de trabajar en ellos por *curarse* la borrachera, como éste dice.

—¿Y cómo se cura la embriaguez? pregunté.—Con otra nueva, me respondió Januario.—Pues entonces, dije yo, debiendo el exceso del aguardiente hacer el mismo efecto el domingo que el lunes, se sigue que, si una emborrachada del domingo ha de menester para curarse otra del lunes, la del lunes necesitará la del

[1] Lo mismo que Pepe ó José. E.

martes, la del martes, la del miércoles, y así venimos á sacar por consecuencia que se alcanzarán las embriagueces unas á otras, sin que en realidad se verifique la curación de la primera con tan descabellado remedio. La verdad, ésa me parece peor locura en esta gente que la de hacer la mañana; porque pensar que una tranca[1] se cura con otra, es como creer que una quemada se cura con otra quemada, una herida con otra, etc., lo que ciertamente es un delirio.

—Tú dices muy bien, contestó Januario, pero esta gente no entiende de argumentos. Son muy viciosos y flojos; trabajan por no morirse de hambre, y acaso por tener con qué mantener su vicio dominante, que casi generalmente, entre ellos, es el de la embriaguez, de manera que en teniendo que beber, poco se les da de no comer ó de comer cualquiera porquería; y ésta es la razón de que por buenos artesanos que sean, y por más que trabajen, jamás medran, nada les luce, porque todo lo disipan, y así los ves desnudos como á estos dos, que quizá serán los mejores oficiales que tendrá el maestro en su taller.

—¡Qué lástima de hombres! exclamé; y si son casados, ¡qué vida les darán á sus pobres mujeres, y qué mal ejemplo á sus hijos!—Considéralo, me dijo Januario. A sus mujeres las traen desnudas, hambrientas y

[1] Estar con la tranca quiere decir estar borracho. E.

golpeadas, y á los hijos en cueros, sin comer y malcriados.

En esto nos salimos de aquella pocilga, y fuímos á tomar café. Lo restante del día, que lo pasamos en visitas y andar calles hasta las doce, me anduve yo cusqueando[1] y rascando. Tal era la multitud de piojos que se me pegaron de la maldita *fruza.*[2] Y no fué eso lo peor, sino que tuve que sufrir algunas chanzonetas pesadas que me dijeron los amigos; porque los animalitos me andaban por encima, y eran tan gordos y tan blancos que se veían de á legua, y cada vez que alguno se ponía donde lo vieran, decía uno: — Eso no, á mi amigo Perico no, que aquí estoy yo. — Otros decían: Hombre, eso tiene buscar novias de á medio. — Otros: ¡Qué buenas fuerzas tienes, pues cargas un animal tan grande! — Y así me chuleaban todos á su gusto, sin quedarse por cortos con mi compañero que también estaba nadando.

Por fin dieron las doce, y me dijo éste: — Vámonos al juego; porque yo no tengo blanca para comer, y no seas tonto, véte aplicando. Donde tú puedas, afianza una apuesta y dí que es tuya, que yo juraré por cuantos santos hay que te la ví poner; pero ya te he advertido que sea apuesta corta, que no pase de dos ó tres reales;

[1] Satisfaciendo la curiosidad, ó mirando todo lo que ocurre. E.
[2] Frazada. E.

porque si vas á hacer una tontera, nos exponemos á un codillo.

En efecto, entramos al juego, tomamos buenos lugares, se calentó aquello, como dicen, y yo ya le echaba el ojo á una apuesta, ya á otra, ya á otra; y no me determinaba á tomarme ninguna de puro miedo. Quería extender la mano, y parece que me la contenían y me decían en secreto: *¿Qué vas á hacer? Deja eso ahí que no es tuyo...* La conciencia ciertamente nos avisa y nos reprende secreta, pero eficazmente, cuando tratamos de hacer el mal; lo que sucede es que no queremos atender á sus gritos.

Januario no más me veía, y yo conocía que me quería comer de cólera con los ojos. A lo menos si ha tenido ponzoña en la vista, como cuentan los mentirosos que la tiene el basilisco, no me levanto vivo de la mesa; tal era su feroz mirar. Hay gentes que parece que toman empeño en hacer que otros salgan tan perversos como ellos, y este condenado era uno de tantos.

Por último, yo más temeroso de su enojo que de Dios, y más bien por contemporizar con su gusto que con el mío, que es lo que sucede en el mundo diariamente, resolví á armarme con una peseta al tiempo que la pagaron. Cuando el pobre dueño del dinero iba á estirar la mano para coger sus cuatro reales, ya yo los tenía en la mía. Allí fué lo de: *ese dinero es mío; no.*

sino mío: yo digo verdad, y yo también; con su poco que mucho de: *está muy bien; ahí lo veremos; donde usted quièra,* y todas las bravatas corrientes en semejantes lances, hasta que Januario, con un tono de hombre de bien, dijo al perdidoso:—Amigo, usted no se caliente. Yo ví poner á usted su peseta; pero la que el señor ha tomado, no le quede á usted duda, es suya, que yo se la acabo de prestar.

Con esto se serenó la riña, quedándose aquel infeliz sin sus mediecillos y yo habilitado con ellos.

Ya se me derretían en la mano sin acabar de ponerlos á un albur; no porque me faltara valor para apostar cuatro reales, pues ya sabéis que yo, aunque sin habilidad, sabía jugar y había jugado cuanto tenía mi madre, sino porque temía perderlos y quedarme sin comer. ¡Tal era el miedo que la hambre me había infundido el día anterior!

Januario me lo conoció, y me hizo señas para que los jugara con franqueza, pues ya él tenía segura la mamuncia.

Con esta satisfacción los jugué en cinco albures á la dobla, y cuando me ví con diez y seis pesos, creí tener un mayorazgo; ya se ve, como aquel que en muchos días no había tenido un real.

Mi compañero me hizo seña que los rehundiera, como lo verifiqué, pensando que nos íbamos á comer;

mas Januario en nada menos pensaba, antes se quedó allí hecho un postema, hasta que se acabó la partida grande, á cuyo instante me pidió el dinero, sacó él cuatro pesos y una de sus barajas, y se puso á tallar [1] diciendo: —Tírenle á este *burlotito.*

Los tahures fuertes, así que vieron el poco fondo, se fueron yendo; pero los pobretes se apuntaron luego luego, que es lo que se llama *entrar por la punta.*

El montecillo fué engrosando poco á poco, de modo que á las dos de la tarde ya tenía aquella *zanganada* como setenta pesos.

A esa hora fueron entrando dos payitos muy decentes y bien rellenos de pesos. Comenzaron á apuntarse de gordo; de á veinte y veinticinco pesos, y comenzaron á perder del mismo modo. En cada albur que yo los veía poner los chorizos de pesos se me bajaba la sangre á los talones, creyendo que en dos albures que acertaran se perdía todo nuestro trabajo, y nos salíamos sin blanca soñando que habíamos tenido, lo que á mí se me hacía intolerable, según el axioma de los tahures, de que *más se siente lo que se cría que lo que se pare.*

Pero aquellos hombres estaban, según entendí entonces, erradísimos, porque el albur en que ponían diez ó doce pesos lo ganaban; pero aquel en donde apostaban

[1] Barajar. E.

entre los dos cuarenta ó cincuenta lo perdían, así podían jugarlo con mil precauciones.

De este modo se les arrancó á los dos casi á un tiempo, y uno de ellos, al perder el último albur que iba interesado, y siendo de un caballo contra un as, vino el as; sacó los cuatro caballos, y mientras estuvo rompiendo los demás naipes, se los comió, como quien se come cuatro soletas, y hecha esta importante diligencia, se salió con su compañero, ambos encendidos como una grana, y sudando la gota tan gorda. ¡Tales eran los vapores que habían recibido!

Januario, con mucha socarra, contó trescientos y pico de pesos; le dió una gratificación al dueño de la casa, y lo demás lo amarró en su pañuelo.

Ya se lo comían los otros tahures pidiéndole barato; pero á nadie le dió medio, diciendo:—Cuando á mí se me arranca, ninguno me da nada, y así cuando gane, tampoco he de dar yo un cuarto.

No me pareció bien esta dureza, porque, aunque tan malo, he tenido un corazón sensible.

Nos salimos á la calle y nos fuímos á la fonda, que estaba cerca; comimos á lo grande, y concluída la comida, me dijo mi protector: —¿Qué tal, señor Perico, le gusta á usted la carrera? Si no se hubiera determinado á armarse con aquella apuesta ¿contara con ciento y más pesos suyos? Vaya, toma tu plata y gástala en lo

que quieras, que es muy tuya y puedes disponer de ella á tu gusto con la bendición de Dios; [1] aunque pienso que lo que conviene es que apartemos cincuenta pesos por ambos para puntero, y vayamos ahora mismo al Parián, ó más bien al Baratillo, á comprar una ropilla decente, con cuyo auxilio la pasaremos mejor, nos darán mejor trato en todas partes, y se nos facilitarán más bien las ocasiones de tener; porque te aseguro, hermano, que aunque dicen que el hábito no hace al monje, yo no sé qué tiene en el mundo esto de andar uno decente, que en las calles, en los paseos, en las visitas, en los juegos, en los bailes y hasta en los templos mismos se disfruta de ciertas atenciones y respetos. De suerte que más vale ser un pícaro bien vestido, que un hombre de bien trapiento, [2] y así vamos.

No lo dijo á sordo; me levanté al momento, cogí mi dinero, que era menos del que le tocó á Januario; pero yo lo disimulé, satisfecho de que en asunto de intereses el mejor amigo quiere llevar su ventajita.

Fuímos al Baratillo, compramos camisas, calzones, chalecos, casacas, capas, sombreros, pañuelos, zapatos, y hasta unas cascaritas de reloj ó relojes cáscaras ó maulas, pero que parecían algo.

[1] Sólo eso le faltaba, porque no puede ser bendito de Dios lo que se adquiere malamente.

[2] No hay tal. Es verdad que el mundo abunda de gentes necias que califican á la persona por su exterior, y así tal vez honran al pícaro decente; pero al primer chasco que llevan se desengañan.

Fuímos al Baratillo, compramos camisas, calzones, chalecos, casacas...

Ya habilitados, fuímos á tomar un cuarto en un mesón, mientras hallábamos una vivienda proporcionada. En esto de camas no había nada, y aunque se lo hice advertir á Januario, éste me dijo: — Ten paciencia, que después habrá para todo. Por ahora lo que importa es presentarnos bien en la calle, y más que comamos mal y durmamos en las tablas, eso nadie lo ve. ¿Qué, te parece que todos los guapos ó currutacos que ves en el público tienen cama ó comen bien? No, hijo; muchos andan como nosotros; todo se vuelve apariencia, y en lo interior pasan sus miserias bien crueles. A éstos llaman *rotos*.

Yo me conformé con todo, contentísimo con mis trapillos, y con que ya no volvía á pasar otra noche en el *arrastraderito* condenado.

Llegamos al mesón, tomamos nuestro cuarto, y nos encajamos en él locos de contento. Aquella noche no quiso Januario que fuéramos á jugar, porque, según él decía, se debía reposar la ganancia Nos fuímos á la comedia, y cuando volvimos, cenamos muy bien y nos acostamos en las tablas duras, que algo se ablandaron con los capotes viejos y nuevos.

Dormí como un niño, que es la mejor comparación, y á otro día hicimos llamar al barbero, y después de aliñados nos vestimos y salimos muy planchados á la calle.

Como nuestro principal objeto era que nos vieran

los conocidos, la primera visita fué la casa del bachiller Martín Pelayo; pero ¿cuál fué nuestra sorpresa, cuando creyendo encontrar al Martín antiguo, encontramos un Martín nuevo, y en todo diferente del que conocíamos; pues aquél era un joven tan perdulario como nosotros, y éste era un cleriguito ya muy formal, virtuoso y asentado.

Luego que entramos á su cuarto se levantó y nos hizo sentar con mucha urbanidad; nos contó cómo era diácono, y estaba para ordenarse de presbítero en las próximas témporas. Nosotros le dimos los parabienes; pero Januario trató de mezclar sus acostumbradas chocarrerías y facetadas, á las que Pelayo en un tono bien serio contestó: — ¡Válgame Dios, señor Januario! ¿Siempre hemos de ser muchachos? ¿No se ha de acabar algún día ese humor pueril? Es menester diferenciar los tiempos; en unos agradan las travesuras de niños, en otros la alegría de jóvenes, y ya en el nuestro es menester que apunte la seriedad y macicez de hombres, porque ya nos hacen gasto los barberos.

Yo no soy viejo, ni aunque lo fuera me opondría á un genio festivo. Me gustan, en efecto, los hombres alegres y joviales, de quienes se dice: *donde él está no hay tristeza.* Sí, amigos; para mí hay no cosa más fastidiosa que un genio regañón, tétrico y melancólico; huyo de ellos como de unos misántropos abominables; los juzgo

soberbios, descontentos, murmuradores, insociables y dignos de acompañar á los osos y á los tigres.

Al contrario, ya dije, estoy en mis glorias con un hombre atento, afable, instruído y alegre. La compañía de uno de ellos me deleita, me engolosina, me amarra, y seré capaz de estarme con él los días y las semanas; pues... pero ha de ser de este estambre, porque en siendo un necio, hablador, arrogante y faceto, ¿quién lo ha de sufrir?

Estos genios no son festivos, sino juglares; su carácter es ruin y sus costumbres groseras. Cuando platican, golpean; cuando quieren divertir, fastidian con sus frialdades; porque, hombres sin talento ni educación, no pueden parir buenos, alegres ni razonados conceptos; antes las chanzas de éstos ofenden las honras y las personas, y sus agudezas punzan la fama ó el corazón del prójimo.

Esto digo, amigos, deseando que eviten ese genio chocarrero á todas horas. Todo tiene su tiempo. Las matracas de Semana Santa parecerán mal á los muchachos en la pascua de Navidad, y la lama de Nochebuena no la pondrán en sus monumentitos.

Así me lo ha hecho creer la experiencia, y algunos desaires que les he visto correr á muchos facetos.

A poco rato de decir esto el padre Pelayo, mudó de conversación con disimulo; pero mi compañero, que lo

había entendido, y estaba como agua para chocolate, no aguantó mucho. Se despidió á poco rato y nos fuímos.

En la calle me dijo: —¿Qué te parece de este mono? ¡Quién no lo hubiera conocido! Ahora, porque está ordenado de Evangelio, quiere hacer del formal y arreglado; pero á otro perro con ese hueso, que ya sabemos que todas esas son hipocresías.

Yo le corté la conversación; porque me repugnaba murmurar algunas veces, y nos fuímos á otras visitas donde nos recibieron mejor y aun nos dieron de almorzar.

Así se pasó la mañana hasta que dieron las doce, á cuya hora nos fuímos al mesón; sacamos veinticinco pesos del puntero, y nos fuímos al juego.

En el camino dije á Januario: — Hombre, si van los payos, donde nos acierten un albur, nos lleva Judas.— No nos llevará, me dijo, ¡ojalá vayan! ¿Pues tú piensas que está en ellos el errar ó acertar? No, hijo, está en mis manos. Yo los conozco y sé que juegan la apretada figura, y así les amarro los albures de manera que si ponen poco, dejo que venga la figura, y si ponen harto, se las subo al lomo del naipe. Eso malo tiene el jugar cartas de afición ó una regla fija.

—¿Pues qué, tiene reglas el juego? le pregunté, y me dijo: — Lo que los tahures llaman reglas no es sino

un accidente continuado, en barajando bien, porque que venga el cuatro contra la sota, es un accidente; que venga después el siete contra el rey, es otro accidente; que venga el cinco contra el caballo, es otro, y así aunque se hagan diez ó veinte contrajudíos, no son más que diez ó veinte accidentes ó un accidente continuado. No hay mejor regla ni más segura que los *zapotes, deslomadas, rastrillazos* y otras diligencias de las que yo hago, y aun éstas tienen su excepción, que es cuando se la advierten á uno y le ganan con su juego: por eso dice uno de nuestros refranes que *contra vigiata no hay regla.* Lo demás de *judía, contrajudía, pares y nones, lugar,* y todas esas que llaman reglas, son entusiasmos, preocupaciones y vulgaridades en que vemos que incurren todos los días hombres, por otra parte nada vulgares; pero parece que en el juego nadie es dueño de su juicio. Ten, pues, entendido que no hay más que dos reglas: *La suerte y la droga.* Aquélla es más lícita, pero ésta es más segura.

En esto llegamos al juego, y Januario se sentó como siempre; pero no jugó más que un peso; porque iba con intención de poner el monte, pues, según él decía, así llevaba nuestro dinero más defensa; porque *de Enero á Enero, el dinero es del montero.*

Así que se acabó la partida pusimos nuestro burlotillo, y ganamos diez ó doce pesos, porque no fueron los

pollos gordos que esperaba; sin embargo, nos dimos por contentos y nos fuímos.

Así pasamos con esta vuelta como seis meses ganando casi todos los días, aunque fuera poco. En este tiempo aprendí cuantas fullerías me quiso enseñar Januario. Compramos camas, alguna ropa más y la pasamos como unos marqueses.

Nada me quedó que observar en dicho tiempo en asunto de juego. Conocí que es una verdad que es *el crisol de los hombres,* porque allí descubren sus pasiones sin rebozo, ó á lo menos es menester estar muy sobre sí para no descubrirlas, lo que es muy raro, pues el interés ciega y en el juego no se piensa más que en ganar.

Allí se observa el que es malcriado, ya porque se echa en la mesa, se pone el sombrero, no cede el asiento ni al que mejor lo merece, le echa el humo del cigarro en la cara á cualquiera que está á su lado, por más que sea persona de respeto ó de carácter, y hace cuantas groserías quiere sin el menor miramiento. Lo peor es que hay un axioma tan vulgar como falso que dice que *en el juego todos son iguales,* y con este parco ni los malcriados se abstienen de sus groserías, ni muchas personas decentes y de honor se atreven á hacerse respetar como debieran.

De la misma manera que el grosero descubre en el juego su falta de educación con sus majaderías y ordina-

rieces, descubre el inmoral su mala conducta con sus votos y disparates; el embustero su carácter con sus juramentos; el fullero su mala fe con sus drogas; el ambicioso su codicia con la voracidad que juega; el mezquino su miseria con sus poquedades y cicaterías; el desperdiciado su abandono con sus garbos imprudentes; el sinvergüenza su descoco con el arrojo con que pide á su sombra; el vago... pero ¿qué me canso? Si allí se conocen todos los vicios, porque se manifiestan sin disfraz. El provocativo, el truhán, el soberbio, el lisonjero, el irreligioso, el padre consentidor, el marido lenón, el abandonado, la buscona, la mala casada, y todos, todos confiesan sin tormento el pie de qué cojean; y por hipócritas que sean en la calle, pierden los estribos en el juego y suspenden toda la apariencia de virtud, dándose á conocer tales como son.

Malditas son las nulidades del juego. Una de ellas es la torpe decisión que reina en él. Al que lleva dinero hasta le proporcionan el asiento, y cuando acierta, lo alaban por un buen punto y diestro jugador; pero al que no lo lleva, ó se le arranca, ó no le dan lugar, ó se lo quitan, y de más á más dicen que es un *crestón,* término con que algunos significan que es un tonto.

En fin, yo aprendí y observé cuanto había que aprender y que observar en la carrera. Entonces me sirvió de perjuicio, y ahora me sirve de haceros ad-

vertir todos sus funestos resultados para apartaros de ella.

No os quisiera jugadores, hijos míos; pero en caso de que juguéis alguna vez, sea poco, sea lo vuestro, sea sin droga; pues menos malo será que os tengan por tontos, que no que paséis plaza de ladrones, que no son otra cosa los fulleros.

Muchos dicen que juegan *por socorrer su necesidad.* Este es un error. De mil que van al juego con el mismo objeto, los novecientos noventa y nueve vuelven á su casa con la misma necesidad, ó acaso peores, pues dejan lo poco que llevan, acaso se comprometen con nuevas drogas, y sus familias perecen más aprisa.

Habréis oído decir, ó lo oiréis cuando seáis grandes, que muchos se sostienen del juego. Yo apenas puedo creer que éstos sean otros que los que juegan con la larga, como dicen, esto es, los tramposos y ladrones, que merecían los presidios y las horcas mejor que los pillos Maderas y Paredes; [1] porque de un ladrón conocido por tal pueden los hombres precaverse; pero de éstos no.

Semejantes sujetos sí creo que se sostengan del juego alguna vez: pero los hombres de bien, los que trabajan y los que juegan como dicen, *á la buena de Dios,* lo tengo por un imposible físico, porque el juego

[1] Dos famosos ladrones que hubo en México.

hoy da diez y mañana quita veinte. Yo sé de todo y os hablo con experiencia.

Otra clase de personas se sostienen del juego, especialmente en México... ¿Nos oye alguno?... Pues sabed que éstos son ciertos señores que teniendo dinero con que buscar la vida en cosas más honestas y no queriendo trabajar, hacen comercio y granjería del juego, poniendo su dinero en distintas casas para que en ellas se pongan montes, que llaman partidas.

Como este modo de jugar es tan ventajoso para el que tiene fondo, ordinariamente ganan, y á veces ganan tanto, que algunos conozco que ruedan coche y hacen caudales. ¿Qué tal será la cosa, pues para acomodarse de *talladores ó gurupiés* con sus mercedes, se hacen más empeños que para entrar de oficial en la mejor oficina? Y con razón; porque el lujo que éstos ostentan y la franqueza con que tiran un peso, no lo puede imitar un empleado ni un coronel. Ya se ve, como que hay señorito de estos que tienen de sueldo diariamente seis, ocho y diez pesos, amén de sus buscas, que ésas serán las que quisieren.

También menudean los empeños y las súplicas para que los señores monteros envíen dinero á las casas para jugar, por interés de las gratificaciones que les dan á los dueños de ellas, que cierto que son tales, que bastan á sostener regularmente á una familia pobre y decente.

Estas son las personas que yo no negaré que se mantienen del juego; pero ¡qué pocas son! y si desmenuzamos el cómo, es menester considerarlas criminales aun á estas pocas, y después de creer de buena fe que juegan con la mayor limpieza. Y si no, pregunto: ¿se debe reputar el juego como ramo de comercio y como arbitrio honesto para subsistir de él? ¿Sí ó no? Si sí, ¿por qué lo prohiben las leyes tan rigorosamente? Y si no, ¿cómo tiene tantos patronos que lo defienden por lícito con todas sus fuerzas? Yo lo diré.

Si los hombres no pervirtieran el orden de las cosas, el juego, lejos de ser prohibido por malo, fuera tan lícito que entrara á la parte de aquella virtud moral que se llama eutrapelia; pero como su codicia traspasa los límites de la diversión, y en estos juegos de que hablamos se arruinan unos á otros sin la más mínima consideración ni fraternidad, ha sido necesario que los gobiernos ilustrados metan la mano, procurando contener este abuso tan pernicioso, bajo las severas penas que tienen prescritas las leyes contra los infractores.

El que tenga patronos que lo defiendan y prosélitos que los sigan no es del caso. Todo vicio los tiene, sin que por eso pueda calificarse de virtud, y tanto menos vigor tienen sus apologías cuanto que no las dicta la razón, sino su sórdido interés y declarado egoísmo.

¿Quiénes son las gentes que apoyan el juego y lo

defienden con tanto ahinco? Examínese, y se verá que son los fulleros, los inútiles y los holgazanes, ora considérense pobres, ora ricos; y de semejante clase de abogados es menester que se tenga por sospechosa la defensa, siquiera porque son las partes interesadas.

Decir que el juego es lícito porque es útil á algunos individuos, es un desatino. Para que una cosa sea lícita no basta que sea útil. es menester que sea honesta y no prohibida. En el caso contrario, podría decirse que eran lícitos el robo, la usura y la prostitución, porque le traen utilidad al ladrón, al usurero y á la ramera. Esto fuera un error; luego defender el juego por lícito con la misma razón es también el mismo error.

Pero sin ahondar mucho se viene á los ojos que esta decantada utilidad que perciben algunos, no equivale á los perjuicios que causa á otros muchos. ¡Qué digo no equivale! Es enormemente perjudicialísima á la sociedad.

Contemos los tunos, fulleros y ladrones que se sostienen del juego; agreguemos á éstos, aquellos que sin ser ladrones hacen caudal del juego; añadamos sus dependientes; numeremos las familias que se socorren con las gratificaciones que les dan por razón de casa; no olvidemos lo que se gasta en criados y *armadores;* [1] advirtamos lo que unos entalegan, lo que otros tiran,

[1] Este nombre damos á aquellos que andan reclutando tahures para los juegos. A éstos también se les paga su diligencia.

lo que éstos comen y lo que gastan todos; sin pasar en blanco el lujo con que gasta, viste, comé y pasea cada uno á proporción de sus arbitrios. Después de hecha esta cuenta, calculemos el numerario cotidiano que chuparán estas sanguijuelas del Estado para sostenerse á costa de él, y con la franqueza que se sostienen, y entonces se verá cuántas familias es menester que se arruinen para que se sostengan estos ociosos.

Para conocer esta verdad no es necesario ser matemático; basta irse un día á informar de juego en juego, y se verá que los más que ganan son los monteros. [1] Pregúntese á cada uno de los tahures ó puntos qué tal le fué, y por cuatro ó seis que digan que han ganado, responderán cuarenta que perdieron hasta el último medio que llevaban.

De suerte que esta proposición es evidente: *tantos cuantos se sostienen del juego, son otras tantas esponjas de la población que chupan la sustancia de los pobres.*

Todas estas reflexiones, hijos míos, os deben servir para no enredaros en el laberinto del juego, en el que, una vez metidos, os tendréis que arrepentir quizá toda la vida: porque á carrera larga, rara vez deja de dar tama-

[1] Y los banqueros de los *Imperiales*. Este es otro jueguito peor que el monte, porque incita más la codicia con el exceso del premio que ofrece. He visto á los hombres andar como locos, con el lápiz y el papel haciendo cabulas y cálculos imaginarios. ¡Caramba en el juego que después de dejar á uno sin blanca, puede despacharlo imperialmente a buscar un número á San Hipólito!

ñas pesadumbres; y aun los gustos que da se pagan con un crecido rédito de sinsabores y disgustos, como son las desveladas, las estragadas del estómago, los pleitos, las enemistades, los compromisos, los temores de la justicia, las multas, las cárceles, las vergüenzas y otros á este modo.

De todas estas cosas supe yo en compañía de Januario y de algo más; porque por fin se nos arrancó. Comenzamos á vender la ropita y todo cuanto teníamos; á *estar de malas,* como dicen los hijos de Briján; á mal comer, á desvelarnos sin fruto, á pagar multas, etc., hasta que nos quedamos como antes, y peores, porque ya nos conocían por fulleros, y nos miraban á las manos con más atención que á la cara.

En medio de esta triste situación y para coronar la obra, el pícaro Januario enredó á un payo para que pusiera un montecito, diciéndole que tenía un amigo muy hábil hombre de bien para que le tallara su dinero. El pobre payo entró por el aro y quedó en ponerlo al día siguiente. Januario me avisó lo que había pasado, diciéndome que yo había de ser el tallador.

Convenimos en que había de amarrar los albures de afuera para que él alzara, y otro amigo suyo, que había vendido un caballo para apuntarse, pusiera y desmontara, y que concluída la diligencia nos partiríamos el dinero como hermanos.

No me costó trabajo decir que sí, como que ya era tan ladrón como él.

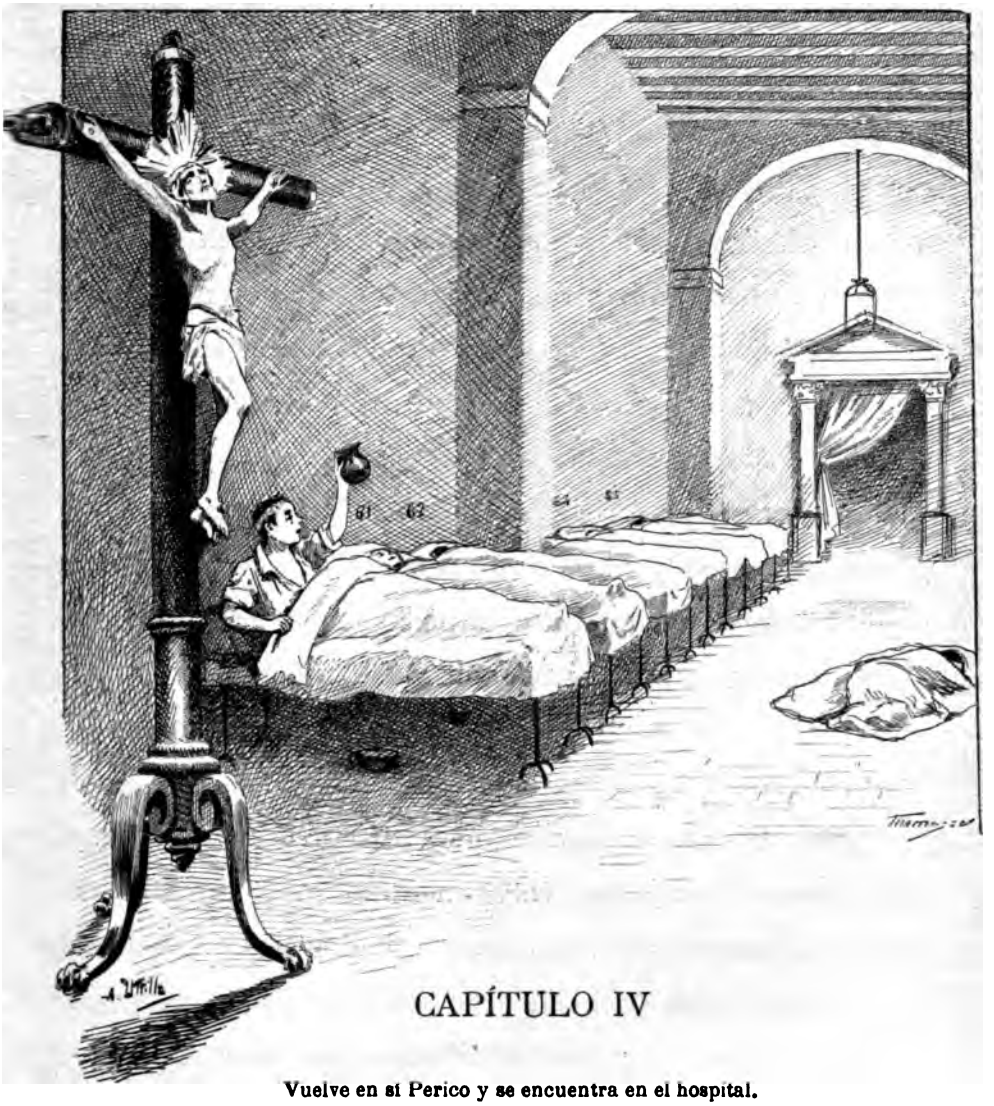
Llegó el día siguiente; fué Juan Largo por el payo, me dió éste cien pesos y me dijo: —Amito, cúidelos, que yo le daré una buena gala si ganamos. —Quedamos en eso, le respondí, y me puse á tallar á mi modo y según y como los consejos de mi endemoniadísimo maestro.

En dos por tres se acabó el monte, porque el dinero del caballo vendido eran diez pesos, y así en cuatro albures que amarré y alzó Januario, se llevó el dinero el tercero en discordia.

Éste se salió primero para disimular, y á poco rato Januario, haciéndome señas que me quedara. El pobre payo estaba lelo, considerando que ni visto ni oído fué su dinero; sólo decía de cuando en cuando: —¡Mire, señor, qué desgracia! ni me divertí. —Pero no faltó un mirón que nos conocía bien á mí y á Januario; advirtió los zapotes que yo había hecho, y le dijo al payo con disimulo, y á mis excusas, que yo había entregado su dinero.

Entonces el barbaján, con más viveza para vengarse que para jugar, me llevó á su mesón con pretexto de darme de comer. Yo me resistía no temiendo lo que me iba á suceder, sino deseando ir á cobrar el premio de mis gracias; pero no pude escaparme; me llevó el payo al mesón, se encerró conmigo en el cuarto y me

dió tan soberbia tarea de trancazos que me dislocó un brazo, me rompió la cabeza por tres partes, me sumió unas cuantas costillas, y á no ser porque al ruido forzaron los demás huéspedes la puerta y me quitaron de sus manos, seguramente yo no escribo mi vida; porque allí llega su último fin. Ello es que quedé á sus pies privado de sentido, y fuí á despertar en donde veréis en el capítulo que sigue.



CAPÍTULO IV

**Vuelve en sí Perico y se encuentra en el hospital.
Critica los abusos de muchos de ellos. Visítalo Januario. Convalece. Sale á la calle.
Refiere sus trabajos. Indúcelo su maestro á ladrón, él se resiste
y discuten los dos sobre el robo**

Yo aseguro que si el payo me hubiera matado se hubiera visto en trapos pardos, pues la ley lo habría acusado de alevoso, como que pensó y premeditó el hecho, y me puso verde á palos sin defensa, cuya venganza, por

su crueldad y circunstancias, fué una vileza abominable; pero no se quedó atrás la mía de haberle entregado á otros su dinero en cuatro albures.

Alevosía y traición indigna fué la suya, y la mía fué traición y vileza endiablada; mas con esta diferencia: que él cometió la suya irritado y provocado por la mía, y la que yo hice, no sólo fué sin agravio, sino después de ofrecida por él una buena gala.

De modo que, vista sin pasión, la vileza que yo cometí fué peor y más vergonzosa que la de él; y así si me matara en aquel día, muerto me habría quedado y con razón; porque si no debemos dañar ni defraudar á nadie, mucho menos á aquel que hace confianza de nosotros.

Casi de esta misma manera discurría yo conmigo dos horas después que volví en mí, y me hallé en una cama del hospital de San Jácome, [1] adonde me condujeron de orden de la justicia.

A poco rato llegó un escribano con sus correspondientes satélites á tomarme declaración del hecho. Ya se deja entender que yo estaba rabiando y en un puro grito, así por los dolores agudísimos que me causaban la dislocación y fracturas, como por los que sufrí en la curación, que fué un poco tosca y *tomajona,* como de hospital al fin.

[1] No hay hospital de este título en México. Este disimulo es para que la crítica no recaiga sobre ningún hospital determinado. Los abusos que se critican son ciertos. ¡Ojalá se remedien!

Estar yo de esta manera, y entrar el escribano conjurándome y amenazándome para que confesara con él mis pecados y delante de tanta gente que allí había, fué un nuevo martirio que me atormentó el espíritu, que era lo que me faltaba que doler.

Por último, yo juré cuanto él quiso; pero dije lo que convenía, ó á lo menos lo que no me perjudicaba. Referí el hecho, omitiendo la circunstancia del *entrego*, y dije con verdad que yo no conocía á mi enemigo, ni lo había visto otra vez en toda mi vida. De este modo se concluyó aquel acto, firmé la declaración con mil trabajos, y se marchó el señor escribano con su comitiva.

Como las heridas de la cabeza eran muchas y bien dadas, no se podía restañar la sangre fácilmente; cada rato se me soltaba, y con tanta pérdida me debilité, en términos que me acometían frecuentes desmayos, y tantos, que se creyó que eran síntomas mortales, ó que bajo alguna contusión hubiese rota alguna entraña.

Con estos temores trataron de que viniese el capellán, como sucedió en efecto. Me confesé con harto miedo, porque al ver tanto preparativo, yo también tragué que me moría; pero mi miedo no hizo mejor mi confesión. Ya se ve: ella fué de prisa, sin ninguna disposición y entre mil dolores; ¿qué tal saldría ella? Mala de fuerza. Confesión de apaga y vámonos. Apenas se acabó, trajeron el Viático, y yo cometí otro nuevo sacri-

legio, y conocí cuán contingentes son las últimas disposiciones cristianas cuando se hacen en un lance tan apurado como el mío.

En estas cosas serían ya las once de la noche. Yo no había querido tomar nada de alimento, porque no lo apetecía, ni menos podía conciliar el sueño por los agudos dolores que padecía, pues no tenía, como dicen, hueso sano; pero, sin embargo, la sangre se detuvo, y un practicante me tomó el pulso, me hizo morder una cuchara y hacer no sé qué otras faramallas, y decretó que no moría en la noche.

Con esta noticia se fueron á acostar los enfermeros, dejándome junto á la cama una escudilla con atole y un jarrito con bebida, para que yo la tomara cuando quisiera.

No dejó de consolarme algún tanto el pronóstico favorable del mediquín, y yo mismo me tomaba el pulso de cuando en cuando por ver si estaba muy débil, y hallándolo así y más de lo que yo quería, me resolví á la una de la mañana á tomar mi atole y mi trusco de pan, aunque con repugnancia, por fortalecerme un poco más.

Con mil trabajos tomé la taza, y rempujando los tragos con la cuchara, embaulé el atolillo en el estómago.

Muchas consideraciones hice sobre la causa de mi

mal, y siempre concedía la razón al payo.—No hay duda, decía yo, él me ha puesto á la muerte; pero yo tuve la culpa, pícaro, por traidor. ¡Cuántos merecen iguales castigos por iguales crímenes!

Cansado de filosofar funestamente y á mala hora, pues ya no había remedio, me iba quedando dormido, cuando los ayes de un moribundo que estaba junto á mí interrumpieron mi sueño y pude percibir que con una lánguida voz, que apenas se oía, se auxiliaba solo, el miserable, diciendo: —¡Jesús, Jesús, ten misericordia de mí!

El temor y la lástima que me causó aquel triste espectáculo me hicieron esforzar la voz cuanto pude, y les grité á los enfermeros: —¡Hola! amigos, levántense que se muere un pobre. —Cuatro ó cinco veces grité, y, ó no me oían aquellos pícaros, ó se hacían dormidos, que fué lo que tuve yo por más cierto; y así, enfadado de su flojera, á pesar de mis dolores, les tiré con el jarro de la bebida con tan buen tino, que los bañé mal de su grado.

No pudieron disimular, y se levantaron hechos unos tigres contra mí, hartándome á desvergüenzas; pero yo, valiéndome del sagrado de mi enfermedad, los enfrené diciéndoles con el garbo que no esperaban: —Pícaros, indolentes, faltos de caridad, que os acostáis á roncar, debiendo alguno quedar en vela para avisar al padre

capellán de guardia si se muere algún enfermo, como ese pobrecito que está espirando. Yo mañana avisaré al señor mayordomo, y si no os castiga, vendrá el escribano y le encargaré avise estos abusos al excelentísimo señor Virrey y le diga de mi parte que estabais borrachos.

Se espantaron aquellos flojos con mis amenazas y cavilosidades, y me suplicaron que no avisara al superior. Yo se los ofrecí con tal que tuviesen cuidado de los pobres enfermos.

Entretanto teníamos este coloquio, murió el infeliz por quien me incomodé, de suerte que cuando fueron á verlo, ya era ánima.

En cuanto aquellos enfermadores ó enfermeros vieron que ya no respiraba, lo echaron fuera de la cama calentito como un tamal, lo llevaron al depósito casi en cueros, y volvieron al momento á rastrear los trebejos que el pobre difunto dejó, y se reducían á un cotón y unos calzones blancos viejos, sucios y de manta; un eslaboncito, su rosario y una cajilla de cigarros que no creo que la probó el infeliz.

En tanto que el aire, se hizo la hijuela y partición de bienes, tocándole á uno, de los dos que eran, los calzones y el rosario, y al otro el cotón y el eslaboncito; y sobre á quién le había de tocar la cajilla de cigarros trabaron una disputa tan altercada, que por poco rematan

á porrazos, hasta que otro enfermo les aconsejó que se partieran los cigarros y tiraran el papel de la cubierta.

Aprobaron el consejo, lo hicieron así; se fueron á acostar, y yo me quedé murmurando la cicatería é interés de semejantes *muebles;* pero como á las tres de la mañana me dormí, y tan bien, que fué señal evidente de que habían calmado mis dolores.

A otro día me despertaron los enfermeros con mi atole que no dejé de tomar con más apetencia que el anterior. A poco rato entró el médico á hacer la visita acompañado de sus aprendices. Habíamos en la sala como setenta enfermos, y con todo eso no duró la visita quince minutos. Pasaba toda la cuadrilla por cada cama, y apenas tocaba el médico el pulso al enfermo, como si fuera ascua ardiendo, lo soltaba al instante, y seguía á hacer la misma diligencia con los demás, ordenando los medicamentos según era el número de la cama, verbigracia decía: número 1, sangría; número 2, id.; número 3, régimen ordinario; número 4, lavativas emolientes; número 5, bebida diaforética; número 6, cataplasma anodina, y así no era mucho que durara la visita tan poco.

Por un yerro de cuenta me pusieron á mí en la sala de medicina, debiéndome haber zampado en la de cirugía, y esta casualidad me hizo advertir los abusos que voy contando. Sin duda en mi cama, que era la 60, había

muerto el día antes algún pobre de fiebre, y el médico, sin verme ni examinarme, sólo vió el recetario, y el número de la cama, y creyendo que yo era el febricitante, dijo: —Número 60, cáusticos y líquidos. — ¡Cáusticos y líquidos! exclamé yo. ¡Por María Santísima, que no me martiricen ni me lastimen más de lo que estoy! Ya que ayer no me mató el payo á palos, no quieran ustedes, señores, matarme hoy de hambre ni á quemadas.

A mis lamentos hicieron advertir al doctor que yo no era el febricitante, sino un herido. Entonces, cargándose de razón para encubrir su atolondramiento, preguntó: —¿Pues qué hace aquí? A su sala, á su sala.

Así se concluyó la visita, y quedamos los enfermos entregados al brazo secular de los practicantes y curanderos. De que yo ví que á las once fueron entrando dos con un cántaro de una misma bebida, y les fueron dando su jarro á todos los enfermos, me quedé frío.—¿Cómo es posible, decía yo, que una misma bebida sea á propósito para todas las enfermedades? Sea por Dios.

Después entró el cirujano y sus oficiales, y me curaron en un credo; pero con tales estrujones y tan poca caridad, que á la verdad ni se los agradecí; porque me lastimaron más de lo que era menester.

Llegó la hora de comer, y comí lo que me dieron, que era... ya se puede considerar. A la noche siguió la

cena de atole, y á otro pobre del número 36, que estaba casi agonizando, le pusieron frente de la cama un crucifijo con una vela á los pies, [1] y se fueron á dormir los enfermeros dejando á su cuidado que se muriera cuando se le diera la gana.

Dos meses estuve yo mirando cosas que apenas se pueden creer y que sería de desear se remediaran.

Ya estaba convaleciendo cuando un día entró á verme Januario envuelto en un zarape roto, con un sombrero de mala muerte, en pechos de camisa [2] con un calzoncillo roto y mugriento, y unos zapatos de vaqueta abotinados y más viejos que el sombrero.

Como yo no lo dejé tan mal parado, ni lo había conocido tan trapiento, me asusté pensando que había alguna gran novedad, y que por eso venía disfrazado mi amigo; pero él me sacó del temor que me había infundido, diciéndome que aquel traje era el propio y el único que tenía, porque los cuidados le habían seguido como á los perros los palos; que desde el día de mi desgracia no había podido alzar cabeza; que todo el asunto se puso entre los jugadores, y que ya no le daban lugar en ningún juego, porque todos lo trataban de entregador; que el mismo día, luego que me echó menos y supo que

[1] A esta ceremonia de indolencia y poca caridad llaman en los más hospitales *poner el Tecolote.*

[2] Este modo de hablar es vulgar. Ya se sabe que quiere decir que no tenía ni chupa, ni chaleco.

había ido con el payo, temió lo que pasó, y á la noche fué á informarse al mesón, donde le dijeron que mi heridor así como se recobró de la cólera y advirtió el desaguisado que había hecho, temeroso de la justicia, ensilló su caballo y tomó las de Villadiego, con tal ligereza, que cuando los alguaciles fueron á buscarlo, ya él estaba lejos de México; que el pícaro del compañero que apostó los albures se marchó también con el dinero sin saberse á dónde, de suerte que no le tocó al dicho Januario un real de su diligencia; [1] que á pie y andando fué éste en su busca hasta Chilapa, donde le dijeron que se había ido; que hizo su viaje en vano; que se juntó con otros hábiles y se fué de misión [2] á Tixtla, pensando hacer algo, porque había fiesta; pero que el subdelegado era opuestísimo á los juegos, y no pudo hacer nada; que de limosna se mantuvo y se volvió á México; que dos días antes había llegado, y luego que se informó que todavía estaba yo en el hospital me vino á ver; que estaba pereciendo, y últimamente, que deseaba que yo saliera para que entre los dos viéramos lo que hacíamos.

Toda esta larga relación me hizo Januario, y no en

[1] Muchas veces sucede esto mismo á algunos, que se exponen y previenen un robo y otros son los aprovechados.

[2] Los tunos llaman *ir á misión* ó *ir de misión* á ciertas viajatas que hacen fuera de las ciudades á robar con la baraja á los infelices que se descuidan y caen en sus manos. En rara entrada de cura ó subdelegado, ó fiestecita, no hay de estos misioneros malditos. Son la polilla de los pueblos. Suelen mil veces ir sin un real, desnudos y á pata, y volver á caballo, vestidos y con muchos pesos que han robado. Sería bueno que todos los jueces hiciesen lo que el de Tixtla; esto es, no consentirlos en sus territorios.

compendio. Yo le conté el pormenor de mis desgracias, y él me contestó: — Hermano, ¡qué se ha de hacer! el que está dispuesto á las maduras, ha de estarlo también á las duras. Así como estuviste conforme y gustoso con los pesos que ganaste, así lo debes estar con los palos que has llevado. Eso tiene nuestra carrera, que tan pronto logramos buenas aventuras, como tenemos que sufrir otras malas. Lo mismo dijera si hubiera sucedido conmigo; pero no te desconsueles; acaba de sanar que no siempre ha de estar la mar en calma. Si salieres cuando yo no lo sepa, búscame en el *arrastraderito* de aquella noche, porque no tengo otra casa por ahora; pero ni tú tampoco. Ya sabes que somos amigos viejos. — Con esto se despidió Januario dejándome en el hospital, en donde me dieron de alta á los tres días como á los soldados.

Salí sano, según el médico; pero según lo que renqueaba, todavía necesitaba más agua de calahuala y más parchazos; mas ¿qué había de hacer? El facultativo decía que ya estaba bueno, y era menester creerlo, á pesar de que mi naturaleza decía que no.

Salí por fin todo entelerido y entrapajado; pero ¿á dónde salí? A la calle, porque casa no la conocía, y salí peor de lo que entré, porque mis trapillos estaban malos á la entrada, pero salieron desahuciados. No sé en qué estuvo.

Pobre y trapiento, solo, enfermo, y con harta hambre, me anduve asoleando todo el día en pos de mi protector Januario, á cuyas migajas estaba atenido, sin embargo de que lo consideraba punto menos miserable que yo.

Mis diligencias fueron vanas, y era la una del día y yo no tenía en el estómago sino el poquito de atole que bebí en el hospital por la mañana, por señas de que al tomarlo me acordé de aquel versito que dice:

Este es el postrer atole
Que en tu casa he de beber.

Ello es que ya no veía de hambre, pues así por la pérdida de sangre que había sufrido, como por el mal pasaje del hospital, estaba debilísimo.

No hubo remedio; á las tres de la tarde me quité la chupa en un zaguán y la fuí á empeñar. ¡Qué trabajo me costó que me fiaran sobre ella cuatro reales! Pues no pasaron de ahí, porque decían que ya no valía nada; pero por fin los prestaron, me habilité de cigarros y me fuí á comer á un bodegón.

Algo se contentó mi corazón luego que se satisfizo mi estómago. Anduve toda la tarde en la misma diligencia que por la mañana, y saqué de mis pasos el mismo fruto, que fué no hallar á mi compañero; pero después que anocheció y dieron las ocho, me entró

mucho miedo pensando que si me quedaba en la calle estaba tan de vuelta, que podría ser que me encontrara una ronda ó una patrulla y fuera á amanecer á la cárcel.

Por estos temores me resolví á irme al *arrastraderito,* que se me hacía tan duro como el hospital mismo; pero la necesidad atropella por todo.

Llegué á la maldita zahurda con real y medio, pues antes me cené medio de fríjoles en el camino. Entré sin que nadie me reconviniera y ví que estaba la mesita del juego como cuadro de ánimas, pero de condenados.

Como catorce ó diez y seis gentes había allí, y entre todos, no se veía una cara blanca ni uno medio vestido. Todos eran lobos y mulatos encuerados, que jugaban sus medios con una barajita que sólo ellos la conocían según estaba de mugrienta.

Allí se pelaban unos á otros sus pocos trapos, ya empeñándolos, y ya jugándolos al remate, quedándose algunos como sus madres los parieron, sin más que un *maxtle,* como le llaman, que es un trapo con que cubren sus vergüenzas, y habiendo pícaro de estos que se enredaba con una frazada en compañía de otro á quien le llamaba su *caledor.*

Abundaban en aquel infierno abreviado los juramentos, obscenidades y blasfemias. El juego, la concurrencia, la estrechez del lugar y el chinguirito tenían

aquello ardiendo en calor, apestando á sudor, y hecho... ya lo comparé bien, un infierno.

Luego que vieron que me arrimé á la mesa á ver jugar, pensando que tenía dinero, me proporcionaron por asiento la esquina de un banco que tenía una estaca salida y se me encajaba por mala parte, dejándome hecho monito de vidrio.

Sin embargo de mi incomodidad, no me levanté, considerando que entre aquella gente era demasiada cortesía. Saqué mediecillo y comencé á jugar como todos.

No tardé mucho en perderlo, y seguí con otro que corrió la misma suerte en menos minutos, y no quise jugar el tercero por reservarlo para pagar la posada.

Ya me iba á levantar, cuando el coime me conoció y me dijo: — Usted ¿á quién venía á buscar? Yo le dije que á don Januario Carpeña (que así se apellidaba mi compañero). Rieron todos alegremente luego que respondí, y viendo que yo me había ciscado con su risa, me dijo el coime: — ¿Acaso usted buscará á Juan Largo el entregador, aquel con quien vino la otra noche? — No lo pude negar; dije que al mismo, y me contestó: — Amigo, pues ése no es don ni doña, cuando más y mucho, será don Petate, y don Encuerado como nosotros...

A este tiempo fué entrando el susodicho, y luego

que lo vieron, comenzaron todos á darle broma, diciéndole: —¡Oh, don Januario! ¡Oh, señor don Juan Largo! Pase su merced. ¿Dónde ha estado? —y otras sandeces, que todas se reducían á mofarlo por su tratamiento que yo le había dado.

Él no me había visto, y como lo ignoraba todo, estaba como tonto en vísperas, hasta que uno de los encuerados, para sacarlo de la duda, le dijo: —Aquí ha venido preguntando por el caballero don Januario Garrapiña ó Garrapeña el señor, —y diciendo esto me señaló.

No bien me vió Januario, cuando exaltado de gusto no tuvo su amistad expresiones más finas con que saludarme que echarse á mis brazos y decirme: —*¿Es posible, Periquillo Sarniento, que nos volvemos á ver juntos?*— En cuanto aquellos hermanos oyeron mi sobrenombre, renovaron los caquinos, y comenzaron á indagar su etimología, cuya explicación no les negó Januario.

Aquí fué el mofarme y el *periquearme* todos á cual más, como que al fin eran gente soez y grosera; yo, por más que me incomodé con la burla, no pude menos sino disimular y hacerme á las armas, como dicen vulgarmente; porque si hubiera querido ser tratado de aquella canalla según merecían mis principios, les hubiera dado mayor motivo de burlarme. Estos son los chascos á que se expone el hombre flojo, perdido y sinvergüenza.

Cuando me vieron tan jovial y que, lejos de amohinarme les llevaba el barreno, se hicieron todos mis amigos y camaradas, marcándome por suyo, pues según decían, era yo un muchacho corriente, y con esta confianza nos comenzamos todos á *tutear* alegremente. Costumbre ordinaria de personas malcriadas, que comienza en son de cariño y las más veces acaba con desprecios, aun entre sujetos decentes. [1]

Cátenme ustedes ya cofrade de semejante comunidad, miembro de una academia de pillos y socio de un complot de borrachos, tahures y *cuchareros*. ¡Vamos, que en aquella noche quedé yo aventajadísimo y acabé de honrar la memoria de mi buen padre!

¿Qué hubiera dicho mi madre si hubiera visto metido en aquella indecentísima chusma al descendiente de los Ponces, Tagles, Pintos, Velascos, Zumalacárreguis y Bundiburis? Se hubiera muerto mil veces, y otras tantas habría resuelto ponerme al peor oficio, antes que dejarme vagabundo; pero las madres no creen lo que sucede, y aun les parece que estos ejemplos se quedan en meros cuentos, y que aun cuando sean ciertos no hablan con sus hijos. En fin, nos acostamos como pudimos los que nos quedamos allí, y yo pasé la noche como Dios quiso.

[1] El tratamiento de *tú*, lejos de aumentar la amistad, como se creen algunos vulgares, la disminuye; porque á la demasiada confianza ordinariamente sigue el menosprecio, á éste el sentimiento, al sentimiento el enojo, y... ¡adiós amistad! Un tratamiento político y cariñoso conserva los buenos amigos.

Seis ú ocho días estuve entre aquella familia, y en ellos me dejó Januario sin capote, pues un día me lo pidió prestado para hacer no sé qué diligencia; se lo llevó y me dejó su zarape. A las cuatro de la tarde vino sin él, quedándome yo muerto de susto cuando me contó mil mentiras, y remató con que el capote estaba empeñado en cinco pesos.—¡En cinco pesos, hombre de Dios!—dije yo. ¿Cómo puede ser eso, si está tan roto y remendado que no vale veinte reales?—¡Oh, qué tonto eres! me contestó; si vieras los lances que hice con los cinco pesos, te hubieras azorado; ya sabes que soy trepador. Me llegué á ver como con... yo te diré. Quince y siete son veintidós, y... ¿nueve? treinta y uno... ¿y doce? en fin, como con cincuenta pesos, por ahí.—¿Y qué es de ellos? pregunté.—¿Qué ha de ser? dijo Januario: que estaba yo jugando la *contrajudía* cerrada; le puse todo el dinero á un tres contra una sota, y...—Acaba de reventar, le dije; vino la sota y se llevó el diablo el dinero ¿no es eso?—Sí, hermano, eso es; ¡pero si vieras qué tres tan chulo! *chiquito, contrajudío, nones, lugar de afuera...*[1]

[1] Llaman *regla*, los jugadores, á cualquier orden de cartas ó combinaciones que eligen para jugar. Así es que grande y chica es una regla, y ésta no tiene que explicar, pues que dos cartas que se echan sobre la mesa, una tiene tantos superiores, y ésa es grande; así como la que tiene tantos menores es chica. Si una, por ejemplo, es 4 y la otra 3, la primera será grande y la segunda chica. Judía, quiere decir la más grande en las figuras y la más chica en las cartas blancas. — *Contrajudía*, viceversa. Pares y nones, los números pares ó impares; pero la gracia está en saber distinguirlos cuando las dos cartas son de una misma clase, v. gr. salieron 2 y 4, ambos son pares; ¿cuál será el par y cuál el non? Salieron 7 y 5, ¿cuál de los dos es el par? Esto lo explican con alguna confusión; pero sabiéndose que la *mayor conserva su valor* se aclara todo. Así es

¡vamos, si todas las llevaba el maldito tres! —¡Maldito seas tú, y el tres, y el cuatro, y el cinco, y el seis, y toda la baraja, que ya me dejaste sin capote! ¡Voto á los diablos! ser la única alhaja que yo tenía, mi colchón, mi cama y todo, ¿y dejarme tú ahora hecho un *pilhuanejo?* — No te apures, me dijo Januario, yo tengo un proyecto muy bien pensado que nos ha de dar á los dos mucho dinero, y puede sea esta noche; pero has de guardar el secreto. Por ahora ahí tenemos el *zarape* que bien puede servirnos á ambos.

Yo le pregunté qué cosa era. Y él, llevándome á un rincón del cuartito, me dijo: — Mira, es menester que cuando uno está como nosotros se arroje y se determine á todo; porque peor es morirse de hambre. Sábete, pues, que cerca de aquí vive una viuda rica, sin otra compañía que una criada, no de malos bigotes, á la que yo le he echado mis polvos, aunque nada he logrado. Esta viuda ha de ser la que esta noche nos socorra, aunque no quiera. — ¿Y cómo? le pregunté.— A lo que Januario me dijo: — Aquí en la pandilla hay

que, en el primer caso, el 4 es par y el 2 non. En el segundo caso, 7 es non y 5 par. En las figuras hoy la sota representa 8, el caballo 9 y el rey 10; pero en la época de que se habla en la obra, como las barajas tenían ochos y nueves, la sota representaba 10, el caballo 11 y el rey 12. Así es que siempre, para los pares y nones, quedan sujetos á la regla general de *la mayor*, etc. — *Lugar de dentro y de afuera.* El primero es en el que se echa la primera carta que sale ó el que en las carpetas ó cueros está marcado con el núm. 1, y el segundo con el núm. 2.

Hay otras muchísimas reglas que se inventan, según el capricho de cada jugador; pero esta nota debe reducirse á aquellos de que hace mención la obra en este lugar. E.

un compañero que le dicen *Culás* el *Pípilo,* que es un mulatillo muy vivo, de bastante espíritu y grande amigo mío. Éste me ha proporcionado el que esta misma noche entre diez y once vayamos á la casa, sorprendamos á las dos mujeres, y nos habilitemos de reales y de alhajas, que de uno y otro tiene mucho la viuda.

Todo está listo; ya estamos convenidos, y tenemos una ganzúa que hace á la puerta perfectamente. Sólo nos falta un compañero que se quede en el zaguán, mientras que nosotros avanzamos. Ninguno mejor que tú para el efecto. Conque aliéntate, que por una chispa de capote que te perdí te voy á facilitar una porción considerable de dinero.

Asombrado me quedé yo con la determinación de Januario, no pudiendo persuadirme que fuera capaz de prostituirse hasta el extremo de declararse ladrón; y así, lejos de determinarme á acompañarlo, le procuré disuadir de su intento, ponderándole lo injusto del hecho, los peligros á que se exponía y el vergonzoso paradero que le esperaba si por una desgracia lo pillaban.

Me oyó Januario con mucha atención, y cuando hice punto, me dijo: — No pensaba que eras tan hipócrita ni tan necio, que te atrevieras á fingir virtud y á darle consejos á tu maestro. Mira, mulo; ya yo sé que es injusto el robo y que tiene riesgos el oficio; pero dime: ¿qué cosa no los tiene? Si un hombre gira por el comer-

cio, puede perderse; si por la labor del campo, un mal temporal puede desgraciar la más sazonada cosecha; si estudia, puede ser un tonto, ó no tener créditos; si aprende un oficio mecánico, puede echar á perder las obras, pueden hacerle drogas ó salir un *chambón;* si gira por oficinista, puede no hallar protección, y no lograr un ascenso en toda su vida; si emprende ser militar, pueden matarlo en la primera campaña, y así todos.

Conque si todos tuvieran miedo de lo que puede suceder nadie tendría un peso, porque nadie se arriesgara á buscarlo. Si me dices que solicitarlo de los modos que he pintado es justo, tanto como es inicuo el que yo te propongo, te diré que robar no es otra cosa que quitarle á otro lo suyo sin su voluntad; y según esta verdad el mundo está lleno de ladrones. Lo que tiene es que unos roban con apariencias de justicia y otros sin ellas; unos pública, otros privadamente; unos á la sombra de las leyes y otros declarándose contra ellas; unos exponiéndose á los balazos y á los verdugos, y otros paseando y muy seguros en sus casas. En fin, hermano, unos roban á lo divino y otros á lo humano; pero todos roban. [1] Conque así, esto no será motivo poderoso que

[1] Sólo Januario podía hablar con tanta generalidad, porque era un perdido. De la abundancia del corazón se vienen á la boca las palabras. No todos roban; pero son tantos los ladrones y puede tanto el interés, que apenas hay de quién fiar. Se pierden los hombres de bien entre los que no lo son, y en asunto de intereses no son comunes los que hacen mucho escrúpulo, ya de defraudar ó ya de quedarse con lo ajeno. Esta es una verdad amarga, pero es una verdad. Examinémosla sin pasión.

me aparte de la intención que tengo hecha; porque *mal de muchos..., etc.*

¿Qué más tiene robar con plumas, con varas de medir, con romanas, con recetas, con aceites, con papeles, etc., etc., etc., que robar con ganzúas, cordeles y llaves maestras? Robar por robar, todo sale allá, y ladrón por ladrón, lo mismo es el que roba en coche que el que roba á pie; y tan dañoso á la sociedad ó más es el asaltador en las ciudades que el salteador de caminos.

No me arrugues las cejas ni comiences á escandalizarte con tus mocherías. Esto que te digo, no es sólo porque quiero ser ladrón; otros lo han dicho primero que yo, y no sólo lo han dicho, sino que lo han impreso, y hombres de virtud y de sabiduría, tales como el padre jesuíta Pedro Murillo Velarde, en su Catecismo. Oye lo que se lee en el lib. II, cap. XII, fol. 177:

«Son innumerables los modos, géneros, especies y maneras que hay de hurtar (dice este padre). Hurta el chico, hurta el grande, hurta el oficial, el soldado, el mercader, el sastre, el escribano, el juez, el abogado; y aunque no todos hurtan, todo género de gente hurta. Y el verbo *rapio* se conjuga por todos modos y tiempos. [1] Húrtase por activa y por pasiva, por circunlo-

[1] Como decir de presente: yo hurto, tú hurtas, aquél hurta; nosotros hurtamos, vosotros hurtáis, aquéllos hurtan. De pretérito: yo hurté, tú hurtaste, aquél hurtó, etc. De futuro: yo hurtaré, tú hurtarás, y así todos los demás tiempos y personas. ¡Qué desgracia! muchos no saben ni leer y conjugan este verbo sin turbarse.

quio y por participio de futuro en *rus.*» Hasta aquí dicho autor.

¿Qué te parece, pues? Y donde hay tanto ladrón, ¿qué bulto haré yo? Ninguno ciertamente; porque un garbanzo más no revienta una olla. ¿Tú sabes los que se escandalizan de los ladrones y de sus robos? Los de su oficio, tonto. Esos son sus peores enemigos; por eso dice el refrán, que *siente un gato que otro araña.*

No me acuerdo si en un libro viejo titulado *Deleite de la discreción*, ó en otro llamado *Floresta española*, pero seguramente en uno de los dos, he leído aquel cuento gracioso de un loco muy agudo que había en Sevilla, llamado Juan García, el cual, viendo cierta ocasión que llevaban un ladrón al suplicio, comenzó á reir á carcajada tendida, y preguntado que de qué se reía en un espectáculo tan funesto, respondió: — *Me río de ver que los ladrones grandes llevan á ahorcar al chico.* — Aplique usted, señor Perico.

—Todo lo que saco por conclusión, le respondí, es que cuando un hombre está resuelto, como tú, á cualquiera cosa, por mala que sea, interpreta á su favor los mismos argumentos que son en contra. Todo eso que dices tiene bastante de verdad. Que hay muchos ladrones, ¿quién lo ha de negar, si lo vemos? Que el hurto se palia

con diferentes nombres, es evidente, y que las más veces se roba con apariencias de justicia, es más claro que la luz; pero todo esto no prueba que sea lícito el hurtar. ¿Acaso por qué en las guerras, justas ó injustas, se matan los hombres á millares, se probará jamás que es lícito el homicidio? La repetición de actos engendra costumbre, pero no la justifica, si ella no es buena de por sí.

Tampoco prueba nada lo que dice el padre Murillo, porque lo dijo satirizando y no aplaudiendo el robo. Pero por no deberte nada, te he de pagar tu cuentecito con otro, que también he leído en un libro de jesuíta, y tiene la recomendación de probar lo que tú dices, y lo que yo digo, esto es, que muchos roban, pero no por eso es lícito el robar. Atiéndeme:

«Pintó uno en medio de un lienzo un príncipe, y á su lado un ministro que decía: *Sirvo á éste solo, y de éste me sirvo.* Después un soldado que decía: *Mientras yo robo, me roban éstos.* A seguida un labrador diciendo: *Yo sustento, y me sustento de estos tres.* A su lado un oficial que confesaba: *Yo engaño, y me engañan estos cuatro.* Luego un mercader que decía: *Yo desnudo cuando visto á estos cinco.* Después un letrado: *Yo destruyo cuando amparo á estos seis.* A poco trecho un médico: *Yo mato cuando curo á estos siete.* Luego un confesor: *Yo condeno cuando*

absuelvo á estos ocho. Y á lo último un demonio extendiendo la garra, y diciendo: *Pues yo me llevo á todos estos nueve.* Así, unos por otros encadenados, los hombres van estudiando los fraudes contra el séptimo precepto, y bajando encadenados al infierno.» Hasta aquí el cristiano, celoso y erudito padre Juan Martínez de la Parra, en su plática moral 45, folio 239 de la edición 24.ª, hecha en Madrid el año 1788.

Conque ya ves cómo, aunque todos roban, según dices, todos hacen mal, y á todos se los llevará el diablo, y yo no tengo ganas de entrar en esa cuenta.

—Estás muy mocho, me dijo Januario, y á la verdad esa no es virtud sino miedo. ¿Cómo no escrupulizas tanto para hacer una droga, para arrastrar un muerto, ni armarte con una parada, que ya lo haces mejor que yo? ¿Y cómo no escrupulizaste para entregar los cien pesos del payo? Pues bien sabes que todos esos son hurtos con distintos nombres.

—Es verdad, le respondí; pero si lo hice fué instigado de tí, que yo por mí solo no tengo valor para tanto. Conozco que es robo y que hice mal; y también conozco que de estas estafas, trampas y drogas se va para allá; esto es, para ladrones declarados. Yo, amigo, no quiero que me tengas por virtuoso. Supón que me recelo de puro miedo; mas cree infali-

blemente que no tengo ni tantitas apetencias de morir ahorcado.

Así estuvimos departiendo un gran rato, hasta que nos resolvimos á lo que sabréis, si leéis el capítulo que viene detrás de éste.

CAPITULO V

En el que nuestro autor refiere su prisión, el buen encuentro de un amigo que tuvo en ella y la historia de éste

Después de muchos debates que tuvimos sobre la materia antecedente, le dije á Januario: — Últimamente, hermano, yo te acompañaré á cuanto tú quieras como no sea á robar; porque á la verdad no me estira ese oficio, y antes quisiera quitarte de la cabeza tal tontera.

Januario me agradeció mi cariño; pero me dijo que si yo no quería acompañarlo, que me quedara; pero que le guardara el secreto, porque él estaba resuelto á salir de miserias aquella noche, topara en lo que topara: que

si la cosa se hacía sin escándalo, según tenían pensado él y el Pípilo, á otro día me traería un capote mejor que el que me había jugado, y no tendríamos necesidades.

Yo le prometí guardarle el más riguroso silencio, dándole las gracias por su oferta y repitiéndole mis consejos con mis súplicas; pero nada bastó á detenerlo. Al irse me abrazó, y me puso al cuello un rosario diciéndome:—Por si tal vez por un accidente no nos viéremos, ponte este rosarito para que te acuerdes de mí.—Con esto se marchó, y yo me quedé llorando; porque le quería, á pesar de conocer que era un pícaro. No sé qué tiene la comunicación contraída y mantenida desde muchachos que engendra un cariño de hermanos.

Fuése mi amigo, y yo pasé tristísimo lo restante de la tarde, sintiendo su abandono y temiendo una funesta desgracia. A las nueve de la noche no cabía yo en mí, extrañando al compañero: y al modo de los enamorados, me salí á rondarlo por aquella calle donde me dijo que vivía la viuda.

Embutido en una puerta y oculto á la merced del poco alumbrado de la calle, observé que como á las diez y media llegaron á la casa destinada al robo dos bultos, que al momento conocí eran Januario y el Pípilo: abrieron con mucho silencio; emparejaron la puerta, y yo me fuí con disimulo á encender un cigarro en la vela del farol del sereno que estaba sentado en la esquina.

Luego que llegué lo saludé con mucha cortesía; él me correspondió con la misma, le dí cigarro, encendí el mío, y apenas empezaba yo á enredar conversación con él, esperando el resultado de mi amigo, cuando oimos abrir un balcón y dar unos gritos terribles á una muchacha, que sin duda fué la criada de la viuda: —*¡Señor sereno, señor guarda, ladrones! ¡corra usted por Dios, que nos matan!*

Así gritaba la muchacha, pero muy seguido y muy recio. El guarda, luego luego se levantó; chifló lo mejor que pudo, y echó unas cuantas bendiciones con su farol en medio de las bocacalles para llamar á sus compañeros, y me dijo: —Amigo, deme usted auxilio; tome mi farol y vamos.

Cogí el farol, y él se terció su capotito y enarboló su chuzo; pero mientras hizo estas diligencias se escaparon los ladrones. El Pípilo, á quien conocí por su sombrero blanco, pasó casi junto á mí, y por más que corrió el sereno y yo (que también hice que corría), fué incapaz darle alcance, porque le nacieron alas en los pies. No le valió al sereno gritar: —*¡Atájenlo, atájenlo!* pues aquellas calles son poco acompañadas de noche y no había muchos atajadores.

Ello es que el Pípilo se escapó, y con menos susto Januario, que tomó por la otra bocacalle, por donde no hubo sereno ni quien lo molestara para nada.

Entretanto, llegaron otros dos guardas, y casi tras ellos una patrulla. La muchacha todavía no cesaba de dar gritos en el balcón, pidiendo *un padre,* asegurando que habían matado á su ama. A sus voces acudieron todos y entramos en la casa.

Lo primero que encontramos fué á la dicha muchacha llorando en el corredor, diciéndonos:—¡Ay, señores! un padre y un médico, que ya mataron á mi ama esos indignos.

El sargento de la patrulla con dos soldados, los serenos y yo, que no dejaba el farol de la mano, entramos en la recámara donde había la señora tirada en su cama, la cual estaba llena de sangre, y ella sin dar muestras de vida.

La vista horrorosa de aquel espectáculo sorprendió á todos, y á mí me llenó de susto y de lástima; de susto, por el riesgo que corría Januario si lo llegaban á descubrir, y de lástima, considerando la injusticia con que habían sacrificado aquella víctima inocente á su codicia.

A poco rato llegaron casi juntos el médico y el confesor, á quienes fué á llamar un soldado por orden del sargento, luego que éste desde la calle oyó los gritos de la muchacha.

En cuanto llegaron, se acercó el sacerdote á la cama, y viendo que ni por moverla ni por hablarla se

movía, la absolvió bajo de condición, y se retiró á un lado.

Entonces se acercó el médico, y como más práctico, advirtió que estaba privada, y que aquella sangre era un achaque mujeril. Salímonos á la sala, ya consolados de que no era la desgracia que se pensaba, mientras entre el médico y la moza curaron caseramente á la enferma.

Concluída esta diligencia y vuelta en sí del desmayo, llamó el sargento á la criada para que viera lo que faltaba en la casa. Ella la registró toda, y dijo que no faltaba más que el cubierto con que estaba cenando su ama, y el hilito de perlas que tenía en el cuello; porque luego que uno de los ladrones cargó con ella para la cama, el otro se embolsó el cubierto; y sin ser bastante ó sin advertir á detener á la que daba esta razón, salió al balcón y comenzó á gritar al sereno, á cuyos gritos no hicieron los ladrones más que salirse á la calle corriendo.

Yo estaba con el farol en la mano, desembozado el zarape y con aquella serenidad que infunde la inocencia; pero la malvada moza, mientras estaba dando esta razón, no me quitaba un instante la vista, repasándome de arriba abajo. Yo lo advertí; pero no se me daba nada, atribuyéndolo á que no le parecía muy malote.

Preguntóle el sargento si conocía á alguno de los ladrones, y ella respondió: — Sí, señor, conozco á uno que se llama señor Januario, y le dicen por mal nombre

Juan Largo, y no sale de este truquito de aquí á la vuelta, y este señor lo ha de conocer mejor que yo.— A ese tiempo me señaló, y yo me quedé mortal, como suelen decir. El sargento advirtió mi turbación y me dijo: — Sí, amigo, la muchacha tiene razón sin duda. Usted se ha inmutado demasiado, y la misma culpa lo está acusando. ¿Usted será quizá el sereno de esta calle? — No, señor, le dije yo; antes cuando la señora salió al balcón á gritar, estaba yo chupando un cigarro con el sereno, y nosotros fuímos los primeros que venimos á dar el auxilio. Que lo diga el señor.

Entonces el sereno confirmó mi verdad; pero el sargento, en vez de convencerse, prosiguió: — Sí, sí; tan buena maula será usted como el sereno. ¿Serenos? ¡ah! ahorcados los vea yo á todos por alcahuetes de los ladrones; si éstos no tuvieran las espaldas seguras con ustedes, si ustedes no se emborracharan, ó se durmieran, ó se alejaran de sus puestos, era imposible que hubiera tantos robos.

El sereno se apuraba y juraba atestiguando conmigo que no estaba retirado ni durmiendo; pero el sargento no le hizo caso, sino que preguntó á la muchacha: — ¿Y tú, hija, en qué te fundas para asegurar que éste conoce al ladrón? — ¡Ay, señor! dijo la muchacha; en mucho, en mucho. Mire su *mercé,* ese *zarape* que tiene el señor, es el mismo del señor Juan Largo, que yo lo

conozco bien, como que cuando salía á la tienda ó á la plaza no más me andaba atajando, por señas que ese rosario que tiene el señor es mío, que ayer me agarró ese pícaro del descote de la camisa y del rosario, y me quería meter en un zaguán, y yo estiré y me zafé, y hasta se rompió la camisa; mire su *mercé,* y mi rosario se le quedó en la mano y se reventó; por señas que ha de estar *añidido,* y le han de faltar cuentas, y es el cordón nuevecito; es de cuatro y de seda rosada y verde, y en esa bolsita que tiene ha de tener dos estampitas; una de mi amo señor san Andrés Avelino y otra de santa Rosalía.

Frío me quedé yo con tanta seña de la maldita moza, considerando que nada podía ser mentira, como que el rosario había venido por mano de Januario, y ya él me había contado la afición que le tenía.

El sargento me lo hizo quitar; descosió la bolsita, y dicho y hecho; al pie de la letra estaba todo, conforme había declarado la muchacha. No fué menester más averiguación. Al instante me trincaron codo con codo con un portafusil, sin valer mis juramentos ni alegatos, pues á todos ellos contestó el sargento: — Bien, mañana se sabrá cómo está eso.

Con esto me bajaron la escalera, y la moza bajó también á cerrar la puerta, y viendo que no podía meter la llave, advirtió que el embarazo era la ganzúa que

abían dejado en la chapa. La quitó y se la entregó al sargento. Cerró su puerta y á mí me llevaron al vivac principal.

Luego que me entregaron á aquella guardia, preguntaron sus soldados á mis conductores que por qué me llevaban. Y ellos respondieron que por *cucharra*, esto es, por ladrón. Los preguntones me echaron mil tales, y como que se alegraron de que hubiera yo caído, á modo que fueran ellos muy hombres de bien. Escribieron no sé qué cosa, y se marcharon; pero al despedirse, dijo el sargento á su compañero: —Tenga usted cuidado con ése, que es reo de consecuencia.

No bien oyó el sargento de la guardia tal recomendación, cuando me mandó poner en el cepo de las dos patas.

La patrulla se fué; los soldados se volvieron á encger en su tarima; el centinela se quedó dando el *qu vive* á cuantos pasaban, y yo me quedé batallando el dolor del cepo, el molimiento del envigado, una r titud de chinches y pulgas que me cercaron, y, lo de todo, un confuso tropel de pensamientos triste me acometieron de repente.

Ya se deja entender qué noche pasaría yo. N pegar los ojos en toda ella, considerando el te ...do á que me veía reducido sin

ni beberlo, sólo por haber conservado la amistad de un pícaro.[1]

Amaneció por fin; se tocó la diana, se levantaron los soldados echando votos, como acostumbran, y cuando llegó la hora de dar el parte, lo despacharon al mayor de plaza, y á mí amarrado como un cohete entre los soldados para la cárcel de corte.

Luego que entré del boquete al patio tocaron una campana, que según me dijeron después era diligencia que se hacía con todos los presos, para que el alcaide y los guardianes de arriba estuviesen sobre aviso de que había preso nuevo.

En efecto, á poco rato oí que comenzó uno á gritar: —*¡Ese nuevo, ese nuevo para arriba!* Advirtiéronme los compañeros que á mí me llamaban, y el presidente, que era un hombretón gordo, con un chirrión amarrado en la cintura, me llevó arriba y me metió en una sala larga, donde en una mesita estaba el alcaide, quien me preguntó cómo me llamaba, de dónde era y quién me había traído preso. Yo, por no manchar mi generación, dije que me llamaba *Sancho Pérez*, que era natural de Ixtlahuaca y que me habían traído unos soldados del Principal.

Apuntaron todo esto en un libro y me despacharon.

[1] A muchos les sucede lo mismo, y no enmiendan á los jóvenes estos ejemplos. El amigo bueno se debe conservar á toda costa, y del malo se debe huir luego que se conoce; porque más vale andar solo, etc.

Luego que bajé me cobró el presidente dos y medio, y no sé cuánto de *patente*. Yo, que ignoraba aquel idioma, le dije que no quería asentarme en ninguna cofradía en aquella casa, y así, que no necesitaba de patente. El cómitre maldito, que pensó que me burlaba de él, me dió un bofetón que me hizo escupir sangre, diciéndome: —¡So tal (y me lo encajó), nadie se mofa de mí, ni los hombres, *contimás* un mocoso! La patente se le pide, y si no quieres pagarla, harás la limpieza, so cucharero. —Diciendo esto se fué, y me dejó, pero me dejó en un mar de aflicciones.

Había en aquel patio un millón de presos. Unos blancos, otros prietos; unos medio vestidos, otros decentes; unos empelotados, otros enredados en sus pichas; pero todos pálidos, y pintada su tristeza y su desesperación en los macilentos colores de sus caras.

Sin embargo, parece que nada se les daba de aquella vida; porque unos jugaban albures, otros saltaban con los grillos, otros cantaban, otros tejían medias y puntas, otros platicaban, y cada cual procuraba divertirse, menos unos cuantos más fisgones que se rodearon de mí á indagar cuál era el motivo de mi prisión.

Yo les contesté ingenuamente, y así que me oyeron se separaron riendo, y en un momento ya me conocían entre todos por *cuchara*.

Nadie me consolaba, y todo el interés que mani-

festaron por saber la causa de mi arresto fué una simple curiosidad. Pero para que se vea que en el peor lugar del mundo hay hombres buenos, atended.

Entre los que escucharon el examen que me hacían los presos fisgones estaba un hombre como de cuarenta años, blanco y no de mala presencia, vestido con sólo su camisa, unos calzones de pana azul, una manga morada, botas de campo, ó campaneras, como llamamos, zapatos abotinados y sombrero blanco tendido. Éste, luego que me dejaron solo, se acercó á mí, y con una afabilidad nueva para mí en aquellos lugares, me dijo: — Amiguito, ¿gusta usted de un cigarro? — Y me lo dió, sentándose junto á mí. Yo lo tomé agradeciéndole su comedimiento, y él me instó para que fuera á su calabozo á almorzar de lo que tenía. Torné á manifestarle mi gratitud y me fuí con él.

Luego que llegamos á su departamento, descolgó un *tompeate* que tenía en la pared, sacó un *trusco* [1] de queso y una torta de pan, y lo puso en mis manos diciéndome: — La posada no puede ser peor, ni hay cosa mejor que ofrecerle á usted; pero ¿qué hemos de hacer? Comamos esto poco que Dios nos da, estimando usted mi afecto y no el agasajo; porque éste es bastante corto y grosero.

Yo me admiraba de escuchar unos comedimientos semejantes á un hombre al parecer tan ordinario, y entre asombrado y enternecido le dije: —Le doy á usted infinitas gracias, señor, no tanto por el agasajo que me hace, cuanto por el interés que manifiesta en mi desgraciada suerte. A la verdad que estoy atónito, y no acabo de persuadirme cómo puede hallarse un hombre de bien, como debe ser usted, en estos horrorosos lugares, depósitos de la iniquidad y de la malicia.

El buen amigo me contestó: —Es cierto que las cárceles son destinadas para asegurar en ella á los pícaros y delincuentes; pero algunas veces otros más pícaros y más poderosos se valen de ellas para oprimir á los inocentes, imputándoles delitos que no han cometido, y regularmente lo consiguen á costa de sus cábalas y artificios, engañando la integridad de los jueces más vigilantes; pero, según el dictamen de usted, sin duda yo me he engañado en el mío.

—¿Pues cuál es el de usted? le dije. —El mío, me contestó, es el que acabo de decir, esto es, que aunque el instituto de las cárceles sea asegurar delincuentes, la malicia de los hombres sabe torcer este fin y hacer que sirvan para privar de su libertad á los hombres de bien en muchos casos, de lo que tenemos abundancia de ejemplares que nos eximen de más pruebas.

Conforme á este mi parecer, y no sé por qué par-

ticular simpatía, me compadeció usted luego que ví el mal tratamiento que le hizo el presidente, y formé idea de que era usted un hombre de bien, y que tal vez lo había sepultado en estas mazmorras algún enemigo poderoso como á mí; mas ya usted me ha hecho variar de pensamiento, pues cree que en las cárceles no puede haber sino reos criminales, y así me persuado ahora que usted, como joven sin experiencia, habrá delinquido, más por miseria humana que por malicia; pero cuando así sea, hijo mío, no crea usted que me escandalizo, ni menos que lo dejo de amar y de compadecer; porque en el hombre se debe aborrecer el vicio, pero nunca la persona. Por tanto, pídale usted licencia al presidente para venirse á ese calabozo, y si le tiene miedo, yo se la pediré, y pondrá usted su cama, cuando se la traigan, junto á la mía, así para servirse de mí en lo poco que sea útil, como para que se libre de las mofas de los demás presos, que como gente muy vulgar, sin principios ni educación alguna, se entretienen siempre burlándose con los pobres nuevos que vienen á ser inquilinos de estas cuadras.

Yo le retorné mis agradecimientos, añadiendo: — No puedo menos que considerar en usted un hombre muy sensible y muy de bien, ó más propiamente, un genio bienhechor que se digna dedicarse á ser mi ángel tutelar en el desamparo en que me hallo, y me he aver-

gonzado de haberme explicado con tanta necedad, que pude persuadir á usted que creía que cuantos están en las cárceles son pícaros, pues ciertamente cuando usted no fuera una de las excepciones de esta regla, yo mismo soy una prueba contraria al mal juicio que había formado de las cárceles...

—Según eso, interrumpió el amigo, ¿usted no ha venido aquí por ningún delito?— Ya se ve que no, dije.

Y en seguida le conté punto por punto mi vida y milagros hasta la época infeliz de mi prisión.

El compañero me atendió con mucha cortesía, y luego que hube concluído, me dijo:—Amigo, la sencillez con que usted me ha referido sus aventuras, me confirma en el primer concepto que hice luego que lo ví; esto es, que usted era un mozo bien nacido y que había venido por una desgracia imprevista, aunque es constante que no padece sin delito. No robó ni cooperó al robo; pero ¡ay, amigo! tiene usted sobre sí las lágrimas que arrancó á su madre y tal vez la muerte, que probablemente le anticipó con sus extravíos, y los delitos que se cometen contra los padres claman al cielo por la venganza. Por ahora no hay más que conocer esta verdad, arrepentirse y confiar en la divina Providencia, que, aun cuando castiga, siempre dirige sus decretos á nuestro bien. Por lo que toca á mí, ya le dije, cuente con

un amigo y con mis infelices arbitrios, que los emplearé gustosísimo en servirlo.

Por tercera vez le dí las gracias, conociendo que su oferta no era de boca, como las que se usan comunmente; y picándome la curiosidad de saber quién sería aquel hombre amable, no pude contenerme, sino que con pocos circunloquios le supliqué me hiciera el favor de imponerme de sus infortunios. A lo que él me contestó con mucho agrado diciéndome:

—Don Pedro, cuando no fuera por corresponder á la confianza que usted ha usado conmigo, contándome sus tragedias, haría de buena gana lo que me suplica, porque es sabido y cierto que las penas comunicadas cuando no sanan se alivian. En esta inteligencia, ha de saber usted que yo me llamo Antonio Sánchez; mis padres fueron de buena cuna y arreglada conducta, y ambos tuvieron un florido capital, del que yo habría disfrutado si la Providencia no me hubiera destinado á padecer desde que ví la luz primera; bien que no me quejo de mi suerte cuando recuerdo mis desgracias, pues sería un blasfemo si hablara con resentimiento de un Dios que me ama infinitamente más que yo mismo, y quien infaliblemente todo lo dispone para mi beneficio; pero sólo en tono de la relación de mi vida digo: que desde que nací fuí desgraciado, porque mi madre murió en el momento que salí de sus entrañas, y ya se sabe que esta orfandad desde

el nacimiento acarrea una larga serie de fatalidades á los que hemos tenido esta desventura.

Mi buen padre no perdonó fatiga, gasto ni cuidado para suplir esta falta; y así entre nodrizas, ayas y criadas pasé mi puerilidad con aquella alegría propia de la edad, sin dejar de aprender aquellos principios de religión, urbanidad y primeras letras, en que no se descuidó de instruirme mi amante padre, con aquel esmero y cariño con que se tratan por los buenos padres los primeros y únicos hijos.

Quince años contaba yo cuando el mío me puso en el colegio, donde permanecí tres muy contento y lleno de inocentes satisfacciones, que se me acabaron con el fallecimiento de su merced, quedando bajo la tutela del albacea, cuyo nombre dejo en silencio por no descubrir enteramente al autor de mis desgracias. Ya usted conocerá por esta expresión que mi albacea en poco tiempo concluyó con mis bienes, dejándome en las garras de la indigencia, y cuando ya no tuvo que hacer, se fugó de Orizaba, de donde soy natural, sin dejarme siquiera recomendado á su corresponsal que tenía en México.

Éste, luego que supo su ausencia y el funesto motivo que la había ocasionado, fué al colegio, borró colegiatura, me llevó á su casa, me impuso de mi triste situación, concluyendo con decirme, que él era un pobre cargado de familia, que se compadecía de mi desgracia;

pero que no podía hacerse cargo de mí, y así que solicitara la protección de mis parientes y viera lo que hacía.

Considere usted qué tal me quedaría con semejante noticia. Tenía entonces diez y ocho años y ninguna experiencia; pero por especial favor de Dios ni había contraído ningún vicio vergonzoso ni pensaba á lo muchacho; y así le dije, que dentro de ocho días resolvería lo que había de hacer y le avisaría.

En el momento fuí á ver á un estudiante pobre y hombre de bien, á quien, después de contarle mis desgracias, le encargué que me vendiese mi cama, libros, manto, turca, reloj y cuanto consideré que podía valer algo.

En efecto, mi amigo hizo la diligencia con eficacia y prontitud, y al segundo día me trajo ciento y pico de pesos. Le dí su gratificación, y cambié la mayor parte en oro, comprando con el resto una manga y unas botas semiviejas.

Hecha esta diligencia, fuí á los mesones á buscar un pasajero que estuviera de viaje para mi tierra. Por fortuna no fué vana mi solicitud; hallé un arriero que iba á llevar cigarros y traer tabaco, y por diez pesos ajusté con él mi marcha. Entonces avisé mi determinación al corresponsal de mi albacea, quien me la aprobó, y despidiéndome de él y de su familia, me fuí al mesón y á los dos días partimos para Orizaba.

No me pareció este viaje como los anteriores que había hecho por el mismo camino, cuando iba á vacaciones, especialmente en vida del señor mi padre; mas era otro tiempo y era forzoso acomodarme á las circunstancias.

Llegué por fin á la expresada villa sin novedad, y recelando algún despego en uno que otro pariente que tenía acomodado, determiné ir á apearme en casa de unas tías viejas que conocía me amaban y no se desdeñarían de hospedarme.

No salió falso mi modo de pensar; porque luego que me vieron las pobrecillas comenzaron á llorar, como que sabían primero que yo mis infortunios, me abrazaron y me internaron á la casita, asegurándome que la mirara como mía.

Les manifesté mi gratitud lo mejor que pude, diciéndoles pensaba en acomodarme en alguna tienda, hacienda ó cosa semejante para comenzar á aprender á ganar el pan con el sudor de mi frente, que era ya lo único á que podía aspirar.

Las benditas viejas se enternecían con estas cosas, y yo redoblaba mis agradecimientos á sus sentimientos expresivos.

Seis días contaba yo de hospedaje en su casa, cuando una tarde entró en ella un señor muy decente, á quien yo no conocía y mis tías trataban con confianza,

porque le lavaban y cosían su ropa cuando transitaba por allí, y valiéndose de su comunicación le dijeron: —Señor don Francisco, ¿conoce usted á este niño?—Señalándome. El caballero dijo que no, y ellas añadieron: —Es nuestro sobrino Antoñito, el hijo de su amigo de usted, nuestro difunto don Lorenzo Sánchez, que en paz descanse.

—¿Es posible, dijo el caballero, que este joven desgraciado es el hijo de mi amigo? ¿Y qué hace aquí, en este traje tan indecente? ¿No estaba en el colegio?—Sí, señor, respondieron mis tías; pero como su albacea echó por ahí todo su patrimonio, se halla el pobrecillo reducido á buscar en qué ganar la vida con su trabajo, y mientras, se ha venido con nosotras.

—Ya tenía yo noticia de la fechoría de ese bribón, dijo el caballero, pero no lo quería creer. ¿Y qué, amiguito, nada le dejó á usted?—Nada, señor, le contesté; de suerte que para poder trasladarme á esta villa tuve que vender manto, cama, libros y otras frioleras.

—¡Válgame Dios! ¡pobre joven! prosiguió el don Francisco. ¡Ah pícaros, pícaros albaceas, que tan mal desempeñáis los encargos de los testadores, enriqueciéndoos con lo ajeno y dejando por puertas á los miserables pupilos!

Amiguito, no se desanime usted; sea hombre de bien, que no todos los que tienen qué comer han here-

dado, así como las horcas no suspenden á cuantos ladrones hay, que si así lo hicieran, no se pasearan riendo tantos albaceas ladrones que hay como el de su padre de usted. ¿Sabe usted escribir razonablemente? — Señor, le dije, verá usted mi letra.—Y en seguida escribí en un papel no sé qué.

Le gustó mucho mi letra, y me examinó en cuentas, y viendo que sabía alguna cosa, me propuso que si quería irme con él á tierra adentro, donde tenía una hacienda y tienda, que me daría quince pesos cada mes el primer año, mientras me adiestraba, á más de plato y ropa limpia.

Yo ví el cielo abierto con semejante destino, que entonces me pareció inmejorable, como que no tenía ninguno, ni esperanza de lograrlo; y así admití al instante, dándole yo y mis tías muchas gracias.

El caballero debía partir al día siguiente á su destino, y así me dijo que desde aquella hora corría yo por su cuenta, que me despidiera de mis tías y me fuera con él á su posada.

Resolví hacerlo así, y saqué de la faltriquera cuatro onzas de oro que me habían quedado de la realización de mis haberes, dándole tres de ellas á mis tías, que no querían admitir, por más que yo porfiaba en que las recibieran, asegurándolas que no las había reservado con otro objeto que el dárselas luego que me acomo-

dara, que ya había llegado ese caso, y de consiguiente el de que yo les manifestara mi gratitud.

Con todo esto rehusaban mis tías el admitirlas, hasta que mi amo (que ya es menester nombrarlo así) les dijo que las recibieran, pues yo á su lado nada necesitaría.

Tomáronlas por fin, y despedímonos entre lágrimas, abrazos y propósito de escribirnos. A otro día salimos de Orizaba, y al mes y días llegamos á Zacatecas, donde estaba la ubicación de mi amo.

Antes de ponerme en su tienda hizo llamar al sastre y á la costurera, y con la mayor presteza se me hizo ropa blanca y de color, ordinaria y de gala, comprándoseme cama, baúl y todo lo necesario.

Yo estaba contento, pero azorado al ver su munificencia, considerando que, según lo que había gastado en mí y mi ruin sueldo de quince pesos, ya estaba yo vendido por cuatro ó cinco años cuando menos.

Ya habilitado de esta suerte y recomendándome con el título de su ahijado, me entregó en la tienda á disposición del cajero mayor.

No acabaría si circunstanciadamente quisiera contar á usted los favores que le debí á este mi nuevo padre, pues así lo amaba, y él me quiso como á hijo, porque era viudo y no tuvo sucesión. Baste decir á usted que en doce años que viví con él me apliqué tanto, trabajé con tal tesón y fidelidad y le gané de tal modo la vo-

luntad, que yo fuí, no sólo el cajero mayor y el árbitro de sus confianzas, sino que llenaba la boca llamándome hijo, y yo le correspondía tratándole de padre.

Pero como los bienes de esta vida no permanecen, llegó el tiempo de que se me acabara el poco que había logrado de descanso.

Un sujeto á quien había fiado en la administración de la Real Hacienda, quebró y cubrió mi amo esta falta con la mayor parte de sus intereses, y á seguida le acometió una terrible fiebre de la que falleció al cabo de quince días, dejándome lleno de dolor, que procuraba desahogar en vano con mis lágrimas, las que no enjugué en mucho tiempo, sin embargo de verme heredero de todo cuanto le había quedado, que después de realizado se redujo á ocho mil pesos.

Traté de separarme de aquella tierra, así para no tener á la vista objetos que me renovasen cada día el sentimiento de su falta, como para atender y recoger á una de mis pobres tías que había quedado.

Con esta determinación me hice de una libranza para Veracruz, y marché con dos mozos y mi equipaje para mi tierra. Llegué en pocos días, tomé una casa, la equipé, y á la primera visita que hice á mi bienhechora tía, me la llevé á ella.

Fuí después á Veracruz, empleé mis mediecillos y me dediqué á la viandancia, en la que no me fué mal,

pues en seis años ya mi capitalito ascendía á veinte mil pesos.

La que llaman fortuna parece que se cansaba pronto de serme favorable. Contraje amistad estrecha con dos comerciantes ricos de Veracruz, y éstos me propusieron que si quería entrar á la parte con ellos en cierta negociación de un contrabando interesante que estaba á bordo de la fragata *Anfitrite*. Para esto me mostraron las facturas originales de Cádiz, sobre cuyos precios designaba el dueño para sí una muy corta utilidad; pues siendo todos los efectos ingleses, escogidos y comprados también por alto, el interesado se contentaba con un quince por ciento; pero con la condición de que antes de desembarcarlos, se debía poner el dinero en su poder, siendo el desembarque de cuenta y riesgo de los compradores.

Yo me mosqueé un poco con tal condición, pero los compañeros me animaron, asegurándome que eso era lo de menos, pues ya estaban comprados los guardas; que una noche se verificaría el desembarco por la costa en dos botes ó lanchas del mismo puerto.

Como la codicia agitada por el interés atropella por todo, fácilmente convine con mis camaradas, creyendo hacerme de un principal respetable en dos meses.

Con esta resolución procuré realizar cuanto tenía, y puse mi plata en poder de mis amigos, quienes celebra-

ron el trato con el marino, poniendo todo el importe de la memoria á su disposición.

Todo estaba facilitado para desembarcar seguramente el contrabando, y se hubiera verificado, si uno de los mismos guardas comprados no hubiera hecho una de las suyas, dando al virreinato la más cabal y circunstanciada noticia del desembarque clandestino, con cuya diligencia se tomaron contra nosotros las precauciones y providencias que exigía el caso, de modo que cuando lo supimos fué cuando el cargamento estaba en tierra y decomisado.

No nos valió diligencia para rescatarlo, y tomamos escapar las personas. Yo era de los tres el más pobre, y sin duda el más codicioso; porque invertí todo mi capital en la negociación, por cuya razón lo perdí todo.

Cáteme usted de la noche á la mañana sin blanca, y perdido en una hora todo lo que había adquirido en diez y ocho años de trabajo.

Poco faltó para desesperarme, y más cuando murió la pobre de mi tía, que no pudo resistir este golpe; pero en fin, procuré hacer como dicen, de tripas corazón, y vendiendo lo poco que me quedó, y cobrando algunos picos que me debían, me junté con cerca de dos mil pesos, y con ellos comencé de nuevo á trabajar; pero ya con tan poco puntero lo más que hacía era mantenerme.

En este tiempo ¡locuras de los hombres! en este

tiempo se me antojó casarme, y de hecho lo verifiqué con una niña de la villa de Jalapa, quien á una cara peregrina reunía una bella índole y un corazón sencillo; en fin, era una de aquellas muchachas que ustedes los mexicanos llaman payas.

Las muchas prendas que poseía y el conocimiento que yo tenía de ellas, me la hacían cada día más amable, y por tanto, le procuraba dar gusto en cuanto ella quería.

Entre lo que quiso, fué venir á México para ver lo que le habían contado de esta ciudad, á donde jamás había venido. No necesitó más que insinuármelo para que yo dispusiera el traerla... ¡Ojalá y nunca lo hubiera pensado!

Serían como dos mil y trescientos pesos con los que emprendí mi marcha para esta capital, á donde llegué con mi esposa muy contento, pensando gastar los trescientos pesos en pasearla, y emplear los dos mil en algunas maritatas, volviéndome á mi tierra dentro de un mes, satisfecho de haber dado gusto á mi mujer y con mi capitalito en ser; ¡pero qué errados son los juicios de los hombres! Diversos planes tenía trazados la Providencia para castigar mis excesos y acrisolar el honor de mi consorte.

Posamos en el mesón del Angel, y luego luego mandé llamar al sastre para que le hiciese trajes del día, en cuya operación, como bien pagado, no se tardó mucho

tiempo; porque las manos de los artesanos se mueven á proporción de la paga que han de recibir.

A los dos días trajo el sastre los vestidos, que le venían á mi mujer como pintados, pues era tan hermosa de cara como gallarda de cuerpo. Fuera de que, aunque era payita, no era de aquellas payas silvestres y criadas entre las vacas y cerdos de los ranchos; era una de las jalapeñas finas y bien educadas, hija de un caballero que fué capitán de una de las compañías del regimiento de Tres Villas; y por aquí conocerá usted cuán poco tendría que aprender de aquel garbo, ó lo que llaman *aire de taco* las cortesanas.

Efectivamente, luego que comencé á presentarla en los paseos, bailes, coliseo y tertulias, advertí con una necia complacencia que todos celebraban su mérito, y muchos con demasiada expresión. ¿Quién creerá que era yo tan abobado que pensaba que no había ningún riesgo en las adulaciones y lisonjas que la prodigaban? Así era, y yo las correspondía con gratitud; y aun hacía más en mi daño, que era franquearla en cuantos lugares públicos podía, congratulándome de que festejaran su mérito y envidiaran mi dicha. ¡Necio! Yo ignoraba que la mujer hermosa es una alhaja que excita muy vivamente la codicia del hombre, y que el honor en estos casos se aventura con exponerla con frecuencia á la curiosidad común; mas...

Aquí llegaba la conversación de mi amigo, cuando la interrumpieron unos gritos que decían:—*Ese nuevo; anda, Sancho Pérez, anda, cucharero; anda, hijo de p...* —Mi amigo me advirtió que sin duda á mí me llamaban. Era así, y yo tuve que dejar pendiente su conversación.

CAPÍTULO VI

Cuenta Periquillo lo que le pasó con el escribano, y don Antonio continúa contándole su historia

Suspendí la conversación de mi amigo, según dije, para ir á ver qué me querían. Subí lleno de cólera al ver el tratamiento tan soez que me daba aquel *meco, mulato* ó demonio de gritón (que era un preso destinado al efecto de llamar á los demás), que fué el que me condujo á la misma sala ó cuadra donde me asentó el alcaide; pero no me llevó á su mesa, sino á otra, donde estaba un

figurón prietusco y regordete, que por los ojos centelleaba el fuego que abrigaba su corazón.

Luego que llegamos allí me dijo el picarón: — Éste es el señor secretario que llama á usted. — El tal escribano entonces volvió la cara, y echándome una mirada infernal, me dijo: — Espérate ahí. — El gritón se fué, y yo me quedé un poco retirado de la mesa, y muy fruncido, esperando que acabara de moler á un pobre indio que tenía delante.

Luego que despachó á éste, me llamó, y haciéndome poner la señal de la cruz, me dijo: — ¿Que si sabía lo que era jurar? Que por ningún caso debía mentir ni quebrantar el juramento; sino decir la verdad en lo que supiere y fuere preguntado, aunque me ahorcaran. ¿Que si juraba hacerlo así? — Yo respondí afirmativamente, y él añadió con una gravedad de un varón apostólico: — Si así lo hicieres, Dios te ayude; y si no, te lo demande.

Concluída esta formalidad, comenzó á preguntarme: ¿Quién era yo? ¿Cómo me llamaba? ¿Qué calidad, cuántos años, qué oficio y estado tenía? ¿De dónde era? De manera que ya estaba yo desesperado con tantas preguntas, creyendo que llevaba traza de preguntarme de qué color eran las primeras mantillas que me pusieron.

Tantas preguntas y repreguntas pararon en que me hizo contarle cuanto quiso acerca del modo con que había adquirido el rosario de la moza, de la amistad que

llevaba con Januario, de los conocidos del truquito, y de otras cosillas de estas, que á mí entonces me parecieron menudencias.

Así que escribió como dos pliegos de papel, me hizo que los firmara, después de lo cual me envió á mi destino.

Bajéme muy contento, deseando acabar de oir la tragedia de mi amigo, á quien hallé recostado en su cama, divertido con la lectura de un libro.

Luego que me vió, cerrólo, y sentándose en la cama me preguntó que cómo me había ido. Yo le respondí que ni bien ni mal, pues la llamada se redujo á hacerme mil preguntas el escribano y á escribir dos pliegos de papel, los que firmé, y quedé expedito para volver á gustar de su amable conversación.

Él me contestó con urbanidad, y me dijo: — Esas preguntas que han hecho á usted se llama tomar la declaración preparatoria. Es menester que tenga usted muy presente lo que ha respuesto para que no se enrede ó se contradiga cuando le tomen la confesión con cargos, que es el paso más serio de la causa, y del que depende, las más veces, el buen ó mal éxito de los reos.

—¡Vírgen Santísima! eso sí está malo, dije, porque hoy me hicieron una infinidad de preguntas y de cosas que muchas me parecieron frioleras. ¿Quién se acordará

después de todo lo que yo contesté á ellas? ¿Y de aquí á cuándo será la confesión con cargos?

—Eso va largo, dijo don Antonio; porque como el robo no fué cuantioso, es regular que no haya parte que agite, y en este caso la causa se seguirá de oficio; y como estas causas no producen, por lo regular, costas á los escribanos, porque los delincuentes no tienen tras que caer, las dejan dormir cuanto quieren, y vea usted cómo su confesión con cargos la puede esperar de aquí á tres meses, por ahí por ahí.

—Mucho me desconsuela esa noticia, le dije, por dos razones: la primera, por la dilación que me espera en esta infame casa; y la segunda, porque en tanto tiempo es muy fácil que me olvide de lo que ahora respondí.

—Por lo que toca á la dilación, me contestó mi amigo, no es mucha. Los tres meses que he dicho son el plazo que prudentemente considero que pasará para dar el segundo paso en su causa de usted, pero... —Dispense usted, le interrumpí; ¿cómo es eso del segundo paso? ¿Pues qué no es el último, y con el que, justificada mi inocencia, me echarán á la calle?

Rióse mi amigo de mi simpleza, diciéndome: —¡Qué bien se conoce que en su vida de usted las ha visto más gordas! Sí; se echa de ver que usted, no sólo no ha estado preso jamás, pero ni se ha juntado con quien lo

haya estado. — Así es, le dije, y me he acompañado con buenos pillos; mas de nadie he sabido que haya estado preso, y por lo mismo me cogen estas cosas de nuevo. Pero qué, ¿todavía de aquí á tres meses estará mi negocio muy espacio?

—Sí, querido, me respondió mi amigo. Las causas, no siendo muy ruidosas, ejecutivas ó agitadas por partes, andan con pies de plomo. ¿No ha oído usted por ahí un axioma muy viejo que dice, que en entrando á la cárcel se detienen los reos en si es ó no es, un mes; si es algo, un año; y si es cosa grave, sólo Dios sabe? Pues de esto conocerá usted que aquí se eternizan los hombres.

—¿Pero en siendo inocentes? pregunté. — No importa nada, respondió el amigo. Aunque usted esté inocente, como no tiene dinero para agitar su causa ni probar su inocencia, mientras que ello no se manifiesta de por sí, y á pasos tan lentos, pasa una multitud de tiempo.

—Esa es una injusticia declarada, exclamé, y los jueces que tal consienten son unos tiranos disimulados de la humanidad; pues que las cárceles, que no se han hecho para oprimir, sino para asegurar á los delincuentes, mucho menos son para martirizar á los inocentes privándolos de su libertad.

—Usted dice muy bien, dijo mi amigo. La privación

de la libertad es un gran mal, y si á esta privación se agrega la infamia de la cárcel, es un mal, no sólo grande, sino terrible; y tanto, que tenemos leyes que quieren que en ciertos casos y á tales personas se les admitan fianzas de estar á derecho, pagar, etc., y no se sepulten en estos horrorosos lugares; pero sepa usted que los jueces no tienen la culpa de las morosidades de las causas, ni de los perjuicios que por ellas sufren los miserables reos. En los escribanos consiste este y otros daños que se experimentan en las cárceles; porque en ellos está el agitar ó echar á dormir los negocios de los reos, y ya le dije á usted que las causas de oficio andan espacio porque no ofrecen mucho lugar á las tenidas.

—Eso es decir, repuse yo, que los más escribanos son venales y que sólo se afanan, trabajan y dan curso á cualquier negocio por interés; pero si éste falta no hay que contar con ellos para maldita la cosa de provecho.

—A lo menos, respondió mi amigo, yo no daría tanta extensión á la proposición, si no oyera lamentarse de sus morosidades á tantos infelices que hay en nuestra compañía; pero, don Pedro, es mucho el influjo que tienen los escribanos sobre la suerte de los reos. De manera, que si ellos quieren endulzan, y si no agrian las causas; siendo ésta una verdad tan triste como sabida. Hasta los niños dicen que *en el escribano está todo,* y

los no niños se consuelan cuando tienen al escribano de su parte, especialmente en las causas criminales.

—¿Según eso, dije yo, los escribanos tienen facilidad de engañar á los jueces cuando quieren?

—Y ya se ve que la tienen, me respondió mi amigo, y que toda la responsabilidad que cargaría sobre los magistrados ó jueces, carga sobre ellos por el abuso que hacen de la confianza que los dichos jueces depositan en ellos.

No piense usted que es avanzada la proposición. Si me fuera lícito, contaría á usted casos modernos y originales, de que soy buen testigo, y en algunos también parte; pero ahí se irá usted comunicando con otros presos, que son menos escrupulosos que yo, y ellos informarán á usted pormenor de cuanto le digo.

La lástima es que los malos escribanos, los más venales y corrompidos, son los más hipócritas y los que se saben captar más que otro la confianza y benevolencia de los jueces, y á vueltas de ésta, cometen sus intrigas y sus picardías con tanta mayor satisfacción cuanto que están seguros de que se crea su mala fe.

Vuelvo á decir que éstas son verdades duras para los malos; pero para éstos, ¿qué verdades hay suaves? Los jueces más íntegros y timoratos, si están dominados del escribano, ¿cómo sabrán el estado de malicia ó de inocencia que presenta la causa de un reo, cuando el

escribano sólo ha tomado la declaración? ¿Y cuándo, al darle cuenta con ella, añade criminalidades ó suprime defensas, según le conviene? En tal caso, y descansando su conciencia en la del escribano, claro es que sentenciará según el aspecto con que éste le manifieste el delito del reo.

De esto se ve con mucha frecuencia en los pueblos, y también en las ciudades, especialmente sobre delitos comunes y que no llevan un agregado horroroso. Supongamos, en los delitos de juego, hurtos rateros, embriaguez, incontinencia y otros así, que en los crímenes de Estado, asesinatos, robos cuantiosos, sacrílegos, etc., ya sabemos que no se fían los jueces de los escribanos, sino que asisten á las declaraciones, confesiones, careos y demás diligencias que exigen tales causas.

—Confieso á usted, señor, le dije, que estas noticias me desconsuelan demasiado, ya porque el delito que se me supone es cabalmente de aquellos cuya averiguación se sujeta á la férula de los escribanos, ya porque yo no tengo plata con que agitar, y ya, en fin, porque no me atrevo á poner la menor duda en lo que usted me dice.

—Ni la debe usted poner, me contestó; porque cuando no hubiera aquí dentro tantos testigos de mi verdad, yo mismo soy una prueba de ella. Sí, amigo; dos años cuento de prisión por una injusta calumnia, y mi enemigo no hubiera hallado tanta facilidad para per-

derme si no hubiera contado con un escribano venal y tracalero.

—Pues ya que ha tocado usted ese punto, le dije, sírvase continuar la conversación de sus desgracias, que si mal no me acuerdo, quedamos en que tenía usted mucha complacencia en lucir á su madama en las mejores concurrencias de México.

—Es verdad, dijo don Antonio, y esa necia complacencia la he pagado con una serie no interrumpida de trabajos. Mi esposa sabía bailar diestramente, y aun danzar; pero no por arte, sino como se suele decir, de afición. Yo, deseando que sobresaliera su mérito en todo, y que no la notasen en los bailes de mera aficionada, la solicité un buen maestro, cuyas lecciones aprovechó ella muy bien, y en poco tiempo salió tan adelantada, que podía competir con las mejores bailarinas del teatro, y como su garbo y su hermosura natural la favorecían, se llevaba las atenciones en todas partes y recogía en vítores, lisonjas y palmoteos el fruto de su habilidad.

Encantado estaba yo con mi apreciable compañera, creyendo que aunque todos me la envidiaran, ninguno se atrevería á seducírmela, y aun en este caso, su constante honor y virtud burlaría las solicitudes inicuas de mis rivales.

Con esta confianza me franqueaba con ella á cualquiera parte donde me convidaban, que era casi á los

mejores bailes de México. En estas concurrencias, ¡qué cumplimientos y obsequios nos dispensaban! ¡Qué destinos y acomodos lucrosos no me brindaban! ¡Qué protecciones no se me facilitaron, y qué de regalitos y visitas no me hacían! ¿Y que fuera yo de tan poco mundo, y tan majadero que pensara que todas aquellas adoraciones eran á mí? ¡Ah, bien podía haber cargado la albarda, mejor que el jumento de la imagen!

Cierta noche, una señora de respeto, con motivo de ser día de su santo, convidó á mi mujer al baile de su casa. Yo la llevé muy contento, según tenía de costumbre. Fué mi esposa de las primeras que danzaron, sacándola un sujeto de distinción, porque era rico y noble (si es que se da verdadera nobleza donde falta la virtud), á quien conoceremos con el título del marqués de T. Este caballero se enloqueció desde aquel momento por mi esposa: pero supo disimular su loca pasión.

Acabó de danzar, y como ya mi esposa y yo éramos conocidos de la casa, le fué fácil informarse de quiénes éramos, de qué tierra, del estado de nuestra suerte y de cuanto quiso y pudo saber; y ya con estas noticias se sentó juntó á mí, y con la mayor cortesía comenzó á enredar conversación conmigo, y de unas en otras materias vino á caer la plática sobre el comercio y las grandes ventajas que ofrecía.

Con este motivo le conté el atraso que había pade-

cido por el contrabando que me decomisaron. Mostró él afligirse mucho y condolerse de mi desgracia, y más cuando supo lo poco que me había quedado de principal. Pero por fin me preguntó: —¿Usted qué giro piensa tomar con tan escaso dinero? —Yo le respondí: —Pienso volverme á Jalapa dentro de quince días, llevar empleados en algunas maritatas los pocos medios que han quedado, dejar á mi mujer en casa de su madre y continuar en la viandancia. —Amigo, esa es una bobera, dijo el marqués; creo que por mucho que usted trabaje, nada medrará; porque un puntero tan miserable ha de dejar más miserables utilidades, las que usted ha de consumir precisamente en gastos de camino y en subsistir, y jamás se juntará con diez mil pesos suyos, ni se podrá prometer ningún descanso.

—Ya lo veo así, le dije; mas es forzoso trabajar para comer, y cuando sólo esto consiga no haré poco.— Bien, dijo el marqués; pero cuando al hombre de bien se le facilita una proporción ventajosa no debe ser omiso ni despreciarla. —Esa es la que á mí no se me facilita, le contesté. —¿Luego si á usted se le facilitara, dijo el marqués, admitiría? —Precisamente, señor, le respondí; no había de ser tan necio. — Pues amigo, añadió, alegrarse, que la situación de usted y los infortunios que ha sufrido me compadecen demasiado. Usted nació para rico; pero la suerte siempre es cruel con

los buenos. No obstante, mi compasión no se queda en palabras; amo á usted por una oculta simpatía; soy rico... últimamente, quiero hacerle hombre. ¿Dónde vive usted? — Le contesté que en el mesón. — Pues bien, añadió, mañana espéreme usted entre once y doce, y crea que no le pesará la visita. ¿Ya me conoce usted? — No, señor, le dije, sólo para servirle. — Pues soy, prosiguió, su amigo el marqués de T., que tengo proporciones y deseo emplearlas en favorecer á usted.

Le dí las debidas gracias, añadiendo: — Que si su señoría no gustaba incomodarse en pasar á mi casa, yo pasaría á la suya á la hora que mandase. — No, no, me contestó; si yo gusto mucho de visitar á los pobres, y á más de que estos pasos los doy también en obsequio de mi salud, porque me conviene hacer algún ejercicio á pie.

Diciendo esto, se comenzaron á levantar algunos para bailar contradanza, y llegando á convidar al marqués, se levantó éste y fué á sacar á mi mujer, á tiempo que otro capitán estaba en la misma solicitud. Cate usted que sobre quién de los dos había de bailar, se trabó una disputa reñidísima, alegando cada uno las excepciones que le parecían; pero como á ninguno de los dos satisfacían los alegatos del contrario, pues cada uno decía que no podía quedar desairado, ni permitir

que su honor se atropellase en público, [1] se fueron excediendo de unas palabras en otras, hasta decírselas tan injuriosas, que á no alborotarse las mujeres y mediar varios sujetos de respeto, se afianzan á bofetadas; pero las señoras les tenían bien guardados los espadines.

En fin ellos, quisieron que no quisieron, se sosegaron, concluyéndose la cuestión con que mi mujer no bailara con ninguno, como debía ser, y de este modo quedaron algo satisfechos, aunque toda la gente se disgustó, y yo más que nadie, al ver la ridiculez de los contendientes, que no parecía sino que disputaban una cosa suya.

El marqués con algún entono de voz me dijo:—Vámonos, don Antonio.—Y yo, no atreviéndome á oponerme á mi presunto protector, le obedecí, y me salí con él y mi esposa, dejando sin duda harta materia para que se ejercitara la crítica maliciosa de los que se quedaron.

Salimos para la calle; el marqués nos hizo lugar en su coche, y mandó que parase en una fonda.

[1] Rigurosamente hablando no es otra cosa el *honor* sino el conato de conservar la virtud; esto es, que cualquier hombre puede decir con razón que le ofenden su honor cuando le calumnian de ladrón, le seducen á su mujer ó le imputan algún vicio, y en este caso, esto es, estando inocente, le es muy lícito el defenderse y vindicar su honor según el orden de la justicia; pero por desgracia esta palabra honor se ha corrompido y se ha hecho sinónima de la venganza, vanidad y demás caprichos de los hombres. Muchos hacen consistir su honor en el lujo, aunque para sostenerlo se valgan de unos medios indecorosos y prohibidos; otros en vengar la más mínima ofensa, y los fueros siempre fueron canonizados por el honor; otros quieren que su honor consista en salirse con cuanto quieren, como el marqués; otros exigen con puntualidad la más minuciosa veneración de sus súbditos, y otros en tales cosas como éstas; pero á la verdad, nada de esto es honor.

Yo y mi esposa lo resistíamos; pero él insistió en que cenara mi esposa alguna cosita, y que si quería divertirse aquella noche, que se buscaría otro baile, y caso de no hallarse, lo haría en su misma casa. Nosotros agradecimos su favor, suplicándole no se empeñara en eso, pues ya era tarde.

En esto llegamos á la fonda, donde el marqués hizo poner una mesa espléndida, al modo de fonda, quiero decir, más abundante que limpia ni curiosa; pero así, y siendo sólo tres los cenadores, tuvo que pagar dos onzas de oro, que tanto le cobró el marmitón.

Así que salimos de la fonda, traté yo de despedirme; pero el marqués no lo consintió, sino que nos llevó al mesón en su coche, y se volvió á su casa.

Yo tenía un criado muy fiel llamado Domingo, que hace papel en esta historia, y éste tenía cuidado de abrirnos á la hora que veníamos, como lo hizo esa noche.

Nosotros, que ya habíamos cenado, no tuvimos más que hacer que acostarnos, aunque yo no cabía en mí de gusto, considerando la fortuna que me aguardaba con la protección de aquel caballero. Mi esposa advirtió mi desasosiego, me preguntó la causa, y la referí cuanto me había pasado con el marqués, de lo que la pobrecilla se alegró mucho, no creyendo, como ni yo tampoco, que los fines de tal protección eran contra su honestidad y mi honor.

Hay en el mundo muchos protectores como éste, que no saben dar un medio real de limosna y sacrifican sus respetos y su dinero para satisfacer su pasión. Nos recogimos y dormimos el resto de la noche tranquilamente.

Al día siguiente, á la hora prefijada por el marqués, estaba éste en casa. Justamente era día de años del rey, ó no sé qué; ello es que mi gran protector fué en un famoso coche y vestido de gala.

Nos saludó con mucho cariño y cortesía, y después de haber hecho una ligera crítica del pasaje de la noche anterior, me dijo: — Amigo, he venido á cumplir mi palabra, ó más bien á asegurar á usted en mi palabra; porque el marqués de T., lo que una vez dice, lo cumple como si lo prometiera con escritura. Diez mil pesos tengo destinados para habilitar á usted con una memoria bien surtida para que vaya con ella á la feria de San Juan de los Lagos, con el bien entendido, de que todas las utilidades serán para usted. Conque manos á la obra. ¿Qué determina usted? — Yo le dí las gracias por su generosidad, ofreciéndole que dentro de doce ó catorce días recibiría la memoria y marcharía para San Juan.

—¿Pero por qué hasta entonces? preguntó el marqués. — Y yo le dije, que porque quería ir á llevar á mi esposa con su madre, pues en México no tenía casa de confianza dónde dejarla, ni me parecía bien

se quedara sola, fiada únicamente al cuidado de una criada.

—Muy bien pensado está lo segundo, dijo el marqués; pero tampoco puede ser lo primero, porque yo trato de favorecer á usted, mas no de perder mi dinero, como sucedería seguramente si difiriera mandar mis efectos hasta cuando usted quiere; porque vea usted, se necesitan lo menos seis días para buscar mulas y arrieros para recibir la memoria y acondicionarla. A más de esto, son menester siquiera doce días para que llegue usted á su destino; la feria no tarda en hacerse, y yo quiero que el sujeto que vaya, si usted no se determina, no pierda tiempo, sino que aligere, para que logre las mejores ventajas siendo de los primeros. Esta es mi resolución; mas no es puñalada de cobarde que no da tiempo. Voy al besamanos, y de aquí á una hora daré la vuelta por acá. Entretanto usted vea lo que determina con espacio y me avisará para mi gobierno.—Diciendo esto se fué.

¿Quién había de pensar que cuando el marqués mostraba más indiferencia en que me fuera ó no me fuera pronto de México, era cuando puntualmente apuraba todos sus arbitrios para violentar mi salida? ¡Ah, pobreza tirana, y cómo estrechas á los hombres de bien á aventurar su honor por sacudirte!

En un mar de dudas nos quedamos yo y mi esposa,

pensando en el partido que deberíamos tomar. Por una parte yo advertía que si dejaba pasar aquella ocasión favorable no era tan fácil esperar otra semejante, y más en mi edad; y por otra, no sabía qué hacer con mi esposa, ni dónde dejarla, porque no tenía casa de mi satisfacción en México para el efecto.

Mil cálculos estuvimos haciendo sin acabar de determinarnos, y en esta ansiedad y vacilación nos halló el marqués cuando volvió de su cumplido. Entró, se sentó y me dijo:—Por fin, ¿qué han resuelto ustedes?—Yo le respondí de un modo que conoció el deseo que tenía de aprovecharme de su favor, y el embarazo que pulsaba para admitirlo, y consistía en no tener dónde dejar á mi esposa. A lo que él con mucho disimulo me contestó: —Es verdad. Ese es un motivo tan poderoso como justo para que un hombre del honor de usted prescinda de las mayores conveniencias; porque en efecto, para ausentarse de una señora del mérito de la de usted es menester pensarlo muy espacio, y en caso de decidirse á ello, es necesario dejarla en una casa de mucha honra y de no menos seguridad; pues no porque la señorita no se sepa guardar en cualquiera parte, sino por la ligereza con que piensa el vulgo malicioso de una mujer sola y hermosa, y también por las seducciones á que queda expuesta; porque no nos cansemos, y usted dispense, señorita, el corazón de una dama no es invencible; nadie puede

asegurarse de no caer en un mundo sembrado de lazos, y el mejor jardín necesita de cerca y de custodia; y luego en esta México... en esta México, donde sobran tantos pícaros y tantas ocasiones. Así que, yo le alabo á usted su muy justo reparo, y desde luego soy el primero que le quitaré de la cabeza todo contrario pensamiento. Este era el camino único que yo tenía de favorecer á usted, pero Dios me libre de ser una causa ni remota de su desasosiego, ó tal vez... No, amigo, no; piérdase todo, que el honor es lo primero.

Aquí hizo punto el marqués en su conversación, y yo y mi esposa nos quedamos sin poder disimular el sentimiento que nos causó ver frustradas en un momento las esperanzas que habíamos concebido de mudar de fortuna en poco tiempo. ¡Ah, maldito interés, á qué no expones á los miserables mortales!

Mi piadoso protector era muy astuto, y así fácilmente conoció en nuestros semblantes el buen efecto de su depravada maquinación, la que tuvo lugar de llevar al cabo merced á la sencillez de mi esposa.

Fué el caso, que adolorida de ver que, aunque sin culpa, ella era el obstáculo de mi ventura, me dijo: —Pero mira, Antonio, si lo que te detiene para recibir el favor del señor, es no tener dónde dejarme, es fácil el remedio. Me iré contigo, que á bien que sé andar á caballo...—No, no, dijo el marqués, eso menos que nada.

¡Qué disparate! ¿Cómo había yo de querer que usted se expusiera á una enfermedad en una caminata tan larga? Ni era honor del señor don Antonio el permitirlo. ¿No ve usted que los hombres de bien si trabajan es porque sus mujeres disfruten algunas comodidades? ¿Cómo había de entregar á usted á los soles, desveladas, malas comidas y demás penurias de un camino largo? No, señorita, ni pensarlo. Mejor es el medio que voy á proponer, y siempre que ustedes se conformen con él, me parece que no tendrán por qué arrepentirse.

Con tanta ansia como bobería le rogamos nos lo declarara, y el marqués, sin hacerse de rogar, dijo:

—Pues, señores, yo tengo una tía, que no sólo es honrada, sino santa, si puedo decirlo. Ella es una pobre vieja, beata de San Francisco, doncella que se quedó para vestir santos y regañar muchachos; es muy rezadora y escrupulosa, de las que frecuentan el confesonario cada dos días. Su casa es un convento; pero ¿qué digo? es un poco peor. Allí apenas va una ú otra visita, y eso de viejas, como dice ella; porque *calzonudos*, según dice, no pisarán su estrado por cuanto el mundo tiene. A las oraciones de la noche ya está cerrada la casa, y la llave bajo la almohada. Sus mayores paseos son á la iglesia y á los hospitales el domingo, á consolar á las enfermas. En una palabra, su vida es de lo más arreglado y su casa puede servir de modelo al más estrecho monasterio.

Pero no piense usted, señorita, por esto, que es una vieja tétrica y ridícula. Nada de eso: es de lo más apacible y cariñosa, y tiene una conversación tan suave y tan divertida, que con sola ella entretiene á cuantas la visitan. En fin, si usted es capaz de sujetarse á una vida tan recóndita, por dos ó tres meses que podrá dilatarse su esposo de usted, cuando más, me parece que no hay cosa más á propósito.

Mi esposa, á quien en realidad yo había sacado de sus casillas, como dicen, porque ella estaba criada en igual recogimiento que el que acababa de pintar el marqués, no dudó un instante en responder: que ella iba á los bailes y á los paseos porque yo la llevaba; pero que siempre que quisiera dejarla en esa casa, se quedaría muy contenta y no extrañaría otra cosa más que mi ausencia. Yo me alegré mucho de su docilidad, y acepté el nuevo favor del marqués, dándole las gracias y quedando contentísimo de ver resucitadas mis esperanzas y tan asegurada mi mujer.

El marqués manifestó igual contento, según decía, por haberme servido, y se despidió, quedando en volver al otro día, así para darme á conocer en el almacén donde me habían de surtir y entregar la memoria, como para llevarnos á la casa de la buena señora su tía.

El resto de aquel día lo pasamos yo y mi esposa

muy alegres, haciendo mil cuentas ventajosas, paseándonos en el jardín de los bobos.

Al siguiente ya el marqués estaba en el mesón muy temprano. Me hizo entrar en su coche y me llevó al almacén, donde dijo se me surtiera la memoria de que había hablado el día anterior, y se me entregase según los ajustes que yo hiciera y como quisiera, y que él no era más que un comisionado para responder por mí y darme aquel conocimiento.

El comerciante, al oir esto, creyendo que era verdad lo que decía el marqués, me hizo mil zalemas y se despidió de mí con más cariño y cortesía que la que usó cuando entré en su casa. Ya se ve, no era por mí, sino por los pesos que pensaba desembolsarme.

Corrido este paso, volvimos al mesón, y el marqués hizo vestir á mi esposa y nos fuímos á Chapultepec,[1] donde tenía dispuesto un famoso almuerzo y comida.

Pasamos allí una mañana de campo bien alegre en aquel bosque, que es hermoso por su misma naturaleza. A la tarde, como á las cuatro, nos volvimos á la ciudad, y fuímos á parar á la casa de la señora tía.

Apeámonos; entró el marqués, tocó la campanilla del zaguán, bajó una criada vieja preguntando quién era. Respondió el marqués que él.—Pues voy á avisar

[1] Un hermoso bosque extramuros de México, aunque sin cosa más notable que el palacio que fabricó en él el señor don Bernardo de Gálvez, virrey que fué de Nueva España; sin embargo, suele servir de paseo.

á la señora, dijo la criada, que aquí no se le abre á ningún señor, si mi ama no lo ve por el escotillón de la sala. Espérese usted.

En efecto, nos estuvimos esperando ó desesperando como un cuarto de hora, hasta que oímos sonar una ventanita en el techo del mismo zaguán. Alzamos la vista, y vimos entre tocas á la venerable vieja con sus anteojos, mirándonos muy espacio, y volviendo á preguntar que quién era. El marqués, como enfadado, le dijo: —Yo, tía, yo, Miguel. ¿Abren ó no?—A lo que la vieja respondió: —¡Ah! sí, Miguelito; ya te conozco, mi alma; ya te van á abrir; pero y ese otro señor, ¿viene contigo, hijo?—¡Oh, porra! dijo el marqués, ¿pues con quién ha de venir?—Pues no te enojes, dijo la vieja, van.

Con esto cerró el escotilloncito, y el marqués nos dijo: —¿Qué les parece á ustedes? ¿Han visto clausura más estrecha? Pero no se aturda usted, niña, que no es tan bravo el león como se pinta.

A este tiempo llegó la vieja criada y abrió el postigo. Entramos, subimos las escaleras, y ya estaba esperándonos en el portón la señora tía, vestida con su hábito azul y sus tocas reverendas, con sus anteojos puestos, un paño de rebozo fino de algodón y su rosario gordo en la mano. Como le debí tantos favores á esta buena señora, conservo su imagen muy viva en la memoria.

Nos recibió con mucho cariño, especialmente á mi

esposa, á quien abrazó con demasiada expresión, llenándola de *mi almas y mi vidas*, como si de años atrás la hubiera conocido. Entramos á dentro, y á poco nos sacaron muy buen chocolate.

El marqués la dijo el fin de su visita, que era ver si quería que aquella niña se quedara unos días en su casa. Ella mostró que en eso tendría el mayor gusto; pero que no tenía más defecto que no ser amiga de paseos ni visitas, porque en eso peligraban las almas, y en seguida nos habló como media hora de virtud, escándalo, reatos, muerte, eternidad, etc., amenizando su plática con mil ejemplos, con los que tenía á mi inocente mujer enamorada y divertida, como que era de buen corazón.

Aplazado el día de su entrada en aquel pequeño monasterio, nos dijo: —Sobrino, señores; vengan ustedes á ver mi casita, y que venga mi novicia á ver si le gusta el convento.

Condescendimos con la reverenda, y á mi esposa le agradó mucho la limpieza y curiosidad de la casa, particularmente los cristales, pajaritos y macetas.

En esto se pasó la tarde, y nos despedimos, saliendo mi mujer prendadísima de la señora.

Nosotros nos quedamos en el mesón y el marqués se fué á su casa. En los seis días siguientes recibí la memoria, solicité mulas, y dejé listo mi viaje; pero en todo este tiempo no se descuidó mi protector en obse-

quiar y pasear á mi esposa, porque decía que era menester divertir á la nueva monja.

Es verdad que yo, mirando el extremo del marqués con ella, no dejaba de mosquearme un poco; pero como tenía tanta satisfacción en el amor y buena conducta de mi esposa, no tuve embarazo para comunicarla mis temores; á lo que ella me contestó, que los depusiera; lo uno, porque me amaba mucho y no sería capaz de ofenderme por todo el oro del mundo, y lo otro, porque el marqués era el hombre más caballero que había conocido, pues aun cuando salía con mi permiso con él y una criada en su coche, jamás se había tomado la más mínima licencia, sino que siempre la trataba con decoro. Con esta seguridad me tranquilicé, y ya traté de salir de esta capital á mi destino.

Díjele un día al marqués como todo estaba corriente, y él, que no deseaba otra cosa que verse libre de mí, me dijo que á la tarde vendría para llevarme á casa de su deuda, y yo podría salir la mañana siguiente.

Mi esposa me suplicó le dejase al mozo Domingo para tener un criado de confianza á quien mandar si se le ofrecía alguna cosa. Yo accedí á su gusto sin demora, y el marqués no puso embarazo en ello; antes dijo:—Mejor, se le dará un cuarto abajo á Domingo, y les podrá servir de portero y compañía.

Mientras que el marqués se fué á comer, compuse

el baúl de mi esposa, dejándola mil pesos en oro y plata, por si se le ofreciera algo.

Cuando el marqués vino no había más que hacer que la llevada de mi esposa, cuya separación le costó, como era regular, muchas lágrimas; pero al fin se quedó, y yo marché en la misma tarde á dormir fuera de garita.

Aquí llegaba don Antonio, cuando uno de los reglamentos de la cárcel volvió á interrumpir su conversación.

CAPÍTULO VII

Cuenta Periquillo la pesada burla que le hicieron los presos en el calabozo; y don Antonio concluye su historia

El motivo por qué se volvió á interrumpir la conversación de don Antonio, fué porque serían como las cinco de la tarde cuando bajó el alcaide á encerrar á los presos en su respectivo calabozo, acompañado de otros dos que traían un manojo de llaves.

Luego que encerró á los del primer patio, pasó al segundo, y el feroz presidente, aún amostazado contra

mí, sin razón, me separó de la compañía de don Antonio y me llevó al calabozo más pequeño, sucio y lleno de gente. Entré el último, y cerrando con los candados, quedamos allí como moscas en cárcel de muchachos.

Por mi desgracia, entre tanto hijo de su madre como estaba encerrado en aquel sótano, no había otro blanco más que yo, pues todos eran indios, negros, lobos, mulatos y castas, motivo suficiente para ser en la realidad, como fuí, el blanco de sus pesadas burlas.

Como á las seis de la tarde encendieron una velita, á cuya triste luz se juntaron en rueda todos aquellos mis señores, y sacando uno de ellos sus asquerosos naipes comenzaron á jugar lo que tenían.

Me llamaron á acompañarlos; pero como yo no tenía ni un ochavo, me excusé, confesando lisa y llanamente la debilidad de mi bolsa; mas ellos no lo quisieron creer, antes se persuadieron á que ó era una ruindad mía ó vanidad.

Jugaron como hasta las nueve, hora en que ya apenas tenía la vela cuatro dedos, y no había otra; y así determinaron cenar y acostarse.

Se deshizo la rueda y comenzaron á calentar sus ollitas de alverjones en un pequeño brasero que ardía con cisco de carbón.

Yo esperaba algún piadoso que me convidara á cenar, así como me convidó don Antonio á comer; pero fué vana mi esperanza, porque aquellos pobres todos parecían de buen diente y mal comidos, según que se engullían sus alverjones casi fríos.

Durante el juego, yo me había estado en un rincón, envuelto en mi zarape, y rezando el rosario con una devoción que tiempo había que no lo rezaba; ya se ve, ¿qué navegante no hace votos al tiempo de la borrasca?

Las maldiciones, juramentos y palabrotas indecentes que aquella familia mezclaba con las disputas de juego, eran innumerables y horrorosas, y tanto, que aunque para mis oídos no eran nuevas, no dejaban de escandalizarme demasiado. Yo estaba prostituído, pero sentía una genial repugnancia y hastío en estas cosas. No sé qué tiene la buena educación en la niñez, que en la más desbocada carrera de los vicios suele servir de un freno poderoso que nos contiene, y ¡desdichado de aquel que en todas ocasiones se acostumbra á prescindir de sus principios!

Así que cenaron, cada uno fué haciendo su cama como pudo, y yo, que no tenía petate ni cosa que lo valiera, viendo la irremediable, doblé mi zarape, haciendo de él colchón y cubierta, y de mi sombrero almohada.

Habiéndose acostado mis concubicularios, comenzaron á burlarse de mí con espacio, diciéndome:— Con-

que, amigo, ¿también usted ha caído en esta ratonera por *cucharero?* ¡Buena cosa! ¿Conque también los señores españoles son ladrones? Y luego dicen que eso de robar se queda para la gente ruin.

—No te canses, Chepe, decía otro; para eso todos son unos, los blancos y los prietos; cada uno mete la uña muy bien cuando puede. Lo que tiene es que yo y tú robaremos un rebozo, un capote, ó alguna cosa ansí; pero éstos, cuando roban, roban de á gordo.

—Y como que es ansina, decía otro; yo apuesto á que mi camarada lo menos que se jurtó jueron doscientos ó quinientos; y ¿á qué compone, eh? ¿á qué compone?

Así y á cual peor se fueron produciendo todos contra mí, que al principio procuraba disculparme; mas mirando que ellos se burlaban más de mis disculpas, hube de callar, y encogiéndome en mi zarape al tiempo que se acabó la velita, hice que me dormí, con cuya diligencia se sosegó por un buen rato el habladero, de suerte que yo pensé que se habían dormido.

Pero cuando estaba en lo mejor de mi engaño, he aquí que comienzan á disparar sobre mí unos jarritos con orines; pero tantos, tan llenos y con tan buen tino, que en menos que lo cuento ya estaba yo hecho una sopa de meados descalabrado y dado á Judas.

Entonces sí perdí la paciencia, y comencé á hartar-

los á desvergüenzas; mas ellos, en vez de contenerse ni enojarse, empezaron de nuevo su diversión, hartándome á cuartazos con no sé qué, porque yo, que sentí los azotes, no ví á otro día las disciplinas.

Finalmente, hartos de reirse y maltratarme, se acostaron, y yo me quedé en cuclillas junto á la puerta, desnudo y sin poderme acostar, porque mi zarape estaba empapado y mi camisa también.

¡Válgame Dios! ¡y qué acongojado no sentí mi espíritu aquella noche al advertirme en una cárcel, enjuiciado por ladrón, pobre, sin ningún valimiento, entre aquella canalla, y sin esperanza de descansar siquiera con dormir, por las razones que he referido! Mas al fin, como el sueño es valiente, hubo de rendirme, y poco á poco me quedé dormido, aunque con sobresalto, junto á la puerta, y apenas había comenzado á dormir, cuando saltó una rata sobre mí, pero tan grande, que en su peso á mí se me representó gato de tienda; ello es que fué bastante para despertarme, llenarme de temor y quitarme el sueño, pues aún creía que los diablos y los muertos no tenían más que hacer de noche que andar espantando á los dormidos. Lo cierto del caso fué que ya no pude dormir en toda la noche, acosado del miedo, de la calor, de las chinches que me cercaban en ejércitos, de los desaforados ronquidos de aquellos pícaros y de los maldi-

tos efluvios que exhalaban sus groseros cuerpos, junto con otras cosas que no son para tomadas en boca, pues aquel sótano era sala, recámara, asistencia, cocina, comunes, comedor y todo junto. ¡Cuántas veces no me acordé de las ingratas noches que pasé en el *arrastraderito* de Januario!

Al fin quiso Dios echar su luz al mundo, y yo, que fuí el primero que la ví, comencé á reconocer mis bienes, que estaban todavía medio mojados, por más que los había exprimido; ya se ve, tal fué el aguacero de orines que sufrieron; pero por último, me vestí la camisa y calzoncillos, y trabajo me costó para ponerme los calzones, porque mis amados compañeros, creyendo que los botones eran de plata, no se descuidaron en quitárselos.

A las seis de la mañana vinieron á abrir la puerta, y yo fuí el primero que, muerto de hambre y desvelado, me salí para fuera, tanto por quejarme con mi amigo don Antonio, cuanto por esperar al sol que secara mis trapos.

En efecto, el buen don Antonio se condolió de mi mala suerte, y me consoló lo mejor que pudo, prometiéndome que no volvería á pasar otra noche semejante entre aquellos pícaros, pues él le suplicaría al presidente que me dejara en su calabozo.

—¡Ay, amigo! le dije, que me parece que se aver-

gonzará usted en vano; porque ese cómitre es muy duro é incapaz de suavizarse con ningunos ruegos del mundo.

—No se aflija usted, me contestó, porque yo sé la lengua con que se le habla á esta gente, que es con el dinero; y así, con cuatro ó seis reales que le demos, verá usted como todo se consigue.

Aún no acababa yo de darle las gracias á mi amigo, cuando me gritaron, y yo, pensando que era para otra declaración, salí corriendo, y ví que no era la llamada sino para ayudar á la limpieza del calabozo, en donde me hicieron tantos daños la noche anterior; ésta se reducía á sacar el barril de las inmundicias, vaciarlo en los comunes y limpiarlo.

No sé cómo no volqué las tripas en tal operación. Allí no me valieron ruegos ni promesas; porque el maldito vejancón que lo mandaba, viendo mi resistencia, ya comenzaba á desatarse el látigo que tenía en la cintura; y así yo, por excusarme mayor pesadumbre, quise que no quise, desempeñé aquel asqueroso oficio, concluído el cual me fuí otra vez al calabozo de mi buen amigo, que era mi paño de lágrimas.

Luego que lo ví me salieron éstas á los ojos, y le volví á referir mi nuevo castigo. Él no se hartaba de consolarme y procurarme mi alivio de cuantas maneras podía.

Lo primero que hizo fué hacerme acostar en su

pobre cama, me dió un pocillo de chocolate, cigarros, y después salió á buscar al feroz presidente, de quien consiguió cuanto quiso, pagando por mí los injustos derechos que estos bribones llaman *patente*, [1] y dándole no sé qué otra gratificación, con lo que, gracias á Dios, me dejaron en paz.

Yo no tenía palabras con que significar mi gratitud á don Antonio, después que entendí, porque me lo dijo otro preso, todo lo que había hecho por mí; pues él apenas me aseguró que no me mortificarían más. Este es el verdadero carácter de un buen amigo, y de un caritativo; no jactarse del beneficio que hace, hacerlo sin mérito y tratar aún de que no lo sepa el agraciado para que no le cueste el trabajo de agradecerlo. Pero ¡qué pocos amigos hay de éstos! y ¡qué pocas caridades se hacen con tanta perfección! Ordinariamente las más caridades ó favores que llevan este nombre suelen hacerse más bien por pasar plaza de generosos y buenos cristianos, lo que á la verdad es hipocresía, que por hacer un beneficio, y esto es puntualmente contra el orden mismo de la caridad, pues

[1] Parece que la tal gabela, impuesta por la codicia, fuera razonable en el reino para eximirse con una corta cantidad del pesado oficio de hacer la limpieza; pero esto debería ser en el caso de que no hubiese reos destinados por castigo al servicio de la cárcel; mas habiéndolos, claro es que éstos lo hacen, y así jamás deberían obligar á esto á los infelices que no tienen para pagar esta contribución injusta, que siempre para en la bolsa de los más criminales, como por lo ordinario son los presidentes que la cobran. Aún se le verá peor cara á este abuso si se considera que cobrar tales pechos á los presos está prohibido por las leyes.

Jesucristo dijo que lo que dé la mano derecha no lo sepa la izquierda. Es decir, que todo bien que haga el hombre, lo haga por Dios, sin esperar premio del hombre; porque si éste lo paga, ya Dios no debe nada, para que nos entendamos; y es bastante premio del beneficio publicarlo en nuestro obsequio ó compulsar tácitamente al beneficiado á que nos viva reconocido con su agradecimiento.

Era don Antonio muy prudente, y como sabía que no había yo dormido en toda la pasada noche, me hizo acostar, y no me despertó hasta la una del día para que lo acompañara á comer.

Me levanté harto de sueño, pero necesitado del estómago, cuya necesidad satisfice á expensas del piadoso preso, quien luego que se concluyó nuestra mesa frugal, me dijo: — Amigo, creeré que á pesar de los trabajos que ha sufrido usted, aún le habrá quedado gana de acabar de saber el origen de los míos. — Yo le dije que sí, porque á la verdad, su plática era un suave bálsamo que curaba mi espíritu afligido, y don Antonio continuó el hilo de su historia de esta suerte:

— Me acuerdo, dijo, que quedamos en que salí de esta ciudad con mis mulas y arrieros, quedándose en ella mi esposa en casa de la tía vieja, sin más compañía de su parte que el mozo Domingo.

Quisiera no acordarme de lo que sigue, porque, sin

embargo del tiempo que ha pasado, aún sienten dolor al tocarlas las llagas de mis agravios, que ya se van cicatrizando; mas es preciso no dejar á usted en duda del fin de mi historia, tanto porque se consuele al ver que yo sin culpa he pasado mayores trabajos, cuanto porque aprenda á conocer el mundo y sus ardides.

Nada particular ocurre que decirle á usted tocante á mí; porque nada tiene de particular el viaje de un viandante, ni su residencia en el paraje de su destino; á lo menos yo caminé y llegué al mío sin novedad, mientras que á mi honrada esposa se le preparaba la más terrible tempestad.

Luego que el pícaro del marqués (perdóneme este epíteto indecoroso, ya que yo le perdono los agravios que me ha hecho), luego, pues, que conoció que ya yo me había alejado de México, trató de descubrir sus pérfidas intenciones.

Comenzó á frecuentar á todas horas la casa de la vieja, que no tenía ni la virtud que aparentaba, ni el parentesco que decía, y no era otra cosa que una alcahueta refinada, y con semejante auxilio, considere usted lo fácil que le parecería la conquista del corazón de mi mujer; pero se engañó de medio á medio, porque cuando las mujeres son honradas, cuando aman verdaderamente á sus maridos y están penetradas de la sólida virtud, son más inexpugnables que una roca.

Tal fué esta heroína de la fidelidad conyugal. Las astucias del marqués, sus dádivas, sus halagos, sus respetos, sus seducciones, sus promesas y aun sus amenazas, juntas con las repetidas y vehementes diligencias de la maldita vieja, fueron inútiles. Con todas ellas no sacaba el marqués más jugo de mi esposa que el que puede dar un pedernal; y ya desesperado, advirtiendo por tan repetidas experiencias que aquel corazón no era de los que él estaba hecho á conquistar, sino que necesitaba de armas más ventajosas, se determinó á usar de ellas y á satisfacer su apetito á pura fuerza.

Con esta resolución, una noche determinó quedarse en casa para poner en práctica sus inicuos proyectos; pero apenas lo advirtió mi fiel esposa, cuando con el mayor disimulo, aprovechando un descuido, bajó al patio al cuarto de Domingo, y le dijo:

—El marqués días há que me enamora; esta noche parece que se quiere quedar acá, sin duda con malas intenciones; la puerta del zaguán está cerrada; no puedo salirme, aunque quisiera; mi honor y el de tu amo están en peligro; no tengo de quién valerme ni quién me libre del riesgo que me amenaza más que tú. En tí confío, Domingo. Si eres hombre de bien y estimas á tus amos, hoy es el tiempo en que lo acredites.

El pobre Domingo, todo turbado, la dijo:—Y bien,

señora: dígame su merced, qué quiere que haga, que yo le prometo el hacer cuanto me mande.

—Pues, hijo, le dijo mi esposa, yo lo que quiero es que te ocultes en mi recámara, y que si el marqués se desmandare, como lo temo, me defiendas, suceda lo que sucediere.

—Pues no tenga su merced cuidado. Váyase, no la echen de menos y lo malicien, que yo le juro que sólo que me mate el marqués, conseguirá sus malos pensamientos.—Con esta sencilla promesa se subió mi mujer muy contenta, y tuvo la fortuna de que no la habían extrañado.

Llegó la hora de cenar, y entró Domingo á servir la mesa como siempre. El marqués procuraba que mi esposa se cargara el estómago de vino; pero ella, sin faltar á la urbanidad, se excusó lo más que pudo.

Acabada la cena, mi rival por sobremesa apuró toda la elocuencia del amor para que mi esposa condescendiera con sus torpes deseos; pero ésta, acostumbrada á resistir tales asaltos, no hizo más que reproducir los desengaños que mil veces le había dado, aunque en vano, pues el marqués estaba ciego y cada desengaño lo obstinaba.

Esta contienda duraría como una hora, tiempo bastante para que la criada se durmiera, y Domingo, sin ser sentido, se hubiera ocultado bajo la misma cama de

su ama, la que, viendo que su apasionado la llevaba larga, se levantó de la mesa, diciéndole: —Señor marqués, yo estoy un poco indispuesta; permítame usted que me vaya á recoger, que es bien tarde.—Con esto se despidió y se fué á su recámara, cuidadosa de si Domingo se habría olvidado de su encargo; pero luego que entró, el criado fiel le avisó dónde estaba, diciéndole que estuviera sin miedo.

Sin embargo de esta compañía, mi esposa no quiso desnudarse ni apagar la vela, según lo tenía de costumbre, recelosa de lo que podía suceder, como sucedió en efecto.

Serían las doce de la noche cuando el marqués abrió la puerta y fué entrando de puntillas, creyendo que mi esposa dormía; pero ésta, luego que lo sintió, se levantó y se puso en pie.

Un poco se sobresaltó el caballero con tan inesperada prevención; pero recobrado de la primera turbación, le preguntó: —Señorita, ¿pues qué novedad es ésta que tiene á usted en pie y vestida á tales horas de la noche?—A lo que mi esposa con gran socarra le respondió: —Señor marqués, luego que advertí que usted se quedaba en casa de esta santa señora, presumí que no dejaría de querer honrar este cuarto á deshora de la noche, á pesar de que yo no me he granjeado tales favores, y por eso determiné no desnudarme ni

Domingo estaba hincado sobre sus piernas, sujetándolo del pañuelo contra la tierra, y amenazando su vida con un puñal

dormirme, porque no era decente esperar de esa manera una visita semejante.

Parece que era regular que el marqués hubiera desistido de su intento, al verlo prevenido y reprochado tan á tiempo; mas estaba ciego, era marqués, estaba en su casa, y según á él le pareció no había ni testigos ni quien embarazara su vileza; y así, después de probar por última vez los ruegos, las promesas y las caricias, viendo que todo era inútil, abrazó á mi mujer, que se paseaba por la recámara, y dió con ella de espaldas en la cama; pero aún no había acabado ella de caer en el colchón, cuando ya el marqués estaba tendido en el suelo, porque Domingo, luego que conoció el punto crítico en que era necesario, salió por debajo de la cama, y abrazando al marqués por las piernas, lo hizo medir el estrado de ella con las costillas.

Mi esposa me ha escrito que á no haber sido el motivo tan serio, le hubiera costado trabajo el moderar la risa, pues no fué el paso para menos. Ella se sentó inmediatamente en el borde de su cama, y vió tendido á sus pies al enemigo de mi honor, que no osaba levantarse ni hablar palabra, porque el jayán de Domingo estaba hincado sobre sus piernas, sujetándolo del pañuelo contra la tierra, y amenazando su vida con un puñal, y diciéndole á mi esposa, lleno de cólera:—¿Lo mato,

[illegible] ninceado [illegible] pernas, sujeta [illegible]
[illegible]ntra la fierra, y [illegible]
[illegible]éndolo á mi [illegible]

Domingo estaba hincado sobre sus piernas, sujetándolo del pañuelo contra la tierra, y amenazando su vida con un puñal

señora? ¿Lo mato? ¿Qué dice? Si mi amo estuviera aquí, ya lo hubiera hecho; conque ansina nada se puede perder por orrarle ese trabajo; antes cuando lo sepa, me lo agradecerá mucho.

Mi esposa no dió lugar á que acabara Domingo de hablar, sino que, temerosa no fuera á suceder una desgracia, se echó sobre el brazo del puñal, y con ruegos y mandatos de ama, á costa de mil sustos y porfías, logró arrancárselo de la mano y hacer que dejara al marqués en libertad.

Este pobre se levantó lleno de enojo, vergüenza y temor, que tanto le impuso la bárbara resolución del mozo. Mi esposa no tuvo más satisfacción que darle, sino mandar á Domingo que se retirara á la segunda pieza, y no se quitara de allí, y luego que éste la obedeció, le dijo al marqués:

—¿Ve usted, señor, al riesgo á que lo ha expuesto su inconsideración? Yo presumí, según le insinué poco hace, que se había de determinar á mancillar mi honor y el de mi esposo por la fuerza, y para impedirlo, hice que este criado se ocultara en mi recámara. Llegó el caso temido, y á este pobre payo, que no entiende de muchos cumplimientos, le pareció que el único modo de embarazar el designio de usted era tirarlo al suelo y asesinarlo, como lo hubiera verificado á no haber yo tomado el justo empeño que tomé en impedirlo. Yo

conozco que él se excedió bárbaramente, y suplico á usted que lo disculpe; pero también es forzoso que usted conozca y confiese que ha tenido la culpa. Ya le he dicho á usted mil veces que le agradezco muy mucho y le viviré reconocida por los favores que tanto á mí como á mi marido nos ha dispensado, mucho más, cuando advierto que ni el uno ni la otra los merecemos; pero, señor, no puedo pagarlos en la moneda que usted quiere. Soy casada, amo á mi marido más que á mí, y sobre todo, tengo honor, y éste, si una vez se pierde, no se restaura jamás. Usted es discreto; conozca la justicia que me asiste; trate de desechar ese pensamiento que tanto lo molesta y me incomoda, y como no sea en eso, yo me ofrezco á servirle como la última criada de su casa.

El marqués guardó un profundo silencio mientras que habló mi esposa; pero luego que concluyó, se levantó, diciendo:

—Señorita, ya quedo impuesto en el motivo que ocasionó á usted pretender quitarme la vida alevosamente, y quedo medio persuadido á que si no tuviera esposo me amaría, pues yo no soy tan despreciable. Yo trataré de quitar este embarazo, y si usted no me correspondiere, se acordará de mí, se lo juro.

Diciendo esto, sin esperar respuesta, se salió de la recámara, y mirando á Domingo en la puerta, le dijo: —Has procedido como un villano vil, de quien no me

es decente tomar una satisfacción cuerpo á cuerpo; mas ya sabrás quién es el marqués de T.

Mi esposa, que me escribió estas cosas tan pormenor como las estoy contando á usted, no entendió que aquellas amenazas se dirigieran contra mí y la existencia de mi criado.

Ella esperaba la aurora para tratar de librarse de los riesgos á que su honor se hallaba expuesto en aquella casa prostituída, y mucho más cuando el criado la contó lo que le había dicho el marqués, añadiendo que él pensaba partir á otro día de la ciudad, porque temía que lo hiciera asesinar.

Mi esposa aprobó su determinación; pero le rogó que la dejara en salvo y fuera de aquella casa, y mi mozo se lo prometió solemnemente; para que se vea que entre esta gente, que llamamos *ordinaria* sin razón, se hallan también almas nobles y generosas. [1]

Rasgó el sol los velos de la aurora y manifestó su resplandeciente cara á los mortales, y mi esposa al instante trató de mudarse de la casa; ¿pero á dónde, si carecía absolutamente de conocimiento en México? Mas ¡oh lealtad de Domingo! Él le facilitó todo, y le dijo: —

[1] Verdad es que á los criados se les llama enemigos domésticos; que por lo regular, ni tienen buena cuna ni educación, y que casi siempre más sirven por el salario que por amor; pero no es menos cierto que ésta no es regla general. Hay de todo; así como hay amos altaneros y soberbios cuyo trato duro no merece el amor de sus domésticos. Trátense los criados con cariño y humanidad, y rara vez dejarán de corresponder á sus señores con amor, gratitud y respeto.

Lo que importa es que su merced no esté aquí, y más que esté en medio de la plaza. Voy á llamar los cargadores.

Diciendo esto, se fué á la calle, y á poco rato volvió con un par de indios á quienes imperiosamente mandó cargar la cama y baúl de mi esposa, que ya estaba vestida para salir; y aunque la vieja hipócrita procuró estorbarlo, diciendo que era menester esperar al señor marqués, el mozo, lleno de cólera, le dijo:—¡Qué marqués ni qué talega! Él es un pícaro y usted una alcahueta, de quien ahora mismo iré á dar cuenta á un alcalde de corte.

No fué menester más para que la vieja desistiera de su intento, y á los quince minutos ya mi esposa estaba en la calle con Domingo y los dos cargadores; pero cuando vencían una dificultad hallaban otras de nuevo que vencer.

Se hallaba mi esposa fatigada en medio de la calle, con los cargadores ocupados y sin saber á dónde irse, cuando el fiel Domingo se acordó de una nana Casilda que nos había lavado la ropa cuando estábamos en el mesón, y sin pensar en otra cosa, hizo dirigir allá á los cargadores.

En efecto, llegaron, y descargados los muebles, le comunicó á la lavandera cuánto pasaba, añadiéndole que él dejaba á mi esposa á su cuidado, porque su vida

corría riesgo en esta capital; que la señorita su ama tenía dinero; que de nada necesitaba, sino de quien la librara del marqués; y que su amo era muy honrado y muy hombre de bien, que no se olvidaría de pagar el favor que se hiciera por su esposa. La buena vieja ofreció hacer cuanto estuviera de su parte en nuestro obsequio; mi fiel consorte le dió cien pesos á Domingo para que se fuera á su tierra, y nos esperara en ella, con lo cual él, llenos los ojos de lágrimas, marchó para Jalapa, advertido de no darse por entendido con la madre de mi esposa.

Luego que el mozo se ausentó, la viejita fué en el momento á comunicar el asunto con un eclesiástico sabio y virtuoso á quien lavaba la ropa, y éste, después de haber hablado con mi esposa, dispuso las cosas de tal manera, que á la noche durmió mi mujer en un convento, desde donde me escribió toda la tragedia.

Dejemos á esta noble mujer quieta y segura en el claustro, y veamos los lazos que el marqués me dispuso, mucho más vengativo cuando no halló á mi esposa en la casa de la vieja, ni aún pudo presumir en dónde se ocultaba de su vista.

Lo primero que hizo fué ponerme un propio avisándome estar enfermo, y que luego, leída la suya, enfardelara las existencias y me pusiera en camino á

la ligera para México, porque así convenía á sus intereses.

Yo inmediatamente obedecí las órdenes de mi amo, y traté de ponerme en camino; pero no sabía la red que me tenía prevenida.

Esta fué la siguiente. En una de las ventas donde yo debía parar, tenía mi amo apostados dos ó tres bribones malintencionados, (que todo se compra con el oro), los cuales, sin poder yo prevenirlo, se me dieron por amigos, diciéndome iban á cumplimentarme de parte del marqués.

Yo los creí sincerísimamente, porque el hombre, mientras menos malicioso, es más fácil de ser engañado, y así me comuniqué con ellos sin reserva. En la noche cenamos juntos y brindamos amigablemente, y ellos, no perdiendo tiempo para su intriga, embriagaron á mis mozos, y á buena hora mezclaron entre los tercios de ropa una considerable porción de tabaco, y se acostaron á dormir.

A otro día madrugamos todos para venirnos á la capital, á la que llegamos en el preciso día á marchas forzadas. Pasaron mis cargas de la garita sin novedad y sin registro; bien es verdad que no sé qué diligencia hicieron con los guardas, porque como no todos los guardas son íntegros, se compran muchos de ellos á bajo precio.

Yo no hice alto en esto, pensando que mis camaradas iban á platicar con ellos, porque tal vez serían conocidos; y así con esta confianza llegamos á México y á la misma casa del marqués.

Luego que me apeé, mandó éste desaparejar las mulas y embodegar las cargas, haciéndome al mismo tiempo mil expresiones.

En vista de ellas, aunque ya tenía en el cuerpo las malas noticias de mi esposa, que había recibido en el camino, no pude excusarme de admitir sus obsequios, y aunque deseaba ir á verla al convento, me fué forzoso disimular y condescender con las instancias del marqués.

A pesar de la molestia y cansancio que me causó el camino, no pude dormir aquella noche, pensando en mi adorada Matilde, que este es el nombre de mi esposa; pero por fin amaneció y me vestí, esperando que despertara el marqués para salir de casa.

No tardó mucho en despertar; pero me dijo que en la misma mañana quería que concluyéramos las cuentas, porque tenía un crédito pendiente y deseaba saber con qué contaba de pronto para cubrirlo.

Como yo, aunque lo veía con tedio, no presumía que trataba de aprovechar aquellos momentos para perderme, y á más de esto, anhelaba también por entregarle su ancheta, y romper de una vez todas las cone-

xiones que me había acarreado su amistad, no me costó mucho trabajo darle gusto.

En efecto, comencé á manifestarle las cuentas, y á ese tiempo entraron en el gabinete dos ó tres amigos suyos, cuyas visitas suspendieron nuestra ocupación, bien á mi pesar, que estaba demasiado violento por quitarme de la presencia de aquel pérfido; pero no fué dable, porque el pícaro, pretextando urbanidad y cariño, sacó al comedor á sus amigos sin dejarme separar de ellos; antes tratándome con demasiada familiaridad y expresión, y de esta suerte nos sentamos juntos á almorzar.

Aún no bien habíamos acabado, cuando entró un lacayo con un recado del cabo del resguardo que esperaba en el patio con cuatro soldados.

—¿Soldados en mi casa? preguntó el marqués fingiendo sorprenderse. — Sí, señor, respondió el lacayo, soldados y guardas de la Aduana.—¡Válgate Dios! ¿Qué novedad será ésta? Vamos á salir del cuidado.

Diciendo esto, bajamos todos al patio, donde estaban los guardas y soldados. Saludaron á mi amo cortesmente, y el cabo ó superior de la comparsa le preguntó ¿quién de nosotros era su dependiente que acababa de llegar de tierra adentro? El marqués contestó que yo, é inmediatamente me intimaron que me diese por preso, rodeándose de mí al mismo tiempo los soldados.

Considere usted el sobresalto que me ocuparía al verme preso, y sin saber el motivo de mi prisión; pero mucho más sofocado quedé cuando, preguntándolo el marqués, le dijeron que por contrabandista, y que, en achaque de géneros suyos, había pasado la noche antecedente una buena porción de tabaco entre los tercios, que aún debían estar en su bodega; que la denuncia era muy derecha, pues no menos venía que por el mismo arriero que enfardeló el tabaco; por señas que los tercios más cargados eran los de la marca T., y por último, que de orden del señor director prevenían al señor marqués contestase sobre el particular y entregase el comiso.

El marqués, con la más pérfida simulación, decía: —Si no puede ser eso; sobre que este sujeto es demasiado hombre de bien, y en esta confianza le fío mis intereses sin más seguridad que su palabra, ¿cómo era posible que procediera con tanta bastardía que tratase de abochornarme y de perderse? ¡Vamos, que no me cabe en el juicio!

—Pues, señor, decían los guardas, aquí está el escribano que dará fe de lo que se halle en los tercios; registrémoslos y saldremos de la duda.

—Así será, dijo el marqués, y como lleno de cólera mandó pedir las llaves. Trajéronlas, abrieron la bodega, desliaron los tercios, y fueron encontrándolos casi rellenos de tabaco.

Entonces el marqués, revistiendo su cara de indignación, y echándome una mirada de rico enojado, me dijo:

—¡So bribón, trapacero, villano y mal agradecido! ¿Éste es el pago que ha dado á mis favores? ¿Así se me corresponde la ciega é imprudente confianza que hice de él? ¿Así se recompensan mis servicios que en nada me los tenía merecidos? Y por fin, ¿así se retorna aquella generosidad con que le dí mi dinero para que él solo se aprovechara de sus utilidades, sin que conmigo partiera ni un ochavo, cosa que tiene pocos ejemplares? ¿No le bastaba al muy pícaro robarme y defraudarme, sino que trató de comprometer á un hombre de mi honor y de mi clase? Muy bien está que él pague el fraude hecho contra la Real Hacienda, bogando en una galera ó arrastrando una cadena en un presidio por diez años; pero á mí ¿quién me limpiará de la nota en que me ha hecho incurrir, á lo menos entre los que no saben la verdad del caso? Y ¿quién restaurará mis intereses, pues es claro que cuanto tienen de tabaco los tercios, tanto les falta de géneros y existencias? Mi honor yo lo vindicaré y lo aquilataré hasta lo último; pero ¿cómo resarciré mis intereses? Vamos, no calle, ni quiera hacerse ahora mosca muerta. Diga la verdad delante del escribano: ¿Yo lo mandé á comerciar en tabaco? ¿O tengo interés en este contrabando?

Yo me había estado callado á semejante inicua reprensión, aturdido, no por mi culpa, que ninguna tenía, [1] sino por la sorpresa que me causó aquel hallazgo y por las injurias que escuchaba de la boca del marqués, no pude menos que romper el silencio á sus preguntas y confesar que él no tenía la más mínima parte en aquello, pero que ni yo tampoco; pues Dios sabía que ni pensamiento había tenido de emplear un real en tabaco. A esto se rieron todos, y después de emplazar al marqués para que contestara, cargaron con los tercios para la Aduana, y conmigo para esta prisión, sin tener el ligero gusto de ver á mi querida esposa, causa inocente de todas mis desgracias.

Dos años hace que habito las mansiones del crimen reputado por uno de tantos delincuentes: dos años hace que sin recurso lidio con las perfidias del marqués empeñado en sepultarme en un presidio, que hasta allá no ha parado su vengativa pasión; porque después que con infinito trabajo he probado con las declaraciones de los arrieros que no tuve ninguna noticia del tabaco, él me ha tirado á perder demandándome el resto que dice falta á su principal: dos años hace que mi esposa

[1] No siempre la turbación prueba delito. Esta es una prueba muy equívoca; antes el hombre de bien se aturdirá más presto que el pícaro procaz cuando se vea acusado de un delito que no ha cometido. El inmutarse, desfigurarse el semblante y balbucir las palabras, probará terror ó vergüenza, pero no siempre la realidad del delito.

sufre una horrorosa prisión, y dos años hace que yo tolero con resignación su ausencia y los muchos trabajos que no digo; pero Dios, que nunca falta al inocente que de veras confía en su alta Providencia, ha querido darse por satisfecho y enviarme los consuelos á buen tiempo; pues cuando ya los jueces, engañados con la malicia de mi poderoso enemigo y con los enredos del venal escribano de la causa, que lo tenía comprado con doblones, trataban de confinarme á un presidio, asaltó al marqués la enfermedad de la muerte, en cuya hora, convencido de su iniquidad, y temiendo el terrible salto que iba á dar al otro mundo, entregó á su confesor una carta escrita y firmada de su puño, en la que, después de pedirme un sincero perdón, confiesa mi buena conducta, y que todo cuanto se me había imputado había sido calumnia y efecto de una desordenada y vengativa pasión.

De esta carta tengo copia, y se les ha dado á los jueces privadamente, para que no pare en perjuicio del honor del marqués; de manera que de un día á otro espero mi libertad y el resarcimiento de mis intereses perdidos.

Ésta, amigo, es mi trágica aventura. Se la he contado á usted para que no se desconsuele, sino que aprenda á resignarse en los trabajos, seguro de que si está inocente, Dios volverá por su causa.

Aquí llegaba don Antonio, cuando fué preciso separarnos para rezar el rosario y recogernos. Sin embargo, después de cenar y cuando estuvimos más solos le dije lo siguiente:

CAPÍTULO VIII

Sale don Antonio de la cárcel; entrégase Periquillo á la amistad de los tunos sus compañeros, y lance que le pasó con el Aguilucho

Cuando estuvimos acostados le dije á don Antonio: — Ciertamente, querido amigo, que en este instante he tenido un gusto y un pesar. El gusto ha sido saber que su honor de usted quedó ileso, tanto de parte de su fidelísima consorte cuanto de parte del marqués, en virtud de la tan pública y solemne retractación que

ha hecho, según la cual usted será restituído brevemente á su libertad y disfrutará la amable compañía de una esposa tan fiel y digna de ser amada; y el pesar ha sido por advertir el poco tiempo que gozaré la amigable compañía de un hombre generoso, benéfico y desinteresado.

—Reserve usted esos elogios, me dijo don Antonio, para quien los sepa merecer. Yo no he hecho con usted más que lo que quisiera hicieran conmigo, si me hallara en su situación; y así, sólo he cumplido en esta parte con las obligaciones que me imponen la religión y la naturaleza; y ya ve usted que el que hace lo que debe no es acreedor ni á elogios ni á reconocimiento.

—¡Oh, señor! le dije, si todos hicieran lo que deben, el mundo sería feliz; pero hay pocos que cumplan con sus deberes, y esta escasez de justos hace demasiado apreciables á los que lo son, y usted no lo dejará de ser para mí en cuanto me dure la vida. Apetecería que mi suerte fuera otra, para que mi gratitud no se quedara en palabras, pues si, según usted, el que hace lo que debe no merece elogios, el que se manifiesta agradecido á un favor que recibe, hace lo que debe justamente; porque ¿quién será aquel indigno que recibiendo un favor, como yo, no lo confiese, publique y agradezca, á pesar de la modestia de su benefactor? Mi

padre, señor, era muy honrado y dado á los libros, y yo me acuerdo haberle oído decir, que el que inventó las prisiones fué el que hizo los primeros beneficios; ya se ve que esto se entiende respecto de los hombres agradecidos; pero ¿quién será el infame que recibiendo un beneficio no lo agradezca? En efecto, el ingrato es más terrible que las fieras. Usted ha visto la gratitud de los perros, y se acordará de aquel león á quien, habiéndole sacado un caminante una espina que tenía clavada en la mano, siendo éste después preso y sentenciado á ser víctima de las fieras en el circo de Roma, por suerte, ó para lección de los ingratos, le tocó que saliese á devorarlo aquel mismo león á quien había curado de la mano, y éste, con admiración de los espectadores, luego que por el olfato conoció á su benefactor, en vez de arremeterle y despedazarlo, como era natural, se le acerca, [1] lo lame, y con la cola, boca y cuerpo, todo lo agasaja y halaga, respetando á su favorecedor. ¿Quién, pues, será el hombre que no sea reconocido? Con razón las antiguas leyes no prescribieron pena á los ingratos, pensando el legislador que no podía darse tal crimen; y con igual razón dijo Ausonio, que *no producía la naturaleza cosa peor que un ingrato*. Conque vea usted, amigo don Antonio, si podré yo excu-

[1] Es de advertir que cuando los romanos echaban fieras á los delincuentes les cercenaban el alimento para hacerlas más feroces con el hambre.

sarme de agradecer á usted los favores que me ha dispensado.

—Yo jamás hablo contra lo que me dicta la razón, me respondió; conozco que es preciso y justo agradecer un beneficio; yo así lo hago, y aun lo publico, pues á más no poder, es una media paga el publicar el bien recibido, ya que no se pueda compensar de otra manera; pero con todo eso, desearía que no lo hicieran conmigo, porque no apetezco la recompensa de tal cual beneficio que hago del que lo recibe, sino de Dios y del testimonio de mi conciencia; porque yo también he leído en el autor que usted me citó, que *el que hace un beneficio no debe acordarse de que lo hizo.*

Conque así, dejando esta materia, lo que importa es que usted no desmaye en los trabajos, ni se abata cuando yo le falte, pues le queda la Providencia, que acudirá á sostenerlo en ese caso, así como lo hace ahora por mi medio, pues yo no soy más que un instrumento de quien á la presente se vale.

En estas amistosas conversaciones nos quedamos dormidos, y á otro día, sin esperarlo yo, me llamaron para arriba. Subí sobresaltado, ignorando para qué me necesitaban; pero pronto salí de la duda, haciéndome entender el escribano que me iba á tomar la *confesión con cargos.*

Me hicieron poner la cruz y me conjuraron cuanto

pudieron para que confesara la verdad, so cargo del juramento que había prestado.

Yo en nada menos pensaba que en confesar ni una palabra que me perjudicara, pues ya había oído decir á los léperos, que en estos casos *primero es ser mártir que confesor;* pero sin embargo, yo juré decir verdad, porque decir que sí no me perjudicaba.

Comenzaron á preguntarme mucho de lo que ya se me había preguntado en la declaración preparatoria, y yo repetí las mismas mentiras á muchas de las mismas preguntas que sospechaba no me eran favorables, y así negué mi nombre, mi patria, mi estado, etc., añadiendo acerca del oficio, que era labrador en mi tierra; confesé, porque no lo podía negar, que era verdad que Januario era mi amigo, y que el zarape y rosario eran suyos; pero no dije cómo habían venido á mi poder, sino que me los había empeñado.

A seguida se me hicieron varios cargos, pero nada valió para que yo declarara lo que se quería, y en vista de mi resistencia se concluyó aquella formalidad, haciéndome firmar la declaración y despachándome al patio.

Yo obedecí prontamente, como que deseaba quitarme de su presencia. Bajéme á mi calabozo, y no hallando en él á don Antonio, salí para el patio á tomar sol.

Estando en esta diligencia, se juntaron cerca de mí

unos cuantos cofrades de Briján, y tendiendo una frazadita en el suelo, se sentaron á jugar á la redonda en buena paz y compañía, la que por poco les deshace el presidente si no le hubieran pagado dos ó cuatro reales de licencia, que tanto llevaba de pitanza, con nombre de licencia, por cada rueda de juego que se ponía, y tal vez más, según era la cantidad que se jugaba.

Yo me admiraba al ver que en la cárcel se jugaba con más libertad y á menos costo que en la calle, envidiando de paso las buscas de los presidentes, pues á más de las generales, éste de quien hablo tenía otras que no le dejaban poco provecho, porque por tercera persona metía aguardiente y lo vendía como se le antojaba; prestaba sobre prendas con dos reales de logro por peso, y hacía otras diligencias tan lícitas y honestas como las dichas.

Deseaba yo mezclarme con los tahures á ver si me *ingeniaba* con alguna de las gracias que me había enseñado Juan Largo; pero no me determiné por entonces, porque era nuevo y veía la clase de gente que jugaba, que cada uno podía darme lecciones en el arte de la fullería, y así me contenté con divertirme mirándolos.

Pasado un largo rato de ociosidad, como todos los que se pasan en nuestras cárceles, repetí mi viaje al calabozo, y ya estaba don Antonio esperándome. Le

conté todo mi acaecimiento con el escribano, y él mostró admirarse diciéndome:

—Me hace fuerza que tan presto se haya evacuado la confesión con cargos, pues ayer le dije á usted que podía esperar este paso de aquí á tres meses, y en efecto, puedo citarle muchos ejemplares de estas dilaciones. Bien es verdad que cuando los jueces son activos, y no hay embarazo que lo impida, ó urge mucho la conclusión del negocio, se determina pronto esta diligencia. Pero vamos á esto: ¿ha hecho usted muchas citas? Porque siendo así, se enreda ó se demora más la causa.

—No sé lo que son citas, le respondí; á lo que don Antonio me dijo:

—Citas son las referencias que el reo hace á otros sujetos, poniéndolos por testigos, ó citándolos con cualquiera ingerencia en la causa, y entonces es necesario tomarles á todos declaración, para examinar por ésta la verdad ó falsedad de lo que ha dicho; y esto se llama evacuar citas. Ya usted verá que naturalmente estas diligencias demandan tiempo.

—Pues, amigo, le dije, mal estamos; porque yo, para probar que no salí con Januario la noche del robo, atestigüé que me había estado en el truquito con todos los inquilinos de él, y éstos son muchos.

—En verdad que hizo usted mal, dijo don Antonio, pero si no había prueba más favorable, usted no podía

omitirla. En fin, si con la prisa que ha comenzado el negocio, continúa, puede usted tener esperanza de salir pronto.

En estas y otras conversaciones entretuvimos el resto de aquel día, en el que mi caritativo amigo me dió de comer, y en los quince ó veinte más que duró en mi compañía, no sólo me socorrió en cuanto pudo, sino que me doctrinó con sus consejos. ¡Ah, si yo los hubiera tomado!

Cuando me veía adunarme con algunos presos, cuya amistad no le parecía bien, me decía:—Mire usted, don Pedrito, dice el refrán que *cada oveja con su pareja.* Podía usted no familiarizarse tanto con esa clase de gente como N. y Z., pues, no porque son pobres ni morenos; estos son accidentes por los que solamente no debe despreciarse al hombre, ni desecharse su compañía, en especial si aquel color y aquellos trapos rotos cubren, como suele suceder, un fondo de virtud, sino porque esto no es lo más frecuente; antes la ordinariez del nacimiento y el despilfarro de la persona suelen ser los más seguros testimonios de su ninguna educación ni conducta; y ya ve usted que la amistad de unas gentes de esta clase no puede traerle ni honra ni provecho; y ya se acuerda de que, según me ha contado, los extravíos que ha padecido y los riesgos en que se ha visto no los debe á otros que á sus malos

amigos, aun en la clase de bien nacidos, como el señor Januario.

A este tenor eran todos los consejos que me daba aquel buen hombre, y así con sus beneficios como con la suavidad de su carácter se hizo dueño de mi voluntad, en términos que yo lo amaba y lo respetaba como á mi padre.

Esto me acuerda que yo debí á Dios un corazón noble, piadoso y dócil á la razón. La virtud me prendaba, vista en otros; los delitos atroces me horrorizaban, y no me determinaba á cometerlos, y la sensibilidad se excitaba en mis entrañas á la presencia de cualquiera escena lastimosa.

Pero ¿qué tenemos con estas buenas cualidades si no se cultivan? ¿Qué, con que la tierra sea fértil, si la semilla que en ella se siembra es de cizaña? Eso era cabalmente lo que me sucedía. Mi docilidad me servía para seguir el ímpetu de mis pasiones y el ejemplo de mis malos amigos; pero cuando lo veía bueno, pocas veces dejaba de enamorarme la virtud, y si no me determinaba á seguirla constantemente, á lo menos me sentía inclinado á ello y me refrenaba mientras tenía el estímulo á la vista.

Así me sucedió mientras tuve la compañía de don Antonio, pues lejos de envilecerme ó contaminarme más con el perverso ejemplo de aquellos presos ordinarios,

que conocemos con el nombre de *gentalla,* según me aconteció en el truquito, lejos de esto, digo, iba yo adquiriendo no sé qué modo de pensar con honor, y no me atrevía á asociarme con aquella broza por vergüenza de mi amigo, y por la fuerza que me hacían sus suaves y eficaces persuasiones. ¡Qué cierto es que el ejemplo de un amigo honrado contiene, á veces, más que el precepto de un superior, y más si éste sólo da preceptos y no ejemplos!

Pero como yo apenas comenzaba á ser aprendiz de hombre de bien con los de mi buen compañero, luego que me faltaron rodó por tierra toda mi conducta y señorío, á la manera que un cojo irá á dar al suelo luego que le falte la muleta.

Fué el caso que una mañana que estaba yo solo en mi calabozo leyendo en uno de los libros de don Antonio, bajó éste de arriba, y dándome un abrazo, me dijo muy alborozado:

—Querido don Pedro, ya quiso Dios, por fin, que triunfara la inocencia de la calumnia, y que yo logre el fruto de aquélla en el goce completo de mi libertad. Acaba el alcaide de darme el correspondiente boleto. Yo trato de no perder momentos en esta prisión para que mi buena esposa tenga cuanto antes la complacencia de verme libre y á su lado, y por este motivo resuelvo marcharme ahora mismo. Dejo á usted mi

cama y esa caja con lo que tiene dentro para que se sirva de ella entretanto la mando sacar de aquí, pero le encargo me la cuide mucho.

Yo prometí hacer cuanto él me mandara, dándole los plácemes por su libertad y las debidas gracias por los beneficios que me había hecho, suplicándole que mientras estuviera en México se acordara de su pobre amigo Perico, y no dejara de visitarlo de cuando en cuando. Él me lo ofreció así, poniéndome dos pesos en la mano, y estrechándome otra vez en sus brazos, me dijo: —Sí, mi amigo... mi amigo... ¡pobre muchacho! bien nacido y mal logrado... Adiós... —No pudo contener este hombre sensible y generoso su ternura: las lágrimas interrumpieron sus palabras, y sin dar lugar á que yo hablara otra, marchó dejándome sumergido en un mar de aflicción y sentimiento, no tanto por la falta que me hacía don Antonio, cuanto por lo que extrañaba su compañía; pues en efecto, ya lo dije y no me cansaré de repetirlo, era muy amable y generoso.

Aquel día no comí, y á la noche cené muy parcamente; mas como el tiempo es el paño que mejor enjuga las lágrimas que se vierten por los muertos y los ausentes, al segundo día ya me fuí serenando poco á poco. Bien es verdad que lo que calmó fué el exceso de mi dolor, mas no mi amor ni mi agradecimiento.

Apenas los pillos mis compañeros me vieron sin el

respeto de don Antonio y advirtieron que quedé de depositario de sus bienecillos, cuando procuraron granjearse mi amistad, y para esto se me acercaban con frecuencia, me daban cigarros cada rato, me convidaban á aguardiente, me preguntaban por el estado de mi causa, me consolaban y hacían cuanto les sugería su habilidad por apoderarse de mi confianza.

No les costó mucho trabajo, porque yo, como buen bobo, decía:—No, pues estos pobres no son tan malos como me parecieron al principio. El color bajo y los vestidos destrozados no siempre califican á los hombres de perversos, antes á veces pueden esconder algunas almas tan honradas y sensibles como la de don Antonio; y ¿qué sé yo si entre estos infelices me encontraré con alguno que supla la falta de mi amigo?

Engañado con estos hipócritas sentimientos, resolví hacerme camarada de aquella gentuza, olvidándome de los consejos de mi ausente amigo, y lo que es más, del testimonio de mi conciencia que me decía que, cuando no en lo general, á lo menos en lo común, raro hombre sin principios ni educación deja de ser vicioso y relajado.

A los tres días de la partida de don Antonio, ya era yo consocio de aquellos tunos, llevando con ellos una familiaridad tan estrecha, como si de años atrás nos hubiéramos conocido; porque no sólo comíamos, bebía-

mos y jugábamos juntos, sino que nos tuteábamos y retozábamos de manos como unos niños.

Pero con quien más me intimó fué con un mulatillo gordo, aplastado, chato, cabezón, encuerado y demasiadamente vivo y atrevido, que le llamaban la *Aguilita*, y yo jamás le supe otro nombre, que verdaderamente le convenía así por la rapidez de su genio como por lo afilado de su garra. Era un ladrón astuto y ligerísimo; pero de aquellos ladrones rateros, incapaces de hacer un robo de provecho, pero capaces de sufrir veinticinco azotes en la picota por un vidrio de á dos reales ó un pañito de á real y medio. Era, en fin, uno de estos macutenos ó cortabolsas, pero delicado en la facultad. No se escapaba de sus uñas el pañuelo más escondido, ni el trapo más bien asegurado en el tendedero. ¡Qué tal sería, pues los otros presos, que eran también profesores de su arte, le rendían el *pórrigo*, [1] le confesaban la primacía y se guardaban de él como si fueran los más lerdos en el oficio!

Él mismo, haciendo alarde de sus delitos, me los contó con la mayor franqueza, y yo le referí mis aventuras punto por punto en buena correspondencia, sin ocultarle que así como á él por mal nombre le lla-

[1] Plinio y otros autores usan la frase *Herbam porrigere* en boca del que confiesa haber sido vencido. Por esto antiguamente en las escuelas y cátedras de gramática se usó que los que habían dicho algún disparate, se hincasen ante el que se los corrigió, diciéndole *pórrigo tibi*, y á esto alude la frase poco usada hoy de *rendir el pórrigo*, que para su inteligencia pareció necesario explicar en esta nota. E.

maban *Aguilita,* así á mí me decían *Periquillo Sarniento.*

No fué menester más que revelarle este secreto para que todos lo supieran, y desde aquel día ya no me conocían con otro nombre en la cárcel.

Éste fué, según dije, el gran sujeto con quien yo trabé la más estrecha amistad. Ya se deja entender qué ejemplos, qué consejos y qué beneficios recibiría de mi nuevo amigo y de todos sus camaradas. Como de ellos.

Al plazo que dije ya habían concluído los dos pesos que me dejó don Antonio, y yo no tenía ni qué comer ni qué jugar. Es cierto que el amigo Aguilucho partía conmigo de su plato, pero éste era tal que yo lo pasaba con la mayor repugnancia, pues se reducía á un poco de atole aguado por la mañana, un trozo de toro mal cocido en caldo de chile al medio día y algunos alverjones ó habas por la noche, que ellos engullían muy bien, tanto por no estar acostumbrados á mejores viandas como por ser éstas de las que les daba la caridad; pero yo apenas las probaba. De manera que si no hubiera sido por un bienhechor que se dignó favorecerme, perezco en la cárcel de enfermedad ó de hambre, pues era seguro que si comía las municiones alverjonescas y el toro medio vivo me enfermaría gravemente, y si no comía eso, no habiendo otros alimentos, la debilidad hubiera dado conmigo en el sepulcro.

Pero nada de esto sucedió; porque desde el cuarto día de la ausencia de don Antonio me llevaron de la calle un canastito con suficiente y regular comida, sin poder yo averiguar de dónde, pues siempre que lo preguntaba al mandadero sólo sacaba de éste que me la daba un *amigo,* quien mandaba decir que no necesitaba saber quién era.

En esta inteligencia, yo recibía el canastillo, daba las gracias á mi desconocido benefactor y comía con mejores apetencias y casi siempre en compañía del Aguilucho ó de alguno de sus cofrades.

Mas como la amistad de éstos no era verdadera, ni se dirigía á mi bien sino al provecho que esperaban sacar de mí, no cesaban de instarme á jugar, y esto lo hacían por medio de Aguilita, quien me decía á cada cuarto de hora:—Amigo Perico, vamos á jugar, hombre; ¿qué haces tan triste y arrinconado con el libro en la mano hecho santo de colateral? Mira, en la cárcel sólo bebiendo ó jugando se puede pasar el rato, pues no hay nada que hacer ni en qué ocuparse. Aquí el herrero, el sastre, el tejedor, el pintor, el arcabucero, el batihoja, el hojalatero, el carrocero y otros muchos artesanos, luego que se ven privados de su libertad se ven también privados de su oficio, y de consiguiente constituídos en la última miseria ellos y sus familias en fuerza de la holgazanería á que se ven reducidos, y los que

no tienen oficio perecen de la misma manera; y así, camarada, ya que no hay más que hacer, pasemos el rato jugando y bebiendo mientras que nos ahorcan ó nos envían á comer pescado fresco á San Juan de Ulúa, porque lo demás será quitarnos la vida antes que el verdugo ó los trabajos nos la quiten.

Acabó mi amigo su persuasiva conversación, y le dije: —No pensé jamás que un hombre de tu pelaje hablara tan razonablemente; porque la verdad, y sin que sirva de enojo, los de tu clase no se explican en materia ninguna de ese modo.—Aunque no es esa regla tan general como la supones, me contestó, sin embargo, es menester concederte que es así, por la mayor parte; mas esa dureza é idiotismo que adviertes en los indios, mulatos y demás castas, no es por defecto de su entendimiento, sino por su ninguna cultura ni educación. Ya habrás visto que muchos de esos mismos que no saben hablar, hacen mil curiosidades con las manos, como son cajitas, escribanías, monitos, matraquitas, y tanto cachivache que atrae la afición de los muchachos y aun de los que no lo son; pues lo más especial que hay en el caso es el precio en que los venden y la herramienta con que los trabajan. El precio es poco menos que medio real ó cuartilla, y la herramienta se reduce á un pedazo de cuchillo, una tira de hoja de lata, y casi siempre nada más.

Esto prueba bien que tienen más talento del que tú les concedes; porque si no siendo escultores, carpinteros, carroceros, etc., ni teniendo conocimiento en las reglas de las artes que te he nombrado, hacen una figura de un hombre ó de un animal, una mesa, un ropero, un cochecito y cuanto quieren, tan bonitos y agradables á la vista, si hubieran aprendido esos oficios, claro es que harían obras perfectas en su línea.

Pues de la misma manera debes considerar que si los dedicaran á los estudios, y su trato ordinario fuera con gente civilizada, sabrían muchos de ellos tanto como el que más y serían capaces de lucir entre los doctos, no obstante la opacidad de su color. [1] Yo, por ejemplo, hablo regularmente el castellano, porque me crié al lado de un fraile sabio, quien me enseñó á leer, escribir y hablar. Si me hubiera criado en casa de mi tía, la tripera, seguramente á la hora de ésta no tuvieras nada que admirar en mí.

Pero dejemos estas filosofías para los estudiantes. Aquí nada vale hablar bien ni mal, ser blancos ni prie-

[1] Aún se acuerdan en esta ciudad de aquel negrito lego, pero poeta improvisador y agudísimo, de quien entre muchas de sus repentinas agudezas, se celebra la que dijo al sabio padre Samudio, jesuíta, con ocasión de preguntar éste al compañero si nuestro negro, que iba cerca, era el mismo de quien tanto se hablaba; lo oyó éste y respondió:

Yo soy el negrito poeta
Aunque sin ningún estudio,
Si no tuviera esta jeta
Fuera otro padre Samudio.

tos, trapientos ó decentes; lo que importa es ver cómo se pasa el rato y cómo se les pelan los medios á nuestros compañeros; y así vamos á jugar, Periquillo, vamos á jugar, no tengas miedo; á mí no me la dan de malas en el naipe; de eso entiendo más que de castrar monas, y en fin, amarro un albur á veinte cartas. Conque vamos, hombre.

Yo le dije que iría de buena gana si tuviera dinero, pero que estaba sin blanca. —¡Sin blanca! exclamó el Gerifalte. No puede ser. ¿Pues para qué quieres esas sábanas ni esa colcha que tienes en la cama, ni los demás trebejos que guardas en la cajita? Aquí el presidente y otros de tan arreglada conciencia como él, prestan ocho con dos sobre prendas, ó al valer, ó á si chifla.

—El logro de recibir dos reales por premio de ocho que se presten, le dije, ya lo entiendo, y sé que eso se llama prestar ocho con dos; pero en esto de la valedura y del chiflido no tengo inteligencia. Explícame qué cosas son.

—Prestar al valer, me respondió, es prestar con la obligación de dar el agraciado al prestador medio ó un real de cada albur que gane, y prestar á si chifla, es prestar con un plazo señalado, sin usura, pero con la condición de que pasado éste, y no sacando la prenda, se pierde ésta sin remedio, en el dinero que se prestó

sobre ella, sin tener el dueño acción para reclamar las demasías.

—Muy bien, dije yo; he quedado bien enterado en el asunto, y saco por buena cuenta que, ya de uno, ya de otro modo, está el empeñador muy expuesto á quedarse sin su alhaja, y los tales logreros en ocasión próxima de que se los lleve el diablo.

—Eso no te apure, dijo el Aguilucho, que se los lleve ó no, ¿qué cuidado se te da? ¿Acaso tú los pariste? El caso es que nos habiliten con monedas para jugar, y por lo demás allá se las avenga.

—Todo está bueno, hermano, pero si esas prendas no son mías, ¿cómo las puedo empeñar?—Con las manos, decía mi gran amigo, y si no quieres hacerlo tú yo lo haré, que sé muy bien quién presta y quién no en nuestra casa. Lo que te puede detener es lo que responderás á don Antonio cuando venga por ellas, ¿no es eso? Pues mira; la respuesta es facilísima, natural y que debe pasar á la fuerza, y es decir que te robaron. No pienses que don Antonio lo ha de dudar, porque á él mismo le hemos robado yo y otros no tan asimplados como tú; y así es preciso que él se acuerde y diga: si á mí, que era dueño de lo mío, me robaban, ¿cómo no han de robar á este tonto, nuevo y que no ha de cuidar lo mío tanto como yo propio?

Fuera de que, aun cuando no discurriera de este

modo, sino que pensara que era trácala tuya, ¿qué te había de hacer? Ya estás en la cárcel, hijo; ni más adentro, ni más afuera.

Pero no tengas cuidado de que lo sepa, aunque vendas hasta los bancos públicamente, pues aquí todos nos tapamos con una frazada, [1] y no te descubriéramos, si el diablo nos llevara.

—Yo creo cuanto me dices, le contesté; pero mira, ese sujeto es un buen hombre; ha hecho confianza de mí; se ha dado por mi amigo y lo ha manifestado llenándome de favores. ¿Cómo, pues, es posible que yo proceda con él de esa manera?

—¡Qué animal eres! decía el Gavilán; lo primero, que esa amistad de don Antonio era por su conveniencia, por tener con quién platicar, y porque con nosotros no tenía partido por mono, ridículo y misterioso: lo segundo, que ya embriagado con su libertad, no se acordará en la vida de estos *tiliches*, [2] así como no se ha acordado en cuatro días que há que salió: lo tercero, que en caso que se acuerde es fuerza que crea la disculpa sin hacerte cargo del robo; y lo cuarto y último, que eso no se llama agraviar á los amigos, pues tú no le haces ningún agravio, ni le quitas su mujer, ni su crédito, ni sus intereses, ni le das una puñalada, ni le

[1] Frase familiar con la que se da á entender que dos ó más se disculpan mutuamente, encubriendo así sus picardías ó manejos comunes. E.

[2] Trapos viejos y hechos pedazos. E.

haces ninguna injuria á sus sabiendas. Le vendes una que otra friolerilla por pura necesidad y sin que lo sepa; lo que es señal de grande amistad. Si le hicieras algún daño cierto de que lo había de saber, era señal de que le querías agraviar; pero venderle cuatro trapos, seguro de que no lo sabrá, es la prueba más incontestable de que le quieres bien, lo que puede aquietar tu interior.

Finalmente, tanto hizo y dijo el pícaro mulatillo, que yo, que poco había menester, me convencí y empeñé en cinco pesos unos calzones de paño azul muy buenos, con botones de plata, que había en la caja, y nos fuímos á poner el montecito sin perder tiempo.

Como moscas á la miel, acudieron todos los pillos enfrazadados á jugar. Se sentaron á la redonda, y comenzó mi amigo á barajar, y yo á pagar alegremente.

En verdad que era fullero el Aguilucho, pero no tan diestro como decía; porque en un albur que iba interesado con cosa de doce reales, hizo una deslomada tan tosca y á las claras, que todos se la conocieron, y comenzando por el dueño de la apuesta, amparándolo sus amigos, y al montero los suyos, se encendió la cosa de tal modo que en un instante llegamos á las manos, y hechos un nudo unos sobre otros, caímos sobre la carpeta del juego, dándonos terribles puñetes, y algunos de amigo, pues como estábamos tan juntos y ciegos de la cólera, los repartíamos sin la mejor puntería, y solía-

mos dar el mejor mojicón al mayor amigo. A mí, por cierto, me dió uno tan feroz el Aguilucho, que me bañó en sangre, y fué tal el dolor que sentí, que pensé que había escupido los sesos por las narices.

El alboroto del patio fué tan grande, que ni el presidente podía contenerlo con su látigo, hasta que llegó el alcaide, y como no era de los peores, nos sosegamos por su respeto.

Luego que nos serenamos, y estando yo en mi departamento, me fué á buscar mi compañero el Aguilucho, quien, como acostumbrado á estas pendencias en la cárcel y fuera de ella, estaba más fresco que yo, y así con mucha sorna me preguntó cómo me había ido de campaña. — De los diablos, le respondí; todos los dientes tengo flojos y las narices quebradas, siendo lo más sensible para mí que tú fuiste quien me hizo tan gran favor.

—Yo no lo sé, dijo el mulatillo; pero no lo niego, que cuando me enojo no atiendo cómo ni á quién reparto mis cariños. Ya viste que aquellos malditos casi me tenían con la cara cosida contra el suelo, y así yo no veía á dónde dirigía la mano. Sin embargo, perdóname, hermano, que no lo hice á mal hacer. ¿Y es mucha la sangre que has echado? — No había de haber sido tanta, le respondí, sobre que hasta desvanecido estoy. — No le hace, añadió él. Sábete que no hay mal que por bien no venga, y regularmente un trompón de estos bien dado,

de cuando en cuando, es demasiado provechoso á la salud; porque son unas sangrías copiosas y baratas que nos desahogan las cabezas y nos precaven de una fiebre.

—Maldito seas tú y tu remedio condenado, le dije; y será mejor que en la vida no me apliques otra semejante sangría. Pero dime: ¿cómo salimos de monedas? Porque será la del diablo que después de sangrados y magullados hayamos salido sin blanca.

—Eso sí que no, me respondió mi camarada, las tripas hubiera dejado en manos de mis enemigos primero que un real. Luego que ví que nos comenzamos á enojar, procuré afianzar la plata, de suerte que cuando el general tocó á embestir, ya los medios estaban bien asegurados.

—¿Y dónde? le pregunté; porque tú no tienes chupa, ni camisa, ni calzones, ni cosa que lo valga, ¿conque dónde los escondiste tan presto?—En la pretina de los calzones blancos, me contestó, y entre el ceñidor, y por acabar esa maniobra, me pusieron como viste, que si desde el principio del pleito me cogen con ambas manos francas, otro gallo les cantara á esos tales; pero no somos viejos y sobran días en el año.

—Vaya, deja esos rencores, le dije; á ver lo que me toca, porque ya me muero de hambre y quisiera mandar traer de almorzar.—Ya está corrida esa diligencia, me contestó el Aguilucho, y por señas que ahí viene tío Chepito, el mandadero, con el almuerzo.

En efecto, llegó el viejecito con una canasta bien habilitada de manitas en adobo, cecina en tlemole, pan, tortillas, fríjoles y otras viandas semejantes. Llamó el Aguilón á sus camaradas, y nos pusimos todos en rueda á almorzar en buena paz y compañía: pero en medio de nuestro gusto nos acordábamos del pulquillo, y su falta nos entristecía demasiado; mas al fin se suplió con aguardiente de caña, y fueron tan repetidos los brindis, que yo, como poco ó nada acostumbrado á beber, me trastorné de modo que no supe lo que sucedió después, ni cómo me levanté de allí. Lo cierto es que á la noche, cuando volví en mí, me hallé en mi cama, no muy limpio y con un fuerte dolor de cabeza; y de esta manera me desnudé y procuré volver á dormir, lo que no me costó poco trabajo.

CAPITULO IX

En el que Periquillo da razón del robo que le hicieron en la cárcel; de la despedida de don Antonio; de los trabajos que pasó, y de otras cosas que tal vez no desagradarán á los lectores

Luego que amaneció se levantaron los presos de mi calabozo, y yo el último de todos, aunque con bastante hambre, como que no había cenado en la noche anterior. Mi primera diligencia fué ir á sacar una tablilla de chocolate para desayunarme; pero ¡cuál fué mi sorpresa, cuando buscando en mi bolsa la llave de la cajita, no la hallé en ella, ni debajo de la almohada, ni en parte alguna,

y hostigado de mi apetencia, rompí la expresada caja y la encontré limpia de todo el ajuar de don Antonio, al que yo miraba con demasiado cariño! Confieso que estuve á pique de partirme la cabeza contra la pared de rabia y desesperación, considerando la realidad del suceso, esto es, que los mismos compañeros, luego que me vieron borracho, me sacaron la llavecita de la bolsa y despabilaron cuanto la infeliz depositaba.

Yo acertaba en el juicio, pero no podía atinar con el ladrón, ni recabar el robo, y esto me llenaba de más cólera; por manera que no me detenía en advertir los funestos resultados que trae consigo la embriaguez, pues adormeciendo las potencias y embargando los sentidos, constituye al ebrio en una clase de insensibilidad, que lo hace casi semejante á un leño; y en este miserable estado, no sólo está propenso á que lo roben, sino á que lo insulten y aun lo asesinen, como se ha visto por repetidos ejemplares.

En nada menos pensaba yo que en esto, lo que me hubiera importado bastante para no haber contraído este horroroso vicio, como lo contraje, aunque no con mucha frecuencia.

Suspenso, triste, cabizbajo y melancólico estaba yo sentado en la cama royéndome las uñas, mirando de hito en hito la pobre caja limpia de polvo y paja, maldiciendo á los ladrones, echando la culpa á éste y al otro, y

sin acordarme ya del chocolate para nada; bien que, aunque me acordara en aquel acto, ¿de qué me habría servido, si no había quedado ni señal de que había habido tablillas en la caja?

Estando en esta contemplación llegó mi camarada el Aguilucho, quien con una cara muy placentera me saludó y preguntó que cómo había pasado la noche. A lo que yo le dije: — La noche no ha estado de lo peor; pero la mañana ha sido de los perros. — ¿Y por qué, Periquillo? — ¿Cómo por qué? le dije, porque me han robado. Mira cómo han dejado la caja de don Antonio.

Asomóse el Aguilucho á verla y exclamó como lastimado de mi desgracia: — En verdad, hombre, que está la caja más vacía que la que llamaba don Quijote yelmo de Mambrino. ¡Qué diablura! ¡Qué picardía! ¡Qué infamia! A mí no me espanta que roben, vamos, si yo soy del arte ¿cómo me he de escandalizar por eso? Lo que me irrita es que roben á los amigos, porque, no lo dudes, Periquillo, en el monte está quien el monte quema. Sí, seguramente que los ladrones son de casa, y yo jurara que fueron algunos de los mismos pícaros que almorzaron ayer con nosotros. Si yo hubiera olido sus intenciones, no sucede nada de esto; porque no me hubiera apartado de tí, y no que, deseoso de desquitarme de lo que gasté, fuí á jugar con el resto que nos quedó, y

se nos arrancó de cuajo; pero no te apures, que otro día será mañana.

—Conque según eso, le dije, ¿ni para el desayuno te ha quedado?—¡Qué desayuno ni qué talega, me contestó, si anoche me acosté sin un cigarro! Pero díme: ¿qué fué lo que se llevaron de la caja?—Una friolera, le dije: dos camisas, un par de calzoncillos, unas botas, unos zapatos buenos, unos calzones de tripe, dos pañuelos, unos libros, mi chocolate... últimamente, todo.—¡Qué bribonada! decía el mulatillo; yo lo siento, hermano, y andaré listo por todos los calabozos y entresuelos, á ver si rastreo algo de eso que has dicho, que con una hilacha que encontremos, pierde cuidado, todo parecerá; pero por ahora no te achucharres, enderézate, levanta la cabeza, párate,[1] vamos, sal acá fuera y serénate, que no estamos hechos de trapos; más se perdió en el diluvio y todo fué ajeno, como lo que tú has perdido. Conque anda, Periquillo, vén, no seas tonto, te desayunarás.

Queriendo que no queriendo, me levanté deseoso del desayuno prometido. Fuímos al calabozo del presidente, con quien habló el Aguilucho como en secreto. Abrió el cómitre una caja, y cuando yo pensé que iba á sacar una tablilla ó dos, y alguna torta de pan, ví que sacó una

[1] Esto es, ponte en pie, levántate. Es comunísimo este provincialismo entre nosotros, aunque el verbo *pararse* no tiene tal acepción ó significación en castellano. E.

botella y un vaso y le echó como medio cuartillo de aguardiente, el que tomó mi camarada y lo pasó de su mano á la mía diciéndome: — Toma, Periquillo, haz la mañana. — Hombre, le dije, yo no sé desayunarme si no es con chocolate. — Pues éste es chocolate, me contestó; lo que sucede es que el que tú has bebido otras veces es de metate y éste es de clavija; pero, hijo, cree que éste es mejor, porque fortalece el estómago y anima la cabeza... anda, pues, bebe, que el señor presidente está esperando el vaso.

Con ésta y semejantes persuasiones me convenció, y entre los dos dimos vuelta al medio cuartillo, subiéndoseme la parte que me tocó, más presto de lo que era menester; pero por fin, con tan ligero auxilio, á las dos horas ya estaba yo muy contento y no me acordaba de mi robo.

Así pasamos como quince días dándole yo al Aguilucho qué comer, y él dándome que beber en mutua y recíproca correspondencia; bien es verdad que cada instante me decía que vendiéramos ó empeñáramos las sábanas y colcha de la cama; pero no lo pudo conseguir de mí por entonces, porque le juré y rejuré que no las vendería por cuanto había en este mundo, y para mejor cumplirlo se las llevé al presidente rogándole que me las guardara para cuando su dueño las mandara llevar á su casa.

El dicho presidente me hizo el favor de guardarlas, y yo me quedé sin más abrigo que mi zarapillo, con lo que perdió el taimado de mi buen amigo las esperanzas de tener parte en ellas; mas no por eso se dió por sentido conmigo, ya porque era de los que no tienen vergüenza, y ya porque no le tenía cuenta ser delicado y perder la coca de mi convite al medio día, á cuya hora jamás faltó de mi lado, pues la comida que mi incógnito bienhechor me enviaba provocaba á cortejarla, así por su sazón como por su abundancia, no digo al tosco paladar del Aguilucho, sino á otros más exquisitos.

Yo conceptué que el tal pícaro había sido el principal agente de mi robo, como fué en efecto, pero no me dí por entendido, porque consideré que me daba á odiar demasiado entre aquella gente, y al fin más fácil sería sacar un judío de la Inquisición que un real de lo que ellos tendrían ya hasta digerido.

Con este disimulo fuímos pasando, recibiendo yo de tragos de aguardiente los bocados que le daba al Gavilán.

Un día que estaba yo espulgando mi sucia y andrajosa camisa me llamaron para arriba. Subí corriendo, creyendo que fuera para alguna diligencia judicial; pero no fué el escribano quien me llamó, sino mi buen amigo don Antonio y su esposa, que tuvieron la bondad de visitarme.

Luego que me vió, me abrazó con demasiado cariño,

y su esposa me saludó con mucho agrado. Yo, en medio del gusto que tenía de ver á aquel verdadero y generoso amigo, no dejé de asustarme bastante considerando que iba por sus trastos y yo había de darle las cuentas del gran capitán; pero don Antonio me sacó pronto del cuidado, pues á pocas palabras me dijo que ¿por qué estaba tan sucio y despilfarrado?—Porque ya sabe usted, le contesté, que no tengo otra cosa que ponerme.—¿Cómo no? dijo mi amigo, ¿pues qué se ha hecho la ropita que dejé en la caja?—Turbéme al oir esta pregunta, y no pude menos que mentir con disimulo, pues sin responder derechamente á la pregunta, le signifiqué que no la usaba por no ser mía, diciéndole con miedo, que él supuso efecto de vergüenza:—Como esa ropa no es mía, sino de usted...—No, señor, interrumpió don Antonio; es de usted y por eso la dejé en su poder. Úsela norabuena. Le encargué que me la guardara por experimentarlo; pero pues la ha sabido conservar hasta hoy, úsela.

La alma me volvió al cuerpo con esta donación, aunque en mi interior me daba á Barrabás reflexionando que si él me exoneraba de la responsabilidad de la ropa, ya los malditos ladrones me habían embarazado el uso. Preguntéle si había de llevar su cama, para ir á disponerla; y me dijo que no, que todo me lo daba. Agradecíle como era justo su afecto y caridad, con-

tándole á la señorita los favores que debía á su marido y desatándome en sus elogios; pero él embarazó mi panegírico refiriéndome como luego que salió de la cárcel fué á ver á su esposa, quien ya le tenía una carta cerrada que le había llevado un caballero, encargándole que luego que la viera fuera á su casa, pues le importaba demasiado; que habiéndolo hecho así, supo por boca del mismo individuo, que era el primer albacea del marqués, quien le suplicó encarecidamente no cesase hasta sacar á don Antonio de la prisión; que le pidiese perdón otra vez en su nombre, y á su esposa, de todos sus atentados, y que se le diesen de contado ocho mil pesos, tanto para compensarle su trabajo, cuanto para resarcirle de algún modo los perjuicios que le había inferido, y que á su esposa se le diese un brillante cercado de rubíes, que lo tenía destinado para precio de su lubricidad, en caso de haber accedido á sus ilícitas seducciones; pero que habiendo experimentado su fidelidad conyugal se lo donaba de toda voluntad como corto obsequio á su virtud, suplicando á ambos lo perdonasen y encomendasen á Dios.

Don Antonio y su esposa me mostraron el cintillo, que era alhaja digna de un marqués rico; pero los dos se enternecieron al acabar de contarme lo que he escrito, añadiendo la virtuosa joven: —Cuando advertí las malas intenciones de ese caballero, y ví cuánto tuvo que pade-

cer Antonio por su causa, lo aborrecí y pensé que mi odio sería eterno; pero cuando he visto su arrepentimiento y el empeño con que murió por satisfacernos, conozco que tenía una grande alma, lo perdono y siento su temprana muerte.

—Haces muy bien, hija, en pensar de esa manera, dijo don Antonio, y lo debemos perdonar aun cuando no nos hubiera satisfecho. El marqués era un buen hombre; ¿pero qué hombre, por bueno que sea, deja de tener pasiones? Si nos acordáramos de nuestra miseria seríamos más indulgentes con nuestros enemigos, y remitiríamos los agravios que recibimos con más facilidad; pero por desgracia somos unos jueces muy severos para con los demás; nada les disculpamos, ni una inadvertencia, ni una equivocación, ni un descuido, al paso que quisiéramos que á nosotros nos disculparan en todas ocasiones.

En estas pláticas pasamos gran rato de la mañana, preguntándome sobre el estado de mi causa, y que si tenía qué comer. Díjele que sí, que todos los días me llevaban una canasta con comida, cena, dos tortas de pan y una cajilla de cigarros, que yo lo recibía y lo agradecía; pero que tenía el sentimiento de no saber á quién, pues el mozo no había querido decirme quién era mi bienhechor.

—Eso es lo de menos, dijo don Antonio, lo que

importa es que continúe en su comenzada caridad, que espero en Dios que sí continuará.

Diciendo esto, se levantaron despidiéndose de mí, y añadiendo don Antonio, que al día siguiente saldrían de esta capital para Jalapa, á donde podría yo escribirles mis ocurrencias, pues tendrían mucho gusto en saber de mí, y que si salía de la prisión y quería ir por allá, supuesto que era soltero, no me faltaría en qué buscar la vida honradamente por su medio.

No era don Antonio, como habéis visto, de los amigos que toda su amistad la tienen en el pico: él siempre confirmaba con las obras cuanto decía con las palabras, y así, luego que concluyó lo que os dije, me dió diez pesos, y la señorita su esposa otros tantos, y repitiendo sus abrazos y finas expresiones se despidieron de mí con harto sentimiento, dejándome más triste que la primera vez, porque me consideraba ya absolutamente sin su amparo.

No dejó el Aguilucho de estar en observación de lo que pasaba con la visita, y ni pestañeaba cuando se despidieron de mí mis bienhechores, y así vió muy bien el agasajo que me hicieron, y se debió de dar las albricias como que se juzgaba coheredero conmigo de don Antonio.

Luego que éste se fué, me bajé para mi calabozo bastante confundido; pero ya me esperaba en él mi

amigo carísimo el Aguilucho, con un vaso de aguardiente y un par de chorizones, que no sé de dónde los mandó traer tan pronto, y sin darse por entendido de que había estado alerta sobre mis movimientos, me dijo: — ¡Vamos, Periquillo, hijo! ¿Que me hayas tenido sin almorzar hasta ahora por esperarte? ¡Caramba, y qué visita tan larga! Si á mano viene sería don Antonio que te vendría á cobrar sus cosas. ¿Qué tal? ¿Cómo saliste? ¿Creyó el robo? — Yo salí bien y mal, le respondí. — Bien, porque mi buen amigo, no sólo no me cobró nada de lo que dejó á mi cuidado, sino que me lo dió todo, y unos cuantos duros de socorro; y me fué mal, porque pienso que éste será el último auxilio que tendré, pues él mañana sale para su tierra con su familia, y á más de que siento su ausencia como amigo, lo he de extrañar como bienhechor.

— Dices muy bien, y harás muy bien de sentirlo, dijo el Gavilán al pollo tonto, porque de esos amigos no, no se hallan todos los días; pero ¡cómo ha de ser! Dios es grande y á nadie crió para que se muera de hambre. Que mal que bien, tú verás cómo no te falta nada conmigo. Soy un pobre moreno; mas, hermano, aunque yo lo diga, el color me agravia; pero soy buen amigo, y arañaré la tierra porque no te falte nada. No sé si me verías allá arriba cuando estabas con tu visita. No te lo quería decir, por eso me hice disimulado

ahora que bajaste; pero subí luego que supe que quien te llamaba era don Antonio, por prevenir los testigos en caso que te cobrara y tú te acortaras; mas así que al despedirse te abrazó, perdí el cuidado con que me tenías y bajé á prevenirte este bocadito, y si no te gusta, te mandaré traer otra cosita, que todavía tengo aquí cuatro reales que acabo de ganar al rentoy. ¿Los has menester? Tómalos. —No, hermano, le dije, Dios te lo pague; por ahora estoy habilitado.

—No te pregunto cuántos años tienes, decía el negrillo, sino que si los has menester gástalos, y si no tíralos; pero sábete que yo siento más un desprecio de un amigo que una puñalada. Si no fueras mi amigo ni yo te estimara tanto como te estimo, seguro está que no te ofreciera nada.

—Te lo agradezco, Aguilita, le respondí; pero no es desprecio, sino que por ahora estoy bastantemente socorrido. —Pues me alegro infinito de tus ventajas como si yo las disfrutara, me respondió. ¡Pero mira qué chorizoncitos tan sabrosos! Come...

Es la lisonja astuta, y como tal se introduce al corazón por los oídos más prevenidos y circunspectos, ¿cómo no se introduciría por los míos incautos y no acostumbrados á sus malicias? En efecto, yo quedé prendadísimo del negrito, y mucho más cuando después de repetir los brindis á menudo, me dijo con la mayor

seriedad: — Amigo Periquillo, yo soy amigo de los amigos y no de su dinero. Acaso tú lo dudarás de mí porque me ves enredado en esta *picha* y sin camisa; pero te voy á dar una prueba que debe dejarte satisfecho de mi verdad.

Ya hemos tomado más de lo regular, especialmente tú que no estás acostumbrado al aguardiente. No digo que estás borracho, pero sí *sarazoncito*. Temo no te cargues más y te vaya á suceder lo que el otro día, esto es, que te acabes de privar y te roben ese dinero de la bolsa; porque aquí, hijo, en tocando al pillaje, el que menos corre vuela, y en son de una Águila hay un sinnúmero de gavilanes, gerifaltes, halcones y otras aves de rapiña; y así me parece muy puesto en razón que vayamos á dar á guardar esos medios que tienes al presidente, pues dándole una corta galita, porque no da paso sin linterna, te los asegurará en su baúl y tendrás un peso ó dos cuando los hayas menester, y no que disfruten de tu dinero otros pícaros que, no sólo no te lo agradecerán, sino que te tendrán por un salvaje, pues no escarmentaste con la espumada que te dieron no mucho hace.

Agradecíle su consejo, no previniendo la finura de su interés, y fuí con él á buscar al presidente, á quien entregué peso sobre peso los veinte que acababa de recibir.

Concluída esta diligencia, me dijo mi grande amigo que fuera á esperarlo al calabozo, que no tardaba.

Yo lo obedecí puntualmente, y sentándome en la cama, decía entre mí:—No hay remedio, este es un negro fino; su color le agravia, como él dice; hasta hoy no he conocido lo que me ama; á la verdad, es mi amigo y digno de tal nombre. Sí, yo lo amaré, y después de don Antonio, lo preferiré á cualesquiera otros, pues tiene la cualidad más recomendable que se debe apetecer en los que se eligen para amigos, que es el desinterés.

En estos equivocados soliloquios estaba yo, cuando entró mi camarada con cigarros, chorizones y aguardiente, y me dijo: —Ahora sí, hermano Perico, podemos chupar, comer y beber alegres con la confianza de que tus realillos están seguros.

Así lo hice sin haber menester muchos ruegos, hasta que en fuerza de la repetición de tragos me quedé dormido. Entonces mi tierno amigo me puso en la cama, teniendo cuidado de soplarse la comida que me trajeron.

Á la tarde desperté más fresco, como que ya se habían disipado los vapores del aguardiente, y el Aguilucho, comenzando á realizar sus proyectos, me hizo sacar los calzones empeñados, diciéndome era lástima se perdieran en tan poco dinero. Su fin era aprovecharse de mis mediecillos poco á poco, valiéndose para esto

de las repetidas lisonjas que me vendía, y con las que me aseguraba que todo cuanto me aconsejaba era para mi bien; y así por mi bien me aconsejó que sacara los calzones, que pidiera la ropa de la cama que había dado á guardar y los mediecillos que tenía depositados; y por mi bien, pues, deseando mis adelantos, según decía, me provocó á jugar, se compactó con otro y me dejaron sin blanca dentro de dos días, y dentro de ocho sin colcha ni colchón, sábanas, caja ni zarape.

Ya que me vió reducido á la última miseria, fingió no sé qué pretexto para reñir conmigo y abandonar mi amistad enteramente. Concluído este negocio, sólo trató de burlarse de mí siempre que podía. Efecto propio de su mala condición, y justo castigo de mi imprudente confianza.

Es verdad que el frío que se me introducía por los agujeros de mis trapos, los piojillos que anidaban en las hilachas, la tal cual vergüenza que me causaba mi indecencia, la ingratitud de los amigos, en especial del Aguilucho, y la dureza con que el suelo me recibía por la noche, eran suficientes motivos para que yo estuviese lleno de confusión y tristeza; sin embargo, algo calmaba esta pasión al medio día cuando me llegaba el canastito y satisfacía mi hambre con algún bocadito sazonado; pero después que hasta esto me faltó, porque dejó de venir el cuervo al medio día sin saber la causa,

me daba á Barrabás y á todo el infierno junto, maldiciendo mi imprudencia y falta de conducta, mas á mala hora.

Desnudo y muerto de hambre sufrí algunos cuantos meses más de prisión, en los cuales me puse en la espina como suele decirse; porque mi salud se estragó en términos que estaba demasiado pálido y flaco, y con sobrada causa, porque yo comía mal y poco, y los piojos bien y bastante, como que eran infinitos.

Después de estas penalidades y miserias que tenía que tolerar por el día, seguía, como acabé de apuntar, el terrible tormento que me esperaba por la noche con mi asperísima cama, pues ésta se reducía á un petate viejo harto surtido de chinches y nada más, porque nada más había que supliera por almohada, sábanas y colcha que mis antecedentes arambeles, los que sensible y prontamente se iban disminuyendo á mi vista, como que trabajaban sin intermisión de tiempo.

Considerad, hijos míos, á vuestro padre qué noches y qué días tan amargos viviría en tan infeliz situación; pero considerad también que á estos y á peores abatimientos se ven los hombres expuestos por pícaros y descabezados. Ya en otra parte os he dicho que el joven cuanto es más desarreglado, tanto más propenso está á ser víctima de la indigencia y de todas las desgracias de la vida; al paso que el hombre de bien, esto es, el de una

conducta moral y religiosa [1] tiene un escudo poderoso para guarecerse de muchas de ellas. Tal es la que os acabo de repetir. Pero dejemos á los demás que hagan lo que quieran de su conducta y volvamos á atar el hilo de mis trabajos.

De día me era insoportable la hambre y la desnudez, y de noche la cama y falta de abrigo, sin el que me hubiera quedado todo el tiempo que duré en la cárcel, si no hubiera sido por una graciosa contingencia, y fué ésta.

Un pobre payo que estaba también preso, se llegó á mí una mañana que estaba yo en el patio esperando á que llegara el sol á vengarme de las injurias de la fría noche, y me dijo: — Mire, señor, yo *quero* decirle un asunto, para que me saque de un empeño, pagando lo que *juere*. Pues... pero mire que no *quero* que lo sepa ninguno de los compañeros, porque son muy burlistas. — Está muy bien, le respondí; diga usted lo que quiera,

[1] ¡Oportuna reflexión de Periquillo! Algunos equivocan las ideas de la hombría de bien con las del lujo y del dinero, y en su concepto esta palabra hombre de bien, equivale á rico ó semirrico; así como la de pobre la juzgan limosna de pícaro, de manera que, según estos falsos principios, no es mucho que deduzcan unos disparates como estos: Pedro es rico, tiene dinero, anda decente; luego es hombre de bien. Juan es pobre, no tiene destino, anda trapiento; luego es un pícaro. ¡Consecuencias absurdas é ideas torpísimas que no debían tener lugar en el entendimiento de los hombres! Si una conducta arreglada á la sana moral es el testimonio más seguro que califica la verdadera hombría de bien, ¿quién duda que ésta muchas veces se observa en los pobres, así como suele faltar en los que no lo son? Evidente prueba de que el brillo ó la opacidad de la persona no son termómetros seguros para graduar el carácter de los hombres. Es verdad que el relumbrón ó la miseria son muchas veces el premio ó castigo de nuestro buen ó mal proceder; pero esta observación padece tantas excepciones, que no se puede adoptar como regla infalible.

que yo le serviré de buena gana y con todo secreto.— Pues ha de saber usted que me llamo *Cemeterio Coscojales*... — Eleuterio dirá usted, le interrumpí, ó Emeterio, porque *Cemeterio* no es nombre de santo.

—*Axcan,* dijo el payo, una cosa ansí me llamo, sino que con mis cuidados ni atino á veces con mi nombre; pero en fin, ya, señor, lo sabe, vamos al cuento. Yo soy de San Pedro Ezcapozaltongo, que estará de esta *ciudá* como diez y ocho leguas. Pues señor, allí vive una muchacha que se llama Lorenza, la hija del tío Diego Terrones, *jerrador* y curador de caballos de lo que hay poco. Yo, andando días y viniendo días, como su casa estaba barda con barda de la mía, y el diablo que no duerme, hizo que yo me enamorara de recio de la Lorenza sin poderlo remediar; porque ¡ah, señor! qué *diache* de muchacha tan bonita, pues mírela que es alta, gorda y derecha como una *parota,* ó á lo menos como un encino; carirredonda, muy colorada, con sus ojos pardos y sus narices grandes y buenas; no tiene más *defeuto* sino que es media bizca y le faltan dos dientes delanteros, y eso porque se los tiró un macho de una coz, porque ella se descuidó y no le tuvo bien la pata un día que estaba ayudando á su señor padre á *jerrarlo;* pero por lo demás la muchacha hace raya de bonita por todo aquello. Pues sí señor, yo la enamoré, la regalé y la rogué, y tanto anduve en estas cosas, que por fin, ella *quijo* que no

quijo se ablandó, y me dijo que sí se casaría conmigo; pero ¿que cuándo? porque no *juera* el diablo que yo la engañara y se le *juera* á hacer *malobra.* Yo le dije que qué capaz que yo la engañara, pues me moría por ella; pero que el casamiento no se podía *efetuar* muy presto, porque yo estaba *probe* más que Amán, y el señor cura era muy tieso, que no fiara un casamiento si el diablo se llevara á los novios, ni un entierro aunque el muerto se *gediera* ocho días en su casa, y ansina que si me quería, me esperara tres ó cuatro meses mientras que levantaba mi cosecha de maíz, que pintaba muy bien y tenía cuatro fanegas tiradas en el campo.

Ella se avino á cuanto yo *quije,* y ya *dende* ese día nos *viamos* como marido y mujer según lo que nos queríamos. Pues una noche, señor, que venía yo de mi milpa y le iba á hablar por la barda, como siempre, divisé un bulto platicando con ella, y luego luego me puse hecho un *bacinito* de coraje...

—Un basilisco querrá usted decir, le repliqué, porque los bacinitos no se enojan.

—Eso será, señor, sino que yo concibo, pero no puedo parir, prosiguió el payo; mas ello es que yo me *juí* para donde estaba el bulto, hecho un Santiago, y luego que llegué, conocí que era Culás el *guitarristo,* porque tocaba un jarabe y una justicia en la guitarra á lo rasgado que la hacía hablar.

En cuanto llegué, le dije que ¿qué buscaba en aquella casa y con Lorenza? El muy *engringolado* me dijo que lo que *quijiera,* que yo no era su padre para que le tomara cuentas. Entonces yo, como que era dueño de la *aición,* no aguanté mucho, sino que alzando una coa que me *truje* de un *pión,* le asenté tan buen trancazo en el *gogote,* que cayó redondo pidiendo confesión.

A esta misma hora iba pasando el *tiñente* por allí que iba de ronda con los *topiles;* oyó los gritos de Culás, y por más que yo corrí, me alcanzaron y me *trajieron* liado como un *cuete* á su *presiencia.*

Luego luego dí mi declaración, y el *cerjuano* dijo, que no fiaba al enfermo porque estaba muy mal *gerido* y echaba mucha sangre. Con esto en aquella *gora* se llevaron á la *probe* Lorenza depositada *an* casa el señor cura, y á mí á la cárcel, donde me pusieron en el cepo.

A otro día me *inció* la Lorenza un *recaudo* con la vieja cocinera del cura, diciéndome que ella no tenía la culpa, y que Culás la había llamado á la barda y le estaba dando un *recaudo* fingido de mi parte, diciéndole que yo decía que saliera un ratito á la tienda con él, y otras cosas que ya se me han olvidado; pero la vieja me contó que la *probe* lloraba por mí sin consuelo.

Al otro día el *tiñente* me *inció* aquí á esta cárcel en una mula con un par de grillos y un envoltorio de pape-

les que le dió á los indios que me *tragieron* para que los entregaran al señor juez de acá.

Ya llevo tres meses de prisión y no sé qué harán conmigo, aunque Lorenza me ha *escribido* que ya Culás está bueno y sano, y anda tocando la guitarra. Pues yo, señor, *quero* que me haga el favor, pagando lo que *juere,* por el santo de su nombre y por los *güesitos* de su madre, de *escrebirme* dos cartas; una para mi padrino, que es el señor barbero de mi tierra, á ver si viene á componer por mí estas cosas, y otra para la alma mía de Lorenza, diciéndole como ya sé que salió del depósito, y que todavía Culás la persigue; que cuidado cómo va á hacer una tontera; que no sea *ansina,* y todas las cosas que sepa, señor, que se deben poner; pero como de su mano, que yo lo pago.

Acabó mi cliente su cansado informe y petición, y le pregunté para cuándo quería las cartas. — Para *orita,* señor, me dijo, para agora, porque mañana sale el correo. — Pues, amigo, le dije, deme usted dos reales á cuenta para papel. — Al instante me los dió, y yo mandé traer el papel y me puse á escribir los dos mamarrachos, que salieron como Dios quiso; pero ello es que al payo le gustaron tanto que, no sólo me dió por ellos doce reales que le pedí, sino lo que más agradecí, un pedazo de trapo que algún día fué capote; ello hecho mil pedazos, con medio cuello menos y tan corto que apenas me

llegaba á las rodillas. ¿Qué tal estaría, pues su dueño lo perdió á un albur en cuatro reales?

Malo, malísimo estaba el dicho trapo, pero yo ví con él el cielo abierto. Con los doce realillos comí, chupé, tomé chocolate, cené y me sobró algo; y con el capisayo dormí como un tudesco.

Pensaba yo que iba variando mi fortuna; pero el pícaro del Aguilucho me sacó de este error con una bien pesada burla que me hizo, y fué la que sigue.

Al otro día de mi buena aventura del capotillo entró bien temprano á mi calabozo, y sentándose junto á mí muy serio y triste, me dijo:—Mucho descuido es ese, señor Perico, y la verdad que los instantes del tiempo son preciosos y no se dejan pasar tan fríamente, y más cuando el peligro que amenaza á usted es muy horrible y está muy próximo. Yo he sido amigo de usted y quiero que lo conozca, aun cuando no me puede servir de nada: pero en fin, siquiera por caridad es menester agitarlo porque no sea tan perezoso.

Yo, lleno de susto y turbación, le pregunté:—¿Qué había habido?—¿Cómo qué? me dijo él: ¿pues qué no sabe usted como ha salido la sentencia de la Sala desde ayer para que, pasados estos días de fiesta que vienen, le den los doscientos azotes en forma de justicia por las calles acostumbradas con la ganzúa colgando del pescuezo?

—¡Santa Bárbara! exclamé yo penetrado del más vivo sentimiento, ¿qué es lo que me ha sucedido? ¿Doscientos azotes le han de dar á don Pedro Sarmiento? ¡A un hidalgo por todos cuatro costados! ¡A un descendiente de los Tagles, Ponces, Pintos, Velascos, Zumalacárreguis y Bundiburis! Y lo que es más, ¡á un señor bachiller en artes graduado en esta real y pontificia Universidad, cuyos graduados gozan tantos privilegios como los de Salamanca! —Vamos, dijo el negrito; no es tiempo ahora de esas exclamaciones. ¿Tiene usted algún pariente de proporciones?—Sí tengo, le respondí.—Pues andar, decía el Aguilucho; escríbale usted que agite por fuera con los señores de la Sala sobre el asunto, y que le envíe á usted dos ó tres onzas para contener al escribano. También puede comprar un pliego de papel de parte, y presentar un escrito á la Sala del crimen alegando sus excepciones y suplicando de la sentencia mientras califica su nobleza. Pero eso pronto, amigo, porque en la tardanza está el peligro. Diciendo esto se levantó para irse, y yo le dí las gracias más expresivas.

Tratando de poner en obra su consejo, registré mi bolsa para ver con cuánto contaba para papel, la presentación del escrito y la carta á mi tío el licenciado Maceta; pero ¡ay de mí, cuál fué mi conflicto cuando ví que apenas tenía tres y medio reales, faltándome cinco apretadamente!

En circunstancias tan apuradas fuí á ver á mi buen payo; le conté mis trabajos y le pedí un socorro por toda la corte celestial. El pobrecillo se condolió de mí, y con la mayor generosidad me dió cuatro reales y me dijo: —Siento, señor, su cuidado; no tengo más que esto, téngalo que ya un real cualquier compañero se lo emprestará ó se lo dará de *caridá.*

Tomé mis cuatro reales y casi llorando le dí las gracias; pero no pude encontrar otro corazón tan sensible como el suyo entre cerca de trescientos presos que habitaban aquellos recintos.

Compré, pues, el papel sellado, y medio real del común para la carta, reservando tres reales y faltándome aún real y medio para completar la presentación y pagar al mandadero.

En el día hice mi memorial como pude y escribí la carta á mi tío, en la que le daba cuenta de mi desgracia; de la inocencia que me favorecía, á lo menos en lo sustancial; del estado en que me hallaba, y de la afrenta que amenazaba á toda la familia, concluyendo con decirle, que aunque yo había ocultado mi nombre poniéndome el de Sancho Pérez, de nada serviría esto si me sacaban á la calle, pues todos me conocerían y se haría manifiesta nuestra infamia; y así que en obsequio del honor de su pariente, el señor mi padre, y de sus mismos hijos y descendencia, cuando no por mí, hiciera por redimirme

de tal afrenta, mandándome en el pronto alguna cosa para granjear al escribano.

Cerré la carta, y de fiado se la encomendé á tío Chepito, el mandadero, para que se la llevara á mi pariente. Esto fué á las oraciones de la noche; mas siempre me faltaba un real para completar los cuatro que debía dar al portero por la presentación del escrito.

En toda la noche no pude dormir, así con el sobresalto de los temidos azotes, como con echar cálculos para ver de dónde sacaba aquel real tan necesario.

En estos tristes pensamientos me halló el día. Púseme á hacer un escrutinio riguroso de mi haber y á examinar mi ropa, pieza por pieza, á ver si tenía alguna que valiera real y medio; pero ¡qué había de valer! si mi camisa era menester llamarla por números para acomodármela en el cuerpo; mis calzones apenas se podían tener de las pretinas; las medias no estaban útiles ni para tapar un caño; los zapatos parecían dos conchas de tortuga, sólo se detenían en mis pies por el respeto de un par de lacitos de cohetero; rosario no lo conocía, y el triste retazo de capote me hacía más falta que todo mi ajuar entero y verdadero.

Ya desesperaba de presentar el escrito esa mañana, porque no tenía cosa que valiera un real, cuando por fortuna alcé la cara y ví colgado en un clavito mi sombrero, y considerándolo pieza inútil en aquella mazmorra

y la mejor que me acompañaba, exclamé lleno de gusto: —¡Gracias á Dios que á lo menos tengo sombrero que me valga en esta vez! Diciendo esto, lo descolgué, y al primero que se me presentó se lo vendí en una peseta, con la que salí de mi cuidado y me desayuné de pilón.

Serían las diez de la mañana cuando fué entrando tata Chepito con la respuesta de mi tío, que os quiero poner á la letra para que aprendáis, hijos míos, á no fiaros jamás en los amigos y parientes, y sí únicamente en vuestra buena conducta y en lo poco ó mucho que adquiriereis con vuestros honestos arbitrios y trabajo. Decía así la respuesta:

«Señor Sancho Pérez: Cuando usted en la realidad sea quien dice y lo saquen afrentado públicamente por ladrón, crea que no se me dará cuidado, pues el pícaro es bien que sufra la pena de su delito. — La conminación que usted me hace de que se deshonrará mi familia, es muy frívola, pues debe saber que la afrenta sólo recae en el delincuente, quedando ilesos de ella sus demás deudos. —Conque si usted lo ha sido, súfralo por su causa; y si está inocente, como me asegura, súfralo por Dios, que más padeció Cristo por nosotros.

»Su Majestad socorra á usted, como se lo pide — *el Lic. Maceta.*»

La sensible impresión que me causaría esta agria respuesta, no es menester ponderarla á quien se considere en mi lugar. Baste decir que fué tal, que dió conmigo en tierra postrado de una violenta fiebre.

Luego que se me advirtió, me subieron á la enfermería y me asistió la caridad prontamente.

Cuando me hallaron con la cabeza despejada, el médico, que por fortuna era hábil, había advertido mi delirio y se había informado de mi causa, hizo que me desengañara el mismo escribano, junto con el alcaide, de que no había tal sentencia ni tenía que temer los prometidos azotes.

Entonces, como si me sacaran de un sepulcro, volví en mí perfectamente; me serené, y se comenzó á restablecer mi salud de día en día.

Cuando estuve ya convaleciente bajó el escribano á informarse de mí, de parte de los señores de la Sala, para que le dijera quién me había metido semejante ficción en la cabeza; porque fueron sabedores de toda mi tragedia, así porque yo se los dije en el escrito, como porque leyeron la carta del tío que os he dicho, y formaron el concepto de que yo sin duda era bien nacido, y por lo mismo se debieron de incomodar con la pesadez de la burla y deseaban castigar al autor.

Con esto el escribano y el alcaide se esforzaban cuanto podían para que lo descubriera; pero yo conside-

rando su designio, las resultas que de mi denuncia podían sobrevenir al Aguilucho, y que no me resultaba ningún bien con perjudicar á este infeliz necio, que bastantemente agravado estaba con sus crímenes, no quise descubrirlo, y sólo decía que como eran tantos no me acordaba á punto fijo de quién era.

No me sacaron otra cosa los comisionados de los ministros por más que hicieron; y así formando de mí el concepto de que era un mentecato, se marcharon.

Quedéme en la enfermería más contento que en el calabozo, ya porque estaba mejor asistido, y ya, en fin, porque entre los que allí estaban había algunos de regulares principios, y cuya conversación me divertía más que la de los pillos del patio.

Como el escribano vió mi letra en el escrito, se prendó de ella, y fué cabalmente á tiempo que se le despidió el amanuense, y valiéndose de la amistad del alcaide, me propuso que si quería escribirle á la mano que me daría cuatro reales diarios. Yo admití en el instante; pero le advertí que estaba muy indecente para subir arriba. El escribano me dijo que no me apurara por eso, y en efecto, al día siguiente me habilitó de camisa, chaleco, chupa, calzones, medias y zapatos; todo usado, pero limpio y no muy viejo.

Me planté de punta en blanco, de suerte que todos los presos extrañaban mi figura renovada; ¿mas qué

mucho si yo mismo no me conocía al verme tan otro de la noche á la mañana?

Comencé á servir á éste mi primer amo con tanta puntualidad, tesón y eficacia, que dentro de pocos días me hice dueño de su voluntad, y me cobró tal cariño, que no sólo me socorrió en la cárcel, sino que me sacó de ella y me llevó á su casa con destino, como veréis en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO X

En el que escribe Periquillo su salida de la cárcel; hace una crítica contra los malos escribanos, y refiere, por último, el motivo por qué salió de la casa de Chanfaina y su desgraciado modo

Hay ocasiones de tal abatimiento y estrechez para los hombres, que los más pícaros no hallan otro recurso que aparentar la virtud que no tienen para granjearse

la voluntad de aquellos que necesitan. Esto hice yo puntualmente con el escribano, pues aunque era enemigo irreconciliable del trabajo, me veía confinado en una cárcel, pobre, desnudo, muerto de hambre, sin arbitrio para adquirir un real, y temiendo por horas un fatal resultado por las sospechas que se tenían contra mí. Con esto le complacía cuanto me era dable, y él cada vez me manifestaba más cariño, y tanto que en quince ó veinte días concluyó mi negocio; hizo ver que no había testigos ni parte que pidiera contra mí, que la sospecha era leve, y quién sabe qué más. Ello es que yo salí en libertad sin pagar costas, y me fuí á servirlo á su casa.

Llamábase este mi primer amo don Cosme Casalla, y los presos le llamaban el escribano Chanfaina, ya por la asonancia de esta palabra con su apellido, ó ya por lo que sabía revolver.

Era tal el atrevimiento de este hombre que una ocasión le ví hacer una cosa que me dejó espantado, y hoy me escandalizo al escribirla.

Fué el caso que una noche cayó un ladrón conocido y harto criminal en manos de la justicia. Tocóle la formación de su causa á otro escribano y no á mi amo. Convencióse y confesó el reo llanamente todos sus delitos, porque eran innegables. En este tiempo una hermana que éste tenía, no mal parecida, fué á ver

á mi amo, empeñándose por su hermano y llevándole no sé qué regalito; pero mi dicho amo se excusó diciéndole que él no era el escribano de la causa, que viera al que lo era. La muchacha le dijo que ya lo había visto, mas que fué en vano, porque aquel escribano era muy escrupuloso, y le había dicho que él no podía proceder contra la justicia, ni tenía arbitrio para mover á su favor el corazón de los jueces; que él debía dar cuenta con lo que resultase de la causa, y los jueces sentenciarían conforme lo que hallaran por conveniente, y así que él no tenía que hacer en eso; que ella, desesperada con tan mal despacho, había ido á ver á mi amo, sabiendo lo piadoso que era y el mucho valimiento que tenía en la Sala, suplicándole la viese con caridad, que, aunque era una pobre, le agradecería este favor toda su vida, y se lo correspondería de la manera que pudiese.

Mi amo, que no tenía por donde el diablo lo desechara, al oir esta proposición, vió con más cuidado los ojillos llorosos de la suplicante, y no pareciéndole indignos de su protección, se la ofreció diciéndole: —Vamos, chata, no llores; aquí me tienes, pierde cuidado que no correrá sangre la causa de tu hermano; pero...—Al decir este pero, se levantó y no pude escuchar lo que le dijo en voz baja. Lo cierto es que la muchacha por dos ó tres veces le dijo, «sí, señor,» y se fué muy contenta.

Al cabo de algunos días, una tarde que estaba yo escribiendo con mi amo, fué entrando la misma joven toda despavorida, y entre llorosa y regañona, le dijo: —No esperaba yo esto, señor don Cosme, de la formalidad de usted, ni pensaba que así se había de burlar de una infeliz mujer. Si yo hice lo que hice, fué por librar á mi hermano, según usted me prometió, no porque me faltara quién me dijera por ahí te pudras, pues pobre como usted me ve, no me he querido echar por la calle de enmedio, que si eso fuera así, así me sobra quién me saque de miserias, pues no falta una media rota para una pierna llagada; pero maldita sea yo y la hora en que vine á ver á usted, pensando que era hombre de bien y que cumpliría su palabra, y... —Cállate, mujer, le dijo mi amo, que has ensartado más desatinos que palabras. ¿Qué ha habido? ¿qué tienes? ¿qué te han contado?—Una friolera, dijo ella, que está mi hermano sentenciado por ocho años al Morro de la Habana.—¿Qué dices, mujer? preguntó mi amo todo azorado; si eso no puede ser; eso es mentira. —¡Qué mentira ni qué diablos! decía la adolorida; acabo de despedirme de él y mañana sale. ¡Ay, alma mía de mi hermano! ¡Quién te lo había de decir, después que yo he hecho por tí cuanto he podido!...—¿Cómo mañana, mujer? ¿qué estás hablando?—Sí, mañana, mañana, que ya lo desposaron esta tarde, y está entregado en

lista para que lo lleven. —Pues no te apures, dijo mi amo, que primero me llevarán los diablos que á tu hermano lo lleven á presidio. Anda, véte sin cuidado, que á la noche ya estará tu hermano en libertad.

Diciendo esto, la muchacha se fué para la calle y mi amo para la cárcel, donde halló al dicho reo esposado con otro para salir en la cuerda al día siguiente, según había dicho su parienta.

Turbóse el escribano al ver esto, mas no desmayó, sino que, haciendo una de las suyas, desunció al reo condenado de su compañero, y unció con éste á un pobre indio que había caído allí por borracho y aporreador de su mujer.

Este infeliz fué á suplir ocho años al Morro de la Habana por el ladrón hermano de la bonita, el que, á las oraciones de la noche, salió á la calle por arriba libre y sin costas, apercibido de no andar en México de día; aunque él no anduvo ni de noche, porque, temiendo no se descubriera la trácala del escriba, se marchó de la ciudad lo más presto que pudo, quedando de este modo más solapada la iniquidad.

Si tanta determinación tenía el amigo Chanfaina para cometer un atentado semejante, ¿cuánta no tendría para otorgar una escritura sin instrumentales; para recibir unos testigos falsos á sabiendas; para dar una certificación de lo que no había visto; para ser escri-

bano y abogado de una misma parte; para comisionarme á tomar una declaración; para omitir poner su signo donde se le antojaba, y para otras ilegalidades semejantes? Todo lo hacía con la mayor frescura, y atropellaba con cuantas leyes, cédulas y reales órdenes se le ponían por delante, siempre que entre ellas y sus trapazas mediaba algún ratero interés: y digo ratero, porque era un hombre tan venal que por una ó dos onzas, y á veces por menos, hacía las mayores picardías.

A más de esto, era de un corazón harto cruel y sanguinario. El infeliz que caía en sus manos por causa criminal, bien se podía componer si era pobre, porque no escapaba de un presidio cuando menos; y se vanagloriaba de esto altamente, teniéndose por un hombre íntegro y justificado, jactándose de que por su medio se había cortado un miembro podrido á la república. En una palabra, era el hombre perverso á toda prueba.

Parece que en mí es una reprensible ingratitud el descubrimiento de los malos procederes de un hombre á quien debí mi libertad y subsistencia por algún tiempo; pero como mi intención no es zaherir su memoria ni murmurar su conducta, sino sólo representar en ella la de algunos de sus compañeros, y esto á tiempo que el original dejó de existir entre los vivos, con la fortuna de no dejar un pariente que se agravie, es regular que los hombres que piensan me excusen de aquella

nota, y más cuando sepan que el favor que me hizo no fué por hacerme bien, sino por servirse de mí á poca costa; pues en cerca de un año que le serví, á excepción de cuatro trapos viejos y un real ó dos para cigarros que me daba, podía yo asegurar que estaba como los presidiarios, sirviendo á ración y sin sueldo; porque aunque me ofreció cuatro reales diarios, éstos se quedaron en ofrecimientos.

Sin embargo, no debo pasar en silencio que le merecí haber aprendido á su lado todas sus malas mañas *pro famotiori,* como dicen los escolares, quiero decir que las aprendí bien y salí aprovechadísimo en el arte de la cábala con la pluma.

En el corto término que os he dicho, supe otorgar un poder, extender una escritura, chancelarla, acriminar á un reo ó defenderlo, formar una sumaria, concluir un proceso y hacer todo cuanto puede hacer un escribano; pero todo así así, y como lo hacen los más, es decir, por rutina, por formularios y por costumbre ó imitación; mas casi nada porque yo entendiera perfectamente lo que hacía, si no era cuando obraba con malicia particular, que entonces sí sabía el mal que hacía y el bien que dejaba de hacer; pero por lo demás no pasaba de un papelista intruso, semicurial ignorante y cagatinta perverso.

Con todas estas recomendables circunstancias, se

fiaba mi maestro de mí sin el menor escrúpulo. Ya se ve, ¿de quién mejor se había de fiar sino de un su discípulo que le había bebido los alientos?

Un día que él no estaba en casa, me entretenía en extender una escritura de venta de cierta finca que una señora iba á enajenar. Ya casi la estaba yo concluyendo cuando entró en busca de mi amo Chanfaina, el licenciado don Severo, hombre sabio, íntegro, é hipocondríaco. Luego que se sentó me preguntó por mi maestro, y á seguida me dijo:—¿Qué está usted haciendo? Yo, que no conocía su carácter, ni su profesión, ni luces, le contesté que una escritura.—¿Pues qué, repitió él, la está pasando á testimonio ó extendiéndola original?—Sí, señor, le dije, esto último estoy haciendo, extendiéndola original.—Bueno, bueno, dijo, ¿y de qué es la escritura?—Señor, respondí, es de la venta de una finca.—¿Y quién otorga la escritura?—La señora doña Damiana Acevedo.—¡Ah! sí, dijo el abogado; la conozco mucho, es mi deuda política; está para casarse tiempo hace con mi primo don Baltasar Orihuela; por cierto que es la moza harto modista y disipadora. ¿Qué, ya estará en el estado de vender las fincas que podía llevar en dote? Aunque en ese caso no sé cómo habrá de otorgar la escritura. A ver, sírvase usted leerla.

Yo, hecho un salvaje y sin saber con quién estaba

hablando, leí la escritura, que decía así, ni más ni menos:

«En la ciudad de México, á 20 de Julio de 1780, ante mí, el escribano y testigos, doña Damiana Acevedo, vecina de ella, otorga: que por sí y en nombre de sus herederos, sucesores é hijos, si algún día los tuviere, vende para siempre á don Hilario Rocha, natural de la Villa del Carbón y vecino de esta capital, y á los suyos, una casa, sita en la calle del Arco de la misma, que en posesión y propiedad le pertenece por herencia de su difunto padre, el señor don José María Acevedo, y se compone de cuatro piezas altas que son: sala, recámara, asistencia y cocina; un cuarto bajo, un pajar y una caballeriza; tiene quince pies de fachada y treinta y ocho de fondo, todo lo que consta en la respectiva cláusula del testamento de su expresado difunto padre, por cuyo título le corresponde á la otorgante, la cual declara y asegura no tenerla vendida, enajenada ni empeñada, y que está libre de tributo, memoria, capellanía, vínculo, patronato, fianza, censo, hipoteca y de cualquiera otra especie de gravamen: la cual le dona con toda su fábrica, entradas, salidas, usos, costumbres y servidumbres en forma de derecho, en cuatro mil pesos en moneda corriente y sellada con el cuño mexicano, que ha recibido á su satisfacción. Y desde hoy en adelante para siempre jamás se abdica, des-

prende, desapodera, desiste, quita y aparta, y á sus herederos y sucesores, de la propiedad, dominio, título, voz, recurso y otro cualquier derecho que á la citada casa le corresponde, y lo cede, renuncia y traspasa plenamente con las acciones reales, personales, útiles, mixtas, directas, ejecutivas y demás que le competen, en el mencionado don Hilario Rocha, á quien confiere poder irrevocable con libre, franca y general administración, y constituye procurador actor en su propio negocio, para que la goce, y sin dependencia ni intervención de la otorgante la cambie, enajene, use y disponga de ella como de cosa suya adquirida con justo legítimo título, y tome y aprenda de su autoridad ó judicialmente la real tenencia y posesión que en virtud de este instrumento le pertenece; y para que no necesite tomarla, y antes bien conste en todo tiempo ser suya, formaliza á su favor esta escritura de que le daré copia autorizada. Asimismo declara que el justiprecio y valor de la tal finca son los dichos cuatro mil pesos, y que no vale más, ni ha hallado quién le dé más por ella; y si más vale ó valer pudiere, hace del exceso grata donación pura, mera, perfecta é irrevocable que el derecho llama *inter vivos*, al expresado Rocha y sus herederos, renunciando para esto la ley I, tít. XI, lib. 5 de la Recopilación, y la que de esto trata fecha en Cortes de Alcalá de Henares, como también la de *non*

numerata pecunia, la del senadoconsulto Veleyano, y se somete á la jurisdicción de los señores jueces y justicias de S. M., renunciando las leyes *si qua mulier;* la de *si convenerit de jurisdictione omnium judicum*, y cuantas puedan hallarse á su favor por sí y sus herederos, obligándose además á que nadie le inquietará ni moverá pleito sobre la propiedad, posesión ó disfrute de dicha casa, y si se le inquietare, moviere ó apareciere algún gravamen, luego que la otorgante y sus herederos y sucesores sean requeridos conforme á derecho, saldrán á su defensa y seguirán el pleito á sus expensas en todas instancias y tribunales hasta ejecutoriarse, y dejar al comprador en su libre uso y pacífica posesión; y no pudiendo conseguirlo le darán otra igual en valor, fábrica, sitio, renta y comodidades, ó en su defecto le restituirán la cantidad que ha desembolsado, las mejoras útiles, precisas y voluntarias que tenga á la sazón, el mayor valor que adquiera con el tiempo, y todas las costas, gastos y menoscabos que se le siguieren, con sus intereses, por todo lo cual se les ha de poder ejecutar sólo en virtud de esta escritura, y juramento del que la posea ó lo represente en quien difiere su importe relevándole de otra prueba. Así, pues, y á la observancia de todo lo referido, obliga su persona y bienes habidos y por haber, y con ellos se somete á los jueces y justicias de S. M. para que á ello la compelen

como por sentencia pasada, consentida y no apelada en autoridad de cosa juzgada, renunciando su propio fuero, domicilio y vecindad con la general del derecho, y así lo otorgó. Y presente don Hilario Rocha, á quien doy fe conozco, impuesto en el contenido de este instrumento, sus localidades y condiciones, dijo: que aceptaba y aceptó la compra de la expresada casa como en ello se contiene, y se obliga...

—Basta, dijo el licenciado Severo, que es menester gran vaso para escuchar un instrumento tan cansado, y á más de cansado tan ridículo y mal hecho. ¿Usted, amiguito, entiende algo de lo que ha puesto? ¿Conoce á esa señora? ¿Sabe cuáles son las leyes que renuncia? y...

—A este tiempo entró mi amo Chanfaina, é impuesto de las preguntas que me estaba haciendo el licenciado, le dijo: — Este muchacho poco ha de responder á usted de cuanto le pregunte, porque no pasa de un escribientillo aplicado. Esta escritura que usted ha escuchado la hizo por el machote que le dejé y por los que me ha visto hacer, y como tiene una feliz memoria se le queda todo fácilmente.— Hemos de advertir que hasta aquí ni yo ni mi patrón sabíamos si era licenciado el tal don Severo, y sólo pensábamos que era algún pobre que iba á ocuparnos.

Con este error, mi amo, que como gran ignorante era gran soberbio, creyó aturdir á la visita y acreditarse

á costa de desatinar con arrogancia, según que lo tenía de costumbre, y así añadió: —Lo que usted dude, caballero, á mí, á mí me lo ha de preguntar, que lo satisfaré completamente. Ya usted tendrá noticia de quien soy, pues me viene á buscar; pero si no la tiene, sépase que soy don Cosme Apolinario Casalla y Torrejalva, escribano real y receptor de esta Real Audiencia, para que mande.

—Ya, ya tengo noticia de la habilidad y talento de usted, señor mío, dijo el abogado, y yo mismo felicito mi ventura que me condujo á la casa de un hombre lleno, y tanto más cuanto que soy muy amigo de saber lo que ignoro, y me acomodo siempre á preguntar á quien más sabe para salir de mi ignorancia. En esta virtud y antes de entrar en el negocio á que vengo, quisiera preguntar á usted algunas cosillas que hace días que las oigo y no las entiendo.

—Ya he dicho á usted, amigo, contestó Chanfaina con su acostumbrada arrogancia, que pregunte lo que guste, que yo le sacaré de sus dudas de buena gana.

—Pues señor, continuó el letrado, sírvase usted decirme ¿qué significan esas renuncias que se hacen en las escrituras? ¿Qué quiere decir la ley *si qua mulier?* ¿Cuál es la de *sive á me?* ¿Qué significa aquella de *si convenerit de jurisdictione omnium judicum?* ¿Cuál es el *beneficio del senatus-consulto Veleyano* que renuncian las

mujeres? ¿Qué significa la *non numerata pecunia?* ¿Qué quiere decir *renuncio mi propio fuero, domicilio y vecindad?* ¿Cuál es la ley I, tít. XI, del lib. 5 de la Recopilación? Y por fin, ¿quiénes pueden ó no otorgar escrituras? ¿cuáles leyes pueden renunciarse y cuáles no? y ¿qué cosa son ó para qué sirven los testigos que llaman instrumentales?

—Ha preguntado usted tantas cosas, dijo mi amo, que no es muy fácil el responderle á todas con prolijidad; pero para que usted se sosiegue, sepa que todas esas leyes que se renuncian son antiguallas que de nada sirven, y así no nos calentamos los escribanos la cabeza en saberlas, pues eso de saber leyes les toca á los abogados, no á nosotros. Lo que sucede es que como ya es estilo el poner esas cosas en las escrituras y otros instrumentos públicos, las ponemos los escribanos que vivimos hoy y las pondrán los que vivirán de aquí á un siglo con la misma ciencia de ellos que los primeros escribanos del mundo; pero ya digo, el saber ó ignorar estas *maturrangas* nada importa. ¿Está usted?

Por lo que hace á lo que usted pregunta de que qué personas pueden otorgar escrituras, debo decirle que menos los locos, todos. A lo menos yo las extenderé en favor del que me pague su dinero, sea quien fuere, y si tuviere algún impedimento, veré como se lo aparto y lo habilito. ¿Está usted?

Ultimamente: los testigos instrumentales son unas testas de hierro, ó más bien unos nombres supuestos; pues en queriendo Juan vender y Pedro comprar, ¿qué cuenta tienen con que haya ó no testigos de su contrato? De modo que verá usted que yo, muchos de mis compañeros, y casi todos los alcaldes mayores, tenientes y justicias de pueblos, extendemos estos instrumentos en nuestras casas y juzgados solos, y cuando llegamos á los testigos, ponemos que lo fueron don Pascasio, don Nicasio y don Epitacio, aunque no haya tales hombres en veinte leguas en contorno, y lo cierto es que las escrituras se quedaron otorgadas, las fincas vendidas, nuestros derechos en la bolsa, y nadie, aunque sepa esta friolera, se mete á reconvenirnos para nada.

Esto es lo que hay, amigo, en el particular. Vea usted si tiene algo más que preguntar, que se le responderá *in terminis,* camarada, *in terminis,* terminantemente.

Levantóse de la silla el licenciado medio balbuciente de la cólera, y con un mirar de perro con rabia le dijo á mi preclarísimo maestro: —Pues, señor don Cosme Casalla, ó Chanfaina, ó calabaza, ó como le llamen, sepa usted que quien le habla es el licenciado don Severo Justiniano, abogado también de esta Real Audiencia en la que pronto me verá usted colocado, y sabrá, si no quiere saberlo antes, que soy doctor en ambos derechos,

y que no le he hablado con mera fanfarronada como usted, á quien en esta virtud le digo y le repito que es un hombre lleno, pero no de sabiduría, sino lleno de malicia y de ignorancia. ¡Bárbaro! ¿Quién le metió á escribano? ¿quién le examinó? ¿cómo supo engañar á los señores sinodales respondiendo quizás preguntas estudiadas, comunes ó prevenidas, ó satisfaciendo hipócritamente los casos arduos que le propusieron?

Usted y otros escribanos ó receptores tan pelotas y malicosos como usted, tienen la culpa de que el vulgo, poco recto en sus juicios, mire con desafecto, y aun diré con odio, una profesión tan noble, confundiendo á los escribanos instruídos y timoratos con los criminalistas trapaceros, satisfechos de que abundan más éstos que aquéllos.

Sí, señor; el oficio de escribano es honorífico, noble y decente. Las leyes lo llaman *público y honrado:* prescriben *que el que haya de ejercerlo sea sujeto de buena fama, hombre libre y cristiano;* aseguran que *el poner escribanos es cosa que pertenece á los reyes. Ca en ellos es puesta la guarda é lealtad de las cartas que facen en la corte del rey, é en las ciudades é en las villas. É son como testigos públicos en los pleitos, é en las posturas (pactos) que los homes facen entre sí,* y mandan que para ser admitidos á ejercer dicho cargo *justifiquen con citación del procurador síndico ante las*

justicias de sus domicilios, limpieza de sangre, legitimidad, fidelidad, habilidad, buena vida y costumbres. [1]

Sí, amigo: es un oficio honroso, y tanto que no obsta, como han pensado algunos, para ser caballeros y adornarse el pecho con la cruz de un hábito, siempre que no falten los demás requisitos necesarios para el caso, de lo que tenemos ejemplar. No siendo esto nada particular ni violento, si se considera que un escribano *es una persona depositaria, con autoridad del soberano de la confianza pública, á quien, así en juicio como fuera de él, se debe dar entera fe y crédito en cuanto actúe como tal escribano.*

¿No es, pues, una lástima que cuatro zaragates desluzcan con sus embrollos, necedades y raterías una profesión tan recomendable en la sociedad? Á lo menos en el concepto de los muchos; que los pocos bien saben que en expresión de cierto autor moderno, *el abuso de tan decoroso ministerio no debe degradarle, como ni á los demás de la república, de la estimación y aprecio que le son debidos.*

Esa escritura que usted ha puesto ó mandado poner, es un fárrago de simplezas que no merece criticarse, y ella misma publica la ignorancia de usted, cuando no la hubiera confesado. ¿Conque usted se persuade que el escribano no necesita saber leyes, y que esto sólo

[1] En el prólogo del Febrero ilustrado se hallan citadas las respectivas leyes.

compete á los abogados? Pues no, señor, los escribanos deben también estudiarlas para desempeñar su oficio en conciencia.[1]

Ésta es una aserción muy evidente, y si no, vea usted en cuántos despilfarros y nulidades ha incurrido en ese mamarracho que ha forjado. Usted cita y renuncia leyes que para nada vienen al caso, manifestando en esto su ignorancia, al mismo tiempo que omite poner la edad de esa señora, circunstancia esencialísima para que sea válida la escritura, pues es mayor de veinticinco años; no es casada ni hija de familia; tiene la libre administración de sus bienes, y puede otorgar por sí lo mismo que cualquier hombre libre, y de consiguiente es un absurdo la renuncia que hace en su nombre del *senatus-consulto Veleyano,* pues no tiene aquí lugar ni le favorece. Sepa usted que esta ley se instituyó en Roma siendo cónsul Veleyo en favor de las mujeres, para que no puedan obligarse ni salir por fiadoras por persona alguna, y ya que puedan serlo en ciertos casos, es menester que renuncien esta ley romana, ó más bien las patrias que les favorecen, y entonces será válido el contrato y estarán obligadas á cumplirlo; pero cuando estando habilitadas por derecho se obligan por sí y por

[1] «Es imposible ejercer los escribanos su oficio, *dice don Marcos Gutiérrez en el lugar citado,* sin saber mucho de jurisprudencia; pues de lo contrario forzosamente han de cometer infinitos absurdos que originen costosos é interminables litigios, y de que sean víctimas innumerables ciudadanos en sus bienes y derechos.»

su mismo interés, es excusada tal cláusula, porque entonces ninguna ley las exime de la obligación que han otorgado.

Lo mismo se puede decir de las demás renuncias disparatadas que usted ha puesto como las de *si qua mulier, sive à me,* etc., pues éstas se contraen á asegurar los bienes de las mujeres casadas ó por razón de bienes dotales; y así sólo á éstas favorecen y ellas únicamente pueden renunciar su beneficio, y no las doncellas ó solteras como es doña Damiana Acevedo.

Mas para que usted acabe de conocer hasta dónde llega su ignorancia y la de todos sus compañeros que extienden instrumentos y ponen en ellos latinajos, leyes y renuncias de éstas sin entender lo que hablan, sino porque así lo han visto en los protocolos de donde sacaron su formulario, atienda: Dice usted que vendió la casa en cuatro mil pesos, que el comprador recibió á su satisfacción, y á poco dice que renuncia la ley de la *non numerata pecunia.* Si usted supiera que esta ley habla del dinero no contado, y no del contado y recibido, no incurriría en tal error.

Ultimamente; el poner por testigos instrumentales los nombres que usted quiere, al hacer el instrumento usted solo, como ha dicho, y el no explicarle á las partes la cláusula de él y las leyes que renuncian, puede anular la escritura y cuanto haga con esta torpeza; porque es

obligación precisa de los escribanos el imponer á las partes perfectamente en éstas que usted llama *antiguallas;* pero como «regularmente los escribanos [1] poco menos ignoran el contenido de las leyes renunciadas que las mismas partes, ¿cómo deberemos persuadirnos que cerciorarán aquello que creemos ignoran? ¿Llamaremos acaso á juicio al escribano para que, examinado del contenido de dichas leyes, si rectamente responde, creamos que cercioró bien á las partes, y si no da razón de su persona hagamos el contrario concepto? Mejor sería.»

Conque, señor Casalla, aplicarse, aplicarse y ser hombre de bien; pues es un dolor que por las faltas de usted y otros como usted sufran los buenos escribanos el vejamen de los necios. El negocio á que yo venía pide un escribano de más capacidad y conducta que usted, y así no me determino á fiárselo. Estudie más y sea más arreglado, y no le faltará qué comer con más descanso y tranquilidad de espíritu. Y usted, amiguito, me dijo á mí, estudie también si quiere seguir esta carrera, y no se enseñe á robar con la pluma, pues entonces no pasará de ave de rapiña. Adiós, señores.

Ni visto ni oído fué el licenciado luego que acabó de regañar á mi amo, quien se quedó tan aturdido que no sabía si estaba en cielo ó en tierra, según después me dijo.

[1] Aliaga, en su *Espejo de Escribanos*, t. II, cap. I, claus. 13. fol. 62.

Yo me acordé bastante de mi primer maestro de escuela, cuando le pasó igual bochorno con el clérigo; pero mi amo no era de los que se ahogan en poca agua, sino muy procaz ó sinvergüenza; y así disimuló su incomodidad con mucho garbo, y luego que se recobró un poco, me dijo: —¿Sabes, Periquillo, por qué ha sido esta faramalla del abogado? Pues sábete que no por otra causa, sino porque siente un gato que otro lo arañe. Estos letradillos son muy envidiosos; no pueden ver ojos en otra cara, y quisieran ser ellos solos abogados, jueces, agentes, relatores, procuradores, escribanos y hasta corchetes y verdugos, para soplarse á los litigantes en cuerpo y alma.

Vea usted al bribón del Severillo, y qué charla nos ha encajado haciéndose del hipócrita y del instruído, como si fuera lo mismo surcir un escrito acuñándole cuarenta textos, que extender un instrumento público. Aquí no más has de conocer lo que va del trabajo de un abogado al de un escribano: el escrito de aquél se tira, si se ofrece, por inútil, y el instrumento que nosotros autorizamos se guarda y se protocola eternamente.

El letradillo se escandaliza de lo que no entiende, pero no se asustará de dejar un litigante sin camisa. Sí, ya lo conozco; ¡bonito yo para que me diera atole con el dedo! No digo él, ni los de toga. ¿Sabes por qué

tomé el partido de callarme? Pues fué porque es muy caviloso, y á más de eso tengo malicias de que es asesor de S. E. Está para ser oidor y no quiero exponerme á un trabajo, porque estos pícaros por tal de vengarse no dejarán libro que no hojeen, ni estante que no revuelvan; que si eso no hubiera sido, yo lo hubiera enseñado á mal criado. Con todo, que vuelva otro día á mi casa á quebrarme la cabeza, quizás no estaré para aguantar, y saldrá por ahí como rata por tirante.

Así que mi amo se desahogó conmigo, abrió su estantito, se refrescó con un buen trago del refino de Castilla, y se marchó á jugar sus alburitos mientras se hacía hora de comer.

Aunque me hicieron mucha fuerza las razones del licenciado, algo me desvanecieron la socarra y mentiras de Chanfaina. Ello es que yo propuse no dejar su compañía hasta no salir un mediano oficial de escribano; mas no se puede todo lo que se quiere.

Á las dos de la tarde volvió mi maestro contento porque no había perdido en el juego; puse la mesa, comió y se fué á dormir siesta. Yo fuí á hacer la misma diligencia á la cocina donde me despachó muy bien nana Clara, que era la cocinera. Después me bajé á la esquina á pasar el rato con el tendero mientras despertaba mi patrón.

Éste, luego que despertó, me dejó mi tarea de

escribir, como siempre, y se marchó para la calle, de donde volvió á las siete de la noche con una nueva huéspeda que venía á ser nuestra compañera.

Luego que la ví la conocí. Se llamaba Luisa, y era la hermana del ladrón que mi amo soltó de la cuerda con más facilidad que don Quijote á Ginés de Pasamonte. Ya he dicho que la tal moza no era fea y que pareció muy bien á mi amo. ¡Ojalá y á mí no me hubiera parecido lo mismo!

En cuanto entró le dijo mi amo: —Anda, hija, desnúdate [1] y véte con nana Clara, que ella te impondrá de lo que has de hacer.—Fuése ella muy humilde, y cuando estuvimos solos me dijo Chanfaina: —Periquillo, me debes dar las albricias por esta nueva criada que he traído: ella viene de recamarera, y te vas á ahorrar de algún quehacer; porque ya no barrerás, ni harás la cama, ni servirás la mesa, ni limpiarás los candeleros, ni harás otras cosas que son de su obligación, sino solamente los mandados. Lo único que te encargo es que tengas cuidado con ella, avisándome si se asoma al balcón muy seguido, ó si sale ó viene alguno á verla cuando no estuviere yo en casa. En fin, tú cúidala y avísame de cuanto notares. Pues, porque al fin es mi criada, está á mi cargo, tengo que dar cuenta á Dios

[1] En aquella época sólo la gente muy infeliz carecía de ropa más decente, ó aseada para salir á la calle, y así es que por *desnudarse* se entendía quitarse esa ropa y quedarse con la de dentro de casa. E.

de ella y no soy muy ancho de conciencia, ni quiero condenarme por pecados ajenos. ¿Entiendes? — Sí, señor, le contesté, riéndome interiormente de la necedad con que pensaba que era yo capaz de tragar su hipocresía. Ya se ve, el muy camote me tenía por un buen muchacho ó por un mentecato. Como en cerca de dos meses que yo vivía con él había hecho tan al vivo el papel de hombre de bien, pues ni salía á pasear, aun dándome licencia él mismo, ni me deslicé en lo más mínimo con la vieja cocinera, me creyó el amigo Chanfaina muy inocente, ó quién sabe qué, y me confió á su Luisa, que fué fiarle un mamón á un perro hambriento. Así salió ello.

Esa noche cenamos y me fuí á acostar sin meterme en más dibujos. Al día siguiente nos dió chocolate la recamarerita, hizo la cama, barrió, atizó el cobre, porque plata no la había, y puso la casa albeando, como dicen las mujeres.

Seis ú ocho días hizo la Luisa el papel de criada sirviendo la mesa y tratando á Chanfaina como amo, delante de mí y de la vieja; pero no pudo éste sufrir mucho tiempo el disimulo. Pasado este plazo, la fué haciendo comer de su plato aunque en pie; después la hacía sentar algunas veces, hasta que se desnudó del fingimiento y la colocó á su lado señorilmente.

Los tres comíamos y cenábamos juntos en buena

paz y compañía. La muchacha era bonita, alegre, viva y decidora; yo era joven, no muy malote y sabía tocar el bandoloncito y cantar no muy ronco, al paso que mi amo era casi viejo, no poseía las gracias que yo; sacándolo de sus trapacerías con la pluma, era en lo demás muy tonto; hablaba gangoso y rociaba de babas al que lo atendía, á causa de que el gálico y el mercurio lo habían dejado sin campanilla ni dientes; no era nada liberal, y sobre tantas prendas tenía la recomendable de ser celosísimo en extremo.

Ya se deja entender que no me costaría mucho trabajo la conquista de Luisa teniendo un rival tan despreciable. Así fué en efecto. Breve nos conchábamos, y quedamos de acuerdo correspondiéndonos nuestros afectos amigablemente.

El pobre de mi amo estaba encantado con su recamarera y plenamente satisfecho de su escribiente, quien no osaba alzar los ojos á verla delante de él.

Mas ella, que era pícara y burlona, abusaba del candor de mi amo y me ponía en unos aprietos terribles en su presencia; de suerte que á veces me hacía reir y á veces incomodar con sus chocarrerías.

Algunas ocasiones me decía: —Señor Pedrito, ¡qué mustio es usted! parece usted novicio ó fraile recién profeso; ni alza los ojos para verme; ¿qué, soy tan fea que espanto? ¡Zonzo! Dios me libre de usted. Será usted más

unante que el que más. Sí, de éstos que no co
libre Dios nuestros panales, don Cosme.

Otras veces me preguntaba si estaba yo enamorado de alguna muchacha ó si me quería casar, y treinta mil simplezas de éstas, con las que me exponía á descubrir nuestros maliciosos tratos; pero el bueno de mi maestro estaba lelo y en nada menos pensaba que en ellos, antes solía preguntarme á excusas de ella si le observaba yo alguna inquietud. Y yo le decía:—No, señor, ni yo lo permitiera, pues los intereses de usted los miro como míos, y más en esta parte.—Con esto quedaba el pobre enteramente satisfecho de la fidelidad de los dos.

Pero como nada hay oculto que no se revele, al fin se descubrió nuestro mal procedimiento de un modo que pudo haberme costado bien caro.

Estaba una mañana Luisa en el balcón y yo escribiendo en la sala. Antojóseme chupar un cigarro y fuí á encenderlo á la cocina. Por desgracia estaba soplando la lumbre una muchacha de no malos bigotes llamada Lorenza, que era sobrina de nana Clara, y la iba á visitar de cuando en cuando por interés de los percances que l daba la buena vieja, la que á la sazón no estaba en cas porque había ido á la plaza á comprar cebollas y otr menestras para guisar. Me hallé, pues, solo con la m chacha, y como era de corazón alegre comenzam mente.

En este rato me echó de menos Luisa; fué á buscarme, y hallándome enajenado, se enceló furiosamente y me reconvino con bastante aspereza, pues me dijo:—Muy bien, señor Perico. En eso se le va á usted el tiempo, en retozar con esa grandísima tal...—No: eso de tal, dijo Lorenza toda encolerizada, eso de tal lo será ella y su madre y toda su casta.—Y sin más cumplimientos se arremetieron y afianzaron de las trenzas dándose muchos arañoz y diciéndose primores; pero esto con tal escándalo y alharaca, que se podía haber oído el pleito y sabido el motivo á dos leguas en contorno de la casa.

Hacía yo cuanto estaba de mi parte por desapartarlas; mas era imposible según estaban empeñadas en no soltarse.

A este tiempo entró nana Clara, y mirando á su sobrina bañada en sangre, no se metió en averiguaciones, sino que tirando el canasto de verdura, arremetió contra la pobre de Luisa, que no estaba muy sana, diciéndole:—Eso no, grandísima cochina, *lambe-platos*, piojo resucitado; á mi sobrina no, tal. Agora verás quién es cada cual. Y en medio de esas jaculatorias le menudeaba muy fuertes palos con una cuchara.

Yo no pude sufrir que con tal ventaja estropearan dos á mi pobre Luisa, y así, viendo que no valían mis ruegos para que la dejaran, apelé á la fuerza y dí sobre la vieja á pescozones.

Una zambra era aquella cocina, ni pienso que sería más terrible la batalla de César en Farsalia. Como no estábamos quietos en un punto, sino que cayendo y levantando andábamos por todas partes y la cocina era estrecha, en un instante se quebraron las ollas, se derramó la comida, se apagó la lumbre, y la ceniza nos emblanqueció las cabezas y ensució las caras.

Todo era desvergüenzas, gritos, porrazos y desorden. No había una de las contendientes que no estuviera sangrada según el método del Aguilucho, y á más d esto, desgreñada y toda hecha pedazos, sin quedar yo limpio en la función. El campo de batalla ó la co estaba sembrada de despojos. Por un rincón se veía olla hecha pedazos, por otra la tinaja del agua, po una sartén, por allí un manojo de cebollas, por lado la mano del metate, y por todas partes las de nuestra ropa. El perrillo alternaba sus lad. nuestros gritos, y el gato todo espeluzado no se atrevía á bajar del brasero.

En medio de esta función llegó Chanfaina vestido en su propio traje, y viendo que su Luisa estaba desangrada, hecha pedazos, bañada en sangre y envuelta entre la cocinera y su sobrina, no esperó razones, sino que haciéndose de un garrote dió sobre las dos últimas; pero con tal gana y coraje, que á pocos trancazos cesó el pleito dejando á la infeliz recama-

rera, que ciertamente era la que había llevado la peor parte.

Cuando volvimos todos en nuestro acuerdo, no tanto por el respeto del amo, cuanto por el miedo del garrote, comenzó el escribano á tomarnos declaración sobre el asunto ó motivo de tan desaforada riña. La vieja nana Clara nada decía, porque nada sabía en realidad. Luisa tampoco, porque no le tenía cuenta; yo menos, porque era el actor principal de aquella escena; pero la maldita Lorenza, como que era la más instruída é inocente, en un instante impuso á mi amo del contenido de la causa, diciéndole que todo aquello no había sido más que una violencia y provocación de aquella tal celosa que estaba en su casa, que quizá era mi amiga, pues por celos de mí y de ella había armado aquel escándalo...

Hasta aquí oí yo á Lorenza; porque en cuanto advertí que ésta había descorrido el velo de nuestros indignos tratos más de lo que era necesario, y que mi amo me miraba con ojos de loco furioso, temí como hombre, y eché á correr como una liebre por la escalera abajo, con lo que confirmé en el momento cuanto dijo Lorenza, acabando de irritar á mi patrón, quien no queriendo que me fuera de su casa sin despedida, bajó tras de mí como un rayo y con tal precipitación, que no advirtió que iba sin sombrero ni capa y con la golilla por un lado.

Como dos cuadras corrió Chanfaina tras de mí gritándome sin cesar: — ¡Párate, bribón; párate, pícaro! — pero yo me volví sordo y no paré hasta que lo perdí de vista y me hallé bien lejos y seguro del garrote.

Este fué el honroso y lucidísimo modo con que salí de la casa del escribano, peor de lo que había entrado y sin el más mínimo escarmiento; pues en cada una de éstas comenzaba de nuevo la serie de mis aventuras, como lo veréis en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO XI

En el que Periquillo cuenta la acogida que le hizo un barbero; el motivo porque se salió de su casa; su acomodo en una botica y su salida de ésta, con otras aventuras curiosas

Es increíble el terreno que avanza un cobarde en la carrera. Cuando sucedió el lance que acabo de referir eran las doce en punto, y mi amo vivía en la calle de las Ratas; pues corrí tan de buena gana que fuí á esperar

el cuarto de hora á la Alameda; eso sí, yo llegué lleno de sudor y de susto; mas lo dí de barato así como el verme sin sombrero, roto de cabeza, hecho pedazos y muerto de hambre, al considerarme seguro de Chanfaina, á quien no tanto temía por su garrote como por su pluma cavilosa; pues si me hubiera habido á las manos seguramente me da de palos, me urde una calumnia y me hace ir á sacar piedra mucar á San Juan de Ulúa.

Así es que yo hube de tener por bien el mismo mal, ó elegí cuerdamente del mal el menos; pero esto está muy bien para la hora ejecutiva, porque pasada ésta, se reconoce cualquier mal según es, y entonces nos incomoda amargamente.

Tal me sucedió, cuando sentado á la orilla de una zanja, apoyado mi brazo izquierdo sobre una rodilla, teniéndome con la misma mano la cabeza, y con la derecha rascando la tierra con un palito, consideraba mi triste situación.—¿Qué haré yo ahora? me preguntaba á mí mismo. Es harto infeliz el estado presente en que me hallo. Solo, casi desnudo, roto de cabeza, muerto de hambre, sin abrigo ni conocimiento, y después de todo, con un enemigo poderoso como Chanfaina, que se desvelará por saber de mí para tomar venganza de mi infidelidad y de la de Luisa, ¿á dónde iré? ¿dónde me quedaré esta noche? ¿quién se ha de doler de mí, ni quién me hospedará si mi pelaje es demasiado sos-

pechoso? Quedarme aquí, no puede ser, porque me echarán los guardas de la Alameda; andar toda la noche en la calle, es arrojo, porque me expongo á que me encuentre una ronda y me despache más presto á poder de Chanfaina; irme á dormir á un cementerio retirado como el de San Cosme, será lo más seguro... pero ¿y los muertos y las fantasmas son acaso poco respetables y temibles? Ni por un pienso. ¿Qué haré, pues, y qué comeré en esta noche?

Embebecido estaba en tan melancólicos pensamientos sin poder dar con el hilo que me sacara de tan confuso laberinto, cuando Dios, que no desampara á los mismos que le ofenden, hizo que pasara junto á mí un venerable viejo, que con un muchacho se entretenía en sacar sanguijuelas con un *chiquihuite* en aquellas zanjitas; y estando en esta diligencia me saludó y yo le respondí cortesmente.

El viejo, al oir mi voz, me miró con atención, y después de haberse detenido un momento, salta la zanja, me echa los brazos al cuello con la mayor expresión, y me dice:—¡Pedrito de mi alma! ¿Es posible que te vuelva á ver? ¿Qué es esto? ¿Qué traje, qué sangre es ésa? ¿Cómo está tu madre? ¿Dónde vives?

Á tantas preguntas, yo no respondía palabra, sorprendido al ver á un hombre á quien no conocía que me hablaba por mi nombre y con una confianza no

esperada: mas él, advirtiendo la causa de mi turbación, me dijo:—¿Qué, no me conoces?—No, señor; la verdad, le respondí, si no es para servirle.—Pues yo sí te conozco, y conocí á tus padres y les debí mil favores. Yo me llamo Agustín Rapamentas: afeité al difunto señor don Manuel Sarmiento, tu padrecito, muchos años: sí, muchos, sobre que te conocí tamañito, hijo, tamañito; puedo decir que te ví nacer; y no pienses que no; te quería mucho y jugaba contigo mientras que tu señor padre salía á afeitarse.

—Pues, señor don Agustín, le dije, ahora voy recordando especies, y en efecto, es así como usted lo dice.—¿Pues qué haces aquí, hijo, y en este estado? me preguntó.

—¡Ay, señor! le respondí remedando el llanto de las viudas; mi suerte es la más desgraciada; mi madre murió dos años hace; los acreedores de mi padre me echaron á la calle y embargaron cuanto había en mi casa; yo me he mantenido sirviendo á este y al otro, y hoy el amo que tenía, porque la cocinera echó el caldo frío y yo lo llevé así á la mesa, me tiró con él y con el plato me rompió la cabeza, y no parando en esto su cólera, agarró el cuchillo y corrió tras de mí, que á no tomarle yo la delantera, no le cuento á usted mi desgracia.

—¡Mire qué picardía! decía el cándido barbero:

¿y quién es ese amo tan cruel y vengativo? — ¿Quién ha de ser, señor? le dije; el mariscal de Birón. — ¡Cómo! ¿Qué estás hablando? dijo el rapador; no puede ser eso; si no hay tal nombre en el mundo. Será otro. — ¡Ah! sí, señor, es verdad, dije yo; me turbé; pero es el conde... el conde... el conde... ¡válgate Dios por memoria! el conde de... de... de Saldaña. — Peor está ésa, decía don Agustín; ¿qué, te has vuelto loco? ¿Qué estás hablando, hijo? ¿No ves que esos títulos que dices son de comedia? — Es verdad, señor; á mí se me ha olvidado el título de mi amo, porque apenas hace dos días que estaba en su casa; pero para el caso no importa acordarse de su título, ó aplicarle uno de comedia, porque si lo vemos con seriedad, ¿qué título hay en el mundo que no sea de comedia? El mariscal de Birón, el conde de Saldaña, el barón de Trenk y otros mil fueron títulos reales, desempeñaron su papel, murieron, y sus nombres quedaron para servir de títulos de comedias. Lo mismo sucederá al conde del Campo azul, al marqués de Casa nueva, al duque de Ricabella y á cuantos títulos viven hoy con nosotros: mañana morirán y *Laus Deo;* quedarán sus nombres y sus títulos para acordarnos sólo algunos días de que han existido entre los vivos, lo mismo que el mariscal de Birón y el gran conde de Saldaña. Conque nada importa, según esto, que yo me acuerde ó me olvide del título del amo que me golpeó. De lo que no me olvidaré será de

su maldita acción, que éstas son las que se quedan en la memoria de los hombres ó para vituperarlas y sentirlas, ó para ensalzarlas y aplaudirlas, que no los títulos y dictados que mueren con el tiempo, y se confunden con el polvo de los sepulcros.

Atónito me escuchaba el inocente barbero teniéndome por un sabio y un virtuoso. Tal era mi malicia á veces, y á veces mi ignorancia. Yo mismo ahora no soy capaz de definir mi carácter en aquellos tiempos, ni creo que nadie lo hubiera podido comprender; porque unas ocasiones decía lo que sentía, otras obraba contra lo mismo que decía; unas veces me hacía un hipócrita, y otras hablaba para el convencimiento de mi conciencia; mas lo peor era que cuando fingía virtud lo hacía con advertencia, y cuando hablaba enamorado de ella hacía mil propósitos interiores de enmendarme, pero no me determinaba á cumplirlos.

Esta vez me tocó hablar lo que tenía en mi corazón; pero no me aproveché de tales verdades; sin embargo, me surtió un buen efecto temporal, y fué que el barbero, condolido de mí, me llevó á su casa, y su familia, que se componía de una buena vieja llamada tía Casilda y del muchacho aprendiz, me recibió con el extremo más dulce de hospitalidad.

Cené aquella noche mejor de lo que pensaba, y al día siguiente me dijo el maestro: — Hijo, aunque ya eres

grande para aprendiz (tendría yo diez y nueve ó veinte años: decía bien), si quieres, puedes aprender mi oficio, que si no es de los muy aventajados, á lo menos da qué comer; y así aplícate que yo te daré la casa y el bocadito, que es lo que puedo.

Yo le dije que sí, porque por entonces me pareció conveniente; y según esto, me comedía [1] á limpiar los paños, á tener la vacía y á hacer algo de lo que veía hacer al aprendiz.

Una ocasión que el maestro no estaba en casa, por ver si estaba algo adelantado, cogí un perro, á cuya fajina me ayudó el aprendiz, y atándole los pies, las manos y el hocico, lo sentamos en la silla amarrado en ella, le pusimos un trapito para limpiar las navajas, y comencé la operación de la rasura. El miserable perro ponía sus gemidos [2] en el cielo. ¡Tales eran las cuchilladas que solía llevar de cuando en cuando!

Por fin, se acabó la operación y quedó el pobre animal retratable, y luego que se vió libre, salió para la calle como alma que se llevan los demonios, y yo, engreído con esta primera prueba, me determiné á hacer otra con un pobre indio que se fué á rasurar de á medio. Con mucho garbo le puse los paños; hice al aprendiz trajera

[1] Por *comedirse* y con más frecuencia *acomedirse*, se entiende vulgarmente prestarse con voluntad y gusto á ayudar á otros en sus trabajos y quehaceres, ó desempeñarlos por ellos. *E.*

[2] No podía ladrar y así sólo gemía.

la vacía con la agua caliente; asenté las navajas y le dí una zurra de raspadas y tajos que el infeliz, no pudiendo sufrir mi áspera mano, se levantó diciendo: — *Amoquale quistiano, amoquale:* — que fué como decirme en castellano: «no me cuadra tu modo, señor, no me cuadra.» Ello es que él dió el medio real y se fué también medio rapado.

Todavía no contento con estas tan malas pruebas, me atreví á sacarle una muela á una vieja que entró á la tienda rabiando de un fuerte dolor y en solicitud de mi maestro; pero como era resuelto, la hice sentar y que entregara la cabeza al aprendiz para que se la tuviera.

Hizo éste muy bien su oficio: abrió la cuitada vieja su desierta boca después de haberme mostrado la muela que le dolía; tomé el descarnador y comencé á cortarla trozos de encía alegremente.

La miserable, al verse tasajear tan seguido y con una porcelana de sangre delante, me decía: — Maestrito, por Dios, ¿hasta cuándo acaba usted de descarnar? — No tenga usted cuidado, señora, le decía yo; haga una poca de paciencia, ya le falta poco de la quijada.

En fin, así que le corté tanta carne cuanta bastó para que almorzara el gato de casa, le afiancé el hueso con el respectivo instrumento, y le dí un estirón tan fuerte y mal dado, que le quebré la muela lastimándole terriblemente la quijada.

—¡Ay, Jesús! exclamó la triste vieja, ya me arrancó usted las quijadas, maestro del diablo. —No hable usted, señora, le dije, que se le meterá el aire y le corromperá la mandíbula. —¡Qué *malíbula* ni qué demonios! decía la pobre.... ¡Ay, Jesús! ¡ay! ¡ay! ¡ay!... —Ya está, señora, decía yo, abra usted la boca, acabaremos de sacar el raigón, ¿no ve que es muela matriculada? —Matriculado esté usted en el infierno, *chambón,* indigno, condenado, decía la pobre.

Yo, sin hacer caso de sus injurias, le decía:—Ande, nanita, siéntese y abra la boca, acabaremos de sacar ese hueso maldito; vea usted que un dolor quita muchos. Ande usted aunque no me pague. —Vaya usted mucho noramala, dijo la anciana, y sáquele otra muela ó cuantas tenga á la grandísima borracha que lo parió. No tienen la culpa estos raspadores cochinos, sino quien se pone en sus manos. —Prosiguiendo en estos elogios se salió para la calle sin querer ni volver á ver el lugar del sacrificio.

Yo algo me compadecí de su dolor, y el muchacho no dejó de reprenderme mi determinación atolondrada; porque cada rato decía:—¡Pobre señora! ¡qué dolor tendría! y lo peor que si se lo dice al maestro ¿qué dirá? —Diga lo que dijere, le respondí; yo lo hago por ayudarle á buscar el pan; fuera de que así se aprende, haciendo pruebas y ensayándose. —A la maestra le dije que

habían sido monadas de la vieja; que tenía la muela matriculada y no se la pude arrancar al primer tirón, cosa que al mejor le sucede.

Con esto se dieron todos por satisfechos y yo seguí haciendo mis diabluras, las que me pagaban ó con dinero ó con desvergüenzas.

Cuatro meses y medio permanecí con don Agustín, y fué mucho, según lo variable de mi genio. Es verdad que en esta dilación tuvo parte el miedo que tenía á Chanfaina, y el no encontrar mejor asilo, pues en aquella casa comía, bebía y era tratado con una estimación respetuosa de parte del maestro. De suerte que yo ni hacía mandados ni cosa más útil que estar cuidando la barbería y haciendo mis fechorías cada vez que tenía proporción; porque yo era un aprendiz de honor, y tan consentido y hobachón, que aunque sin camisa, no me faltaba quién envidiara mi fortuna. Éste era Andrés, el aprendiz, quien un día que estábamos los dos conversando en espera de marchante que quisiera ensayarse á mártir, me dijo: —Señor, ¡quién fuera como usted! —¿Por qué, Andrés? le pregunté. —Porque ya usted es hombre grande, dueño de su voluntad y no tiene quién lo mande; y no yo, que tengo tantos que me regañen, y no sé lo que es tener medio en la bolsa. —Pero así que acabes de aprender el oficio, le dije, tendrás dinero y serás dueño de tu voluntad.

—¡Qué verde está eso! decía Andrés: ya llevo aquí dos años de aprendiz y no sé nada. —¿Cómo nada, hombre? le pregunté muy admirado. —Así, nada, me contestó. Ahora que está usted en casa he aprendido algo. —¿Y qué has aprendido? le pregunté. —He aprendido, respondió el gran bellaco, á afeitar perros, desollar indios y desquijarar viejas, que no es poco. Dios se lo pague á usted que me lo ha enseñado. —¿Pues y qué, tu maestro no te ha enseñado nada en dos años?

—¡Qué me ha de enseñar! decía Andrés. Todo el día se me va en hacer mandados aquí y en casa de doña Tulitas, la hija de mi maestro; y allí *pior*, porque me hacen cargar el niño, lavar los pañales, ir á la pulquería, fregar toditos los trastes y aguantar cuantas calillas quieren, y con esto ¿qué he de aprender del oficio? Apenas sé llevar la vacía y el escalfador cuando me lleva consigo mi amo, digo, mi maestro; me turbé. A fe que don Plácido, el hojalatero que vive junto á la casa de mi madre grande, ese sí que es maestro de cajeta; porque afuera de que no es muy demasiado regañón, ni les pega á sus aprendices, los enseña con mucho cariño y les da sus medios muy buenos así que hacen una cosa en su lugar; pero eso de mandados ¡cuándo, ni por un pienso! Sobre que apenas los envía á traer medio de cigarros, *contimás* manteca, ni chiles, ni pulque, ni carbón, ni

nada como acá. Con esto *orita orita* aprenden los muchachos el oficio.

—Tú hablas mal, le dije, pero dices bien. No deben ser los maestros amos, sino enseñadores de los muchachos; ni éstos deben ser criados ó *pilguanejos* de ellos, sino legítimos aprendices; aunque así por la enseñanza como por los alimentos que les dan, pueden mandarlos y servirse de ellos en aquellas horas en que estén fuera de la oficina y en aquellas cosas proporcionadas á las fuerzas, educación y principios de cada uno. Así lo oía yo decir varias veces á mi difunto padre, que en paz descanse. Pero díme: ¿qué, estás aquí con escritura?

—Sí, señor, me respondió Andrés, y ya cuento dos años de aprendiz, y vamos corriendo para tres, y no se da modo ni manera el maestro de enseñarme nada.—Pues entonces, le dije, si la escritura es por cuatro años, ¿cómo aprenderás en el último, si se pasa como se han pasado los tres que llevas?—Eso *mesmo* digo yo, decía Andrés; me sucederá lo que sucedió á mi hermano Policarpo con el maestro Marianito, el sastre.—¿Pues qué le sucedió?—¿Qué? que se llevó los tres años de aprendiz en hacer mandados como *ora* yo, y en el cuarto *izque* quería el maestro enseñarle todo el oficio de á tiro, y mi hermano no lo podía aprender, y el maestro se lo llevaba el diablo de coraje, y le echaba cuarta al *probe* de mi hermano á manta de Dios, hasta que el *probe* se aburrió

y se *juyó,* y ésta es la *ora* que no hemos vuelto á saber dél: y tan bueno que era el *probe,* pero ¿cómo había de salir sastre en un año, y eso haciendo mandados y con tantísimo día de fiesta, señor, como tiene el año? Y *asina* yo pienso que el maestro de acá tiene trazas de hacer lo *mesmo* conmigo. [1]

—¿Pero por qué no aprendiste tú á sastre? pregunté á Andrés. Y éste me dijo: —¡Ay, señor! ¿sastre? se enferman del pulmón.—¿Y á hojalatero?—No, señor; por no ver que se corta uno con la hoja de lata y se quema con los fierros.—¿Y á carpintero, por qué no?—¡Ay! no; porque se lastima mucho el pecho.—¿Y á carrocero ó herrero?—No lo permita Dios, si parecen diablos cuando están junto á la fragua aporreando el fierro.—Pues, hijo de mi alma; Pedro Sarmiento; hermano de mi corazón, le dije á Andrés levantándome del asiento; tú eres mi hermano, tatita, sí, tú eres mi hermano; somos mellizos ó *cuates;* dame un abrazo.

[1] En el día con gran dolor vemos lo poco usado de esta loable práctica de recibir aprendices con escritura; pero cuando estaba en uso se recibían los aprendices bajo las obligaciones y condiciones siguientes: el maestro se obligaba á enseñar al aprendiz su oficio sin ocultarle nada, dentro de un tiempo determinado, que regularmente eran cuatro años, pudiendo á este efecto castigarle con prudencia y moderación sin herirlo ni lastimarlo gravemente; á darle alimentos, ropa limpia y cama; á que si no estuvo hábil en el dicho tiempo, pagar á otro maestro de la misma profesión ó arte el trabajo de enseñarlo; y si esto no quería, á tener en su casa al aprendiz en clase de oficial pagándole salario de tal todos los días. El otorgante padre, pariente, etc., del aprendiz, se obligaba á que éste había de servir dicho tiempo, no sólo en lo concerniente al oficio, sino en lo que se le ofreciera á su maestro, siendo cosa decente y no impidiéndole el tiempo de aprender. Estas y otras condiciones igualmente justas, pueden verse en el *Febrero* ilustrado, por don Marcos Gutiérrez, part. I, t. II, cap. 26.

Desde hoy te debo amar y te amo más que antes, porque miro en tí el retrato de mi modo de pensar; pero tan parecido que se equivoca con el prototipo, si ya no es que nos identificamos tú y yo.

—¿Por qué son tantos abrazos, señor Pedrito?—preguntaba Andrés muy azorado; ¿por qué me dice tantas cosas que yo no entiendo?—Hermano Andrés, le respondí, porque tú piensas lo mismo que yo, y eres tan flojo como el hijo de mi madre. Á tí no te acomodan los oficios por las penalidades que traen anexas, ni te gusta servir porque regañan los amos; pero sí te gusta comer, beber, pasear y tener dinero con poco ó ningún trabajo. Pues, tatita, [1] lo mismo pasa por mí; de modo que, como dice el refrán, Dios los cría y ellos se juntan. Ya verás si tengo razón demasiada para quererte.

—Eso es decir, repuso Andrés, que usted es un flojo y yo también.—Adivinaste, muchacho, le contesté, adivinaste. ¿Ves cómo en todo mereces que yo te quiera y te reconozca por mi hermano?—Pues si sólo por eso lo hace, dijo Andresillo, muchos hermanos debe usted tener en el mundo, porque hay muchos flojos de nuestro mismo gusto; pero sepa usted que á mí lo que me hace no es el oficio, sino dos cosas: la una, que no me lo enseñan, y la otra, el genio que tiene la maldita vieja

[1] *Tatita*, diminutivo de *Tata*, que entre la gente vulgar se sustituye al nombre de *padre*, como el de *nana* al de *madre*; así como entre la gente decente se dice: *Papá*, *Mamá*. E.

de la maestra; que si eso no fuera, yo estuviera contento en la casa, porque el maestro no puede ser mejor.

—Así es, dije yo. Es la vieja el mismo diablo, y su genio es enteramente opuesto al de don Agustín; pues éste es prudente, liberal y atento; y la vieja condenada es majadera, regañona y mezquina como Judas. Ya se ve, ¿qué cosa buena ha de hacer con su cara de sábana encarrujada y su boca de chancleta? [1]

Hemos de advertir que la casa era una accesoria con un altito, de éstas que llaman de taza y plato, [2] y nosotros no habíamos atendido á que la dicha maestra nos escuchaba, como nos escuchó toda la conversación, hasta que yo comencé á loarla en los términos que van referidos, é irritada justamente contra mí, cogió con todo silencio una olla de agua hirviendo que tenía en el brasero, y me la volcó á plomo en la cabeza, diciéndome:—¡Pues maldito, mal agradecido, fuera de mi casa, que yo no quiero en ella arrimados que vengan á hablar de mí!

No sé si habló algo más porque quedé sordo y ciego del dolor y de la cólera. Andrés, temiendo otro baño

[1] Esta voz es en castellano sinónima de *chinela*, pero entre nosotros significa el zapato que por viejo ó de intento tiene doblado para adentro el talón, con cuyo motivo hace un ruido desagradable al andar con él. E.

[2] Esta locución tuvo origen de que pidiéndose una poca de agua en el cuarto ó accesoria de la gente muy pobre, se daba en un jarro de barro común; pero los que siendo algo más acomodados vivían en estas accesorias con su altito, presentaban el agua en una taza poblana sobre un plato, porque el precio alto de los vasos de cristal en aquella época remota no estaba al alcance sino de los ricos y gente bien acomodada. E.

peor y escarmentado en mi cabeza, huyó para la calle. Yo rabiando y todo pelado subí la escalerita de palo con ánimo de desmechar á la vieja, topara en lo que topara, y después marcharme como Andrés; pero esta condenada era varonil y resuelta, y así luego que me vió arriba, tomó el cuchillo del brasero y se fué sobre mí con el mayor denuedo, y hablando medias palabras de cólera, me decía: —¡Ah, grandísimo bellaco atrevido! ahora te enseñaré... —Yo no pude oir qué me quería enseñar ni me quise quedar á aprender la lección, sino que volví la grupa con la mayor ligereza, y fué con tal desgracia, que tropezando con un perrillo bajé la escalera más presto que la había subido y del más extraño modo, porque la bajé de cabeza magullándome las costillas.

La vieja estaba hecha un chile contra mí. No se compadeció ni se detuvo por mi desgracia, sino que bajó detrás de mí como un rayo con el cuchillo en la mano y tan determinada, que hasta ahora pienso que si me hubiera cogido, me mata sin duda alguna; pero quiso Dios darme valor para correr, y en cuatro brincos me puse cuatro cuadras lejos de su furor. Porque eso sí tenía yo alas en los pies, cuando me amenazaba algún peligro, y me daban lugar para la fuga.

En lo intempestivo se pareció ésta mi salida á la de la casa de Chanfaina; pero en lo demás fué peor, porque

de aquí salí á la carrera, sin sombrero, bañado y chamuscado.

Así me hallé como á las once de la mañana por el paseo que llaman de la Tlaxpana. Estúveme en el sol esperando se me secara mi pobre ropa, que cada día iba de mal en peor, como que no tenía relevo.

Á las tres de la tarde ya estaba enteramente seca, enjuta, y yo malacondicionado, porque me afligía el hambre con todas sus fuerzas; algunas ampollas se me habían levantado por la travesura de la vieja; los zapatos, como que estaban tan mal tratados con el tiempo que se tenían en mis pies por mero cumplimiento, me abandonaron en la carrera; yo que ví la diabólica figura que hacía sin ellos á causa de que las medias descubrieron toda la suciedad y flecos de las soletas, me las quité, y no teniendo dónde guardarlas las tiré, quedándome descalzo de pie y pierna; y para colmo de mi desgracia me urgía demasiado el miedo al pensar en dónde pasaría la noche sin atreverme á decidir entre si me quedaría en el campo ó me volvería á la ciudad, pues por todas partes hallaba insuperables embarazos. En el campo temía el hambre, las inclemencias del tiempo y la lobreguez de la noche; y en la ciudad temía la cárcel y un mal encuentro con Chanfaina ó el maestro barbero; pero por fin, á las oraciones de la noche, venció el miedo de esta parte, y me volví á la ciudad.

Á las ocho estaba yo en el portal de las Flores, muerto de hambre, la que se aumentaba con el ejercicio que hacía con tanto andar. No tenía en el cuerpo cosa que valiera más que una medallita de plata que había comprado en cinco reales cuando estaba en la barbería; me costó mucho trabajo venderla á esas horas; pero por último, hallé quién me diera por ella dos y medio, de los que gasté un real en cenar y medio en cigarros.

Alentado mi estómago, sólo restaba determinar dónde quedarme. Andaba yo calles y más calles sin saber en dónde recogerme, hasta que pasando por el mesón del Ángel oí sonar las bolas del truco, y acordándome del *arrastraderito* de Juan Largo, dije entre mí: —No hay remedio, un realillo tengo en la bolsa para el coime; aquí me quedo esta noche. —Y diciendo y haciendo me metí en el truco.

Todos me miraban con la mayor atención, no por lo trapiento, que otros había allí peores que yo, sino por lo ridículo, pues estaba descalzo enteramente; calzones blancos no los conocía; los de encima eran negros de terna, parchados y agujereados; mi camisa después de rota estaba casi negra de mugre, mi chupa era de angaripola rota y con tamaños florones colorados; el sombrero se quedó en casa, y después de tantas guapezas tenía la cara algo extravagante, pues la tenía ampollada

y los ojos medio escondidos dentro de las vejigas que me hizo el agua hirviendo.

No era mucho que todos notaran tan extraña figura; mas á mí no se me dió nada de su atención, y hubiera sufrido algún vejamen á trueque de no quedarme en la calle.

Dieron las nueve, acabaron de jugar y se fueron saliendo todos menos yo, que luego luego me comedí á apagar las velas, lo que no le disgustó al coime, quien me dijo: — Amiguito, Dios se lo pague; pero ya es tarde y voy á cerrar. — Váyase usted, señor, le dije; no tengo dónde quedarme, hágame usted favor de que pase la noche aquí en un banco, le daré un real que tengo, y si más tuviera más le diera.

Ya hemos dicho que en todas partes, en todos ejercicios y destinos se ven hombres buenos y malos, y así no se hará novedad de que en un truco y en clase de coime, fuera éste de quien hablo un hombre de bien y sensible. Así lo experimenté, pues me dijo: — Guarde usted su real, amigo, y quédese norabuena. ¿Ya cenó?— Sí, señor, le respondí. — Pues yo también. Vámonos á acostar. — Sacó un zarape, me lo prestó, y mientras nos desnudamos quiso informarse de quién era yo y del motivo de haber ido allí tan derrotado. Yo le conté mil lástimas con tres mil mentiras en un instante, de modo que se compadeció de mí, y me prometió que hablaría á

un amigo boticario que no tenía mozo, á ver si me acomodaba en su casa. Yo acepté el favor, le dí las gracias por él y nos dormimos.

A la siguiente mañana, á pesar de mi flojera, me levanté primero que el coime; barrí, sacudí é hice cuanto pude por granjearlo. Él se pagó de esto, y me dijo: — Voy á ver al boticario; pero ¿qué haremos de sombrero? Pues en esas trazas que usted tiene está muy sospechoso. — Yo no sé qué haré, le dije, porque no tengo más que un real y con tan poco no se ha de hallar; pero mientras que usted me hace favor de ver á ese señor boticario, ya vuelvo.

Dicho esto me fuí, me desayuné y en un zaguán me quité la chupa y la ferié en el baratillo por el primer sombrero que me dieron, quedándome el escrúpulo de haber engañado á su dueño. Es verdad que el dicho sombrero no pasaba de un *chilaquil* aderezado; y donde á mí me pareció que había salido ventajoso ¿qué tal estaría la chupa? Ello es que al tiempo del trueque me acordé de aquel versito viejo de

Casó Montalvo en Segovia
Siendo cojo, tuerto y calvo,
Y engañaron á Montalvo:
Pues ¿qué tal sería la novia?

Contentísimo con mi sombrero y de verme disfrazado con mis propios *tiliches*, convertido del hijo de don

Pedro Sarmiento en mozo alquilón, partí á buscar al coime mi protector, quien me dijo que todo estaba listo; pero que aquella camisa parecía sudadero, que fuera á lavarla á la acequia y á las doce me llevaría al acomodo, porque la pobreza era una cosa y la porquería otra; que aquélla provocaba á lástima y ésta á desprecio y asco de la persona; y por fin, que me acordara del refrán que dice: como te veo te juzgo.

No me pareció malo el consejo, y así lo puse en práctica al momento. Compré cuartilla de jabón y cuartilla de tortillas con chile que me almorcé para tener fuerzas para lavar; me fuí al *Pipis*, [1] me pelé mi camisa y la lavé.

No tardó nada en secarse, porque estaba muy delgada y el sol era como lo apetecen las lavanderas los sábados. En cuanto la ví seca la espulgué y me la puse, volviéndome con toda presteza al mesón, pues ya no veía la hora de acomodarme; no porque me gustaba trabajar, sino porque la necesidad tiene cara de hereje, dice el refrán, y yo digo de pobre, que suele parecer peor que de hereje.

Así que el coime me vió limpio se alegró y me dijo:
—Vea usted como ahora parece otra cosa. Vamos.

Llegamos á la botica, que estaba cerca, me presentó

[1] Un recodo que al lado de un puente hace la acequia principal por el barrio de San Pablo, donde sin pagar se lavan los muy pobres. E.

al amo, quien me hizo veinte preguntas, á las que contesté á su satisfacción, y me quedé en la casa con salario asignado de cuatro pesos mensuales y plato.

Permanecí dos meses en clase de mozo, moliendo palos, desollando culebras, atizando el fuego, haciendo mandados y ayudando en cuanto se ofrecía y me mandaban, á satisfacción del amo y del oficial.

Luego que tuve juntos ocho pesos, compré medias, zapatos, chaleco, chupa y pañuelo; todo del baratillo, pero servible. Lo traje á la casa ocultamente, y á otro día, que fué domingo, me puse hecho un veinticuatro.

No me conocía el amo, y alegrándose de mi metamorfosis, decía al oficial: — Vea usted, se conoce que este pobre muchacho es hijo de buenos padres y que no se crió de mozo de botica. Así se hace, hijo, manifestar uno siempre sus buenos principios, aunque sea pobre, y una de las cosas en que se conoce el hombre que los ha tenido buenos, es que no le gusta andar roto ni sucio. ¿Sabes escribir? — Sí, señor, le respondí. — A ver tu letra, dijo; escribe aquí.

Yo, por pedantear un poco y confirmar al amo en el buen concepto que había formado de mí, escribí lo siguiente:

Qui scribere nesciunt nullum putant esse laborem.
Tres digiti scribunt, cætera membra dolent.

—¡Hola! dijo mi amo todo admirado: escribe bien el muchacho y en latín. ¿Pues qué, entiendes tú lo que has escrito?—Sí, señor, le dije; eso dice «que los que no saben escribir, piensan que no es trabajo; pero que mientras tres dedos escriben se incomoda todo el cuerpo.»—Muy bien, dijo el amo; según eso, sabrás qué significa el rótulo de esa redoma. Dímelo.—Yo leí *Oleum vitellorum ovorum,* y dije:—Aceite de yema de huevos.—Así es, dijo don Nicolás, y poniéndome botes, frascos, redomas y cajones, me siguió preguntando: ¿y aquí qué dice?—Yo, según él me preguntaba, respondía: *Oleum escorpionum.* Aceite de alacranes... *Aqua menthae.* Agua de hierba buena... *Aqua petrocelini.* Agua de perejil... *Sirupus pomorum.* Jarabe de manzanas... *Unguentum cucurbitae.* Ungüento de calabaza... *Elixir*...—Basta, dijo el amo, y volviéndose al oficial, le decía:—Qué dice usted, don José, ¿no es lástima que este pobre muchacho esté de mozo pudiendo estar de aprendiz con tanto como tiene adelantado?—Sí, señor, respondió el oficial, y continuó el amo hablando conmigo.—Pues bien, hijo, ya desde hoy eres aprendiz; aquí te estarás con don José y entrarás con él al laboratorio para que aprendas á trabajar, aunque ya algo sabes por lo que has visto. Aquí está la Farmacopea de Palacios, la de Fuller y la Matritense; está también el Curso de Botánica de Linneo y ese otro de Químí-

ca. Estudia todo esto y aplícate, que en tu salud lo hallarás.

Yo le agradecí el ascenso que me había dado subiéndome de mozo de servicio á aprendiz de botica, y el diferente trato que me daba el oficial, pues desde ese momento ya no me decía Pedro á secas, sino don Pedro; mas entonces yo no paré la consideración en lo que puede un exterior decente en este mundo borracho, pero ahora sí. Cuando estaba vestido de mozo ó criado ordinario nadie se metió á indagar mi nacimiento, ni mi habilidad; pero en cuanto estuve medio aderezado, se me examinó de todo y se me distinguió en el trato. ¡Ah vanidad, y cómo haces prevaricar á los mortales! Unas aventuras me sucedían bien y otras mal, siendo el mismo individuo, sólo por la diferencia del traje. ¿A cuántos pasa lo mismo en este mundo? Si están decentes, si tienen brillo, si gozan proporciones, los juzgan, ó á lo menos los lisonjean por sabios, nobles y honrados, aun cuando todo les falte; pero si están de capa caída, si son pobres y á más de pobres trapientos, los reputan y desprecian como plebeyos, pícaros é ignorantes, aun cuando aquella miseria sea efecto tal vez de la misma nobleza, sabiduría y bondad de aquellas gentes. ¿Qué hiciéramos para que los hombres no fijaran su opinión en lo exterior ni graduaran el mérito del hombre por su fortuna?

Mas estas serias reflexiones las hago ahora; enton-

ces me vanaglorié de la mudanza de mi suerte, y me contenté demasiado con el rumboso título de aprendiz de botica sin saber el común refrancillo que dice: *Estudiante perdulario, sacristán ó boticario.*

Sin embargo, en nada menos pensé que en aplicarme al estudio de química y botánica. Mi estudio se redujo á hacer algunos menjurjes, á aprender algunos términos técnicos, y á agilitarme en el despacho; pero como era tan buen hipócrita, me granjeé la confianza y cariño del oficial (pues mi amo no estaba mucho en la botica), y tanto que á los seis meses ya yo le ayudaba también á don José que tenía lugar de pasear y aun de irse á dormir á la calle.

Desde entonces ó tres meses antes se me asignaron ocho pesos cada mes, y yo hubiera salido oficial como muchos si un accidente no me hubiera sacado de la casa. Pero antes de referir esta aventura es menester imponeros en algunas circunstancias.

Había en aquella época en esta capital un médico viejo á quien llamaban por mal nombre doctor Purgante, porque á todos los enfermos decía que facilitaba la curación con un purgante.

Era este pobre viejo buen cristiano, pero mal médico y sistemático, y no adherido á Hipócrates, Avicena, Galeno y Averroes, sino á su capricho. Creía que toda enfermedad no podía provenir sino de abundancia de

humor pecante, y así pensaba que con evacuar este humor se quitaba la causa de la enfermedad. Pudiera haberse desengañado á costa de algunas víctimas que sacrificó en las aras de su ignorancia; pero jamás pensó que era hombre; se creyó incapaz de engañarse, y así obraba mal; mas obraba con conciencia errónea. Sobre si este error era ó no vencible, dejémoslo á los moralistas; aunque yo para mí tengo que el médico que yerra por no preguntar ó consultar con los médicos sabios por vanidad ó capricho peca mortalmente, pues sin esa vanidad ó ese capricho pudiera salir de mil errores, y de consiguiente ahorrarse de un millón de responsabilidades, pues un error puede causar mil desaciertos.

Sea en esto lo que deba ser en conciencia, este médico estaba igualado con mi maestro. Esto es; mi maestro don Nicolás enviaba cuantos enfermos podía al doctor Purgante y éste dirigía todos sus enfermos á nuestra botica. El primero decía que no había mejor médico que el dicho viejo, y el segundo decía que no había mejor botica que la nuestra, y así unos y otros hacíamos muy bien nuestro negocio. La lástima es que este caso no sea fingido, sino que tenga un sin fin de originales.

El dicho médico me conocía muy bien, como que todas las noches iba á la botica, se había enamorado de mi letra y genio (porque cuando yo quería era capaz de engañar al demonio), y no faltó ocasión en que me

dijera: —Hijo, cuando te salgas de aquí avísame, que en casa no te faltará qué comer ni qué vestir. —Quería el viejo poner botica y pensaba tener en mí un oficial instruído y barato.

Yo le dí las gracias por su favor, prometiéndole admitirlo siempre que me descompusiera con el amo, pues por entonces no tenía motivo de dejarlo.

En efecto, yo me pasaba una vida famosa y tal cual la puede apetecer un flojo. Mi obligación era mandar por la mañana al mozo que barriera la botica, llenar las redomas de las aguas que faltaran, y tener cuidado de que hubiera provisión de éstas destiladas ó por infusión; pero de esto no se me daba un pito, porque el pozo me sacaba del cuidado, de suerte que yo decía: —En distinguiéndose los letreros, aunque el agua sea la misma, poco importa, ¿quién lo ha de echar de ver? El médico que las receta quizá no las conoce sino por el nombre, y el enfermo que las toma las conoce menos y casi siempre tiene perdido el sabor; conque esta droga va segura. A más de que ¿quién quita que ó por la ignorancia del médico ó por la mala calidad de las hierbas, sea nociva una bebida, más que si fuera con agua natural? Conque poco importa que todas las bebidas se hagan con ésta; antes el refrán nos dice: que al que es de vida, el agua le es medicina.

No dejaba de hacer lo mismo con los aceites, espe-

cialmente cuando eran de un color así, como los jarabes. Ello es que el *quid pro quo,* ó despachar una cosa por otra juzgándola igual ó equivalente, tenía mucho lugar en mi conciencia y en mi práctica.

Estos eran mis muchos quehaceres y confeccionar ungüentos, polvos y demás drogas según las órdenes de don José, quien me quería mucho por mi eficacia.

No tardé en instruirme medianamente en el despacho, pues entendía las recetas, sabía dónde estaban los géneros y el arancel lo tenía en la boca como todos los boticarios. Si ellos dicen, esta receta vale tanto, ¿quién les va á averiguar el costo que tiene, ni si piden ó no contra justicia? No queda más recurso á los pobres que suplicarles hagan alguna baja; si no quieren van á otra botica, y á otra, y á otra, y si en todas les piden lo mismo, no hay más que endrogarse y sacrificarse, porque su enfermo les interesa, y están persuadidos á que con aquel remedio sanará. Los malos boticarios conocen esto y se hacen de rogar grandemente, esto es, cuando no se mantienen inexorables.

Otro abuso perniciosísimo había en la botica en que yo estaba, y es comunísimo en todas las demás. Éste es que así que se sabía que se escaseaba alguna droga en otras partes, la encarecía don José hasta el extremo de no dar medios de ella, sino de reales arriba; siguiéndose de este abuso (que podemos llamar codicia sin el

menor respeto) que el miserable que no tenía más que medio real y necesitaba para curarse un pedacito de aquella droga, supongamos alcanfor, no lo conseguía con don José ni por Dios ni por sus Santos, como si no se pudiera dar por medio ó cuartilla la mitad ó cuarta parte de lo que se da por un real por pequeña que fuera. Lo peor es que hay muchos boticarios del modo de pensar de don José. ¡Gracias á la indolencia del protomedicato[1] que los tolera!

En fin, éste era mi quehacer de día. De noche tenía mayor desahogo; porque el amo iba un rato por las mañanas, recogía la venta del día anterior, y ya no volvía para nada. El oficial, en esta confianza, luego que me vió apto para el despacho, á las siete de la noche tomaba su capa y se iba á cumplimentar á su madama; aunque tenía cuidado de estar muy temprano en la botica.

Con esta libertad estaba yo en mis glorias; pues solían ir á visitarme algunos amigos que de repente se hicieron míos, y merendábamos alegres, y á veces jugábamos nuestros alburitos de á dos, tres y cuatro reales, todo á costa del cajón de las monedas, contra quien tenía libranza abierta.

Así pasé algunos meses, y al cabo de ellos se le puso al amo hacer balance, y halló que, aunque no había

[1] Así se llamaba un tribunal especial compuesto de doctores en medicina que conocía en los negocios de su facultad. E.

pérdida de consideración, porque pocos boticarios se pierden, sin embargo, la utilidad apenas era perceptible.

No dejó de asustarse don Nicolás al advertir el demérito, y reconviniendo á don José por él, satisfizo éste diciendo, que el año había sido muy sano, y que años semejantes eran funestos ó á lo menos de poco provecho para médicos, boticarios y curas.

No se dió por contento el amo con esta respuesta, y con un semblante bien serio le dijo: —En otra cosa debe consistir el demérito de mi casa, que no en las templadas estaciones del año; porque en el mejor no faltan enfermedades ni muertos.

Desde aquel día comenzó á vernos con desconfianza y á no faltar de su casa muchas horas, y dentro de poco tiempo volvió á recobrar el crédito la botica, como que había más eficacia en el despacho, el cajón padecía menos evacuaciones y él no se iba hasta la noche que se llevaba la venta. Cuando algún amigo lo convidaba á algún paseo, se excusaba diciéndole que agradecía su favor: pero que no podía abandonar las atenciones de su casa, y que quien tiene tienda es fuerza que la atienda. Con este método nos aburrió breve, porque el oficial no podía pasear ni el aprendiz merendar, jugar ni holgarse de noche.

En este tiempo, por no sé qué trabacuentas, se disgustó mi amo con el médico y deshizo la iguala y la amistad enteramente. ¡Qué verdad es que las más amis-

tades se enlazan con los intereses! Por eso son tan pocas las que hay ciertas.

Ya pensaba en salirme de la casa, porque ya me enfadaba la sujeción y el poco manejo que tenía en el cajón, pues á la vista del amo no lo podía tratar con la confianza que antes; pero me detenía el no tener dónde establecerme ni qué comer saliéndome de ella.

En uno de los días de mi indeterminación sucedió que me metí á despachar una receta, que pedía una pequeña dosis de magnesia. Eché el agua en la botella, y el jarabe, y por coger el bote donde estaba la magnesia cogí el en donde estaba el arsénico, y le mezclé su dosis competente. El triste enfermo, según supe después, se la echó á pechos con la mayor confianza, y las mujeres de su casa le revolvían los asientos del vaso con el cabo de la cuchara, diciéndole que los tomara, que los polvitos eran lo más saludable.

Comenzaron los tales polvos á hacer su operación, y el infeliz enfermo á rabiar acosado de unos dolores infernales que le despedazaban las entrañas. Alborotóse la casa, llamaron al médico, que no era lerdo, dijéronle que al punto que tomó la bebida que había ordenado había empezado con aquellas ansias y dolores. Entonces pide el médico la receta, la guarda, hace traer la botella y el vaso que aún tenía polvos asentados; los ve, los prueba y grita lleno de susto: —Al enfermo lo han enve-

nenado; ésta no es magnesia sino arsénico; que traigan aceite y leche tibia, pero mucha y pronto.

Se trajo todo al instante, y con estos y otros auxilios *dizque* se alivió el enfermo. Así que lo vió fuera de peligro, preguntó de qué botica se había traído la bebida. Se lo dijeron, y dió parte al protomedicato, manifestando su receta, el mozo que fué á la botica y la botella y vaso como testigos fidedignos de mi atolondramiento.

Los jueces comisionaron á otro médico, y acompañado del escribano fué á casa de mi amo, quien se sorprendió con semejantes visitas.

El comisionado y el escribano breve y sumariamente substanciaron el proceso, como que yo estaba confeso y convicto. Querían llevarme á la cárcel, pero informados de que no era oficial, sino un aprendiz bisoño, me dejaron en paz, cargando á mi amo toda la culpa, de la que sufrió por pena la exhibición de doscientos pesos de multa en el acto, con apercibimiento de embargo caso de dilación; notificándole el comisionado de parte del tribunal, y bajo pena de cerrarle la botica, que no tuviera otra vez aprendices en el despacho, pues lo que acababa de suceder no era la primera ni sería la última desgracia que se llorara por los aturdimientos de semejantes despachadores.

No hubo remedio; el pobre de mi amo subió en el coche con aquellos señores, poniéndome una cara de herrero mal pagado, y mirándome con bastante indig-

nación, dijo al cochero que fuera para su casa, donde debía entregar la multa.

Yo, apenas se alejó el coche un poco, entré á la trasbotica, saqué un capotillo que ya tenía y mi sombrero, y le dije al oficial: —Don José, yo me voy, porque si el amo me halla aquí me mata. Déle usted las gracias por el bien que me ha hecho, y dígale que perdone esta diablura que fué un mero accidente.

Ninguna persuasión del oficial fué bastante á detenerme. Me fuí acelerando el paso, sintiendo mi desgracia y consolándome con que á lo menos había salido mejor que de casa de Chanfaina y de don Agustín.

En fin, quedándome hoy en este truco y mañana en el otro, pasé veinte días, hasta que me quedé sin capote ni chaqueta; y por no volverme á ver descalzo y en peor estado, determiné ir á servir de cualquier cosa al doctor Purgante, quien me recibió muy bien, como se dirá en el capítulo primero del siguiente tomo.

ÍNDICE

ÍNDICE

DEL TOMO PRIMERO, B

CAPÍTULO I.—Escribe Periquillo la muerte de su madre, con otras cosillas no del todo desagradables. 1

» II.—Solo, pobre y desamparado Periquillo de sus parientes, se encuentra con Juan Largo, y por su persuasión abraza la carrera de los pillos en clase de *cócora* de los juegos 29

» III.—Prosigue Periquillo contando sus trabajos y sus bonanzas de jugador. Hace una seria crítica del juego, y le sucede una aventura peligrosa que por poco no la cuenta. 55

» IV.—Vuelve en sí Perico y se encuentra en el hospital. Critica los abusos de muchos de ellos. Visítalo Januario. Convalece. Sale á la calle. Refiere sus trabajos. Indúcelo su maestro á ladrón, él se resiste y discuten los dos sobre el robo. 81

» V.—En el que nuestro autor refiere su prisión, el buen encuentro de un amigo que tuvo en ella y la historia de éste. 107

» VI.—Cuenta Periquillo lo que le pasó con el escribano, y don Antonio continúa contándole su historia . . 135

CAPÍTULO VII.—Cuenta Periquillo la pesada burla que le hicieron los presos en el calabozo; y don Antonio concluye su historia 161

» VIII.—Sale don Antonio de la cárcel; entrégase Periquillo á la amistad de los tunos sus compañeros, y lance que le pasó con el Aguilucho. 189

» IX.—En el que Periquillo da razón del robo que le hicieron en la cárcel; de la despedida de don Antonio: de los trabajos que pasó, y de otras cosas que tal vez no desagradarán á los lectores 213

» X.—En el que escribe Periquillo su salida de la cárcel: hace una crítica contra los malos escribanos, y refiere, por último, el motivo por qué salió de la casa de Chanfaina y su desgraciado modo 243

» XI.—En el que Periquillo cuenta la acogida que le hizo un barbero; el motivo porqué se salió de su casa: su acomodo en una botica y su salida de ésta, con otras aventuras curiosas 273

Stanford University Libraries
3 6105 015 258 986

DATE DUE			
[illegible]	1 1 1992		

STANFORD UNIVERSITY LIBRARIES
STANFORD, CALIFORNIA 94305-6004